

DEVENIR-MUJER.
ELISA MÚJICA Y LA REPRESENTACIÓN DE LA FIGURA FEMENINA DURANTE
EL PROCESO DE MODERNIZACIÓN COLOMBIANO DEL SIGLO XX
(1949-1984)

ANGIE DANIELA ORTEGA REY

UNIVERSIDAD INDUSTRIAL DE SANTANDER
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
ESCUELA DE HISTORIA
MAESTRÍA EN HISTORIA
BUCARAMANGA

2021

DEVENIR-MUJER.
ELISA MÚJICA Y LA REPRESENTACIÓN DE LA FIGURA FEMENINA DURANTE
EL PROCESO DE MODERNIZACIÓN COLOMBIANO DEL SIGLO XX
(1949-1984)

ANGIE DANIELA ORTEGA REY

Proyecto de grado para optar al título de Magíster en Historia

Director

ÁLVARO ACEVEDO TARAZONA

Doctor en Historia

UNIVERSIDAD INDUSTRIAL DE SANTANDER

FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS

ESCUELA DE HISTORIA

MAESTRÍA EN HISTORIA

BUCARAMANGA

2021

*A Mati,
A su magia que siempre me acompaña.*

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer a la Escuela de Historia de la Universidad Industrial de Santander, así como a sus profesores por las enseñanzas que me brindaron durante el transcurso de la maestría. En especial, al profesor Álvaro Acevedo por su dedicado acompañamiento en el desarrollo de esta investigación y su invaluable confianza en ella.

También agradezco a mi gran familia por su incondicional apoyo. A Paola por ser mi brújula estética, mi amiga y la mejor compañía durante noches largas. A Jose Alejandro por traer a nuestras vidas caos y alegría. A Fabio Andrés, por su infinito amor y paciencia. Por enseñarme con actos el verdadero sentido de la libertad y recordarme siempre que puedo ser mejor.

Finalmente, a Andrés, por compartir conmigo sus ideas y conceptos; su amistad y grata compañía.

TABLA DE CONTENIDO

INTRODUCCIÓN.....	9
1. LA ESCRITURA Y LA VIDA: ELISA MÚJICA (1916- 2003).....	59
1.1 BUCARAMANGA (1916-1923).....	64
1.2 BOGOTÁ Y EL ENTORNO URBANO (1924-1930).....	71
1.3 EL MUNDO: FEMINISMO, ESCRITURA Y REVOLUCIÓN (1931-1967).....	81
1.3.1 Adiós a Marx.	98
1.4 COSECHAR CLAVELES EN EL DESIERTO O LA ESCRITURA COMO PROFESIÓN (1968-2003)	104
2. LAS MUJERES Y LA MODERNIZACIÓN EN COLOMBIA.....	118
2.1 REPRESENTACIONES Y ESPACIOS TRADICIONALES	123
2.1.1 Amas de casa, madres y esposas: las mujeres colombianas a inicios del siglo XX.....	125
2.1.2 Obreras y secretarias: las mujeres y el mundo laboral.....	133
2.1.3 Mujeres modernas.....	141
2.2 LAS MUJERES DURANTE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX (1949- 1984).....	151
2.2.1 Los años cincuenta: las mujeres y los derechos políticos.....	154

2.2.2 Los años sesenta: las mujeres como agentes de cambio social.	169
2.2.3 Los años setenta y principios de los ochenta: las mujeres y la inclusión....	187
3. LA REPRESENTACIÓN DE LA MUJER EN LA OBRA NOVELÍSTICA DE ELISA MÚJICA	215
3.1 <i>LOS DOS TIEMPOS</i> (1949).....	220
3.2 <i>CATALINA</i> (1963)	251
3.3 <i>BOGOTÁ DE LAS NUBES</i> (1984).....	280
4. CONCLUSIONES	307
BIBLIOGRAFIA.....	318

RESUMEN

TÍTULO: DEVENIR-MUJER. ELISA MÚJICA Y LA REPRESENTACIÓN DE LA FIGURA FEMENINA DURANTE EL PROCESO DE MODERNIZACIÓN COLOMBIANO DEL SIGLO XX (1949-1984)*.

AUTORA: ANGIE DANIELA ORTEGA REY**.

PALABRAS CLAVE: MODERNIZACIÓN, REPRESENTACIÓN, DEVENIR-MUJER, ELISA MÚJICA.

DESCRIPCIÓN: El presente trabajo de investigación tiene por objeto analizar el devenir de la representación de la mujer colombiana durante el proceso de modernización llevado a cabo en el país desde mediados del siglo XX. Como eje de estudio se toma el periodo de tiempo comprendido entre los años de 1949 a 1984, así como la obra novelística de la escritora santandereana Elisa Mújica Velásquez y su rol como escritora en la sociedad colombiana de la época. Con el fin de desarrollar este objetivo el texto se divide en tres partes: en la primera se realiza una descripción cronológica de la trayectoria intelectual y de vida de Elisa Mújica desde 1916 hasta el 2003. En la segunda parte, se identifican los acontecimientos coyunturales que incidieron sobre el panorama social vinculado a la representación de la mujer durante el proceso de modernización en Colombia a través del marco temporal antes señalado. Por último, se rastrea el devenir de la representación de la mujer durante el proceso de modernización colombiano a través de tres novelas que ponen énfasis en la experiencia femenina del acceso a la vida pública durante este período. Estas novelas son: *Los dos tiempos* (1949), *Catalina* (1963) y *Bogotá de las nubes* (1984).

* Trabajo de investigación.

** Facultad de Ciencias Humanas. Escuela de Historia. Maestría en Historia. Director: Álvaro Acevedo Tarazona. Doctor en Historia.

ABSTRACT

TITLE: BECOMING-WOMAN. ELISA MÚJICA AND THE REPRESENTATION OF THE FEMALE FIGURE DURING THE COLOMBIAN MODERNIZATION PROCESS OF THE 20TH CENTURY (1949-1984)*.

AUTHOR: ANGIE DANIELA ORTEGA REY**.

KEY WORDS: MODERNIZATION, REPRESENTATION, BECOMING-WOMAN, ELISA MÚJICA.

DESCRIPTION: The present research work aims to analyze the evolution of the representation of Colombian women during the modernization process carried out in the country since the middle of the 20th century. The focus of study is the period of time from 1949 to 1984, as well as the novelistic work of the Santander writer Elisa Mújica Velásquez and her role as a writer in Colombian society at the time. In order to develop this objective, the text is divided into three parts: in the first, a chronological description of the intellectual and life trajectory of Elisa Mújica from 1916 to 2003 is made. In the second part, the conjunctural events that they influenced the social panorama linked to the representation of women during the modernization process in Colombia through the aforementioned time frame. Finally, the evolution of the representation of women during the Colombian modernization process is traced through three novels that emphasize the female experience of access to public life during this period. These novels are: *Los dos Tiempos* (1949), *Catalina* (1963) and *Bogotá de las Nubes* (1984).

* Degree work.

** Faculty of Human Sciences. School of History. Master's degree in history. Director: Álvaro Acevedo Tarazona. PhD in History.

INTRODUCCIÓN

La forma afecta al contenido. No obstante ¿será cierto que la mujer ha variado, al menos tanto como se asegura? Bajo la armazón de su nuevo disfraz, ¿no continuará batiendo el mismo corazón ansioso y contradictorio, necesitado en igual grado que el hombre de autonomía y dependencia, de soledad y compañía, de deseo de proteger y urgencia de ser protegida?

Elisa Mújica. *La mujer y la alegría*.

La mujer, su historia y el proceso de modernización que enmarca el devenir de su representación en la sociedad colombiana del siglo XX, son las líneas que confluyen en esta investigación, donde la vida y obra de la escritora santandereana Elisa Mújica se convierten en guía indispensable a la hora de adentrarse en el complejo entramado que teje la historia de las mujeres en Colombia. Con esto en mente, las siguientes líneas ofrecen la presentación de un estudio que procura sumergirse en los ámbitos de la historia y la literatura, sin perder de vista el sujeto que lo suscita: la mujer colombiana, en tanto representación mediada por unas coyunturas históricas que incidieron sobre su panorama social, político y cultural. El estudio abarca los años comprendidos entre 1949 y 1984, período de tiempo caracterizado por las grandes y rápidas transformaciones producidas por la modernización del país, un fenómeno ampliamente explorado por la historiografía colombiana, aunque pocas veces desde una perspectiva esencialmente femenina¹.

¹ Cabe señalar que en esta perspectiva son pioneros los siguientes estudios historiográficos: VELÁSQUEZ TORO, Magdala. Condición jurídica y social de la mujer. En: Nueva Historia de Colombia. IV Educación y Ciencia. Luchas de la mujer. Vida diaria. Bogotá: Planeta, 1989. p. 90-60; LUNA, Lola y VILLARREAL, Norma. Historia, Género y Política. Movimientos de Mujeres y Participación Política en Colombia 1930-1991. Barcelona: Edición del Seminario Interdisciplinar Mujeres y Sociedad, 1994; Historia Crítica. Manos que no descansan. La mujer en las tradiciones textiles colombianas; Bogotá: Universidad de los Andes, enero – junio 1994. No.9. ISSN 0121-1617. VELÁSQUEZ TORO, Magdala. Las mujeres en la historia de Colombia. Tomo I: Mujeres historia y política, Tomo II: Mujeres y sociedad, Tomo III: Mujeres y Cultura. Bogotá: Norma, 1995;

A partir de esto, resulta necesario mencionar que la narración que se ofrece a continuación no pretende ser una historia de la literatura, sino una historia de la mujer colombiana contada a partir de la literatura, razón por la cual se toma como hilo conductor el devenir de la representación de la mujer en tres novelas: *Los dos tiempos* (1949), *Catalina* (1963) y *Bogotá de las nubes* (1984), libros cuya publicación coincide con el arco temporal seleccionado y a su vez con algunos acontecimientos específicos de la historia nacional, e internacional, que marcan las vidas de las protagonistas de estas ficciones como también de su autora: Elisa Mújica, quien construye toda una producción narrativa alrededor de su propia experiencia como mujer y escritora en la sociedad colombiana de mediados del siglo XX.

Dicho lo anterior, es importante iniciar estas líneas introductorias con el planteamiento del problema que suscita la investigación aquí desarrollada y que, indudablemente, tiene que ver con la figura de la mujer y su presencia en la historia de Occidente en tanto que representación de un eterno Otro². Esta condición subyacente al predominio de la lógica dualista, basada en el principio aristotélico de identidad*, ha moldeado el pensamiento occidental al punto de configurar los múltiples aspectos que determinan la vida en sociedad, puesto que, como señala Simone de Beauvoir, “ninguna colectividad se define jamás como Una sin colocar inmediatamente en frente a la Otra”³. De acuerdo con esto, la alteridad se convierte en una categoría fundamental para la definición del yo dentro del mundo, por lo que parece poco probable que tal relación, desde el inicio, haya surgido bajo el signo de

MARTÍNEZ CARREÑO, Aida. Presencia femenina en la historia de Colombia. Bogotá: Academia Colombiana de Historia, 1997; CUBILLOS ORTIZ, María Isabel. La mujer colombiana: “su historia”. Bogotá: González Gama Impresores, 1998. GÓMEZ DE MONROY, Hilda Emma. La mujer colombiana y el proceso histórico de sus derechos. Tunja: Academia Boyacense de Historia, 2002.

² DE BEAUVOIR, Simone. El Segundo Sexo. Bogotá: Debolsillo, 2013. p. 18

* Según la lógica aristotélica en el principio de identidad ($A=A$) algo no puede ser y no ser al mismo tiempo y en la misma relación. Aristóteles. Órganon. Madrid: Editorial Gredos, 1988.

³ DE BEAUVOIR. Op. cit., p.19.

la división entre sexos⁴ que estructura las relaciones jerárquicas donde el hombre se erige como lo esencial, mientras que la mujer es percibida como una otredad.

Ahora bien, si la mujer aparece como lo Otro no es a causa de un acontecimiento ni de un orden natural que determina el devenir histórico, sino de una situación que, como lo señala la historiadora Gerda Lerner, se ha creado y postergado a través del tiempo, confinando al sujeto femenino a vivir un rol secundario frente a su homólogo masculino⁵. Esta falta de reciprocidad en la relación hombre-mujer se expresa, la mayoría de las veces, en la distribución de los roles al interior de la vida en sociedad, situación que genera una marcada escisión del espacio que ambos comparten y las funciones que cada uno desempeña. Por un lado, al sujeto masculino le es asignada la tarea de organizar todos los aspectos concernientes a la construcción del entramado social, la política, la economía, la cultura, la religión y hasta la vida intelectual se encuentran bajo su autoridad. Por su parte, a la mujer se le asigna la labor de velar por todo lo que corresponde a la vida doméstica. Bajo su autoridad reposa la economía familiar, la crianza y educación de los hijos, el cuidado del hogar y el bienestar de los miembros de la familia⁶.

Esta distinción entre vida pública y privada se define entonces a partir de la oposición entre lo político y lo familiar⁷, situación que otorga a los hombres preponderancia sobre las decisiones de orden colectivo, mientras que el alcance de la opinión femenina se ve reducida al espacio del mundo doméstico. Teniendo esto en cuenta, resulta comprensible el limitado protagonismo femenino dentro de los relatos históricos que, hasta entrado el siglo XX, se preocuparon más por aspectos

⁴ ANDERSON, Bonnie y ZINSSER, Judith. Historia de las mujeres. Una historia propia. Barcelona: Editorial Crítica. 2009. p. 11.

⁵ LERNER, Gerda. La creación del patriarcado. Barcelona: Editorial Crítica, 1990. p. 23.

⁶ ARIÈS, Philippe. Para una historia de la vida privada. En: Historia de la vida privada. El proceso de cambio en la sociedad de los siglos XVI-XVIII. Madrid: Taurus, 1992. p. 14-36.

⁷ ARENDT, Hannah. La condición humana. Buenos Aires: Paidós, 2009. p. 41.

de orden político y militar que social o cultural⁸. Las mujeres, en tanto sujetos, o grupo social, no figuran en las grandes narraciones sobre gloria y poder, en principio, porque no tuvieron cabida en el ejercicio de la vida pública y los acontecimientos que merecieron el interés de los historiadores, por mucho tiempo, se desarrollaron allí, como afirma la profesora Judith González Eraso:

La mujer ha sido sistemáticamente omitida de los registros oficiales, estando más bien oculta de la historia. Para saber el porqué, debemos remitirnos al análisis de la vieja forma de hacer la historia oficial, “que hasta hace poco imperaba”, y donde el hombre escribe para el hombre y el historiador se suponía: varón, blanco, burgués, letrado, heterosexual, y principalmente católico, apostólico y romano, como en el caso colombiano⁹.

En segundo lugar, porque su tardío acceso a la escritura imposibilitó el hallazgo de fuentes que permitiesen narrar e interpretar su experiencia histórica sin la intermediación masculina. Entonces, lo que se ha llamado la “invisibilidad de la voz femenina”¹⁰ no resulta ser más que un desplazamiento, en términos protagónicos, de la contribución de las mujeres a la formación de la sociedad y la construcción de la cultura, ya que, como menciona Lerner, es posible afirmar que ellas nunca han estado al margen, sino en el mismo centro del acontecer, puesto que también han sido agentes de los procesos históricos que han generado los grandes cambios de la humanidad¹¹.

Así, aunque resulte indiscutible la afirmación de que la mujer pocas veces aparece como protagonista de los relatos históricos escritos antes del siglo XX¹², no necesariamente se puede asegurar que su figura se halla excluida de ellos. Lo cierto es que sobre las mujeres se encuentran múltiples referencias, se les describe, se

⁸ BURKE, Peter. La revolución historiográfica francesa. La Escuela de los Annales. 1929-1984. Barcelona: Gedisa, 1999. pp. 20-93.

⁹ GONZÁLEZ HERAZO, Judith. Representaciones de las mujeres en la Independencia desde la historiografía colombiana. *Historelo. Revista de Historia Regional y Local*, vol. 3, núm. 5, enero-junio, 2011, p. 174.

¹⁰ PERROT, Michelle. *Mi Historia de las Mujeres*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2008. p. 18.

¹¹ LERNER. Gerda. La creación del patriarcado. Op. cit., p. 20.

¹² PERROT. Michelle. *Mi Historia de las Mujeres*. Op. cit., p. 15.

les imagina y se les narra, pero desde la distancia de un observador externo. Su existencia concreta, su historia singular y la historia de sus congéneres queda vedada de los relatos escritos hasta que ellas mismas empiezan a producirlos, pues como menciona Roger Chartier, “en la cultura occidental, la mujer debía leer, pero no tener la capacidad de escribir”¹³, cuestión que ocasionó, además de una tardía incursión femenina en el mundo de las letras, la creación de variadas representaciones, sobre todo literarias, provenientes de autores que reprodujeron los prejuicios de su tiempo, sin llegar a comprender la singularidad de la experiencia de las mujeres de cada época.

Entonces, que las mujeres hayan incursionado en el ámbito escritural responde tanto a una necesidad de autoreferenciación como a un cambio en la estructura del pensamiento, pues, como menciona Chartier, por medio de la escritura se logran ampliar los límites del mundo femenino, procurando una posibilidad de libertad, intercambio y escape del orden patriarcal, matrimonial o familiar¹⁴. En tal sentido, la conquista de este nuevo territorio, antes reservado solo para los hombres, permitió a las mujeres adquirir un lugar mucho menos pasivo en la construcción de la imagen del mundo que habitaron, y la representación que de ellas mismas legaron a través de su escritura, cuestión que marcó el comienzo de una nueva forma de concebir la figura femenina en el espacio de la vida pública, de modo tal que para el siglo XX las mujeres que utilizaron la escritura como medio de expresión pública empezaron a ocupar un lugar mucho más visible en la sociedad.

Teniendo en cuenta lo anterior, pensar en cómo se transforma la representación de la mujer se convierte en un factor sumamente importante a la hora de abordar la historia de las mujeres, pues a través de las representaciones se logra apreciar toda la serie de cambios que se van produciendo entorno a una figura y a la carga

¹³ CHARTIER, Roger. Cultura escrita, literatura e historia. México: Fondo de Cultura Económica, 2000. p. 27

¹⁴ *Ibíd.*, p. 27

simbólica de los imaginarios de la época y la sociedad que los produce¹⁵. Tal es el caso de las mujeres en Colombia, que al igual que sus congéneres europeas, encuentran su experiencia histórica mediada por la perspectiva de la alteridad, una mirada que además de apartarlas del ejercicio de la vida pública permitió que su condición en la sociedad colombiana del siglo XX permaneciera casi invariable hasta el advenimiento del proceso de modernización que, a partir de la década de 1930, da inicio a una “verdadera transformación social”¹⁶, no solo ampliando los espacios de participación femenina, sino también dando lugar a la creación de nuevos roles para las mujeres dentro de una sociedad que observa la modernidad como su horizonte de posibilidad.

Cabe mencionar que, para Colombia, este proceso constituyó todo un reto debido a que desde finales del siglo XIX el país carecía de una infraestructura económica que le permitiera integrarse al mercado mundial, como también de una estructura social para adaptarse a las premisas igualitarias del liberalismo, que en Europa ya habían triunfado y devenido en ideas socialistas que cada día ganaban más terreno entre el proletariado urbano¹⁷. Aunado a esto, el largo período de gobiernos conservadores, que terminó hasta 1930, minó la posibilidad de modificar muchos aspectos de la realidad social debido a que el proyecto político, implementado por el Partido Conservador, enfocó sus esfuerzos en conservar las estructuras de autoridad y mentalidad tradicionales a través del uso de una educación basada en premisas religiosas¹⁸, pues según su perspectiva la modernidad constituía un enorme peligro para la sociedad colombiana¹⁹. A raíz de esto, la necesidad de

¹⁵ PERROT, Michelle. *Mi Historia de las Mujeres*. Op. cit., p. 30.

¹⁶ HENDERSON, James. *La modernización en Colombia. Los años de Laureano Gómez, 1889-1965*. Medellín: Universidad de Antioquia, 2006. p. 203.

¹⁷ HENDERSON, James. *La modernización en Colombia. Los años de Laureano Gómez, 1889-1965*. Op. cit., p. 5.

¹⁸ MELO, Jorge Orlando. Algunas consideraciones globales sobre "modernidad" y "modernización" en el caso colombiano. *Análisis Político*. No.10. 1990. p. 28.

¹⁹ TRUJILLO, Ricardo. *Historia de Colombia contemporánea (1920-2010)*, Bogotá: Universidad de Los Andes, 2011, p. 27.

modernizar el país se convirtió en el imperativo de las siguientes décadas, cuestión que supuso un gran esfuerzo para los gobiernos liberales que intentaron sacar a flote una sociedad sumida aún en la ruralidad y el analfabetismo²⁰.

Durante el período comprendido entre las décadas de 1930 y 1940 la sociedad colombiana empieza a experimentar un considerable desarrollo económico, aunado a un dramático cambio social, que, según el historiador James Henderson, se produjo gracias a cuatro elementos que impulsaron la modernización económica durante los años de la depresión y la Segunda Guerra Mundial:

En primer lugar, estaban las ganancias de la década del veinte, época en la cual la entrada de capital extranjero permitió a las élites locales, regionales y nacionales actualizar la red de transportes del país. En segundo lugar, se dio la guerra contra Perú, entre 1932 y 1933, que obligó a una explosión de gastos gubernamentales, los cuales contrarrestaron eficazmente la contracción económica producida por la deflación y por la depresión. En tercer lugar, se dieron numerosos acontecimientos y desarrollos internacionales, entre ellos principalmente la Gran depresión y la Segunda Guerra Mundial, gracias a las cuales se introdujeron una serie de medidas económicas que, en última instancia, resultaron provechosas para Colombia. En cuarto lugar, hubo un sesgo hacia el modelo capitalista de desarrollo económico, compartido por la mayoría de los colombianos, y que fue especialmente marcado en la élite dirigente nacional²¹.

Estos elementos crearon las condiciones necesarias para el desarrollo de un proceso modernizador que poco a poco se extendió a los diferentes ámbitos de la vida colombiana. Como señala Jorge Orlando Melo, esta transformación nunca dejó de coexistir con aspectos tradicionales y, aun así, logró consolidarse, aunque el contexto se mostrara contradictorio²². De este modo, es posible afirmar que, para el año de 1949, momento en el que Elisa Mújica empieza a ser conocida en la escena literaria capitalina, la situación material de gran parte de los colombianos había cambiado de forma sustancial. Las mujeres acumulaban ciertos triunfos en materia

²⁰ JARAMILLO VÉLEZ, Rubén. Colombia: la modernidad postergada, Bogotá: Argumentos, 1998.

²¹ HENDERSON, James. La modernización en Colombia. Los años de Laureano Gómez, 1889-1965. Op. cit., p. 351-352.

²² MELO, Jorge Orlando. Algunas consideraciones globales sobre "modernidad" y "modernización" en el caso colombiano. Op. cit., p. 32.

legislativa al ser reconocidas, por primera vez, como sujetos competentes para administrar sus propios bienes*, además de lograr el derecho a la educación secundaria*, primer paso que permitiría su ingreso a la universidad. A pesar de esto, y aunque en 1936 el gobierno de Alfonso López Pumarejo (1934-1938) les otorgó el beneficio de ocupar cargos públicos, las mujeres aún no eran consideradas ciudadanas, para esto harían falta veinte años más y un enorme esfuerzo organizativo en torno al sufragismo²³.

Desde esta perspectiva, se puede decir que durante la primera etapa de modernización en Colombia la vida cotidiana se vio alterada por la creciente ola de cambios que inundaron el país. Las necesidades, al igual que las preocupaciones y los gustos de las personas empezaron a modificarse de manera evidente, dando paso a nuevas formas de consumo y producción de expresiones culturales. Este cambio de mirada se logra observar por medio de la literatura colombiana que durante buena parte del siglo XX continuó con la tradición decimonónica de otorgar mayor importancia al género de la poesía frente a la novela debido a dos razones principalmente.

En primer lugar, porque la industria para la producción, mercadeo y venta de novelas permaneció casi inexistente hasta la década de 1960, momento en el que empezaron a surgir iniciativas editoriales de la mano de empresas extranjeras que centraron su interés en la literatura latinoamericana, éstas transformaron radicalmente el panorama de la novela colombiana que solo había tenido alcance regional debido a la limitada distribución de las imprentas locales²⁴. Antes de la formación de esta industria solo se habían producido tres novelas de reconocimiento

* COLOMBIA. CONGRESO DE LA REPÚBLICA. Ley 28. (12 de noviembre de 1932).

* COLOMBIA. CONGRESO DE LA REPÚBLICA. Decreto 227 de 1933.

²³ GOMEZ GIRALDO, Alcira. Los derechos de la mujer en la legislación colombiana. Repertorio histórico de la academia antioqueña de historia fundada en 1903. Vol. 38, No. 250, 1987.

²⁴ WILLIAMS, Raymond. Novela y poder en Colombia, 1844-1987. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1991. p. 41.

nacional e internacional en el país: *María* (1867) de Jorge Isaacs, *La vorágine* (1924) de José Eustasio Rivera y *Cien años de soledad* (1967) de Gabriel García Márquez. Las dos primeras escritas por autores que ya habían cimentado cierta fama por su labor como poetas y por sus carreras políticas, sin descontar la fuerte influencia de la herencia cultural de los denominados hombres letrados que destacaban principalmente en la poesía²⁵. Y la segunda, escrita por un referente de la renovación cultural de mediados del siglo XX, pero aún perteneciente a un círculo masculinizado.

En segundo lugar, debido a la existencia de una oligarquía intelectual, supeditada a los lineamientos ideológicos del bipartidismo, que cumplió la función de legitimar a través de la crítica literaria y académica, la inclusión o exclusión de ciertas obras dentro de los estrechos cánones estéticos del momento²⁶. Dicha crítica, compuesta en su mayoría por figuras afines a la ideología conservadora, consideraba la novela como un género menor que, a diferencia de la poesía, podía representar las “bajezas” del alma humana, introduciéndose en los aspectos más profundos de la psicología de los hombres, cuestión que iba en contravía de los valores literarios institucionalizados por esta élite intelectual²⁷. Según la investigadora Paula Andrea Marín Colorado:

La escritura literaria, para la mayoría de los agentes literarios dominantes de la época, seguía considerándose un ornamento que permitía transmitir «bellamente» temas validados como los únicos decorosos y dignos desde el siglo anterior (e incluso antes); es decir que la literatura continuaba entendiéndose como una herramienta didáctica para reiterar lo ya aceptado, lo ya establecido como «verdad»²⁸.

Debido a lo anterior, la aceptación de la novela en el país, a menudo escrita por autores de orientación liberal, fue algo tardía, lo que relegó al olvido, o al total

²⁵ Ibid.

²⁶ Ibid., p. 43.

²⁷ MARÍN, Paula Andrea. *Novela, autonomía literaria y profesionalización del escritor en Colombia (1926-1970)*. Medellín: La Carreta Editores, 2017. p. 84.

²⁸ Ibid., p. 95

anonimato, obras de gran valor estético para dar lugar a una creación literaria fundada en la supremacía de la poesía. Aunado a esto, todas las dificultades que acarreaba la publicación de una obra a principios del siglo XX en Colombia, conllevaron a que la escritura como profesión resultara casi inconcebible, pues además de que demandaba tiempo y dedicación también generaba costos que no se veían reflejados en las ganancias. Por tal razón, esta actividad siguió siendo una práctica exclusiva de la élite intelectual que, por lo general, alternaba su labor literaria con sus trabajos políticos y burocráticos.

Si publicar en Colombia era una ardua tarea que obligaba al escritor a abrirse camino en un terreno difícil, además de tener que costear gran parte del valor del tiraje de las publicaciones, ser mujer y escritora complicaba el asunto. Las pocas mujeres que hasta el momento habían logrado ver sus obras impresas pertenecían a un sector acomodado de la sociedad, lo cual les brindaba una ventaja sobre las demás mujeres que no contaban con la oportunidad de viajar e instruirse, además de tener a su disposición los recursos económicos de sus familias y esposos para acudir a editoriales extranjeras y consagrar su tiempo a la literatura. No obstante, con el paso de los años y el impacto que generó el proceso de modernización sobre las condiciones de vida de la población femenina, que logró abrirse lugar en ambientes diferentes al doméstico, el destino de las mujeres cambió y la escritura se convirtió en una posibilidad tangible, incluso para algunas mujeres pertenecientes a la clase media quienes a partir de las décadas de 1930 y 1940 empezaron a destacarse en el paisaje literario colombiano, a pesar de que no solo dedicaban su tiempo a labores intelectuales sino que también debían realizar un trabajo manual que les permitiera ganarse la vida.

Dentro de este nuevo grupo de escritoras que empezaron a publicar a finales de la década de 1940 estaba Elisa Mújica, quien en 1949 publicó su primer novela: *Los dos tiempos*. Este texto se constituye como toda una rareza, no solo porque su autora fue una de las primeras mujeres novelistas pertenecientes a la clase media

trabajadora, sino porque el contenido de la obra puso énfasis, por primera vez, en la experiencia del paulatino acceso de la mujer a la vida pública, presentando territorios de participación femenina fuera del ámbito de lo privado como la política, la educación, el trabajo y la revolución. Este tipo de temáticas, poco comunes en la escritura femenina de la época, seguirían haciendo parte de los escritos de Mújica quien durante los siguientes años publicaría varias colecciones de cuentos, ensayos, artículos y dos novelas más en las que se prolonga la línea narrativa donde la mujer se convierte en protagonista y artífice de los cambios que la sociedad colombiana experimenta durante gran parte del siglo XX.

En 1962, *Catalina*, su novela más reconocida llegó acompañada de la publicidad del premio Esso, un concurso literario que se empezó a realizar desde 1961 con el fin de estimular a todos los escritores colombianos en la producción de nuevas obras. Aunque la novela no fue ganadora, recibió buenas críticas por parte del jurado que recomendó su impresión como “tributo de admiración a la mujer colombiana”²⁹. Esta novela, al igual que su predecesora muestra a una mujer que escapa a la concepción tradicional, aunque los acontecimientos se desarrollan en un espacio temporal alejado del momento en que es escrita, la autora logra atrapar el sentimiento de toda una generación de mujeres que luchan por hacer escuchar su voz en una sociedad que aún conserva los marcados roles de una visión tradicionalista.

Su última novela, *Bogotá de las nubes* (1984), abarca narrativamente casi medio siglo de vivencias femeninas, mientras pone de relieve las transformaciones físicas, políticas y sociales que experimenta la ciudad de Bogotá durante el proceso de modernización. Esta obra refleja la desilusión y el rechazo a la idea de progreso por parte de una mujer que ha vivido toda su vida persiguiendo ideales imposibles y que, solo en la vejez, logra aceptar sus propios errores. En síntesis, es posible

²⁹ ORDOÑEZ, Monserrat. Biografía de Elisa Mújica. En: Ensayos críticos sobre la obra narrativa de Elisa Mújica. Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander, 2007. p. 17.

afirmar que estas tres novelas, como señala Mary G. Berg³⁰, centran su atención en problemas fundamentales para las mujeres del siglo XX: cómo definirse, cómo ser independiente, cómo enfrentar la vida con confianza en sí misma, cómo disfrutar de la sexualidad y de la amistad y cómo vivir simultáneamente una vida pública y una privada. Aspectos que no solo evidencian el giro hacia una mentalidad moderna, sino también una nueva manera de autodefinirse dentro de una sociedad que conserva grandes contradicciones.

Visto así, las representaciones que se crean en sincronía con los acontecimientos que modifican ciertas perspectivas de una sociedad permiten acceder a la atmósfera de una época, al mismo tiempo que abren la posibilidad de comprender fenómenos sumamente variables como lo es la modernización colombiana vista a través de la experiencia femenina. Por tal razón, la pregunta que guía la presente investigación es ¿Cómo deviene la representación de la mujer durante el proceso de modernización en Colombia entre los años de 1949 y 1984 a partir de la obra novelística de Elisa Mújica y su rol de escritora en la sociedad colombiana? Dicho interrogante surge tanto del minucioso estudio de la obra escritural de Elisa Mújica y del ambiente en el que se produce, como también de la cuidadosa revisión de diferentes trabajos que, como se podrá observar a continuación, se encargan de poner sobre la mesa toda la problemática vinculada a la figura de la mujer en medio de su experiencia de la modernidad en un país como Colombia.

De acuerdo con lo anterior, la investigación parte de una hipótesis orientada a demostrar cómo a partir de la representación femenina construida por la narrativa novelística de Elisa Mújica, se logra observar una paulatina transformación del papel que desempeñan las mujeres al interior de la sociedad colombiana desde mediados del siglo XX. Este cambio de perspectiva, enmarcado en el proceso de modernización de los años de 1949 a 1984, altera las concepciones más

³⁰ BERG, Mary G. Las novelas de Elisa Mújica. En: Ensayos críticos sobre la obra narrativa de Elisa Mújica. Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander, 2007. p. 59.

tradicionales del rol que desempeñan las mujeres colombianas quienes, desde finales del siglo XIX, hallan su representación casi invariable a causa de las condiciones sociales, políticas y culturales que definieron su situación material. Tales cambios se rastrean en el corpus de tres novelas, en las cuales son protagonistas la experiencia de vida de la autora junto con todas las problemáticas propias del acceso de las mujeres a la vida pública en Colombia.

El objetivo general del estudio es analizar el devenir de la representación de la mujer durante el proceso de modernización en Colombia entre los años de 1949 a 1984, a partir de la obra novelística de Elisa Mújica y su rol como escritora en la sociedad colombiana. Para llevar esto a cabo, los objetivos específicos que guían dicha búsqueda son:

- Describir cronológicamente la trayectoria intelectual y de vida de Elisa Mújica desde 1916 hasta el 2003.
- Identificar los acontecimientos coyunturales que inciden sobre el panorama social vinculado a la representación de la mujer durante el proceso de modernización en Colombia entre los años de 1949 a 1984.
- Rastrear el devenir de la representación de la mujer durante el proceso de modernización a través de las novelas *Los dos tiempos* (1949), *Catalina* (1963) y *Bogotá de las nubes* (1984).

ESTADO DE LA CUESTIÓN

La historia de las mujeres es un tema que ha cobrado gran relevancia en las últimas décadas gracias al auge de los estudios historiográficos que empezaron a centrar su interés en los sectores tradicionalmente excluidos del relato histórico. A partir de esto, indagar por las problemáticas vinculadas a la figura femenina resulta importante no solo porque permiten analizar el estrecho vínculo entre las

representaciones que de ella se producen y el panorama social del que se desprenden, sino también, porque por medio de dichas representaciones se logra comprender la singularidad de la experiencia histórica femenina durante el proceso de modernización, un momento clave en la transformación de la concepción de la mujer. Con esto en mente, las siguientes líneas recogen aquellos estudios que analizan variables como la historia de las mujeres, la modernización y las representaciones que surgen durante este proceso en torno a la figura femenina en Colombia, todos ellos considerados trabajos relevantes y antecedentes importantes de la presente investigación. No está de más señalar que este balance inicia desde una perspectiva general para posteriormente centrar su atención específicamente en el caso colombiano.

Para empezar, es importante mencionar que el surgimiento de la historia de las mujeres, en tanto que enfoque historiográfico, estuvo íntimamente relacionado con el desarrollo de la historia social durante el siglo XX. Como señala la historiadora Joan Scott³¹, la historia social brindó a la historia de las mujeres un gran apoyo en primer lugar, metodológico porque aportó las herramientas necesarias para la utilización de los diferentes préstamos interdisciplinarios sobre los cuales se apoya esta perspectiva. Segundo, porque conceptualizó como fenómenos históricos las relaciones de familia, la fertilidad y la sexualidad. Tercero, porque tomó distancia de la línea narrativa de la historia política, para adentrarse en el análisis de procesos sociales vistos desde la perspectiva de grupos particulares. En cuarto lugar, porque legitimó un interés en grupos habitualmente excluidos de la historia política. Pese a esto, para la historia social las cuestiones de género nunca aparecieron como un fenómeno que debía ser estudiado en sí mismo, pues encarnaba una variable que podía ser fácilmente integrada a otros análisis de carácter más amplio.

³¹ SCOTT, Joan. Género e Historia. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2008. p. 40.

Esto, aunado a otras contribuciones realizadas por miembros de la escuela francesa de *Annales* como Philippe Ariès y Georges Duby respecto a la indagación de la vida privada y los espacios tradicionalmente habitados por sujetos femeninos, permitió que a partir de la tercera generación de *Annales*, que además fue la primera en incluir mujeres, se consolidara un enfoque investigativo centrado concretamente en la mujer como sujeto de la historia de Occidente. Investigadoras de esta generación como Christiane Klapisch, Ariette Farge, Mona Ozouf y Michele Perrot³², quienes estudiaron de forma directa o indirecta la figura de la mujer dentro de la historia de Europa, contribuyeron a ampliar los límites de la tradición historiográfica que, después del mayo del 68 francés, abrió las puertas para la reflexión en torno a los sujetos ubicados al margen de los centros de poder³³. Cabe señalar que, aunque estas innovaciones se hicieron particularmente visibles en el campo de la historiografía francesa durante la década de los setenta, este cambio de perspectiva se produjo de forma más o menos simultánea en diferentes partes del mundo³⁴, desarrollando variantes en Estados Unidos, Los países Bajos, Alemania e Italia y más tarde en España, Portugal, India, Japón y América Latina³⁵.

La obra *La creación del patriarcado*³⁶ (1986) de la historiadora estadounidense Gerda Lerner, es una muestra del esfuerzo de las primeras historiadoras de esta generación por abarcar la historia del género femenino desde sus inicios. La autora, que toma como zona de estudio la antigua Mesopotamia, explica por medio de fuentes literarias y arqueológicas cómo se desarrolló la subordinación de la mujer en su vínculo con la aparición de la esclavitud, la división de clases y la división de poder del Estado. Desde esta mirada, según Lerner, el patriarcado, por medio de la

³² BURKE, Peter. La revolución historiográfica francesa. La Escuela de los Annales. 1929-1984. Op. cit., p. 68.

³³ DUBY, Georges y PERROT, Michelle. Escribir la historia de las mujeres. En: Historia de las mujeres. Tomo I. La Antigüedad. Madrid: Taurus, 1991. p. 3-12.

³⁴ BURKE, Peter. La revolución historiográfica francesa. La Escuela de los Annales. 1929-1984. Op. cit., p. 69.

³⁵ PERROT, Michelle. Mi Historia de las Mujeres. Op. cit., p. 16.

³⁶ LERNER, Gerda. La creación del patriarcado. Op. cit.

institucionalización del dominio masculino sobre las mujeres, desató un proceso histórico que tardó cerca de 2.500 años en completarse y que aún prevalece en ciertos ámbitos del orden social. Otro texto con una orientación similar es *Historia de las mujeres: una historia propia*³⁷, publicada por primera vez en lengua inglesa en 1988 por las historiadoras estadounidenses Bonnie S. Anderson y Judith P. Zinsser. En este estudio que realiza una síntesis de la historia de las mujeres en Europa desde el siglo IX hasta el XX, las autoras parten de la premisa de que las mujeres europeas estuvieron condicionadas, a lo largo de los siglos, esencialmente por su género, distinción que se impuso sobre otras como la de clase, raza, cultura o religión, otorgando a las mujeres espacios de participación sumamente estrechos pero que con el tiempo se fueron modificando.

Una obra posterior, también heredera de esta nueva perspectiva, es *Historia de las mujeres*³⁸ (1990), escrita bajo la dirección de Georges Duby y Michelle Perrot. La compilación recoge trabajos de historiadoras de distintas generaciones con un amplio recorrido en el estudio de las problemáticas femeninas como Natalie Zemon Davis, Joan Scott, Genviève Fraisse, Gisela Bock, Luisa Passerini y Judith Walkowitz, entre muchas otras que, a lo largo de cinco volúmenes, exploran una variedad de tópicos que toman al género como hilo conductor para poner de relieve una historia que, como mencionan Duby y Perrot³⁹, a menudo se considera inmóvil, pero que, a través de una mirada de larga duración que abarca desde la antigüedad hasta el siglo XX, permite observar cómo se produjeron los diferentes cambios y acontecimientos decisivos que afectaron la experiencia histórica femenina en Occidente.

³⁷ ANDERSON, Bonnie y ZINSSER, Judith. *Historia de las mujeres. Una historia propia*. Op. cit.

³⁸ DUBY, Georges y PERROT, Michelle. *Historia de las mujeres en Occidente*. 5 Vols., Madrid: Taurus, 1991.

³⁹ DUBY, Georges y PERROT, Michelle. *Escribir la historia de las mujeres*. Op. cit., p. 11.

Un libro más reciente que también adopta una mirada amplia sobre esta temática es *Mi historia de las mujeres*⁴⁰ (2006) de Michelle Perrot, un texto que reproduce las 25 emisiones que integraron el ciclo radiofónico “Historia de mujeres” realizado por Perrot en *France Culture* en 2005. Aquí, la autora inicia relatando la evolución de los puntos de vista que llevaron al nacimiento de esta corriente historiográfica y su participación en ella; seguidamente se introduce en el estudio del cuerpo, pasando por los símbolos de la feminidad y los espacios típicamente femeninos hasta culminar con la incursión de la mujer en la vida pública. De este modo, el análisis que ofrece Perrot abarca algunos aspectos de la experiencia histórica femenina, pero también su propia experiencia dentro de la evolución que este enfoque ha traído a la historiografía tradicional.

Entre otras aproximaciones resaltan textos que ofrecen una mirada más teórica acerca de los estudios historiográficos que giran en torno a la figura de la mujer, entre ellos: “La historia de las mujeres y la historia del género: aspectos de un debate internacional” (1991)⁴¹, escrito por la historiadora alemana Gisela Bock, “Replanteando la historia: mujeres y género en la historia contemporánea” (1991)⁴² de Mary Nash y *Género e historia* (1992)⁴³ de Joan Scott, trabajos que son tributarios del enriquecimiento conceptual que desde la década de los ochenta identificaron las categorías de análisis necesarias para problematizar la historia de las mujeres, las cuales además cuentan con la posibilidad de ser aplicadas a cualquier ámbito geográfico que se estudie.

En el caso latinoamericano, fue desde la década de los ochenta que los estudios sobre la mujer y el género empezaron a desarrollarse y consolidarse en

⁴⁰ PERROT, Michelle. *Mi Historia de las Mujeres*. Op. cit.

⁴¹ BOCK, Gisela. *La historia de las mujeres y la historia del género: aspectos de un debate internacional*. *Historia Social*, 1991, Vol. 9, pp. 55-77.

⁴² NASH, Mary. *Replanteando la historia: mujeres y género en la historia contemporánea*. En: *Los estudios sobre la mujer: desde la investigación a la docencia: Actas de las VIII Jornadas de Investigación Interdisciplinaria*, Madrid: Universidad Autónoma de Madrid, 1991, pp. 599-621.

⁴³ SCOTT, Joan. *Género e Historia*. Op. cit.

universidades y centros académicos. En la mayoría de los casos este enfoque surgió debido a las variadas coyunturas que confluyeron con el fin de otorgar mayor visibilidad a la población femenina, tales como las presiones de los movimientos de mujeres y feministas, las demandas del Estado y el apoyo de la cooperación internacional. Con todo esto, las mujeres vinculadas a la academia empezaron a centrar sus esfuerzos en estudiar la situación de las mujeres en sus propios países, ampliando, de este modo, las posibilidades de estudio para las jóvenes que apenas ingresaban a las universidades y al mundo académico⁴⁴.

Así pues, en América Latina, desde una perspectiva panorámica de la historia de las mujeres, algunos estudios que vale la pena mencionar son *Las Mujeres latinoamericanas: perspectivas históricas* (1978)⁴⁵ compilado por Asunción Lavrin e *Historia de las mujeres en América Latina* (2002)⁴⁶ compilado por Beatriz Guardia. En estos textos las autoras se dedican a indagar por las principales problemáticas sociales, económicas, familiares y políticas que experimentaron las mujeres latinoamericanas entre los siglos XVI y XX, desmitificando la imagen estereotipada de la mujer como un elemento secundario de la sociedad y del acontecer histórico en América Latina. Del mismo modo, investigaciones más específicas como *Historia de las mujeres en la Argentina* (2000)⁴⁷ dirigido por Fernanda Gil Lozano, Valeria Pita y María Gabriela Ni y, también, *Historia de las mujeres en Chile* (2011)⁴⁸ editado por Ana María Stiven y Joaquín Fernandois, son libros que se ocupan de reconstruir la historia de las mujeres de estas geografías durante los siglos XIX y

⁴⁴ ARANGO, Luz Gabriela Y PUYANA, Yolanda. Introducción. En: *Género, mujeres y saberes en América Latina. Entre el movimiento social, la academia y el Estado*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. 2007. p. 11.

⁴⁵ LAVRIN, Asunción. *Las Mujeres latinoamericanas: perspectivas históricas*. México: Fondo de Cultura Económica. 1978.

⁴⁶ GUARDIA, Beatriz. *Historia de las mujeres en América Latina*. Murcia: Departamento de Historia Moderna, Contemporánea y de América, Universidad de Murcia, 2002.

⁴⁷ GIL LOZANO, Fernanda; PITA, Valeria e INI, María Gabriela (Dir.). *Historia de las mujeres en la Argentina*. 2 Vols., Buenos Aires: Taurus, 2000.

⁴⁸ STIVEN, Ana María y FERMANDOIS, Joaquín (Ed.). *Historia de las mujeres en Chile*. 2 Vols., Santiago de Chile: Taurus, 2011.

XX, caracterizados por la visible evolución del papel femenino en la mayoría de las sociedades latinoamericanas.

En Colombia, los primeros estudios enfocados en la historia de las mujeres comenzaron a aparecer en la década del setenta por iniciativa de investigadoras pertenecientes a centros privados. En los ochenta surgieron nuevos trabajos que incorporaron la categoría del género como variable y a lo largo de los noventa se institucionalizaron centros especializados sobre el tema en algunas universidades públicas. Como mencionan Luz Gabriela Arango y Yolanda Puyana “en la Universidad Nacional de Colombia, este proceso se inició en 1986 con la creación del Grupo Mujer y Sociedad, y se institucionalizó en 1994 con la formación del Programa de Estudios de Género en la Facultad de Ciencias Humanas”⁴⁹. Así, igual que en los demás países de América Latina, en Colombia el inicio de este enfoque coincidió con nuevas fuerzas sociales como el masivo ingreso de mujeres a las universidades, los movimientos feministas y el aumento de la tasa de participación laboral de la mujer⁵⁰.

De acuerdo con lo anterior, se puede decir que, en Colombia, una obra que logra abarcar desde una mirada amplia y completa el estudio de la figura femenina es *Las mujeres en la historia de Colombia*⁵¹ (1995), dirigida por la historiadora Magdala Velásquez Toro. En esta compilación, dividida en tres tomos, se reúne el trabajo de más de cuarenta especialistas dedicados a investigar sobre la situación histórica de la mujer colombiana en ámbitos tan variados como la política, los movimientos sociales, la economía, el arte y la literatura. El período de tiempo estudiado abarca la historia de Colombia desde los tiempos precolombinos hasta el siglo XX, haciendo

⁴⁹ ARANGO, Luz Gabriela Y PUYANA, Yolanda. Introducción. En: *Género, mujeres y saberes en América Latina. Entre el movimiento social, la academia y el Estado*. Op, Cit., p. 11.

⁵⁰ PUYANA, Yolanda. Los estudios de mujer y género en la Universidad Nacional de Colombia. En: *Género, mujeres y saberes en América Latina. Entre el movimiento social, la academia y el Estado*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. 2007. p. 121.

⁵¹ VELÁSQUEZ TORO, Magdala. *Las mujeres en la historia de Colombia*. Tomo I: Mujeres historia y política, Tomo II: Mujeres y sociedad, Tomo III: Mujeres y Cultura. Bogotá: Norma, 1995.

especial énfasis en los acontecimientos coyunturales que definieron la situación de las mujeres colombianas durante el siglo XIX y los aspectos que lograron transformarla en el siglo XX.

En la historiografía colombiana otras investigaciones que realizan una gran contribución al estudio de las mujeres durante el siglo XX se pueden encontrar en libros, artículos y tesis de orden más específico y que se concentran, principalmente, en el panorama político, social y educativo vinculado a la población femenina en el país. Algunos libros que sobresalen en esta perspectiva son: *Historia, Género y Política. Movimientos de Mujeres y Participación Política en Colombia 1930-1991*⁵², publicado en 1994 por Lola G. Luna y Norma Villarreal, narra la participación política de la mujer en Colombia desde dos miradas, por un lado, la teórico-metodológica que parte de la llamada "historia de los de abajo" para comprender las luchas, las alianzas y la ideología que rodean la relación de las mujeres con la política. Por el otro, la historiográfica que presenta de forma diacrónica las actuaciones e intervenciones políticas de las mujeres colombianas durante el siglo XX. *La mujer colombiana y el proceso histórico de sus derechos*⁵³, publicado en 2002 por Hilda Emma Gómez de Monroy, también es un libro que recoge las transformaciones de la condición civil femenina en Colombia durante el siglo XX, a partir de la narración de los acontecimientos que contribuyeron a su incursión en el ámbito político.

Otras obras que tratan la condición femenina en el país, pero desde la perspectiva de los movimientos sociales son: *De la subversión a la inclusión: movimientos de mujeres de la segunda ola en Colombia, 1975-2005*⁵⁴ (2010) escrito por Doris Lamus Canavate; *Feminismos y estudios de género en Colombia. Un campo*

⁵² LUNA, Lola y VILLARREAL, Norma. *Historia, Género y Política. Movimientos de Mujeres y Participación Política en Colombia 1930-1991*. Barcelona: Edición del Seminario Interdisciplinar Mujeres y Sociedad, 1994.

⁵³ GÓMEZ DE MONROY, Hilda Emma. *La mujer colombiana y el proceso histórico de sus derechos*. Tunja: Academia Boyacense de Historia, 2002.

⁵⁴ LAMUS CANAVATE, Doris. *De la subversión a la inclusión: movimientos de mujeres de la segunda ola en Colombia, 1975-2005*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, ICANH, 2010.

*académico y político en movimiento*⁵⁵ (2010) compilado por Franklin Gil Hernández y Tania Pérez-Bustos y *Dinámicas del movimiento feminista bogotano: historias de cuarto, salón y calle, historias de vida (1970-1991)*⁵⁶ de Diana Marcela Gómez Correal publicado en 2010. Todos estos textos evidencian una preocupación común por la incidencia del devenir del feminismo en el horizonte de la mujer colombiana desde la década de los setenta, al mismo tiempo que ofrecen reflexiones en torno a los estudios feministas y de género en el país. Desde una perspectiva similar María Emma Wills Obregón en su tesis doctoral titulada *Las trayectorias femeninas y feministas hacia lo público en Colombia (1970-2000) ¿Inclusión sin representación?*⁵⁷ Se refiere a los problemas de la relación entre las mujeres y la política en Colombia y el camino que recorrieron para disfrutar de una ciudadanía plena, ante todo, se centra en el caso de las feministas y las mujeres que incursionaron en la política y la academia desde la década de los setenta hasta el año 2000.

Sobre esta misma temática, un artículo que vale la pena mencionar es “La feminidad y sufragismo colombiano durante el período 1944-1948” (1999)⁵⁸ escrito por Lola Luna, pues el texto rescata la importancia del sufragismo como movimiento social de resistencia a causa de la exclusión de las mujeres colombianas de la actividad política durante la década de los cuarenta. Asimismo, “Aspectos históricos de la condición sexual de la mujer en Colombia” (1986)⁵⁹ y “Condición jurídica y social de

⁵⁵ GIL HERNÁNDEZ, Franklin y PÉREZ-BUSTO Tania. *Feminismos y estudios de género en Colombia. Un campo académico y político en movimiento*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas. Escuela de Estudios de Género, 2010.

⁵⁶ GÓMEZ CORREAL, Diana Marcela. *Dinámicas del movimiento feminista bogotano Historias de cuarto, salón y calle Historias de vida (1970-1991)*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2011.

⁵⁷ WILLS OBREGÓN, María Emma. *Las trayectorias femeninas y feministas hacia lo público en Colombia (1970-2000) ¿Inclusión sin representación?* Tesis de Doctorado en Filosofía. Estados Unidos: The University of Texas at Austin, 2004. p. 324.

⁵⁸ LUNA LOLA. *La feminidad y sufragismo colombiano durante el período 1944-1948*. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*. 1999, No. 26, pp. 193-212.

⁵⁹ VELASQUEZ TORO, Magdala. *Aspectos históricos de la condición sexual de la mujer en Colombia*. *En: Voces Insurgentes*. Bogotá: Editora Guadalupe. 1986.

la mujer” (1989)⁶⁰ de Magdala Velásquez Toro, aparecen como referencias importantes a la hora de estudiar la evolución de la situación política femenina en Colombia. Además, resulta importante añadir que esta autora realizó una de las primeras contribuciones sobre la situación social, económica y política de la mujer colombiana en la colección de la *Nueva Historia de Colombia* publicada en 1989.

Para continuar con la línea temática de lo social, es necesario hacer referencia a la entrega número 9 de la revista *Historia Crítica* titulada: *Manos que no descansan. La mujer en las tradiciones textiles colombianas* (1994)⁶¹ a cargo de Suzy Bermúdez, donde se recogen una variedad de reflexiones en torno al trabajo femenino dentro del ámbito textil, la modernización de las tareas domésticas y la moda femenina, lo que permite realizar un acercamiento a otro espacio de la vida cotidiana de las mujeres en Colombia durante el siglo XX. Igualmente, publicaciones como “La historia de las mujeres en Colombia: entre la marginalidad y la limitada ascendencia social: primera parte: educación 1900-1960” (2003)⁶² de Magnolia Agudelo Velásquez y Nubia Mejía García, que se introduce en la exploración del papel de la mujer como protagonista y fuerza social transformadora de la sociedad colombiana del siglo XX; y el representativo trabajo de Mauricio Archila titulado “Aspectos sociales y políticos de las mujeres en Colombia, siglos XX y XXI” (2013)⁶³ que analiza los diferentes cambios de la situación material de la mujer colombiana hasta la primera década del siglo XXI, contribuyen con el enriquecimiento de la mirada social de la historia de las mujeres en el país.

⁶⁰ VELASQUEZ TORO, Magdala. Condición jurídica y social de la mujer. En: *Nueva Historia de Colombia*, Tomo IV. Bogotá: Editorial Planeta, 1989.

⁶¹ *Historia Crítica. Manos que no descansan. La mujer en las tradiciones textiles colombianas*; Bogotá: Universidad de los Andes, enero-junio 1994. No.9. ISSN 0121-1617.

⁶² AGUDELO VELÁSQUEZ, Magnolia y MEJÍA GARCÍA, Nubia. La historia de las mujeres en Colombia: entre la marginalidad y la limitada ascendencia social: primera parte: educación 1900-1960. *Revista de análisis de la actualidad política*. 2003, No. 5, pp. p. 62-68.

⁶³ ARCHILA, Mauricio. Aspectos sociales y políticos de las mujeres en Colombia, siglos XX y XXI. XVIII Congreso de la Asociación de Colombianistas "La mujer en Colombia". Ed. Colombianistas.org. Fitchburg State University, Regis College, 2013.

Por otro lado, artículos como “La primera mujer universitaria en Colombia: Paulina Beregoff 1920-1970, la Universidad de Cartagena su centro de docencia y formación” (2002)⁶⁴ escrito por Dora Piñeres De la Ossa; “Mujer e Historia”(2005)⁶⁵ de Adolfo León Atehortúa Cruz y Diana Marcela Rojas Rivera y “Breve recuento histórico de las mujeres colombianas en la ciencia y la ingeniería” (2008)⁶⁶ de Leyini Parra, introducen una mirada a la cuestión educativa desde un punto de vista más reciente a estos estudios sobre la mujer. No está de más mencionar que a este panorama se le suman investigaciones provenientes de otras disciplinas como la antropología y la sociología realizadas por reconocidas autoras colombianas del siglo XX, entre ellas Virginia Gutiérrez de Pineda⁶⁷ y Elssy Bonilla Castro⁶⁸, quienes a través del estudio de la familia y el trabajo femenino lograron hacer visibles diferentes problemáticas subyacentes a la condición de vida de las mujeres colombianas de este período.

Con lo dicho hasta aquí, resulta sumamente importante mencionar que toda esta revisión historiográfica entorno a la figura de la mujer se circunscribe a un panorama común que hizo posible el cúmulo de cambios que llevaron a la postulación de una historia de las mujeres: la modernidad. Sobre esta coyuntura es necesario observar con detenimiento las diferentes miradas que aportan los autores, ya que a partir de ellas se logra esclarecer el caso de la modernización colombiana, un fenómeno que

⁶⁴ DE LA OSSA, Dora Piñeres. La primera mujer universitaria en Colombia: Paulina Beregoff 1920 - 1970, La Universidad de Cartagena su centro de docencia y formación, Revista historia de la educación latinoamericana, 2002, No.4. Recuperado de https://revistas.uptc.edu.co/index.php/historia_educacion_latinamerican/article/view/1470

⁶⁵ ATEHORTÚA CRUZ, Adolfo León y ROJAS RIVERA, Diana Marcela. Mujer e historia. *Centro De Investigaciones Y Desarrollo Científico*, 2005. pp. 269-293.

⁶⁶ PARRA, Leyini. Breve recuento histórico de las mujeres colombianas en la ciencia y la ingeniería, *Antropología y Sociología*, 2008, No. 10, pp. 155-166.

⁶⁷ Algunos textos relevantes son: GUTIÉRREZ DE PINEDA, Virginia. Trabajo femenino y familia. Boletín Museo del Oro, 1986, No. 16. pp. 31-39; GUTIÉRREZ DE PINEDA, Virginia. Honor, familia y sociedad en la estructura patriarcal: el caso de Santander. Bogotá: Centro Editorial Universidad Nacional, 1988.

⁶⁸ Algunos textos relevantes son: BONILLA CASTRO, Elssy (Comp.) Mujer y familia en Colombia. Bogotá: Asociación Colombiana de Sociología. Departamento Nacional de Planeación, 1985; BONILLA CASTRO, Elssy. La mujer colombiana en la universidad y en el mundo del trabajo. Bogotá: Universidad de los Andes, Facultad de Economía, 1993.

se desarrolló durante gran parte del siglo XX y que esta investigación estudia en el marco de los años que van de 1949 a 1984.

La modernidad ha sido objeto de interés para el mundo académico no solo debido a que se encuentra íntimamente ligada a la reflexión sobre el sujeto, sino porque ella misma entraña el surgimiento de los diversos procesos ideológicos y sociales que aún configuran parte del mundo actual. Sobre la discusión en torno a la modernidad resulta de gran interés enfocarse, primero, en los aspectos de orden teórico que abarcan el fenómeno de forma global y permiten la comprensión de los debates que, posteriormente, aparecen desde perspectivas más concretas y brindan la oportunidad de adentrarse en el estudio de espacios específicos. Teniendo esto en cuenta, es necesario mencionar que sobre la modernidad existen gran variedad de estudios emblemáticos que, desde diferentes enfoques del conocimiento, coinciden en que la cultura y las condiciones sociales establecen un centro de análisis preciso para comprender este período de grandes contrastes.

En este sentido, una obra que constituye un importante referente para el análisis crítico de la modernidad, desde la perspectiva en la que esta investigación desea direccionarse, es *Todo lo sólido se desvanece en el aire* (1982)⁶⁹ de Marshall Berman, un texto que propone algunas claves para explicar el mundo moderno a través del cuidadoso estudio de la dialéctica entre modernidad y modernismo. Según el autor, la modernidad no solamente integra “la experiencia del tiempo y el espacio, de uno mismo y los demás”⁷⁰, sino que también es un fenómeno complejo que abarca de forma transversal a las sociedades, por lo que es necesario mirarlo desde unas divisiones temporales demarcadas, siendo el siglo XX la última y la más complicada de estas etapas debido a que en este punto el proceso de modernización se convierte en un hecho, se expande y logra abarcar todas las

⁶⁹ MARSHALL, Berman. *Todo lo sólido se desvanece en el aire: la experiencia de la modernidad*. México DF: Siglo veintiuno editores. 2011.

⁷⁰ *Ibid.*, p. 1.

esferas de la vida humana. Con esto, la distinción entre modernidad como fenómeno y modernización como proceso se convierte en un factor determinante a la hora de introducirse en el análisis de realidades tan singulares como la latinoamericana y las de otras naciones que durante el siglo XX representaron la idea del subdesarrollo.

Para el caso latinoamericano es posible encontrar trabajos que se insertan en una visión amplia de esta problemática, sin descuidar los aspectos históricos que subyacen al proceso de modernización en los países de América Latina, la mayoría de los estudios hacen énfasis en el desarrollo como eje principal para este tránsito a la modernidad. Textos como *El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus principales problemas* (1949)⁷¹ a cargo del economista chileno Raúl Prébisch y *Dialéctica del desarrollo* (1965)⁷² de Celso Furtado, se enfocan en un análisis acerca de la inserción de América Latina en la economía mundial utilizando como eje de referencia el concepto centro-periferia, lo que permite mostrar la estructura asimétrica que lleva a que los países latinoamericanos sean vistos como sectores atrasados en materia industrial. Dentro de la misma línea temática, otro trabajo que permite pensar esta problemática es *La invención del tercer mundo: construcción y deconstrucción del desarrollo*⁷³ (1998) escrito por Arturo Escobar, un libro que narra las diferentes problemáticas a nivel económico, social y cultural que los considerados países del Tercer Mundo han tenido que vivir por cuenta del fervor intenso del desarrollo, pues parece que la tan anhelada transformación solo ha logrado profundizar las marcadas problemáticas de estas sociedades, haciendo fracasar, una y otra vez, los proyectos de construcción de una modernidad que nunca logra ser idéntica a la occidental.

⁷¹ PRESBICH, Raúl. *El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus principales problemas*. Santiago: CEPAL- Naciones unidas. 1949.

⁷² FURTADO, Celso. *Dialéctica del desarrollo*. México D.F: Fondo de Cultura Económica. 1972.

⁷³ ESCOBAR Arturo. *La invención del tercer mundo: construcción y deconstrucción del desarrollo*. Bogotá: Editorial Norma. 1998.

En el ámbito colombiano la discusión sobre la modernidad encuentra varias posturas que beben, de igual forma, de las ideas desarrollistas mencionadas líneas arriba. Pese a esto, la mayoría de los estudios evidencian la idea común de que la modernidad en Colombia existe solo en términos de modernización, pues la dimensión económica contuvo el desarrollo en otras esferas de la sociedad dando lugar a miradas como la de Daniel Pécaut que en su texto “Modernidad, modernización y cultura”(1990)⁷⁴, donde señala que la entrada a la modernidad en Colombia se produjo por *vía negativa* al responder a un proceso de modernización superficial que habría acarreado una serie de bloqueos culturales y políticos, evidenciando múltiples obstáculos para llevar a cabo la realización de un proyecto moderno.

Para Consuelo Corredor Martínez en su libro *Los límites de la modernización*⁷⁵ (1992), la crisis social y política que, durante la década de los ochenta, empieza a invadir progresivamente las esferas de la vida nacional no resulta ser más que el largo proceso de erosión del orden tradicional, causado por los límites del modelo liberal de desarrollo que al integrar los intereses de las élites dominantes, desintegra y atomiza los intereses de las mayorías, cuestión que gesta los principales obstáculos para la configuración de una sociedad moderna. En otras palabras, para Corredor lo que se produce en Colombia es una modernización económica ajena a un proyecto de modernidad, pues mientras el país se industrializa las estructuras sociales permanecen inalteradas, perpetuando los problemas de exclusión y marginalidad.

Por su parte, en el texto *Colombia: La modernidad postergada*⁷⁶ (1998), Rubén Jaramillo Vélez señala que en el país la experiencia de la modernidad aún no se ha concretado, debido a que la modernización material del siglo XX permitió un avance

⁷⁴ PÉCAUT, Daniel. Modernidad, modernización y cultura. *Gaceta*, 1990. No. 8.

⁷⁵ CORREDOR MARTÍNEZ, Consuelo. *Los límites de la modernización*, Santafé de Bogotá: Cinep-Facultad de Ciencias Económicas Universidad Nacional de Colombia, 1992.

⁷⁶ JARAMILLO VELEZ, Rubén. *Colombia: La modernidad postergada*. Op. cit.

en materia infraestructural, industrial y de desarrollo económico que no se hizo consiente en el pensamiento de las masas populares, las cuales continuaron arraigadas a los dogmas y a la moral católica, creando una suerte de sincretismo entre lo moderno y lo premoderno. En este sentido, que se haya pasado del “institucionalismo católico a la anomia social sin haber conocido la secularización”⁷⁷, resulta ser la causa de que muchos procesos, iniciados desde la colonia, quedaran inconclusos, convirtiéndose en los fantasmas que han impedido a Colombia entrar a la modernidad y prolongar los enormes problemas sociales.

En oposición a estas miradas, Jesús Martín Barbero en su ensayo “Modernidades y destiempos latinoamericanos” (1998)⁷⁸, plantea una forma diferente de concebir la modernidad en Latinoamérica y Colombia al incorporar la heterogeneidad de la que se componen las realidades de estos pueblos como eje de análisis para comprender sus procesos. Pensar en una modernidad plural, o modernidades, abre la posibilidad de mostrar que la modernidad no es el ineluctable resultado de la modernización económica, sino un entretejido que incluye lo social, cultural y político que varía según las coyunturas de cada geografía. En el caso colombiano, la dialéctica entre tradición y modernidad da lugar a una variedad de fenómenos como la pobreza y la violencia, que no necesariamente son manifestaciones del atraso del país en términos desarrollistas, sino el reflejo de las variantes que puede producir una vida moderna.

En tal sentido, Jorge Orlando Melo en su artículo “Algunas consideraciones globales sobre “modernidad” y “modernización” en el caso colombiano”(1990)⁷⁹, ya había hecho énfasis en que la modernización en el país no solo fue un proceso económico que dejó de lado aspectos políticos y culturales, pues resulta evidente que durante

⁷⁷ Ibid., p. 55.

⁷⁸ BARBERO, Jesús Martín. Modernidades y destiempos latinoamericanos. *Nómadas*. 1998. Vol. 8, pp. 20-34.

⁷⁹ MELO, Jorge Orlando. Algunas consideraciones globales sobre "modernidad" y "modernización" en el caso colombiano. Op. cit.

el siglo XX la política colombiana también se modernizó al mejorar la capacidad del Estado para expandir servicios como la educación y promover desarrollos básicos de infraestructura⁸⁰, aspectos que a mediano plazo permitieron mejorar el bienestar de los colombianos y modernizar el entorno social. Por su parte, la modernización cultural, aunque menos evidente, también se manifestó en cuatro procesos: a) El desarrollo de un sistema escolar que a partir de 1960 constituyó un sistema esencial de socialización y de preparación para el trabajo; b) La aparición de un mercado cultural que incluyó la prensa, la radio, la televisión y la industria del libro; c) la creación de una práctica científica que consolidó algunas áreas de las ciencias sociales que a partir de la década de 1960 fueron decisivas en la generación del discurso que configura la identidad nacional y d) el predominio de la cultura laica, mucho más individualista⁸¹. Lo anterior, le permite a Melo concluir que el ingreso a la modernidad en Colombia no debe quedar en duda, “así sus sectores modernos se apoyen en las instituciones tradicionales, convivan con ellas y las reconstruyan permanentemente”⁸², el país claramente se encuentra en el mundo moderno.

Para Fabio Giraldo Isaza y Héctor Fernando López en su texto titulado “La metamorfosis de la modernidad” (1991)⁸³, la modernización, entendida como el desarrollo técnico-instrumental, no actúa sin alterar la sensibilidad social y la vida de los individuos. Aunque los teóricos del dualismo tradición/modernidad consideren que el desarrollo de las fuerzas productivas solo afectó el estilo de vida de las élites y la clase media emergente, al introducirlas en la sociedad de consumo, mientras la vida de las masas transcurrió entre la tradición católica y los valores heredados de la colonia, lo cierto es que, como lo plantean estos autores, la marginalidad, la pobreza y la violencia también aparecen como expresiones de una racionalidad

⁸⁰ MELO, Jorge Orlando. Algunas consideraciones globales sobre "modernidad" y "modernización" en el caso colombiano. Op. cit., p. 33.

⁸¹ Ibid., p. 34.

⁸² Ibid., p. 35.

⁸³ GIRALDO ISAZA, Fabio y LÓPEZ Héctor Fernando. La metamorfosis de la modernidad. En: *Colombia: el despertar de la modernidad*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. 1991. pp. 248-310.

moderna. En Colombia, como en varios países de Latinoamérica, los factores que marcaron la transición hacia la modernidad ocurrieron de forma lenta y contradictoria. Aunque se intentaron adoptar modelos de modernización inspirados en Europa y Norteamérica el resultado no fue una modernidad a medias, sino una modernidad llevada a cabo en las contradicciones propias de la periferia.

Llegado este punto, se hace necesario centrar la mirada en el tema de la representación, pues es a partir de allí que todo este problema dicotómico entre modernidad/modernización en Colombia puede ser visto y comprendido a través del caso específico del devenir de la figura femenina. Los textos elegidos hacen parte de una mirada que se toma como referente a la hora de abordar el estudio de la representación de la mujer, teniendo en cuenta que esto se realiza a partir de la obra novelística de Elisa Mújica y su rol de escritora en la sociedad colombiana de mediados del siglo XX. Por tal razón, se rescatan aquellos que guardan una conexión temática y, en ocasiones, metodológica con la investigación que aquí se presenta.

El primer texto que vale la pena rescatar es *Ellas y nosotras. Luchas y contradicciones en los modos de representar a la mujer (1930-1932)*⁸⁴ publicado en 2011 por la historiadora Diana Paola Pardo Pedraza. Allí, a partir del análisis del discurso, la autora examina las representaciones y autorepresentaciones de la mujer en el periódico *El Tiempo* durante los años de 1930 a 1932. Con esto, logra realizar un acercamiento a los diferentes modos de representar a la mujer, como también a los conflictos y a las contradicciones que supuso este proceso de creación mediado por la construcción discursiva tanto de hombres, como de mujeres, y el papel que jugaron aspectos como el género y las relaciones de poder durante la época.

⁸⁴ PARDO PEDRAZA, Diana Paola. *Ellas y nosotras. Luchas y contradicciones en los modos de representar a la mujer (1930-1932)*. Bogotá: Ediciones Uniandes. 2011.

Una tesis interesante, trabajada desde una perspectiva similar, es *Mujeres, prensa escrita y representaciones sociales de género en Medellín entre 1926 y 1962* (2011)⁸⁵ escrita por Juliana Restrepo Sanín. Este texto analiza el trabajo de las primeras mujeres periodistas en los medios impresos de Medellín. Cabe señalar que el período sobre el que la autora hace énfasis es relevante por los numerosos cambios en la condición social y legal de las mujeres, a lo que se añade el papel que la prensa jugó en la difusión de nuevas formas de representaciones sociales de género. Como señala Restrepo: “con la modernización de la prensa en Colombia cada vez más mujeres accedieron a los medios y su presencia en las salas de redacción dejó de ser algo extraño”⁸⁶, situación que transformó totalmente los roles sociales que hasta finales del siglo XIX habían estado estrictamente definidos.

Otro libro que es muy importante señalar es *Devenir escritora. Emergencia y formación de dos narradoras colombianas en el siglo XIX*⁸⁷ publicado en 2015 por la investigadora Ana María Agudelo Ochoa. Este texto permite realizar un acercamiento a una nueva representación de la mujer colombiana de finales del siglo XIX a partir de la figura de Josefa Acevedo de Gómez y Soledad Acosta de Samper, dos mujeres que se caracterizaron por desarrollar una vida intelectual fuera de los rígidos cánones impuestos para el desempeño de actividades femeninas en su época. Desde esta mirada, Agudelo reconstruye las páginas de los libros de ambas autoras y a la vez el contexto en que ellas se formaron y emergieron como autoras esenciales de las letras colombianas.

⁸⁵ RESTREPO SANÍN, Juliana. *Mujeres, prensa escrita y representaciones sociales de género en Medellín entre 1926 y 1962* Tesis de Maestría en Historia. Medellín: Universidad Nacional de Colombia, 2011. p. 232.

⁸⁶ *Ibid.*, p. IX.

⁸⁷ AGUDELO OCHOA, Ana María. *Devenir escritora. Emergencia y formación de dos narradoras colombianas en el siglo XIX*. Medellín: Universidad de Antioquia. 2015.

Desde otra perspectiva, el libro titulado *Star system y la mujer: representaciones de lo femenino en Colombia de 1930 a 1940* (2016)⁸⁸ escrito por Felipe Beltrán, Diego Bermúdez, Jesús Alfonso Gallardo Vega y Claudia Angélica Reyes Sarmiento, resulta un estudio sumamente interesante sobre la construcción de lo femenino, las subjetividades y su relación con la producción de discursos visuales dentro del campo del diseño gráfico en Colombia, todo esto, en una época en la que el proceso de modernización se estaba empezando a cimentar, no solo en el ámbito material, sino en la mente de las mujeres colombianas, quienes además de continuar ejerciendo los roles tradicionales del siglo XIX, empezaron a experimentar con una estética moderna. Este deseo por introducirse en la modernidad contribuyó a la construcción de una imagen que incorpora todos los elementos del contexto social y cultural colombiano de la década de 1930, entre ellos el gobierno del partido liberal que a su vez tuvo como proyecto principal el de la modernización del país.

Por último, una tesis que llama la atención sobre esta temática es *Más allá de un pintalabios: representaciones sociales de las mujeres de Pereira durante la década 1975-1985*⁸⁹ escrita por los historiadores Lisandro René López Martínez y Néstor Alonso Gómez Arango. En ella, los autores estudian diferentes formas de representación social de las mujeres en la ciudad de Pereira durante la llamada “Década de la Mujer”, a través del análisis de la imagen política y social femenina entre los años de 1975 a 1985. Con esto en mente, buscan identificar una serie de factores que enmarcan una posible identidad de la mujer pereirana de ese período, a la vez que indagan por los imaginarios, opiniones o estereotipos que alrededor de estas mujeres se tejen en fuentes como las publicaciones de prensa e incluso los relatos orales.

⁸⁸ BELTRÁN, Felipe; BERMÚDEZ, Diego; GALLARDO VEGA, Jesús Alfonso y REYES SARMIENTO, Claudia Angélica. *Star system y la mujer: representaciones de lo femenino en Colombia de 1930 a 1940*. Bogotá: UTADEO, 2016.

⁸⁹ LÓPEZ MARTÍNEZ, Lisandro René y GÓMEZ ARANGO, Néstor Alonso. *Más allá de un pintalabios: representaciones sociales de las mujeres de Pereira durante la década 1975-1985*. Tesis de Maestría en Historia. Pereira: Universidad Tecnológica de Pereira, 2019.

En síntesis, las investigaciones que muestran una preocupación por la historia de las mujeres durante el proceso de modernización, desde los diferentes enfoques señalados líneas arriba, constituyen un trabajo que en las últimas décadas ha suscitado la atención de historiadores como de otros profesionales de las Ciencias Sociales. Metodológicamente, estos estudios han optado por utilizar la fuente periódica, pero adicional a ello, se puede observar el aumento del interés por fuentes de otro tipo como la oral, la iconográfica y la literaria. Aunado a esto, la amplia gama de posibilidades conceptuales, que varía según la preferencia de cada investigador a la luz de su aparato teórico, ayuda a expandir el campo de análisis y abre la puerta a las miradas de corte interdisciplinar.

ELECCIÓN TEÓRICA Y METODOLÓGICA

En vista de lo expuesto hasta aquí, se torna necesario dar paso a la formulación del cuerpo teórico y metodológico que permite a esta investigación desarrollar los objetivos planteados. En primer lugar, se aborda la distinción entre las nociones de modernidad y modernización, haciendo énfasis en esta última con el fin de introducirse de lleno en el estudio del caso de la modernización colombiana. Asimismo, se expone la perspectiva desde la que se trabaja el concepto de representación, seguido de la noción deleuze-guattariana de devenir-mujer y sus implicaciones teóricas. En un segundo momento, se ahonda en la elección metodológica que guía el estudio, así como en los procedimientos aplicados para su desarrollo.

Para empezar, es preciso decir que la modernidad más allá de ser un concepto filosófico abstracto puede ser comprendida como una experiencia inmanente a la vida actual que integra “la experiencia del tiempo y el espacio, de uno mismo y los

demás, de las posibilidades y los peligros de la vida”⁹⁰. Todas estas expresiones de la relación entre el sujeto y el mundo hacen parte de un común denominador de la vida moderna, esto es, la sensación de encontrarse inmerso en un mundo exento de certezas, pero lleno de contrastes que al mismo tiempo que provoca rupturas en las estructuras tradicionales de la sociedad, une a la misma, interconectando y transformando constantemente tanto al individuo como a su entorno. Esta simultánea transformación que se apodera rápidamente de las diferentes capas de lo colectivo y lo individual, permite observar que los presupuestos sobre los cuales se habían erigido las bases de la humanidad forman parte de un universo cambiante en el que la dialéctica entre desintegración y renovación posibilita la emergencia de nuevas ideas que se superponen unas a otras para después ser cambiadas, transformadas o eliminadas de la experiencia que significa la vorágine de la modernidad.

Con esto, se observa que la modernidad no solamente es un fenómeno complejo debido a su inminente carácter transversal, sino también a su amplio espectro temporal. Por esta razón, se pueden distinguir en ella tres fases, la primera, se extiende desde comienzos del siglo XVI hasta finales del siglo XVIII, momento en el que se comienzan a experimentar los primeros indicios de la modernidad, pero aún sin una conciencia plena de los cambios que se están produciendo en la sociedad; la segunda fase inicia con el movimiento revolucionario de 1790, donde los ideales que ha ido forjando la modernidad se manifiestan de forma abrupta en la vida social y política sin erradicar por completo los valores del antiguo régimen, lo que lleva a entrar en una dicotomía del pensamiento que da lugar, en el siglo XIX, al despliegue de las ideas de modernización y modernismo. Por último, la tercera fase emerge en

⁹⁰ MARSHALL, Berman. Todo lo sólido se desvanece en el aire: la experiencia de la modernidad. Op. cit., p. 1.

el siglo XX, donde el proceso de modernización se convierte en un hecho, se expande y logra abarcar todas las esferas de la vida humana⁹¹.

Con el fin de centrar la atención en este proceso, es preciso partir del estudio de la tercera de las fases planteadas líneas arriba, ya que permite comprender a la modernidad como un nuevo panorama rebotante de cambios y expectativas que, de la mano de la modernización, logra llevar a la sociedad a un estadio de desarrollo propiciado por una atmósfera impregnada de descubrimientos científicos, industrialización, crecimiento urbano, cambios políticos y movimientos sociales, que se encargan de mantener este proceso en un “estado de perpetuo devenir”⁹², nutriendo diversas formas de ver el mundo y otorgando a los individuos la posibilidad de ser partícipes de ese cambio, a la vez como sujetos y objetos de la modernización. Entonces, ser moderno significa estar atrapado en ese constante estado de devenir, es comprender que el mundo constituye un rizoma de multiplicidades y que por ello es necesario observarlo, ya no desde la mirada hegemónica que buscaba la conservación de las estructuras sólidas y las verdades eternas, sino desde la perspectiva de lo múltiple y lo cambiante.

Visto así, se puede afirmar que la modernidad, en tanto que experiencia existencial, se distingue del proceso que la alimenta: la modernización, entendida como “el impulso de crear un espacio totalmente modernizado en el que el aspecto y el sentimiento del viejo mundo han desaparecido sin dejar huella”⁹³. Esta modernización, como proceso material y espiritual, político, económico y social sigue caminos diferentes según las coyunturas del espacio geográfico en el que se desarrolla, pues como señala Marshal Berman, aunque existan mapas que intenten trazar vías para llevar a cabo el proyecto de la modernidad, “no hay ninguna razón para que todas las ciudades modernas se vean y piensen como Nueva York, Los

⁹¹ Ibid., p. 3.

⁹² Ibid., p. 2.

⁹³ Ibid., p. 38.

Ángeles o Tokio”⁹⁴. Tal es el caso de los países de América Latina que, por mucho tiempo, han estado atrapados en la dinámica impuesta por la idea del desarrollo que se empeña en propiciar la consolidación de modernidades de características similares a la europea, negando las particularidades culturales y civilizatorias que se presentan en estos territorios.

De este afán desarrollista se desprende la implantación de diferentes proyectos de modernización en toda Latinoamérica, los cuales priorizaron la inserción de los países en el mercado capitalista mundial por medio del modelo primario exportador que, en últimas, apuntaba a la industrialización, identificada como sinónimo de modernización. Esta vía intentaba fomentar un desarrollo autónomo que permitiera a las naciones latinoamericanas romper con la dependencia que habían construido con los llamados “países desarrollados”, sin embargo, lo que hizo fue afianzar este vínculo. A partir de esto, surge la formulación de diversas perspectivas que coinciden en interpretar la modernidad de los países latinoamericanos como una deformación de la modernidad europea. Las irresueltas problemáticas económicas, políticas y sociales, al igual que la continuidad de un pensamiento profundamente arraigado a la tradición religiosa serían la muestra del “atraso” que impide a estas sociedades salir de la colonialidad y consolidar el proyecto de la modernidad.

En el caso colombiano todas estas formulaciones convergen en un pensamiento común: Colombia aún no ha entrado en la modernidad. Para los teóricos de esta mirada la experiencia del país ha sido la de “una modernidad postergada”⁹⁵ o “una modernización sin modernidad”⁹⁶, debido a que la modernización económica contribuyó más al desarrollo técnico-instrumental que con la renovación y mejoramiento de las demás esferas de la vida colombiana. Esto deviene de la manifestación de distintos fenómenos “derivados de un orden tradicional

⁹⁴ Ibid., p. 123.

⁹⁵ JARAMILLO VELEZ, Rubén. Colombia: La modernidad postergada. Op. cit.

⁹⁶ CORREDOR MARTÍNEZ, Consuelo. Los límites de la modernización. Op. cit.

profundamente erosionado por la modernización, sin la construcción de valores modernos⁹⁷ que, en la década de los ochenta, desencadenaría una crisis social evidenciada en la poca capacidad de las estructuras políticas para resolver problemáticas sociales como la pobreza, la desigualdad, el desempleo y el naciente fenómeno del narcotráfico.

Tomando esta perspectiva como punto de partida, replantear el análisis acerca de las naciones latinoamericanas como intentos fallidos de una modernidad occidental única e invariable se convierte en una prioridad para este trabajo. Por ello, resulta necesario insistir en que, como señala Berman, la modernidad es una experiencia particular, que se desarrolla de forma diferente y de acuerdo con el ambiente social, político y cultural de cada geografía. Por la misma razón la modernización afecta de manera distinta a las poblaciones y el caso colombiano no es la excepción. Para comprenderlo es significativo partir de tres premisas que permiten analizar los singulares y específicos procesos que dan lugar a la modernización del país y además ayudan a visibilizar el panorama en el que se producen.

1. La modernización colombiana del siglo XX no es un proceso meramente económico que excluye la modernización del ámbito político y cultural⁹⁸.
2. Colombia hace parte del mundo moderno, así sus sectores modernos se apoyen en las instituciones tradicionales, convivan con ellas y las reconstruyan permanentemente⁹⁹.
3. “La modernización, entendida como el desarrollo material auspiciado por los avances técnico-instrumentales, no puede actuar sin transformar la sensibilidad social y afectar directamente el mundo de la vida”¹⁰⁰.

⁹⁷ Ibid., p. 24.

⁹⁸ MELO, Jorge Orlando. Algunas consideraciones globales sobre "modernidad" y "modernización" en el caso colombiano. Op. cit., p. 32.

⁹⁹ Ibid., p. 35

¹⁰⁰ GIRALDO ISAZA, Fabio y LÓPEZ Héctor Fernando. La metamorfosis de la modernidad. Op. cit., p. 259.

Como ya se ha mencionado, para Jorge Orlando Melo la modernización colombiana del siglo XX no solo debe ser comprendida en términos económicos, pues junto con la consolidación del capitalismo, la modernización económica también extendió sus procesos modernizadores al ámbito político y cultural. Por un lado, la modernización política se empieza a manifestar con la creciente capacidad del Estado para manejar eficientemente las variables macroeconómicas con el fin de expandir servicios como la educación y promover desarrollos básicos de infraestructura como la urbanización y la construcción de carreteras. Aunque se siga conservando cierta incapacidad en el dominio del orden público y de la justicia.

Por el otro, la modernización cultural se hace visible en procesos como: a) el desarrollo de un sistema escolar masivo que a partir de 1960 se constituye como un ámbito esencial de socialización y preparación al trabajo; b) la aparición de un mercado cultural nacional fortalecido por la prensa y la radio desde la década de 1950, por la televisión desde los setenta y por la industria del libro a partir de los ochenta; c) la creación de una práctica científica que consolidó algunas áreas de las ciencias sociales que a partir de la década de 1960 fueron decisivas; y d) el dominio de una cultura laica que se hace explícita en la autonomía que cobra la ética individual al apartarse de las orientaciones religiosas.

Estos factores permiten afirmar que “tras un proceso de una velocidad que no tuvo pares en los países clásicos, Colombia está claramente en el mundo moderno, así sus sectores modernos se apoyen en las instituciones tradicionales, convivan con ellas y las reconstruyan permanentemente”¹⁰¹. Las contradicciones que se presentan tanto en lo social, como en lo cultural, son muestra de la convivencia de estos elementos conservadores, herederos de una tradición colonial, y un pensamiento moderno. Como mencionan Fabio Giraldo Isaza y Héctor Fernando López, “la modernización, entendida como el desarrollo material auspiciado por los

¹⁰¹ MELO, Jorge Orlando. Algunas consideraciones globales sobre "modernidad" y "modernización" en el caso colombiano. Op. cit., p. 35.

avances técnico-instrumentales, no puede actuar sin transformar la sensibilidad social y afectar directamente el mundo de la vida”¹⁰². Por esta razón, es posible afirmar que los fenómenos sociales que se producen en el país a lo largo del siglo XX responden tanto a la modernización de las diferentes esferas de la vida cotidiana como también a un cambio en la estructura del pensamiento, aunque éste se vaya evidenciando de forma lenta.

A partir de lo anterior, es posible afirmar que la modernidad colombiana no es de ninguna manera una experiencia postergada o incompleta, sino el resultado de un proceso de modernización que surge en medio de unas condiciones económicas, sociales, políticas y culturales específicas que es necesario revisar con detenimiento. Aunque la teoría de la modernización tienda a simplificar linealmente los procesos de cambio, resulta necesario tener en cuenta que la simultánea existencia de instituciones y situaciones “tradicionales”, con un pensamiento que empieza modernizarse, es la principal causa de estas marcadas contradicciones que definen la particular modernidad colombiana y el proceso de modernización que se emplea para materializarla.

Ahora bien, si analizar la modernización, vista desde la perspectiva particular colombiana, resulta una tarea sumamente amplia debido al sinnúmero de elementos que es necesario tener en cuenta a la hora de abordar su impacto a nivel individual y colectivo, introducirse en un estudio más subjetivo lleva consigo un esfuerzo mayor. Por tal razón, esta investigación retoma el tema de las representaciones, pues ellas sirven como hilo conductor para comprender las nuevas concepciones de mundo que se gestan a partir de los cambios paulatinos que trae consigo la incursión a una vida moderna. Así pues, para adentrarse en el estudio de la noción de representación es necesario mencionar que, aunque no sea el objetivo principal de las siguientes líneas indagar por la acepción filosófica de este concepto,

¹⁰² GIRALDO ISAZA, Fabio y LÓPEZ Héctor Fernando. La metamorfosis de la modernidad. Op. cit., p. 259.

conviene realizar unas breves puntualizaciones sobre su uso en la tradición filosófica y su posterior aplicación a este trabajo.

Desde los presocráticos, comprender y explicar los cambios que percibe el sujeto ha estado asociado a la construcción de una imagen del mundo. En Platón esa preocupación se convierte en una necesidad por conocer la verdad, pues las representaciones aparecen como copias del mundo sensible, es decir, como una presencia incompleta de algo que se encuentra más allá del mundo que perciben los sentidos. Por esta razón resulta obligatorio acceder, no solo a las imágenes que sobre la realidad se construyen, sino también a su plano inteligible, a su composición interna, ósea a las ideas de donde provienen estas representaciones. Dicha necesidad se muestra, tradicionalmente, a través de metáforas visuales donde “la luz se erige en figura de la presencia y la oscuridad en símbolo de la ausencia”¹⁰³. A partir de ello, presencia y ausencia se muestran como dos constantes de la representación, un juego de persecución en el que se ocultan y desocultan los objetos que el sujeto percibe y representa.

Ya en la filosofía moderna, Immanuel Kant plantea una nueva visión sobre el concepto de representación, señalando que con éste se pueden designar tanto objetos de carácter mental como a los que son percibidos a través de los sentidos. Entonces se habla de la representación antes y después Kant, ya que posterior a este planteamiento los filósofos empiezan a admitir que pueden producirse nuevas representaciones a través del lenguaje, en la medida en que el lenguaje reflexiona sobre sí mismo y un discurso no tiene más referencias que sí mismo, en otras palabras, él es en sí mismo una representación¹⁰⁴.

¹⁰³ LEFEBVRE, Henri. La presencia y la ausencia. Contribución a la teoría de las representaciones. México: Fondo de Cultura Económica, 1983. p. 120.

¹⁰⁴ Ibid., p. 53.

Para Arthur Schopenhauer “el mundo es mi representación”¹⁰⁵ es una premisa que abarca la idea de que solo gracias a las representaciones se pueden aprehender los objetos, pues el mundo que rodea al sujeto no es más que una representación, es decir, la revelación del representante que es él mismo. El tiempo, el espacio y la causalidad son los principios fundamentales a partir de los cuales se construye esta percepción del mundo. Sin embargo, si hay una verdad en materia de conocimiento, siguiendo a Schopenhauer, es que el mundo es objeto en tanto existe un sujeto que lo conoce, lo percibe y lo representa, pues el mundo es representación¹⁰⁶.

Con lo anterior, es posible afirmar que en la tradición filosófica el mundo sensible es el punto de partida para reconocer una representación ya sea de lo cosmológico, de lo social o lo cultural, de ahí se desprende la idea de que una representación es necesariamente una imagen. Para Martín Heidegger¹⁰⁷ la palabra imagen hace pensar en la reproducción de algo, no a modo de calco sino de “estar al tanto”, lo que quiere decir que la cosa que representa el sujeto vuelve y aparece tal como se presenta ante el observador, así estar al tanto también implica estar enterado, estar preparado para algo y tomar las consiguientes decisiones. Allí donde el mundo se convierte en imagen lo ente se encuentra dispuesto gracias a que el hombre lo sitúa ante sí, lo reproduce y lo representa.

Según esto, la imagen del mundo sería una especie de cuadro de lo ente y que el mundo se convierta en imagen es exactamente el mismo proceso por el que el hombre se convierte en sujeto, pues según Heidegger pensar es representar¹⁰⁸ y en tanto que el sujeto representa se convierte a sí mismo en enunciador. De esta manera, una representación puede comprenderse como la forma en que se manifiesta el mundo a través de los ojos de un enunciador, en este caso como los

¹⁰⁵ SCHOPENHAUER, Arthur. El mundo como voluntad de representación. Madrid: Trotta. 2009. p. 51.

¹⁰⁶ Ibid.

¹⁰⁷ HEIDEGGER, Martín. Caminos de Bosque. Madrid: Alianza, 2010. pp. 73 - 74.

¹⁰⁸ Ibid. p. 87.

principales enunciadores del proceso histórico femenino, en principio, fueron hombres, las representaciones creadas por ellos se encuentran mediadas por una concepción masculina que reproduce y da sentido al mundo que les es propio. Cuando las mujeres empiezan a crear sus propias representaciones, influidas por el acontecer histórico-social que determina su realidad inmediata e introduce un cambio de mirada con referencia a su anterior posición dentro de la sociedad, se logra acceder a una interpretación diferente del acontecer histórico.

De acuerdo con lo anterior, en esta investigación todo el contenido del mundo, junto con sus imaginarios, prejuicios y los elementos simbólicos que componen la realidad del representante constituyen el material utilizado por Elisa Mújica para crear la representación que sobre la mujer muestra desde la ficción, aunque en principio su referente sea histórico. Se trata, claro, de la representación de las mujeres de una época específica, pero ante todo de una construcción que surge de las coyunturas que posibilitaron su incursión en la vida pública colombiana entre los años de 1949 a 1984.

Cabe subrayar que la guía que proporciona este concepto permite esclarecer la relación entre las coyunturas históricas que posibilitan la aparición de las diversas representaciones de la mujer y la literatura que sobre ellas se produce. En el mundo moderno se crean representaciones, es decir, imágenes sobre la condición de estar en el mundo, un mundo que solo puede ser desde el momento en que el ser humano lo representa. De tal modo, es posible afirmar que las representaciones corresponden a una experiencia social y se derivan de “prácticas constructivas del mundo social”¹⁰⁹, o en palabra de Roger Chartier: “no hay práctica ni estructura que no sea producida por las representaciones, contradictorias y enfrentadas, por las cuales los individuos y los grupos dan sentido al mundo que les es propio”¹¹⁰. Esto

¹⁰⁹ CHARTIER, Roger, El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural, Gedisa, Barcelona, 1996, p. 56.

¹¹⁰ Ibid., p. 40.

quiere decir que, en un acontecer influido por condiciones histórico-sociales determinadas, son las representaciones las que crean imágenes del mundo y al mismo tiempo ofrecen una interpretación de la sociedad que las produce.

Ligado a lo anterior, se encuentra la noción de *devenir-mujer*, que actúa como concepto articulador entre los cambios producidos por el proceso de modernización y la experiencia femenina frente a ellos. Dicha noción es postulada por los filósofos franceses Gilles Deleuze y Félix Guattari, quienes a lo largo de su obra conjunta construyen una teoría de lo femenino por medio de la conceptualización de la desigual relación entre hombres y mujeres en el pensamiento occidental y la posible forma de superarla a través de una transformación en la base asimétrica de tal correspondencia. Para poder vislumbrar a fondo las implicaciones de este concepto, es importante, primero, comprender qué es para Deleuze-Guattari el devenir, y quizá la definición más certera acerca de esto la proporciona François Zourabichvili:

“Devenir”, en primer lugar, es sin duda cambiar: ya no comportarse más ni sentir las cosas de la misma manera; ya no hacer las mismas evaluaciones. Sin duda no cambiamos de identidad: la memoria permanece cargada de todo lo que hemos vivido; el cuerpo envejece sin metamorfosis. Sin embargo, “devenir” significa que los datos más familiares de la vida han cambiado de sentido o que ya no mantenemos las mismas relaciones con los elementos habituales de nuestra existencia: el conjunto se juega de otra manera. (...) Esto requiere la inclusión de un afuera: entramos en contacto con algo distinto de nosotros mismos, algo *nos pasó*. “Devenir” implica entonces, en segundo lugar, un encuentro: uno no se convierte a sí mismo en otro que en relación con otra cosa¹¹¹.

Todo devenir es, desde esta perspectiva, un elemento que constituye el acontecer. No se origina como parte de una imitación, pues cada devenir es único y “no produce otra cosa que a sí mismo”¹¹². Su estructura temporal se asocia más que a una linealidad evolutiva, a los eventos que producen un cambio tangible en las

¹¹¹ ZOURABICHVILI, François. Conferencia pronunciada en Horlieu (Lyon) el 27 de marzo de 1997. Danza y filosofía segunda parte. Revista Reflexiones Marginales. 2017, No. 37. [En línea]. Consultado en noviembre 2020. Disponible en: <http://reflexionesmarginales.com/3.0/que-es-un-devenir-para-gilles-deleuze/>.

¹¹² DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix. Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia. Valencia: Pre-textos. Traducido por José Vásquez Pérez. 1994. p. 244.

estructuras sociales e históricas, lo cual, no se percibe necesariamente de forma consecutiva o rectilínea, sino transicional. En este marco de entendimiento, el devenir es siempre molecular* ya que lo molar*, para Deleuze-Guattari, designa las rígidas segmentaciones del mundo social que dividen y codifican la vida de los individuos, mientras que lo molecular se observa como una fluctuación que se sale de los cánones definidos e impuestos socialmente. En palabras de los filósofos:

Estamos segmentarizados *binariamente*, según grandes oposiciones duales: las clases sociales, pero también los hombres y las mujeres, los adultos y los niños, etc. [...] Toda sociedad, pero también todo individuo, están, pues, atravesados por las dos segmentaridades a la vez: una molar y una molecular. Si se distinguen es porque no tienen los mismos términos, ni las mismas relaciones, ni la misma naturaleza, ni el mismo tipo de multiplicidad. Y si son inseparables es porque coexisten, pasan la una a la otra según figuras diferentes¹¹³.

Esta interrelación, y a la vez diferenciación, entre segmentaridades permite comprender cómo se produce la ruptura de los rígidos roles sociales en Colombia, durante buena parte del siglo XX, mientras se perpetúan otros factores que tradicionalmente hacen parte de las estructuras del pensamiento dominante. Esta cuestión se explica mejor a partir de la distinción de tres líneas de vida que atraviesan tanto a la sociedad como a los individuos por medio de movimientos molares y moleculares, estas son: la línea de segmentaridad rígida o molar, la de segmentaridad flexible o molecular y la línea de fuga. Estas líneas sirven de herramienta a la hora de observar cómo se produce el proceso del devenir y en concreto del *devenir-mujer* que, desde la mirada de deleuze-guattariana, es uno de los devenires esenciales para poder escapar de la economía dualista del género.

* En física lo molecular hace referencia a una masa de pequeño o mínimo tamaño. Para Deleuze-Guattari son las fluctuaciones que se escapan al orden establecido y configuran líneas de fuga que se extienden infinitamente o se reincorporan a la rigidez de lo molar.

* En física lo molar hace referencia a una propiedad definida como lo es la masa, a diferencia de lo molecular, lo molar, para Deleuze-Guattari configura todos los aspectos rígidos de la sociedad como lo es la tradición, por ello parece mantenerse invariable.

¹¹³ DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix. Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia. Op. cit., p. 214 - 218.

La línea de segmentaridad rígida o molar se identifica con las grandes estructuras sociales que abarcan territorios bien definidos como la tradición, la familia, la clase, el género o la religión. Estos segmentos se encuentran predeterminados y permanecen invariables con relación a los desplazamientos que surgen a su alrededor, ya que conforman las rígidas leyes que resguardan el orden social. Por el contrario, la línea de segmentaridad flexible o molecular puede entenderse como una pequeña modificación del orden establecido. Este tipo de línea es menos estática porque permanece en un constante cambio, produciendo desvíos y transformaciones fácilmente apreciables, pues “ya no logran perfeccionar, sino combatir y socavar la gran organización mundial”¹¹⁴. Por su parte, la línea de fuga “es simple, abstracta, y sin embargo es la más complicada de todas”¹¹⁵, debido a que ella logra trazar una ruptura definitiva con el orden social del que se desprende.

Esta última línea guarda cierta similitud con la línea de segmentaridad flexible o molecular en la medida en que ambas se decantan por crear cambios moleculares, es decir, intentan modificar los flujos provenientes de la línea de segmentaridad rígida o molar. Sin embargo, la línea de fuga plantea un escape absoluto que no da lugar a ninguno de los elementos que anteriormente organizaban el andamiaje social del que ella se desprende, mientras que la línea flexible o molecular fluctúa entre movimientos que impiden generar transformaciones definitivas al siempre regresar a los antiguos moldes de los que intenta huir.

Devenir-mujer es, entonces, la apertura a una interpretación de la subjetividad femenina desde su condición de periferia (molecular), pues lo masculino tradicionalmente se posiciona en un centro de poder (molar), desde donde se estructuran todos los elementos que dan forma a la sociedad y atribuyen rasgos y funciones definidas a los individuos que la habitan. En el caso de las mujeres, el

¹¹⁴ Ibid., p. 220.

¹¹⁵ DELEUZE, Gilles y PARNET, Claire. Diálogos. Valencia: Pre-textos. 1993. p. 142.

género no solamente se encuentra construido sobre una base social, también tiene que ver con una codificación del cuerpo, como lo afirman los filósofos franceses:

Pues el problema no es, o no sólo es el del organismo, el de la historia y el del sujeto de enunciación que oponen lo masculino y lo femenino en las grandes máquinas duales. El problema es en primer lugar el del cuerpo —el cuerpo que nos roban para fabricar organismos oponibles—. Pues bien, a quien primero le roban ese cuerpo es a la joven: —no pongas esa postura, —ya no eres una niña, —no seas marimacho, etc. A quien primero le roban su devenir para imponerle una historia o una prehistoria, es a la joven. El turno del joven viene después, pues al ponerle la joven como ejemplo, al mostrarle la joven como objeto de su deseo, le fabrican a su vez un organismo opuesto, una historia dominante. La joven es la primera víctima, pero también debe servir de ejemplo y de trampa¹¹⁶.

A partir de esto, es posible afirmar que si el género solo fuera una construcción social sería posible generar un cambio a nivel molar, pero como no es así, es necesario “crear una mujer molecular”¹¹⁷, es decir, una mujer que de a poco empiece a subvertir la idea tradicional de lo femenino, para que paulatinamente se logre un cambio más profundo, pues resulta “indispensable que las mujeres hagan una política molecular, en función de una conquista que realizan de su propio organismo, de su propia historia, de su propia subjetividad: —nosotras en tanto que mujeres... aparece entonces como sujeto de enunciación”¹¹⁸. En este sentido, es necesario destacar que no existe un devenir-hombre, pues el hombre es la entidad molar por excelencia, mientras que los devenires son moleculares¹¹⁹ y, a su vez, minoritarios. Las mujeres, cualquiera que sea su número, son una minoría, no como cantidad relativa, sino por la determinación de su estado con relación al estatus que ostentan los hombres en la jerarquización social.

Teniendo esto en cuenta, *devenir-mujer* siempre designa un componente de fuga al abrir la posibilidad de salirse de los parámetros delimitados en función del género y trazar nuevas formas de representación para el sujeto femenino que va adquiriendo

¹¹⁶ Ibid. p. 278.

¹¹⁷ Ibid. p. 277.

¹¹⁸ Ibid. p. 278.

¹¹⁹ Ibid. p. 292.

más protagonismo con la expansión de la mentalidad que trae consigo la modernización. Por esta razón, aunque se observa una evidente evolución en la situación de las mujeres a lo largo del período de tiempo estudiado en esta investigación, también se alcanza a notar que la línea de segmentaridad molar que organiza el mundo social, divide y codifica la vida colombiana, permanece casi invariable en múltiples aspectos. Agentes como la religión, la cultura dominada por los hombres y la falta de igualdad entre géneros se encargan de perpetuar los roles sociales que mantienen la representación de la mujer atada a una única imagen molar: la vida doméstica.

Con todo esto, se puede decir que el *devenir-mujer* implica experimentar y acoplarse a las múltiples líneas de fuga que la modernidad construye constantemente para el sujeto femenino, pues con la rapidez de los cambios que sugiere la modernización ninguna de las nuevas representaciones es estática, todas fluyen a la par de las situaciones que cambian el escenario material de las mujeres, así como sus posibilidades para el futuro. En el caso de la presente investigación, el *devenir-mujer* se observa a partir de todas las representaciones “moleculares” que van surgiendo a lo largo de los años de 1949 a 1984 en las novelas de Elisa Mujica, así como en el ambiente social en que éstas se producen, pues esta narrativa al estar atravesada por las segmentaridades (molar y molecular) que proponen Deleuze y Guattari, permite observar el proceso de *devenir-mujer* en la sociedad colombiana durante la coyuntura histórica de la modernización del siglo XX. En este mismo sentido, *devenir-mujer* puede comprenderse como una experiencia por la que atraviesa la población femenina colombiana, de forma colectiva e individual, en cuanto se apropian de su historia, su subjetividad y al mismo tiempo se reconocen a sí mismas como sujetos de enunciación¹²⁰, siendo todo esto un resultado directo del cambio de perspectiva que trae consigo el proceso de modernización y las constantes líneas de fuga que crea para socavar el orden molar del que ellas mismas se desprenden.

¹²⁰ Ibid. p. 278.

En lo referente a la elección metodológica que guía el desarrollo de este estudio, es importante mencionar que acorde con los métodos cualitativos se optó por tomar un enfoque desde la perspectiva de la historia de las mujeres, teniendo en cuenta que el fenómeno que se investiga se encuentra íntimamente ligado al panorama sociocultural y a las múltiples interpretaciones que se pueden construir a partir de él y del sujeto observador. Epistemológicamente se otorga mayor visibilidad al sujeto femenino a lo largo de la historia colombiana del siglo XX y en este sentido el análisis e interpretación de los textos se realiza bajo la lupa de tres nociones primordiales que ya se han expuesto previamente: modernización, representación y *devenir-mujer*.

Las fuentes consultadas son de dos tipos: escritas y audiovisuales. Las primeras abarcan la obra novelística de Elisa Mújica, publicada entre 1949 y 1984, así como sus cuentos, ensayos, reseñas, críticas a su obra y discursos pronunciados durante el mismo período de tiempo. Una selección de su diario personal que abarca los años de 1968 a 1971 y las publicaciones realizadas por ella en las páginas dominicales de los diarios *El Tiempo* y *El Espectador* durante las décadas de 1950, 1960 y 1970 también hacen parte de este primer grupo de fuentes. Además, es relevante mencionar el análisis y revisión documental referente a la representación de la mujer en la sociedad colombiana, para lo cual se eligió la información que circuló en publicaciones seriadas como *El Tiempo* y algunas revistas femeninas de la época. Las fuentes audiovisuales, por su parte, se componen de las entrevistas concedidas por la autora durante la década de 1990 y se concentran en temáticas referentes a la vida intelectual de Mújica y su producción escrita. Cabe señalar que para la recolección de estos documentos se acudió al Archivo Histórico Regional de la Universidad Industrial de Santander, a la hemeroteca de la Biblioteca Luis Ángel Arango y al repositorio de la Biblioteca Nacional, así como a sus contenidos en línea.

Con respecto al uso de la literatura como fuente es sumamente importante resaltar que esta investigación parte de la premisa de que no se debe caer en la tentación de tratar una novela como espejo de la realidad de su tiempo¹²¹, sino como un producto cultural nacido de un momento histórico determinado con condiciones políticas, económicas, sociales y culturales específicas. En este sentido, más que reflejar una realidad social de forma casi mimética lo que haría la literatura sería actuar como una herramienta cognitiva para acceder al ambiente social en el que una obra es creada y de este modo a una explicación de los acontecimientos que la circundan. La línea entre historia y ficción no pretende desdibujarse en este estudio, pues, aunque la reconstrucción histórica y literaria tengan elementos comunes como la intención de dar una explicación a determinados procesos, también hay que reconocer que ambas forman parte de campos distintos, además de tener propósitos, métodos y objetos que las dividen.

Visto así, lo que hacen las novelas es abrir una puerta al pasado para proporcionar una explicación a los distintos fenómenos que se manifiestan en el acontecer, sin que por ello se deba tomar como certeza absoluta su contenido. En otras palabras, las novelas ayudan a construir un saber sobre el mundo¹²², o como lo señala Iván Jablonka:

La literatura tiene algo de adyuvante epistemológico. Sensibiliza a los historiadores respecto de lo que ignoran o desconocen: el papel del azar, la idea de contingencia, la dimensión privada de los grandes acontecimientos. La literatura es una caja de herramientas cognitivas de la que pueden tomarse modelos de historicidad o de ejemplaridad, categorías de percepción de lo real, filosofías del tiempo y formas de interpretación del mundo (que se torna “homérico”, “dantesco” “balzaquiano” o “kafkiano”)¹²³.

De acuerdo con esto, la literatura brinda la posibilidad de reconstruir las representaciones que influyen su producción, además de ayudar a comprender

¹²¹ BURKE, Peter. ¿Qué es la historia cultural? Barcelona: Paidós, 2006, p. 35.

¹²² JABLONKA, Iván. La historia es una literatura contemporánea. Manifiesto por las ciencias sociales. Fondo de Cultura Económica: Buenos Aires, 2014. p. 205

¹²³ Ibid., p. 123.

y explicar la realidad de la que ella misma se desprende, pues como menciona Jablonka, la literatura devela datos desconocidos, sufrimientos ignorados, pequeñas humillaciones de todos los días, como también las fisuras y contradicciones¹²⁴ de la sociedad, en este caso la colombiana, en un momento sumamente crítico como lo es el proceso de modernización que empieza a socavar los cimientos de la tradición, produciendo cambios en todos los niveles de la vida nacional.

Dicho lo anterior, solo queda mencionar que el desarrollo del primer objetivo específico consiste en describir cronológicamente la trayectoria intelectual y de vida de Elisa Mújica desde 1916 hasta el 2003. Para ello, en primer lugar, se realiza una cuidadosa revisión documental de las publicaciones biográficas y autobiográficas que se han elaborado sobre la autora hasta el momento, las obras más importantes que escribió a lo largo de su vida y la crítica que recibió de sus contemporáneos, además se incluye un análisis profundo de los datos contenidos en su diario y sus entrevistas. En segundo lugar, se exploran las publicaciones periódicas realizadas por Elisa Mujica en las décadas de 1950, 1960 y 1970 en *Magazine Dominical* de *El Tiempo* y *Lecturas Dominicales* de *El Espectador*.

El segundo objetivo identifica los acontecimientos coyunturales que inciden sobre el panorama social vinculado a la representación de la mujer durante el proceso de modernización en Colombia entre los años de 1949 a 1984. Para esto, resulta necesario introducirse en una exhaustiva revisión bibliográfica de algunos aspectos específicos de la historia colombiana del siglo XX que toman a la figura femenina como protagonista del acontecer social del momento. Asimismo, se exploran archivos de prensa del diario *El Tiempo* y revistas femeninas de la época, como eje de referencia para conocer la forma en que la situación social empezó a afectar la forma de concebir a las mujeres en la vida cotidiana, esclareciendo de esta manera

¹²⁴ Ibid., p. 200

ciertos puntos clave para introducirse de lleno en el análisis de la obra novelística de Elisa Mújica.

El último objetivo rastrea el devenir de la representación de la mujer durante el proceso de modernización colombiano del siglo XX a través de tres novelas: *Los dos tiempos* (1949), *Catalina* (1963) y *Bogotá de las nubes* (1984). Con el fin de llevar a cabo este recorrido, se analizan las obras a partir de dos perspectivas completarias. Por un lado, se examinan los libros en tanto productos culturales elaborados por una mujer en un ambiente social específico, lo que permite comprender el alcance que tuvieron los textos en su momento y al mismo tiempo la figura de Elisa Mújica como escritora en la sociedad colombiana de la época. Por otro lado, se indaga por el contenido de las novelas, sus personajes femeninos y la forma en que estos son representados, tomando como eje de referencia tanto la historia de vida de la autora como las coyunturas que durante el período de tiempo estudiado definieron la situación material de las mujeres colombianas.

Finalmente, la investigación concluye que la representación de la mujer construida por la narrativa novelística de Elisa Mújica durante los años de 1949 a 1984 es múltiple y cambiante, igual que el acontecer histórico que circunda el proceso creativo de estas novelas. La paulatina transformación que sufre el rol de las mujeres al interior de la sociedad colombiana durante este período, caracterizado por los cambios que se desprenden de la modernización económica, social, política y cultural que experimenta el país, altera las concepciones más tradicionales de la figura femenina para postular nuevas formas de feminidad que se logran observar tanto en las ficciones escritas por Mújica como en el ambiente social de la época.

1. LA ESCRITURA Y LA VIDA: ELISA MÚJICA (1916*- 2003)

Con frecuencia escribir no representa una exhibición de riqueza sino un combate contra la miseria (...) Para mí se parece a la pretensión de cosechar claveles en el desierto.

Elisa Mújica. Discurso pronunciado en la I Feria Internacional del Libro.

El nombre de Elisa Mújica es poco conocido fuera de los círculos académicos. Su obra aún más. Aunque fue una escritora relativamente reconocida en el ambiente cultural colombiano de mediados del siglo XX, hoy la mayoría de sus textos permanecen prácticamente inéditos, no tanto por la falta de lectores, sino por la imposibilidad de hallar su obra en físico. En 2018, cuando la Alcaldía de Bogotá, a través del Instituto Distrital de las Artes, decidió conmemorar el centenario del nacimiento de Mújica con la creación de un premio literario que lleva su nombre, las publicaciones que a lo largo de su carrera le concedieron varios reconocimientos – como una distinción especial en el Premio de Novela Esso (1962) y el premio de la Dirección Cultural del Distrito al mejor relato infantil (1983) – habían desaparecido por completo de los estantes de las librerías. En 1998 *Catalina*, su novela más importante, fue reimpressa por Colcultura y en 2014 la Alcaldía Mayor de Bogotá, junto con la Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte publicó una edición digital de *Bogotá de las nubes*. Sin embargo, solo hasta septiembre de 2019 *Catalina* sería nuevamente reeditada y publicada por Alfaguara, cincuenta y siete años después

* A pesar de que los trabajos biográficos sobre Elisa Mújica realizados por Nelly Amaya, Monserrat Ordoñez y Jerónimo Carranza coinciden en que la autora nació en 1918, se puede corroborar en la partida de bautismo número 270, ubicada en el folio 312 del libro 47 que reposa en el archivo de la Parroquia San Laureano de Bucaramanga, Santander, que la fecha de nacimiento de Mújica es el 21 de enero de 1916, dato que se tiene en cuenta para la aproximación de todas las fechas importantes que se mencionan, así como en el análisis que a partir de ellas se desarrolla.

de que los jurados del premio Esso recomendaran su impresión “como tributo de admiración a la mujer colombiana”¹²⁵.

Como menciona Adriana Martínez, editora de Alfaguara y Lumen en Colombia, ella se acercó a la obra de Elisa Mújica movida por el interés de redescubrir a una de las escasas autoras colombianas que en el siglo XX fueron importantes, sin embargo, aunque sus familiares lejanos siempre habían estado interesados en publicar los textos de la autora, el trámite legal se extendió más de lo esperado debido a que “Mújica legó sus derechos a una sobrina, y esa sobrina murió hace poco. Entonces los derechos de la obra pasaron a sus hijos, que no tenían mayor vínculo filial con ella”¹²⁶; por ello, solo fue hasta 2019 que apareció *Catalina*, acompañada de un prólogo escrito por Pilar Quintana.

A pesar de este aparente olvido, es posible constatar que la figura de Elisa Mújica constituye un prominente faro en el paisaje literario conformado por las mujeres que, durante gran parte del siglo XX, intentaron ejercer la escritura como profesión, ya que su obra, al igual que su vida, pueden observarse como una muestra tangible de las posibilidades e imposibilidades por las cuales se vio atravesada la experiencia femenina en las singulares coyunturas históricas colombianas que enmarcaron el ingreso de las mujeres a la educación y, con ello, al ejercicio de la vida pública.

A partir de lo anterior, señalar que la generalización de la escritura como profesión en el país fue un fenómeno tardío no resulta ser un punto irrelevante, pues durante buena parte del siglo XX el proceso de edición y publicación en Colombia fue sumamente complejo debido a que la industria para la producción, mercadeo y venta de libros permaneció casi inexistente hasta la década de 1960, momento en el que empezaron a surgir iniciativas de tipo editorial de la mano de empresas extranjeras que centraron su interés en la literatura latinoamericana. Este nuevo

¹²⁵ ORDOÑEZ, Monserrat. Biografía de Elisa Mújica. *En*: Ensayos críticos sobre la obra narrativa de Elisa Mújica. Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander, 2007. p. 17.

¹²⁶ ESQUIVEL, Gloria Susana. Cosechar claveles en el desierto: el rescate de la escritora Elisa Mújica. *Revista Arcadia*. 2019, ed.167. pp. 28-29.

mercado transformó radicalmente el panorama literario, el cual, hasta bien entrado el siglo XX solo había tenido alcance regional a causa de la limitada distribución de las imprentas locales¹²⁷. A raíz de esto, la escritura como profesión resultaba inconcebible, pues además de que demandaba tiempo también generaba costos que no se veían reflejados en las ganancias. Por tal razón, la escritura siguió siendo una práctica exclusiva de la élite intelectual que, por lo general, alternaba el mundo de las letras con labores políticas y burocráticas.

Entonces, si publicar era una ardua tarea que obligaba al escritor a abrirse camino en un terreno difícil, ser mujer y escritora complicaba el asunto. Las pocas mujeres que hasta principios del siglo XX habían logrado ver su obra impresa pertenecían a un sector acomodado de la sociedad que les brindaba oportunidades para viajar y educarse incluso, tenían a su disposición los recursos económicos de sus familias y esposos para acudir a editoriales extranjeras y consagrar su tiempo a la literatura, ejemplo de ello fueron Soledad Acosta de Samper e Isabel Lleras Restrepo, ambas autoras de una considerable obra, brillantes y ricas¹²⁸.

Sin embargo, con el devenir de los años y el impacto que generó el proceso de modernización sobre las condiciones de vida de la población femenina, que logró abrirse lugar en ambientes diferentes al doméstico, el destino de las mujeres cambió y la escritura se convirtió en una posibilidad tangible, inclusive, para algunas mujeres pertenecientes a la clase media, quienes en las décadas de 1930 y 1940 empezaron a destacarse en el paisaje literario, a pesar de que no solo dedicaban su tiempo a labores intelectuales, sino que también debían realizar un trabajo diferente para ganarse la vida, como lo relata Mújica:

Estaba obligada a ganarme la vida con un trabajo distinto al literario. En aquellas fechas resultaba sencillamente inverosímil disfrutar de entradas suficientes gracias a éste. Tanto mis amigas como yo pertenecíamos a la clase media económica, lo

¹²⁷ WILLIAMS, Raymond. *Novela y poder en Colombia 1844-1987*. Op. cit., p. 41.

¹²⁸ MÚJICA, Elisa. Discurso pronunciado en la I Feria Internacional de Libro, mayo de 1988. En: *Elisa Mújica en sus escritos*. Bucaramanga: Fusader, 1988. p. 106.

que asimismo nos signaba con una nota inequívoca. Pocas colombianas se había atrevido hasta entonces a escribir y publicar, si no poseían medio de fortuna. Soledad Acosta disponía como dueña de linajuda casa repleta de servidores, de muchos ratos libres para consagrarlos a la literatura, así como de oportunidades de viajar e instruirse. Isabel Lleras, poetisa anterior a las de 1940, fue como Soledad Acosta, brillante y rica. Nosotras, junto con Marzia de Lusignan, escritora costeña a la que sería demasiado injusto olvidar, fuimos de las primeras que trabajamos fuera de casa, en oficinas donde borroneamos nuestras cuartillas.¹²⁹

Esta nueva generación de mujeres trabajadoras, y con inclinaciones literarias, empezó a darle forma a una literatura femenina que no solo era “de estrellas fugaces que resplandecían y se apagaban”¹³⁰. Consolidaron un grupo que apuntó a ganarse un espacio dentro de las letras colombianas y lo logró, abonando el terreno para las posteriores narrativas escritas por manos femeninas. Dentro de esta generación de mujeres nacidas entre las décadas de 1910 y 1920 destacan nombres, en su mayoría, de escritoras de poesía: Emilia Ayarza (1919-1966), Dora Castellanos (1924), Matilde Espinosa (1910-2008), Helvia García (1912-1998), Sylvia Lorenzo (1918-2007), Fanny Osorio (1926-1988), Carmelina Soto (1916-1994) y Maruja Vieira (1923). Como afirmó Mújica años más tarde: “Éramos diez señoritas inclinadas sobre Colombia para cantarle y contarle cosas. Al cabo de casi medio siglo, ya abuelas, seguimos haciéndolo”¹³¹. La única de estas pioneras que dirigió su atención a narrativas de corte ficcional y ensayístico fue Elisa Mújica quien además de escribir artículos periodísticos, cuentos, novelas y ensayos también se dedicó a la literatura infantil, un género que le dio gran reconocimiento durante sus últimos años de vida.

Cabe señalar que Elisa solo pudo dedicarse a la escritura de manera continua hasta 1968, año en el que obtuvo una modesta pensión de la Caja Agraria que le permitió consagrar todo su tiempo a la labor literaria. Antes de ello escribía en los ratos libres que su trabajo de tiempo completo le dejaba, lo que explica porque pasaron varias

¹²⁹ Ibid., p.106.

¹³⁰ Ibid. p. 105.

¹³¹ Ibid.

décadas entre la publicación de *Los dos tiempos* (1949), *Catalina* (1963) y *Bogotá de las nubes* (1984), las tres novelas que escribió a lo largo de su carrera como escritora y que a su vez enmarcan el paisaje social de las mujeres colombianas del siglo XX.

Con lo dicho hasta aquí, resulta importante mencionar que el presente capítulo tiene por objeto describir cronológicamente la trayectoria intelectual y de vida de Elisa Mújica desde 1916 hasta el 2003. Para ello, se realiza una cuidadosa reconstrucción biográfica donde se retratan sus primeros años de vida en Bucaramanga, su adolescencia en Bogotá y la consolidación intelectual que experimentó durante su juventud que transcurrió en Quito y Madrid. Posteriormente se relatan los años de mayor productividad literaria de la escritora, así como sus últimos años de vida en el barrio La Candelaria de Bogotá, el lugar que habitó durante gran parte de su vida y sobre el cual escribió incansablemente a lo largo de toda su obra. La vocación por la escritura se toma como hilo conductor del relato, así como el inagotable esfuerzo de Mújica por consolidarse como una escritora reconocida no solo por un breve éxito literario.

También es importante mencionar que para llevar a cabo este trabajo biográfico se toma como fuente principal una selección del diario personal de Mújica correspondiente a los años de 1968 a 1971¹³², además de algunas publicaciones autobiográficas encontradas en las páginas dominicales de *El Tiempo* y *El Espectador* y otras dispersas en revistas como *Mosaico*, *Lámpara* y el *Boletín cultural y biográfico del Banco de la República*. Asimismo, se concede gran importancia a algunos discursos pronunciados por la autora como lo son “La mujer y la alegría”¹³³, “De marxista a católica”¹³⁴ y el discurso pronunciado en la I Feria

¹³² MUJICA, Elisa. Diario 1968-1971. Bogotá: Planeta, 2008.

¹³³ MUJICA, Elisa. La mujer y la alegría. En: *Elisa Mújica en sus escritos*. Bucaramanga: Fusader, 1988. pp. 29-38.

¹³⁴ MUJICA, Elisa. “De Marxista a Católica”. Op. cit., pp. 19-28.

Internacional del libro en Bogotá¹³⁵. Por su parte, las entrevistas escritas y audiovisuales constituyen una fuente sumamente significativa para este capítulo, entre ellas la concedida en 1984 a Aida Calero de Konietzko para *La Cábal*¹³⁶, en 1991 a Jimena Fidalgo para la revista *Quimera Latinoamericana*¹³⁷ y en 1994 a Gloria Valencia de Castaño para la televisión nacional¹³⁸. De igual forma, de los cuentos y novelas escritos por Mújica se rescatan algunos datos autobiográficos que permiten completar el rompecabezas de su vida y dar un porqué a muchas de sus inclinaciones ideológicas. Por último, las críticas a su obra permiten observar un panorama más amplio del impacto que tuvieron los textos de Elisa en el ambiente literario del momento en el que escribió y publicó.

1.1 BUCARAMANGA (1916-1923)

En 1916, cuando nació Elisa Mújica, Bucaramanga era todavía una pequeña provincia rodeada por grandes extensiones de árboles, verdes llanuras y una variedad de barrios nuevos que dejaban a la vista un naciente impulso de urbanización¹³⁹. Las calles se confundían con el entorno rural, casi invariable, que desde el siglo XIX había dado forma a la vida cotidiana de los habitantes de la capital santandereana, ambiente que Mújica describiría así:

Es una tierra arrugada, rota en partes, que unas veces se empina demasiado y otras cae bruscamente. Los campesinos tienen que dedicársele en alma y cuerpo porque no se muestra fácil como las campiñas planas y feraces que responden al menor intento. Pero da tabaco y cacao, caña de azúcar y piñas, y desde lejos la anuncian sus fragancias. La vegetación húmeda, unida por bejucos que se enlazan de rama en rama, va presentando claros y al fin apenas quedan grupos aislados de árboles,

¹³⁵ MÚJICA, Elisa. discurso pronunciado en la I Feria Internacional de Libro, mayo de 1988. Op. cit.

¹³⁶ CALERO DE KONIETZKO, Aida. Entrevista con Elisa Mújica. Op. cit., pp. 67-73.

¹³⁷ FIDALGO, Jimena. Entrevista con la escritora Elisa Mújica para la revista *Quimera Latinoamericana*. [Archivo de audio]. Bogotá: Biblioteca Nacional de Colombia, 1991.

¹³⁸ VALENCIA DE CASTAÑO, Gloria. Entrevista a Elisa Mújica. Bogotá: Rodrigo Castaño Valencia Televisión. 1994. Digital.

¹³⁹ BARON, Ana Francisca. Monografía del municipio de Bucaramanga. *Escuela Primaria*. 1923. p. 561 – 576.

matorrales y enredaderas de flores rojas y amarillas, en la entrada del valle. De cuando en cuando, bañadas por el sol que hace brotar chispas del suelo, aparecen casitas encaladas y de techo pajizo, rodeadas de corral para gallinas o palomar, algunas con portal y tienda para que los viajeros prueben una totuma de guarapo y líen su cigarro. A poco no se ven tan solitarias, sino que vienen muchas a darles la mano, recordando filas de colegialas vestidas de blanco que se extendieran en distintas direcciones. Llevan tejas en lugar de paja, ventanas con barrotes pintados de verde y zaguán de frescura, y se asoman a calles empedradas, con bordes de yerba¹⁴⁰.

En medio de este escenario, los primeros indicios de modernidad empezaban a transformar la ciudad de la mano de adelantos tecnológicos que hacían más confortable la vida de los bumangueses. Uno de ellos fue la construcción del servicio de acueducto que se inauguró el 29 de abril de 1916 con la puesta en funcionamiento de los primeros tanques, filtros y desarenadores que lograron proveer a la ciudad cerca de cinco mil litros de agua potable al día¹⁴¹. La luz eléctrica, que había sido instalada por primera vez en agosto de 1891, amplió su cobertura con la inauguración de una nueva planta de energía, construida por los hermanos Mariano y Eugenio Penagos en Floridablanca, la cual también proveía de energía a los municipios de Girón y Lebrija¹⁴².

La incursión del automóvil, la instalación de redes de telefonía y, además, la formación de una insipiente industria tabacalera¹⁴³, en medio del considerable crecimiento poblacional que experimentó la ciudad durante las primeras décadas del siglo XX con el inicio de un proceso migratorio que atrajo nueva población en busca de mejores condiciones de vida¹⁴⁴, dieron paso a la concepción de una ciudad mucho más moderna y, con ello, a la idea de la vida urbana. Mientras tanto, la economía local continuaba aferrada al café, aunque ya el occidente colombiano empezaba a ejercer un liderazgo contundente en materia de productividad, el grano

¹⁴⁰ MUJICA, Elisa. Los dos Tiempos. Bogotá: Editorial Iqueima. 1949. p. 9.

¹⁴¹ BARON, Ana Francisca. Monografía del municipio de Bucaramanga. Op. Cit., p. 560.

¹⁴² Ibid., p. 561.

¹⁴³ RUEDA, Néstor y ÁLVAREZ, Jaime. Historia urbana de Bucaramanga 1900-1930. Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander. 2012.

¹⁴⁴ VALDIVIESO CANAL, Susana. Bucaramanga, Historias de setenta y cinco años. Bucaramanga: Cámara de Comercio de Bucaramanga, 1993. p. 25.

no dejó de ser parte esencial de la actividad comercial de la ciudad, incluso cuando era evidente que el peso económico recaía en mayor medida sobre la industria cigarrera, que por entonces representaba buena parte de la producción general del departamento y era el medio por el cual miles de bumangueses subsistían debido a la alta demanda de mano de obra que fábricas y fabriquines requerían¹⁴⁵.

El aporte económico de la pequeña base artesanal y de servicios que abastecía a la ciudad con productos básicos de diversa naturaleza, no debe desestimarse, pues también constituyó una parte importante del medio comercial de la época. Aunado a esto, es importante señalar que durante estos años la ciudad ya contaba con ocho imprentas que prestaban un servicio regular al público y más tarde editarían periódicos de gran importancia para el departamento como *Vanguardia Liberal*, *El Deber*, *La Playa*, *Labores* y *La Escuela Primaria*¹⁴⁶. En este ambiente de aparente progreso el panorama urbano comenzó a dinamizarse y la ciudad a expandirse para suplir los requerimientos del proceso transformador que se evidenció, no solo con la edificación de nuevos barrios y viviendas, sino también con la ampliación del comercio y la construcción de nuevas rutas de transporte.

Con este telón de fondo Elisa Mújica inició sus primeros años de vida el 21 de enero de 1916, fecha que puede ser constatada en su partida de bautizo expedida el dos de julio del mismo año en la Parroquia San Laureano de Bucaramanga. Su casa ubicada, en el barrio Payacuá, al igual que las demás viviendas de la época era de construcción artesanal y como la recuerda la misma autora, tenía “un patio de ladrillos, cuatro enormes tinajas esquineras para recoger el agua llovida, matas de helechos, crotos y brisas del Rhin — así llamábamos a una especie de enredadera

¹⁴⁵ RUEDA, Néstor y ÁLVAREZ, Jaime. Historia urbana de Bucaramanga 1900-1930. Op. cit., pp. 143.

¹⁴⁶ BARON, Ana Francisca. Monografía del municipio de Bucaramanga. Op. Cit., p. 573.

muy fina — y, en el centro, un gran rosal bola de nieve con ramaje de intrincado diseño”¹⁴⁷.

Elisa fue la tercera e inesperada hija de un matrimonio entrado en años que luchaba por mantener a flote su frágil economía. El padre, Luis F. Mujica, quien era veterano de la Guerra de los Mil Días y un hombre de tradición conservadora¹⁴⁸, trabajaba como empleado en la gobernación de Santander, mientras que la madre, Elisa Velásquez, como era común, dedicaba todo su tiempo al trabajo doméstico. Sus dos hermanas mayores eran mujeres adultas con una vida familiar previamente conformada, Cecilia¹⁴⁹ ya se encontraba casada con Álvaro Coronado¹⁵⁰ cuando nació Elisa, mientras que Genoveva¹⁵¹ contrajo matrimonio con Camilo Daza¹⁵² tan solo algunos años después.

Su condición de hija menor la convirtió rápidamente en la niña mimada de unos padres mayores que hicieron todo lo posible por brindarle una buena educación, oportunidad que no habían tenido sus hermanas mayores debido a la consensuada tradición de asegurar a las mujeres jóvenes un pronto matrimonio que les permitiera tener un porvenir confortable y cumplir con su labor reproductiva. Esta situación

¹⁴⁷ MÚJICA, Elisa. “La mujer y la alegría” Op. cit. p. 38.

¹⁴⁸ El padre de Elisa se encuentra referenciado en el texto *Historia de la guerra en el departamento de Santander* donde se señala que “Por Decreto del 23 de Octubre de 1899 se promovió al Sargento Mayor Luis F. Mujica del puesto de Jefe de Sección de la Intendencia al de Ayudante de la Jefatura Civil y Militar del Departamento”. JIMENEZ DE QUEVEDO, Valentín. *Historia de la guerra en el departamento de Santander*. Obtenido de www.banrepcultural.org/sites/default/files/brblaa459015.pdf.

¹⁴⁹ Cecilia fue la hermana mayor de Elisa Mújica, se casó con Álvaro Coronado con quien tuvo tres hijos: Rosita, Jaime y Alicia Coronado. Murió después de vivir por 40 años en un asilo en Arbeláez, Cundinamarca, tras sufrir una crisis de nervios. MÚJICA, Elisa. *Diario 1968-1971*. Op. cit., pp. 212.

¹⁵⁰ Álvaro Coronado fue cuñado de Elisa Mújica. Ocupó un cargo importante en la Tropical Oil Company, tras afrontar una desgracia económica, se retiró de toda actividad pública y murió en Taganga, Santa Marta, en la década de 1970. MÚJICA, Elisa. *Diario 1968-1971*. Op. cit., pp. 212.

¹⁵¹ Genoveva fue la segunda hermana de Elisa Mújica, se casó con Camilo Daza, con quien tuvo seis hijos, tres hombres y cuatro mujeres. Los hombres continuaron ejerciendo la carrera aeronáutica de su padre y una de las mujeres murió en la niñez. Sobrevive Marina Daza. VILLALOBOS, Juan, Manuel. *Camilo Daza, Biografía*, 1994. Cúcuta: Cámara de Comercio de Cúcuta.

¹⁵² Camilo Daza fue cuñado de Elisa Mújica. Es reconocido como precursor de la aviación en Colombia y miembro honorario de la Fuerza Aérea Colombiana. VILLALOBOS, Juan, Manuel. *Camilo Daza, Biografía* Op. cit.

marca la aparición de una primer línea de fuga que se desprende de la segmentaridad molar que constituye la línea de la tradición a la que pertenece el ambiente de crianza de la Mújica, pues en una cultura como la santandereana, fuertemente controlada por la autoridad masculina¹⁵³, el acceso a la educación a tan temprana edad, y más en el caso de las mujeres, no era una práctica común. Que esta línea de fuga aparezca tan pronto deja apreciar un pequeño cambio en la estructura del pensamiento de la época que abre la puerta a transformaciones mucho mayores.

Como se puede observar, el *devenir-mujer* de Mújica empieza a tomar forma desde sus primeros años de vida en Bucaramanga, donde pasó una infancia repartida entre los típicos juegos de niños y la considerable colección de libros de su padre, la cual le permitió crear su propia línea de fuga dentro la realidad que la circundaba y conocer a las primeras mujeres que se convirtieron en sus referentes: aquellas que se salieron de los cánones establecidos por la sociedad de su tiempo como Virginia Wolf, Soledad Acosta de Samper, Selma Lagerlöf, Emily Dickinson y Gabriela Mistral, entre otras. Elisa, también era asidua visitante del Parque Santander con sus árboles de mango repletos de chicharras que cantaban al medio día y del Parque de los Niños colmado de dorados pomarrosos¹⁵⁴. Aprendió a leer desde los cuatro años con la ayuda de su padre, pues sintió una marcada vocación hacia las letras demasiado pronto, cuestión que la convirtió en una insaciable devoradora de libros hasta el fin de sus días¹⁵⁵.

Entre sus primeras lecturas figuran sobre todo cuentos, sin embargo, su corta edad nunca fue un impedimento para acercarse a autoras de gran renombre nacional como Soledad Acosta de Samper, quien atrapó su atención a los siete años con el

¹⁵³ GUTIERREZ DE PINEDA, Virginia. Honor, familia y sociedad en la estructura patriarcal. El caso de Santander. Universidad Nacional de Colombia: Bogotá, 1988.

¹⁵⁴ MÚJICA, Elisa. discurso pronunciado en la I Feria Internacional de Libro, mayo de 1988. Op. cit., pp. 104.

¹⁵⁵ CALERO DE KONIETZKO, Aida. Entrevista con Elisa Mújica. Op. cit., p. 67.

texto *Conversaciones y lecturas*¹⁵⁶. Este momento Elisa siempre lo recordó con especial detalle:

El libro de doña Soledad, empastado en cartulina roja, con un dibujo que representaba una muchacha, sobre el envés de la carátula, producido seguramente por una de mis hermanas mayores para que menos lo olvidara, era el primero que yo leía, escrito por una colombiana, y conserva para mí su inicial hechizo de premonición y de mandato¹⁵⁷.

De ahí en adelante su amor por los libros se seguiría cultivando de la mano de su padre, un lector incansable, que nunca se retiró por la noche a su alcoba sin portar un libro entre las manos, “bien fuera la *Vida de Cristo*, de Papini, *Las Memorias histórico-políticas* del General Posada Gutiérrez, *Las Rimas*, de Bécquer, o novelas de Pérez Galdós, Anatole France y Paul Bourget”¹⁵⁸.

En su biografía de Elisa Mújica subtitulada “Verdadera vocación por la escritura”, Nelly Amaya hace énfasis en esta faceta de la pequeña Elisa, a la cual agrega la pasión por coleccionar libros aun siendo muy niña. Como se puede observar en la dedicatoria del libro de *Cuentos Mágicos* de la editorial Callejas, un obsequio del escritor santandereano Blas Hernández con motivo del cumpleaños número seis de la pequeña, las grandes inclinaciones literarias ya se hacían evidentes a esa corta edad:

Todas mis pequeñas amiguitas, al llegar conmigo al dulce terreno de las confidencias me han enseñado con graciosos mohines de inconsecuencia, su casita de muñecas, donde los bebé rubios y las damiselas morenas, sonreían con sus labios retintos de rojo y miraban orgullosos, con sus ojos negros azules, como sabedores de la adoración fetichista de sus dueñas. Usted, mi buena amiguita, me ha enseñado en vez de aquel tesoro, uno de verdadero valor, de más divina belleza que me reveló su clara inteligencia y la recóndita razón de esa perenne y húmeda tristeza que alumbra sus pupilas: una cajita repleta de cuentos [...] Yo quiero que estos que van a formar uno más en su colección, hagan si quiera por un rato sus delicias y que como azules y mágicos que son, siembren para siempre en su alma, la semilla del ensueño que haciéndola ver en todo, la mano protectora de los genios,

¹⁵⁶ MÚJICA, Elisa. “La mujer y la alegría” Op. cit., p. 38.

¹⁵⁷ Ibid.

¹⁵⁸ Ibid.

llenen su camino de preciosas quimeras, que si no maten, a lo menos sí suavicen la aspereza y las amarguras de la vida...¹⁵⁹

De este modo, se observa que, desde el comienzo, la vida de Mújica se encuentra atravesada por las tres segmentaridades que describen Deleuze y Guattari. La primera, la línea de segmentaridad rígida o molar, se refleja en su entorno de nacimiento, en la sociedad a la que pertenece y en los marcados roles sociales que se le asignan a las mujeres de su tiempo. Si bien, muy pronto hace su aparición una línea de segmentaridad flexible o molecular, que se manifiesta en la singular crianza que se le ofrece a Mújica, ligada a las inclinaciones literarias que demuestra desde que aprende a leer, también es posible afirmar que esto no disminuye la influencia de la primera línea sobre la organización de su vida, la cual continúa atada a las tradicionales representaciones del quehacer femenino.

Cabe mencionar que cuando Elisa alcanzó la edad de ocho años, ya había forjado buena parte de sus gustos literarios, los cuales seguiría alimentando con los grandes cambios que la vida tenía preparados para ella fuera de su natal Bucaramanga, ciudad de la que tuvo que partir a esa corta edad¹⁶⁰, pero que siempre llevó consigo en sus recuerdos y en las páginas de las novelas que escribió. Así es que para 1924, aproximadamente, en hechos que no figuran en sus biografías ni autobiografías, pero sí se alcanzan a distinguir en sus ficciones novelísticas, donde se retrata la efervescencia política que por aquel entonces invade al país y lleva a Luis Mujica a perder su empleo en Bucaramanga. Aparentemente, por esta razón, la familia migra a la capital del país, donde el padre consigue un nombramiento en el Ministerio de Comunicaciones con ayuda de un amigo y se instala junto con su hija y su esposa en una modesta pensión ubicada en el barrio La Candelaria.

¹⁵⁹ AMAYA, Nelly. "Elisa Mújica: verdadera vocación por la escritura". Boletín Cultural y Bibliográfico. Bogotá: 38.56, 2001. p. 4.

¹⁶⁰ CARRANZA, Jerónimo. "Introducción" En: MÚJICA, Elisa. Diario 1968-1971. Op. cit., p. 13; AMAYA, Nelly. "Elisa Mújica: verdadera vocación por la escritura". Op. cit., p. 4.

1.2 BOGOTÁ Y EL ENTORNO URBANO (1924-1930)

Durante los años veinte la sociedad colombiana atravesó por un proceso de transformación a nivel político, económico, social y cultural que venía gestándose desde tiempo atrás y, en pocos años, modificó radicalmente el panorama nacional. Aunque para el inicio de la década la situación política y social se mostraba estática debido a que el Partido Conservador se hallaba instalado en el poder desde finales del siglo XIX y buena parte de la población continuaba atada a dinámicas heredadas de la Colonia — viviendo una vida esencialmente rural y con problemáticas que no se solucionaban de manera visible como las altas tasas de analfabetismo, la pobreza extrema y la exclusión de la vida política¹⁶¹— un impulso modernizador, proveniente del auge de la industria cafetera, comenzó a hacer eco en el plano económico nacional, el cual rápidamente se vio beneficiado por el incremento en la rentabilidad de este producto, ayudando al Estado a superar las continuas crisis fiscales que lo habían aquejado considerablemente a lo largo del siglo anterior¹⁶².

Con esta consolidación económica el país logró vincularse de manera definitiva con el mercado mundial, a la par que se estimuló un desarrollo considerable en materia comercial, industrial y urbanística, pero no en el ámbito tecnocientífico debido a que el cultivo de café no requería un desarrollo tecnológico muy avanzado¹⁶³. De otro lado, la vida política también se vio afectada, pues las fuerzas bipartidistas que mantenían en tensión el ambiente público se apaciguaron, al menos durante unas dos décadas¹⁶⁴, gracias al deseo de sacar el máximo provecho posible a los innumerables beneficios que trajo consigo el modelo agroexportador, nuevo motor de desarrollo y crecimiento económico, que, a su vez, dio lugar a una alianza política entre conservadores y liberales moderados denominada “Unión Republicana”.

¹⁶¹ TRUJILLO, Ricardo. Historia de Colombia contemporánea (1920-2010). Op. cit., p. 26.

¹⁶² Ibid., p. 27.

¹⁶³ Ibid., p. 31.

¹⁶⁴ Ibid., p. 28.

Con todo esto, las ciudades también empezaron a trasmutar, pues se convirtieron en lugares atractivos para una enorme cantidad de población que decidía desplazarse hacia los centros urbanos en búsqueda de mejores condiciones de vida. Fábricas, comercios y la naciente industria de la construcción ofrecían buenas oportunidades para la mayoría de campesinos que arribaban en busca de empleo, lo que propició un incremento poblacional en la capital del país y además una nueva configuración social con la consolidación de una clase obrera urbana y rural, además de la ya existente burguesía cafetera y la naciente burguesía industrial¹⁶⁵. Como menciona el historiador Hans-Joachim König este período de cambio no estuvo exento de un ambiente de protesta social:

La época del crecimiento económico desde el *boom* de las exportaciones de café y sobre todo después de 1924, cuando llegaron al país los millones de dólares adicionales, fue simultáneamente una época de conflictos y protestas sociales. Estos se originaron, entre otras cosas, porque el Estado no prestaba suficiente atención a los fenómenos que acompañaban el crecimiento acelerado y tampoco a las exigencias políticas y económicas de los nuevos grupos de interés que se formaba. Las nuevas ideologías, que habían tenido éxito en las revoluciones en México y Rusia, también contribuían a fomentar estas protestas¹⁶⁶.

En medio de este panorama social, en el que la toma de conciencia política de la población en general empezó a visibilizarse en mayor medida que en años anteriores, las élites gobernantes, con su afán de ingresar de una vez por todas al mundo moderno, decidieron modernizar las principales ciudades, tratando de imitar a las grandes ciudades europeas y norteamericanas¹⁶⁷. En Bogotá los cambios fueron sumamente visibles pues, aunque no eran enormes, la zona urbana aún era bastante pequeña y la más mínima transformación constituía un cambio radical de imagen. Incluso, los alrededores de la capital seguían teniendo un aspecto casi rural, haciendo largos y tediosos los viajes a la ciudad, ya que para el momento el 90% de las rutas terrestres del país seguían siendo “camino de herradura” que

¹⁶⁵ KÖNIG, Hans-Joachim. Los Años Veinte y Treinta En Colombia: ¿Época De Transición o Cambios Estructurales? Ibero-Amerikanisches Archiv, vol. 23, no. 1/2, 1997, p. 131.

¹⁶⁶ Ibid., p. 130.

¹⁶⁷ TRUJILLO, Ricardo. Historia de Colombia contemporánea (1920-2010), Op. cit., p. 26.

dificultaban el acceso desde cualquier punto de la geografía nacional¹⁶⁸; tan solo se habían construido 743 millas de rieles, lo cual aún no alcanzaba para suplir la creciente demanda de transporte comercial y de pasajeros, además de que eran pocos los fragmentos transitables en otro tipo de vehículos como camiones y automóviles.

En contraposición, el perímetro urbano experimentaba una especie de progreso desigual, hasta ahora estaba en ciernes todo el proceso de urbanización que daría lugar al paisaje citadino de altos edificios y calles asfaltadas que se vería años más tarde. Según el historiador James Henderson:

A comienzos de la segunda década, la calle principal de Bogotá y varias otras rutas de importancia en las grandes ciudades fueron asfaltadas. El alcalde de Bogotá estaba tan maravillado con esta superficie llana, que ordenó a los empleados del municipio limpiarla con queroseno después de barrer, con el resultado de que la carrera séptima estuvo a punto de disolverse¹⁶⁹.

Con esta dinámica, la vida cotidiana de los habitantes de la capital también se modificó, incluso en los patrones residenciales. Con la creación de nuevas carreteras y sistemas de transporte, los ricos, quienes siempre habían vivido en casas de estilo colonial ubicadas en el centro de la ciudad, empezaron a mudarse a barrios residenciales ubicados a las afueras de Bogotá. Por su parte, la clase media empezó a asentarse en vecindarios construidos especialmente para ella, mientras que los pobres permanecieron en el centro¹⁷⁰. En medio de esta ola de crecimiento urbano y económico se consolidaron las bases para el desarrollo capitalista que el país experimentó a finales de la década de 1920 y principios de 1930, cuando el proceso de industrialización empezó a levantar vuelo.

¹⁶⁸ HENDERSON, James. La modernización en Colombia. Los años de Laureano Gómez, 1889-1965. Op. cit., pp. 133-134.

¹⁶⁹ Ibid., p. 134.

¹⁷⁰ Ibid., p. 136.

A esta ciudad, tocada por el espíritu de la modernización y los nuevos interrogantes planteados por el modelo de vida urbana, arribó la familia Mujica Velásquez hacia el año de 1924. La sensación de cambio fue enorme, pues el ambiente bogotano bañado por el bullicio de los vehículos, el ruido de la gente y la claridad cegadora de los focos del alumbrado público, distaba mucho de los parajes silenciosos y familiares dejados atrás en Santander. Elisa resume su primera experiencia en la intrincada atmósfera capitalina con una graciosa anécdota:

Para nosotros el traslado a tierra fría significó un vuelco total del estilo de vida, las costumbres, las relaciones, hasta de la indumentaria y la comida. Aquí era imprescindible ponerse sombrero, y llevar guantes y cartera para ir aunque no fuera sino a la tienda de la esquina. Por cierto que una de las forzosas pifias de los recién desempacados fue en mi caso que me compraran en el almacén de Richard Hermanos – uno de los más acreditados – un sombrero de pastora, con amplias alas forradas en tafetán y terciopelo e incrustaciones de piedras, confeccionado probablemente – hasta la época del gobierno de Olaya, que decretó la protección aduanera, se empezó a dificultar la importación de artículos, pero en los años 20 uno se vestía con trajes traídos de París que costaban 20 pesos – para que lo llevara una damita de honor en una fiesta de matrimonio, pero nunca para usarlo a todas horas como sombrero de calle. Mamá, inveterada lectora de “modas y pasatiempos”, no pudo resistir el impacto de la frase: “es un sombrero modelo” con que se lo ponderó la vendedora, sin duda, cazurra y experimentada en el trato a los palurdos de provincia¹⁷¹.

De esta forma, se logra observar que un evidente proceso de migración estaba en pleno auge cuando Elisa y su familia llegaron a Bogotá, donde les correspondió presenciar, igual que a los demás recién llegados, la metamorfosis de una ciudad que hasta ahora levantaba los cimientos de la vida moderna. Como la misma Mújica señala en uno de sus artículos autobiográficos: “Yo he visto levantar desde sus cimientos cada edificio de las calles principales hasta que llegaron a ser tantos que se me enredó la cuenta”¹⁷². Durante los primeros años de su residencia en la capital la familia Mujica Velásquez tomó la posibilidad de vivir en una de las antiguas casas

¹⁷¹ MÚJICA, Elisa. Un barrio en 1920 y sus alrededores. *El Tiempo. Lecturas dominicales*. Bogotá, 29, diciembre, 1974. p. 2.

¹⁷² Ibid.

del barrio La Candelaria, para entonces ya abandonadas por sus dueños originales y convertidas en pensiones e inquilinatos. Sobre esta situación Elisa apunta:

Por los años 20 a los calentanos se nos ofreció la posibilidad de vivir en algunas de las grandes casas del Centro, convertidas en pensiones e inquilinatos y ya con indicios de desmoronamiento, o en las casitas que se improvisaron para albergarnos al occidente hasta la calle 24 y la carrera 14, considerada mal sitio por la vecindad del tren, o en las quintas de Chapinero, bastante espaciadas unas de otras, que llegaban a la calle 67 más o menos, en los confines con el campo. Solo a partir de 1930 la transformación urbanística se incrementó con la construcción del barrio Teusaquillo, de casas con falsos escudos que ambicionaban quienes los tenían propios en La Candelaria¹⁷³.

Además del complejo panorama material, la familia también se vio obligada a moldear sus sencillos gustos y pasatiempos, un sacrificio que exigía el ambiente social al que aspiraban a pertenecer. Por entonces, Bogotá no se encontraba del todo aislada en términos culturales, pero sin duda ocupaba un modesto lugar entre los demás países latinoamericanos que gozaban de una mayor cercanía con el acontecer de las grandes capitales europeas¹⁷⁴. Como lo ilustra el historiador Ricardo Trujillo:

Los procesos de industrialización y de urbanización, por limitados que fuesen, contribuyeron a alterar en las ciudades colombianas viejos patrones culturales, que cobijaban desde las formas de esparcimiento hasta las ideologías, pasando por valores éticos y creencias religiosas. El espacio urbano ofrecía una forma de vida novedosa, diferente a la cotidianidad tradicional del campo. Las diversiones eran más variadas y, sobre todo, tendían a alejarse de las normas impuestas por el clero: cafés, tabernas, prostíbulos o clubes, según los gustos y el bolsillo de cada quien, ofrecían nuevas formas de socialización, así como pasatiempos «paganos», muy distantes de las entretenimientos tradicionales, relacionadas casi todas con celebraciones religiosas —misas, peregrinaciones, procesiones, Semana Santa, Ascensión, Navidad, etcétera—. Las fiestas cívicas y, sobre todo, los carnavales juveniles constituían también otra forma de diversión. Por esos años, la llegada del cine fue un pasatiempo novedoso para ciertos sectores. En las salas que se crearon en unas cuantas ciudades del país, los asistentes podían recrearse y entretenerse con historias románticas, cómicas, trágicas, que llegaban de México, Argentina, Estados Unidos y Europa¹⁷⁵.

¹⁷³ Ibid.

¹⁷⁴ TRUJILLO, Ricardo. Historia de Colombia contemporánea (1920-2010), Op. cit., p. 41.

¹⁷⁵ Ibid., p. 42-43.

Por su parte, Luis Mujica disfrutaba de compartir con su hija las funciones del Teatro Colón, donde se presentaban las mejores compañías españolas de la época, como la Compañía Guerrero Díaz de Mendoza con obras como “Los andrajos de la púrpura” de Jacinto Benavente. La matiné también era el mejor plan de los domingos, días que pasaban entre la habitual visita a la iglesia y el disfrute de cortometrajes como “Los niños peligrosos”¹⁷⁶. Por las noches no faltaba la caminata familiar a “pasear vitrinas”, lo cual incluía un recorrido por las tiendas de joyería más concurridas del centro de Bogotá como Plata W, El Bazar Veracruz, El Pequeño París y Mogollón¹⁷⁷ y los modernos estantes de las librerías ubicadas en la calle doce, especialmente las de don Jorge Roa* y Camacho Roldán*.

La primera de estas librerías, la Librería Nueva, era sumamente frecuentada por los hombres de letras jóvenes que deseaban mantenerse al día en los más modernos aspectos de la literatura europea, especialmente la francesa que Roa se encargaba de importar con gran interés¹⁷⁸. Fue en la Librería Colombiana donde Elisa compró por cinco pesos sus primeros cuentos de los Hermanos Grimm y de Hans Andersen en hermosas ediciones de bibliófilo, y de un “papel exquisito, con ilustraciones de los grandes dibujantes españoles, destinados a expatriarse unos años más tarde por la caída de la república”¹⁷⁹. La librería Cosmos* era otro sitio de encuentro a donde era posible asistir cada semana a leer revistas como “Blanco y Negro”* con

¹⁷⁶ MÚJICA, Elisa. Un barrio en 1920 y sus alrededores. Op. cit., p. 2.

¹⁷⁷ Ibid.

* Ubicada frente a la Librería Colombiana en la calle 12.

* Esta librería se encontraba, según un artículo del periódico El Tiempo: “en la Calle Real, hoy carrera 7ª” y que para su época “se convirtió en lugar de encuentro de la élite intelectual capitalina”. El Tiempo. Bogotá. 29 de marzo de 2007.

¹⁷⁸ RODRIGUEZ GUERRERO, Ignacio. Libros colombianos raros y curiosos. *Boletín Cultural y Bibliográfico*. Bogotá: 12.11, 1969. p. 252.

¹⁷⁹ MÚJICA, Elisa. Un barrio en 1920 y sus alrededores. Op. cit., p. 2.

* Ubicada, según Nelly Rocío Amaya, en la calle 14 entre carreras 7° y 8°.

* Fue una revista ilustrada editada en Madrid, fundada en 1891 por Torcuato Luca de Tena. Más adelante se convertiría en base del grupo Prensa Española.

su suplemento de aventuras de Celia* escrito por Helena Fortún, uno de los favoritos de Elisa en aquel entonces.

Este ambiente cultural, aunque reducido, hacia posible hallar algunas novedades literarias en Bogotá sin necesidad de envidiar a las grandes metrópolis, según comenta Ignacio Rodríguez:

Roa nos trajo por primera vez, en su integridad, en su idioma original, en sus mejores ediciones críticas, las obras de los directores del pensamiento que aun predominaban en el ambiente espiritual y que habían contribuido determinadamente a formarlo: Shelley y Keats, Macaulay y Carlyle, Dickens y Tackeray, Poe y Quincy, Walter Pater y Oscar Wilde, Turguenef y Tolstoy, Ibsen y Dostojewsky, Sainte-Beuve, Taine y Renán, Guayau y Feuillée, Gustav Flaubert y Guy Maupassant, Emile Zola y Alphonse Daudet, Paul Bourget y Pierri Loti, Amiel y María Bashkirstseff, por no citar sino a los más conocidos¹⁸⁰.

Del mismo modo, Elisa Mújica, años más tarde mencionaría:

Eran buenos tiempos para la calle doce. Desde la Colonia había adquirido una atmósfera de refinamiento gracias a las platerías que funcionaban allí, por lo cual se la denominó calle de los plateros. Situada más al oriente, vivieron las familias principales como las Baraya, Ricaurte, Zea y Trujillo. Los Liévanos habitaron una casa de dos pisos en la esquina de la calle 12 con carrera 7ª, frente a la peluquería de Víctor Huard, que inauguró el primer salón para señoras que iban a cortarse el pelo “a la garzón”. Desgraciadamente con el correr de los años la 12 perdió su antigua alcurnia. Vendedores ambulantes, cafeterías populares, fritangas, y precisamente al lado de estas, un excusado público, reemplazan los sitios amables de antaño¹⁸¹.

Cabe apuntar que el mundo cultural al que Elisa pudo acceder en este momento de su infancia se encontraba fuera de alcance para una gran mayoría de la población colombiana, en el sentido de que las tasas de analfabetismo entonces rondaban cerca del setenta por ciento de la población mayor de 14 años, además de que la educación pública era deficiente y cursar estudios universitarios aún era un privilegio

* Personaje infantil creado por Helena Fortún (1886-1952). Apareció por primera vez en 1928 en la revista Blanco y Negro.

¹⁸⁰ RODRIGUEZ GUERRERO, Ignacio. Libros colombianos raros y curiosos. Op. cit., p. 152.

¹⁸¹ MÚJICA, Elisa. Las viejas librerías bogotanas. *Revista Lámpara*. 107. XXVI. Citado por: AMAYA, Nelly. Elisa Mújica: verdadera vocación por la escritura. Op. cit., p. 6.

reservado para una minoría¹⁸². Esta situación hacia cada vez menos común que desde pequeños los niños de condiciones económicas escasas tuvieran acceso al mundo de la lectura, pero como se puede observar, aunque Mújica perteneciese a la clase media logró tener acceso a espacios culturales que enriquecieron aún más su interés por las letras. Esta cuestión, sin duda, evidencia el surgimiento de otra línea de segmentaridad flexible o molecular que se desprende de la rígida segmentación molar en la que era casi una regla general que las mujeres se mantuvieran alejadas de este tipo de prácticas, pues la educación que se les ofrecía era sumamente limitada y principalmente dirigida al cumplimiento de su rol como madres y esposas.

De este modo, los años que transcurrieron desde la llegada de los Mujica Velásquez a Bogotá, hasta la década de 1930, constituyeron un período de adaptación y aprendizaje en el cual la familia pudo disfrutar del entorno capitalino, al mismo tiempo que mantenían la mirada puesta en el futuro. Luis Mújica, por su parte, logró ascender al puesto de jefe de personal en el Ministerio de Comunicaciones¹⁸³, lo que mejoró las finanzas de la familia y permitió que la madre continuara ocupando su tiempo en la abnegada labor de administrar el hogar. Elisa, por otro lado, fue quien sacó mayor provecho de esta etapa, pues desde la corta edad de once años empezó a experimentar con la escritura, borroneando novelas y cuentos mientras asistía a un colegio regentado por monjas de la Presentación. Aquellos años siempre los recordó con una mezcla de amor y nostalgia:

Siendo la última de tres hijas, fui una niña muy sola y probablemente por escapismo solamente me parecía bello el mundo de los libros; siempre fui a buscarlo, inclusive más adelante cuando ya estaba en el colegio y tenía amigas, porque no podía entender la vida entonces sino por medio de la ayuda de la lectura, experiencia terrible en ese momento porque no veía las cosas maravillosas que me rodeaban sino que tenía que ser todo a través de la visión de los otros. Pero eso no quiere decir que era solamente soñadora, porque también hacia cosas por mi parte; me enteraba de lo que decían los mayores, me informaba de ideas equivocadas e

¹⁸² TRUJILLO, Ricardo. Historia de Colombia contemporánea (1920-2010), Op. cit., p. 46.

¹⁸³ MÚJICA, Elisa. Diario 1968-1971. Op. cit., p. 96.

intervenía en la vida real porque me pasaban aventuras y todas las cosas normales y corrientes en la vida de una muchacha¹⁸⁴.

Esta línea de fuga que plantea la autora cuando se refiere a la lectura y la escritura como medios de escape del orden establecido, es decir de la rigidez de la línea molar, en la que la educación femenina era vista como una extensión más de los deberes del hogar, permite apreciar una subversión de la idea tradicional de lo femenino, pues no es un secreto que las labores intelectuales eran consideradas de exclusivo dominio masculino. Que Elisa se haya inclinado por seguir un devenir fuera de los parámetros delimitados en función del género ya empieza a ser una característica llamativa dentro de su trayectoria intelectual, incluso aunque en un primer momento se haya presentado de forma inconsciente.

Así las cosas, cuando Mújica cumplió quince años, el país entró en un período de transición política que fue recibido en medio de un ambiente de optimismo. La hegemonía conservadora llegaba a su fin, dando paso a dieciséis años de gobiernos liberales que buscaron, a toda costa, realizar reformas en diferentes ámbitos de la vida nacional, y aunque éstas fueron moderadas, “causaron un profundo temor en la oposición, que vio en ellas la antesala del triunfo comunista”¹⁸⁵. Pese a estos recelos, lo cierto es que el impacto del primer gobierno liberal de Enrique Olaya Herrera (1930-1934) sobre la vida de las mujeres colombianas fue contundente. Durante este período se les concedió el derecho de heredar propiedades y firmar contratos, se abolió el concepto de su incapacidad civil y las habilitaron para comparecer libremente en juicio, administrar sus bienes y actuar de manera autónoma sin la necesidad de un representante legal¹⁸⁶. Y aunque aún no podían votar, las mujeres fueron consideradas ciudadanas y accedieron de lleno a la vida laboral fuera del hogar.

¹⁸⁴ CALERO DE KONIETZKO, Aida. Entrevista con Elisa Mújica. Op. cit., pp. 68.

¹⁸⁵ TRUJILLO, Ricardo. Historia de Colombia contemporánea (1920-2010), Op. cit., p. 87.

¹⁸⁶ GOMEZ GIRALDO, Alcira. Los derechos de la mujer en la legislación colombiana. Repertorio histórico de la academia antioqueña de historia fundada en 1903. Vol. 38, No. 250, año 1987. p. 12.

Paralelo a estos sucesos, la tragedia tocó las puertas de los Mujica Velásquez. Durante el último día de abril de 1931¹⁸⁷ la muerte del padre sorprendió a la familia, desencadenando una crisis económica que tuvo que ser afrontada por la aún adolescente Elisa, ahora responsable de una madre de avanzada edad y, por primera vez, de ella misma. A partir de ese momento estableció una relación más cercana con sus hermanas Cecilia y Genoveva, y además con la hija de la primera: Rosita, quien le aproximaba en edad¹⁸⁸ y siempre le ofreció su ayuda en momentos difíciles. También comenzó a trabajar como secretaria en el mismo lugar que había sido la oficina de su padre: El Ministerio de Comunicaciones, donde creció profesionalmente y procuró el sustento de su madre, pero tuvo que aplazar su producción literaria, “porque el tiempo de la escritura y la lectura se hacía cada vez más difícil con un trabajo de oficina intenso y agotador”¹⁸⁹.

En este punto, una nueva ruptura con el orden molar hace su aparición. Si bien, hasta ahora la vida de Elisa había evidenciado el surgimiento de breves líneas de segmentaridad flexible o molecular que desafiaban la tradicional imagen femenina en la sociedad colombiana, su ingreso a la vida laboral deja ver el nacimiento de una línea de fuga que se va a extender a lo largo de toda su vida y a determinar el proceso de *devenir-mujer* que se muestra en su narrativa novelística. Esto sucede debido a que dicho acontecimiento marca un punto de inflexión que convierte a la misma Mújica en una representación molecular: la mujer trabajadora, representación que es propiciada por el proceso de modernización económica que vinculó a la mujer a la fuerza de trabajo, separándola así del quehacer tradicional femenino de madre y esposa para abrirla la oportunidad de buscar otro destino posible al mundo doméstico.

¹⁸⁷ MÚJICA, Elisa. Diario 1968-1971. Op. cit., p. 75.

¹⁸⁸ Ibid., p. 23.

¹⁸⁹ CALERO DE KONIETZKO, Aida. Entrevista con Elisa Mújica. Op. cit., pp. 68.

1.3 EL MUNDO: FEMINISMO, ESCRITURA Y REVOLUCIÓN (1931-1967)

Para 1931, un año plagado de grandes cambios y sin sabores, Elisa Mújica ya había dejado de lado sus uniformes de colegio para incursionar en el uso de los modernos trajes tipo sastre que modelaban las primeras mujeres con la oportunidad de trabajar fuera de casa. Se había convertido rápidamente en una mujer adulta, con responsabilidades y compromisos ineludibles, pero también con deseos de mejorar su condición y dar rienda suelta a la vocación que desde niña la llamaba: la escritura. Su trabajo le obligaba a pasar la mayor parte del día entre las enormes pilas de papel y las máquinas de escribir que albergaban las frías oficinas por las que pasaban las vidas de cientos de jovencitas que apenas llegaban a la adolescencia¹⁹⁰. Aquellos lugares Elisa los retrataría muy bien en las páginas de sus cuentos y novelas, siendo una muestra clara de ello el siguiente apartado:

Entonces las oficinas públicas aglomeraban polvo, telarañas, mamotretos, escritorios monumentales colocados lejos de la luz, anaqueles altísimos poblados de volúmenes que nadie consultaba, humedad y polillas. Fueron las mujeres quienes, desde su ingreso en el medio prohibido, lo transformaron con su sola presencia. ¿En qué lo convirtieron? en lo único que conocían: en ambiente doméstico. Sacudieron los escritorios, los adornaron con floreros, luego con portarretratos, en seguida con lámparas de luz indirecta, ceniceros, porcelanas, baratijas, amuletos. No las convencían las paredes desnudas o con oleografías horrorosas de los próceres, ni las ventanas desprovistas de cortinas, los muebles desvencijados o demasiado imponentes, en los rincones los arrumes de papeles aparentemente sin orden ni concierto y que, no obstante, manejaban los entendidos con los ojos cerrados¹⁹¹.

Para las mujeres de esta generación, nacidas en un panorama de manteles y vestidos, recetas y cuidados domésticos, el experimento de trabajar en una oficina tenía cierto sabor a sacrificio, por ello apenas vieron la posibilidad de retornar al seguro ambiente de la vida doméstica la tomaron. En oposición, las mujeres que

¹⁹⁰ COBO BORDA, Juan Gustavo. Bogotá visto con ojos de mujer. En: *Elisa Mújica en sus escritos*. Bucaramanga: Fusader, 1988. p. 130.

¹⁹¹ MUJICA, Elisa. Los dos Tiempos. Bogotá: Editorial Iqueima. 1949. p. 28.

trascendieron este pensamiento tradicionalista lucharon por conseguir los derechos y espacios que les habían sido negados por mucho tiempo, como afirmó Mújica:

A pesar de formar mis amigas y yo una cierta clase de equipo como queda dicho, cada una avanzaba por su cuenta y riesgo. Luchábamos no solo por el derecho al voto y por la igualdad civil y jurídica. Como si acabáramos de abrir los ojos a una triste realidad, vibrábamos con voluntad de reparar las restantes injusticias, lo que nos situaba más o menos cerca de las filas revolucionarias. Como los hombres, éramos teóricas, no prácticas¹⁹².

Este movimiento emancipatorio del que habla la autora había iniciado desde 1930 y se encontraba en pleno auge, dando lugar a varias reivindicaciones que permitieron a las mujeres tomar protagonismo público y defender sus propios intereses. Desde diferentes órganos de expresión el movimiento femenino abogó por la obtención de derechos para la mujer colombiana pues, aunque ya contaban con ciertos triunfos en el ámbito jurídico, aún faltaban los derechos políticos¹⁹³. Esta línea de segmentaridad flexible o molecular, que se traza con los primeros intentos de las mujeres por buscar la paridad entre géneros, deja ver cómo el ambiente de modernización que se vivía en el país influenció un cambio de perspectiva frente al orden molar establecido y propició el cuestionamiento del verdadero lugar de la mujer en la sociedad.

Atendiendo a este panorama, Elisa abrazó la escritura como una forma de denunciar todas esas injusticias que circundaban la experiencia femenina en el país y ya desde las primeras jornadas laborales se vio apuntando en papelitos, a modo de diario, los acontecimientos cotidianos que valían la pena ser rescatados para llevarlos a la ficción. No contenta con esto, estudió inglés en sus ratos libres y además forjó nuevas relaciones que contribuirían a ampliar sus horizontes laborales y culturales, así como sus intereses literarios. Una de las amistades más importantes en estos

¹⁹² MÚJICA, Elisa. Discurso pronunciado en la I Feria Internacional de Libro, mayo de 1988. Op. cit., p. 106.

¹⁹³ LUNA, Lola y VILLAREAL, Norma. Historia, género y política: movimientos de mujeres y participación política en Colombia 1930-1991. Op. Cit., p. 87.

primeros años de vida laboral fue la que sostuvo con Carolina Cárdenas (1903-1936), una joven pintora perteneciente a una familia adinerada oriunda de Popayán, caída en desgracia a causa del colapso financiero de 1929, una crisis que afectó en gran medida la economía colombiana debido a la caída de las exportaciones de café y el cierre del crédito externo que obligó al gobierno a implementar una política de reducción de gastos¹⁹⁴.

En 1932, cuando estalló la guerra entre Colombia y Perú¹⁹⁵ también aumentó la demanda de mano de obra femenina en la rama burocrática, razón por la cual Carolina ingresó como secretaria a la sección de Provisiones del Ministerio de Guerra, recinto en el que conoció a Elisa¹⁹⁶. Las dos mujeres, a pesar de su diferencia de edad y orígenes sociales, se convirtieron en muy buenas amigas, tanto que Cárdenas le abrió la puerta a Elisa al pequeño mundo intelectual y artístico que ella misma frecuentaba en Bogotá. Por su parte, Elisa siempre profesó una admiración incansable por aquella mujer, mítica y misteriosa, que contribuyó a la introducción del concepto de Art déco en el país con sus originales piezas de cerámica y dibujos estilizados que le ganaron el apodo de “Miss Decó” entre sus colegas¹⁹⁷.

Como se alcanza a notar, la vida de Carolina Cárdenas también es el reflejo de una línea segmentaridad flexible o molecular debido a que se sale de todos los parámetros asignados a las mujeres de la época. Cabe señalar que Cárdenas accedió a una educación completa y singular, pues a muy temprana edad fue

¹⁹⁴ AVELLA GÓMEZ, Mauricio. Antecedentes históricos de la deuda colombiana. El papel amortiguador de la deuda pública interna durante la gran depresión, 1929-1934, Bogotá: Borradores de Economía Banco de la República. 2003.

¹⁹⁵ Este conflicto se produjo durante los años de 1932 y 1933 en la cuenca del río Putumayo en inmediaciones fronterizas del municipio Puerto Leguizamo y la ciudad de Leticia, ubicada en la entonces Comisaría colombiana del Amazonas. La guerra dio fin con la ratificación del Tratado Salomón-Lozano, un acuerdo de límites entre ambos países que aún hoy día se encuentra vigente y aceptado por ambas partes. El Tiempo, Bogotá, 18 de octubre de 1991.

¹⁹⁶ CARDENAS OLAYA, Enrique. Carolina Cárdenas. Los dos tiempos. Exposición de dibujos de Carolina Cárdenas. Bogotá: Museo Nacional de Colombia. 2003.

¹⁹⁷ Ibid.

enviada a vivir con sus abuelos maternos a Londres, ciudad donde su abuelo se desempeñaba como cónsul de Colombia. Posteriormente, en 1928, ingresó a la Escuela de Bellas Artes de Bogotá, donde se rodeó de intelectuales, poetas, bohemios y artistas, mientras desarrolló su propia visión del arte y de la posición de ella como mujer dentro de este ambiente¹⁹⁸. Se casó en 1932 con Jaime Jaramillo Arango, un reconocido médico que había sido ministro de Salud durante el gobierno de Enrique Olaya Herrera. El matrimonio duró dos semanas, lo que ocasionó todo tipo de murmuraciones, el retorno de Carolina a la casa paterna y el inicio de su vida laboral¹⁹⁹.

En 1936, la prematura muerte de la artista, a causa de meningitis²⁰⁰, coincidió con un cambio en la vida laboral de Elisa, quien fue contratada por Carlos Lleras Restrepo para desempeñar el cargo de secretaria privada hasta el año de 1943, primero cuando él estaba en la Contraloría y luego como Ministro de Hacienda. En los años siguientes, además de conocer personalidades influyentes dentro del mundo de la política y las letras colombianas, Mújica también logró entablar relaciones con varias mujeres que, como ella, alternaban su pasión por la escritura con el trabajo rutinario en las oficinas públicas. Ellas construyeron una cohesión que se identificó no solo por el espíritu de rebeldía y las aspiraciones literarias, sino también por la edad, entre estas jóvenes se encontraban: Matilde Espinosa (1910-2008), Carmelina Soto (1916-1994), Emilia Ayarza de Herrera (1919-1966), Meira del Mar (1922-2009), Maruja Vieira (1922), Dora castellanos (1924) y Fanny Osorio (1926-1988), juntas se animaban para no ser autoras de un solo libro, poseyendo, sin darse cuenta, la consistencia de un grupo generacional²⁰¹. Juana Sánchez

¹⁹⁸ ARANGO RESTREPO, Clemencia. Carolina Cárdenas: promesa fugaz del arte moderno en Colombia. *Credencial Historia*. 1998. No. 108. <https://www.banrepcultural.org/biblioteca-virtual/credencial-historia/numero-108/carolina-cardenas>

¹⁹⁹ Ibid.

²⁰⁰ El Tiempo, Bogotá, 19 de abril de 1936. p. 7.

²⁰¹ Truque, S. (1988). Discurso pronunciado en la I Feria Internacional de Libro, mayo de 1988. Op. cit., p. 105.

Lafaurie* quien escribió bajo el pseudónimo de Marzia de Lusignan, fue otra escritora que, aunque era mucho mayor que Elisa, trabajó junto a ella en el Ministerio de Comunicaciones, juntas vivieron la experiencia de escribir sus páginas mientras le robaban “minutos a las horas que habían vendido”²⁰² y adquirían conocimientos de manera autodidacta.

De esta forma, Elisa comenzó a consolidar una carrera burocrática mientras en sus ratos libres alimentaba sus verdaderas pasiones. Aunque la producción de su obra tuvo que retrasarse unos años más a partir de este momento, la falta de tiempo nunca le impidió seguir leyendo y aprendiendo. Entre sus autoras predilectas de este período destacan Selma Lagerlöf, Emily Dickinson, Katherine Mansfield y Virginia Woolf, autoras que le permitieron dar forma, a través de las letras, a las experiencias que estarían por venir, creando así su propia narrativa preocupada por lo femenino en un momento histórico determinante para las mujeres en Colombia, quienes ya contaban con el derecho de administrar sus propios bienes, la posibilidad de desempeñar cargos públicos y el acceso a la educación superior, logros que beneficiaron sobre todo a la población femenina de clase alta y media que sacó provecho de las ventajas que les concedió esta nueva legislación.

En este punto, es posible observar la aparición de otra línea de segmentaridad flexible o molecular en la vida de Elisa Mújica, pues a la par que ella continúa desempeñándose en un medio totalmente masculino, con cánones específicos de su función como mujer en la sociedad y como trabajadora, también empieza a

* Escritora samaria nacida en 1902. Trabajó en el Ministerio de Comunicaciones, fue periodista, conferencista y defensora de los derechos para las mujeres, entre ellos el ingreso a la universidad. Publicó dos libros de Poesía y una única novela: *Viento de Otoño* (1941). OSPINA, Nathaly. *Novelas de escritoras colombianas de los años cuarenta del siglo XX: modernidad y nuevas subjetividades*. [en línea] trabajo de investigación Magister en Estudios Literarios. Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Literatura. Maestría en Estudios Literarios. 2016. p. 26. [Consultado: 14/07/2019]. Disponible en Internet: <http://bdigital.unal.edu.co/54423/1/1007099916.2016.pdf>.

²⁰² Truque, S. (1988). Discurso pronunciado en la I Feria Internacional de Libro, mayo de 1988. Op. cit., p. 106.

incursionar en otros ámbitos que le abren las puertas a una perspectiva mucho más política del mundo. Los viajes, la posibilidad de acercarse a ideologías políticas de diferentes tipos y, además, las lecturas influenciadas por la situación sociopolítica que se vivía el país y en el mundo durante la década de los cuarenta, contribuyeron a que Elisa empezara a introducirse de forma seria en el estudio del marxismo, el feminismo y otras corrientes filosóficas importantes de la época.

Cabe señalar que, al iniciar la década de los cuarenta, el país aún no había alcanzado un nivel de modernización significativo. Cerca del 70% de la población activa continuaba desempeñando labores en el campo²⁰³, mientras que en las ciudades el agitado ambiente social y político dejaban ver el enorme malestar de la ciudadanía por los ímpetus reformistas del Gobierno, llenos de promesas, pero con pocos resultados tangibles, situación que dio lugar al ascenso del gaitanismo el cual había radicalizado sus posiciones y adoptado un marcado tinte populista²⁰⁴. En medio de este ambiente, de 1943 a 1945, Mújica tuvo la oportunidad de desenvolverse como secretaria de la Embajada de Colombia en Quito, Ecuador. Este viaje se perfila como uno de los más importantes tanto de su vida intelectual como personal, debido a que los acontecimientos que allí vivió marcaron profundamente su obra y su conciencia política*.

Durante su estadía en el vecino país Elisa alternó su trabajo de oficina con una agitada vida social que le permitió conocer de cerca intelectuales, artistas y políticos afiliados al partido comunista ecuatoriano:

Eran escritores y artistas de vanguardia, oradores que entusiasmaban en los mítines, y algunos otros, estos en realidad muy pocos, dedicados a un trabajo penoso en favor de los indios. Por entonces nos acercábamos al final de la última

²⁰³ TRUJILLO, Ricardo. Historia de Colombia contemporánea (1920-2010), Op. cit., p. 187.

²⁰⁴ Ibid., 11.

* Elisa tuvo la oportunidad de presenciar la Revolución del 28 de mayo de 1944, la cual fue un levantamiento popular de Ecuador conocido en algunos sectores de la población como "La Gloriosa", que derrocó al presidente Carlos A. Arroyo del Río y permitió el ascenso de José María Velasco Ibarra a la Presidencia. Este episodio se ficcionaliza en la novela *Los dos tiempos*.

gran guerra. Los aliados mezclaban sus esfuerzos por la victoria, aparentemente confundidas también sus ideologías. El oso ruso paseaba en cartelones los días de los desfiles por las calles de Nueva York. Una inmensa esperanza de la tierra parecía, otra vez, a punto de cumplirse. Nada tiene de raro, pues, que yo viera en el comunismo la mejor solución para los problemas de América²⁰⁵.

Ellos influirían en su formación literaria e ideológica, pero también en su naciente preocupación por el feminismo, aunque ella nunca se afiliara de forma oficial a ningún colectivo político. Aunada a esta experiencia, el contacto con el denominado grupo de Guayaquil fue decisivo en la consolidación del pensamiento marxista de Mújica. Conformado por José de la Cuadra, Enrique Gil Gilbert, Joaquín Gallegos Lara, Demetrio Aguilera Malta y Alfredo Pareja Diezcanseco, este grupo se dedicó a la creación de una literatura profundamente social que ponía en evidencia los horrores que, en nombre de la civilización, tuvieron que vivir indígenas y campesinos²⁰⁶. Sobre estos aspectos Elisa volvería en sus primeros textos, cargados de un gran sentido social y años después reflexionaría más a fondo sobre este acercamiento al mundo indígena:

En el Ecuador, de cada tres habitantes, dos son indios. En ese año de 1947, en plena mitad de nuestro siglo, éstos se presentaron ante los ojos sorprendidos que los contemplaban por primera vez, como si no poseyeran siquiera un rostro individual, formado a imagen y semejanza de Dios, sino que formarían una gran masa amorfa, triste, de sombras. La visión de los despojos humanos que marchaban por los caminos ecuatorianos, o de esos otros, plantados como si fueran de piedra, en el paisaje de Riobamba y Yaguarcocha, significó para la protagonista de mi primer novela el rompimiento con muchos nombres y símbolos de su vida anterior²⁰⁷.

Además de estas problemáticas sociales, la compleja situación de las mujeres en toda América Latina se convirtió en una preocupación para Elisa, pues con la sensibilización que logró adquirir a través de la estrecha relación que sostuvo con importantes figuras del medio social ecuatoriano como Luisa Gómez de la Torre y Nela Martínez²⁰⁸ – activistas feministas, con inclinaciones marxistas, que trabajaron

²⁰⁵ MÚJICA, Elisa. De Marxista a Católica. Op. cit., pp. 19-20.

²⁰⁶ AMAYA, Nelly. Elisa Mújica: verdadera vocación por la escritura. Op. cit., p. 6.

²⁰⁷ MÚJICA, Elisa. De Marxista a Católica. Op. cit., pp. 19.

²⁰⁸ CARRANZA, Jerónimo. Introducción. En: *Diario 1968-1971*. Op. cit., p. 13

incansablemente por los derechos de los indígenas, mujeres y campesinos en Ecuador – las ideas feministas se convirtieron en una constante en su pensamiento, así como en su intención escritural, ya que a partir de ese momento se dedicaría a plasmar por escrito todas las luchas cotidianas que se escondían detrás de los rostros femeninos.

Después de esta enriquecedora experiencia Elisa regresó a Colombia totalmente transformada. Su recién adquirida conciencia social y política, además del deseo de convertirse en escritora, la impulsaron a incursionar en el mundo literario, labor que logró alternar con su ya copada vida laboral. Así, para el 16 de noviembre de 1947 apareció publicado en el diario *El Liberal* su primer cuento: *Tarde de visita*, un texto dedicado a la crítica social, que no se incluiría en ninguna de sus colecciones posteriores²⁰⁹. El ensayo “El Indio en América: síntesis de obras americanas sobre el problema indígena”, se publicó en 1948 y, asimismo, su primer artículo en *El Tiempo* titulado “Marcelina: Una amiga de Balzac”.

Elisa continuaría escribiendo comentarios de libros y artículos sobre temas culturales y literarios por casi treinta años en el suplemento dominical de *El Tiempo* (1950-1970), hasta que se retiró del periódico Eduardo Mendoza Varela y en el “Magazín dominical” de *El Espectador* (1950-1955), además de realizar diversas colaboraciones con variadas revistas y periódicos culturales del país. Entre sus entregas más recordadas se encuentran la serie de entrevistas “Las esposas de los escritores” que realizó para el periódico *El Tiempo* y sus notas de viaje a Italia publicadas en *El Espectador*.

En 1949 llegó el momento más esperado en la naciente carrera literaria de la escritora: la publicación de su primer novela. *Los dos tiempos*, que fue concebida en Quito, salió a la luz en el mes de diciembre de aquel año bajo el sello de la

²⁰⁹ ORDOÑEZ, Monserrat. Biografía de Elisa Mújica. Op. cit., p. 11.

Editorial Iqueima, uno de los primeros proyectos editoriales en el país²¹⁰. En su carátula se imprimió un dibujo inédito de la pintora Carolina Cárdenas en el que se hace alusión a una figura femenina triple que camina hacia el infinito, como era usual en su estilo, las mujeres aparecen dibujadas a partir de figuras geométricas sencillas y limpias. Dedicado a la madre de Elisa y a la pintora, este libro constituyó toda una rareza para la época debido a los temas que desarrolló y a los personajes que mostró, incluso se ha llegado a decir que “*Los dos tiempos* debió causar impacto”²¹¹ porque fue comentada y reseñada por personalidades como Jorge Gaitán Durán²¹², Próspero Morales Padilla²¹³, Roberto Herrera Soto²¹⁴, Ernesto Volkening²¹⁵ y Hernando Téllez, quien “publicó una reseña positiva en *Semana*, aunque más tarde, u compararla con Catalina, no le gustó tanto esa primera novela de Mújica”²¹⁶. La más interesante de estas reseñas fue, sin duda, la realizada por Ernesto Volkening, quien apuntó:

La primera obra de Elisa Mújica, que hasta el momento solo ha encontrado un eco muy débil en la prensa, es a nuestro parecer uno de los libros más importantes que se hayan publicado recientemente. Nadie que haya seguido con ánimo despierto la asombrosa curva trazada por la historia social de Colombia en el decurso de los últimos cinco lustros, debiera dejar de leer esta novela, en la cual, a través del temperamento de una mujer sensible, presta para responder a los estímulos de un mundo en vertiginosa transformación, se vive y se revive una época que muere

²¹⁰ Fue parte del proyecto editorial del exiliado español en Colombia Clemente Airó, quien contribuyó con la difusión de las letras en Colombia y a subsanar los obstáculos que le impedían al escritor colombiano dar a conocer al público sus creaciones. PRIETO MEJÍA, Paola. *Semblanza de Ediciones Espiral (1944-1975)*. En: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes - Portal Editores y Editoriales Iberoamericanos (siglos XIXXXI). 2018. - EDI-RED: <http://www.cervantesvirtual.com/obra/ediciones-espinal-editorial-iqueima-1944-1975-semblanza-924061/>

²¹¹ ORDOÑEZ, Monserrat. Biografía de Elisa Mújica. Op. cit., p. 27.

²¹² GAITÁN DURÁN, Jorge. Literatura femenina. La novela de Elisa Mújica. *El Tiempo. Lecturas Dominicales*, 18 de diciembre de 1949, p. 2.

²¹³ MORALES PADILLA, Próspero. Elisa novelista. *El Tiempo. Suplemento Dominical*, 26 de marzo de 1950. p. 10.

²¹⁴ HERRERA SOTO, Roberto. El libro de Elisa Mújica. *El Tiempo. Lecturas Dominicales*, 27 de diciembre de 1949, p.1.

²¹⁵ VOLKENING, Ernesto. Los dos tiempos de Elisa Mújica. *Elisa Mújica en sus escritos*. Bucaramanga: Fusader, 1988. pp. 122-126.

²¹⁶ ORDOÑEZ, Monserrat. Biografía de Elisa Mújica. Op. cit., p. 27.

engendrando otra. Sin duda, *Los dos tiempos* tendría el valor de un documento humano aun en el caso de que nada más se pudiera decir acerca del libro²¹⁷.

A partir de esto, resulta necesario subrayar que *Los dos tiempos* es una novela que explora, ya desde su título, las etapas de la vida de Celina Ríos, una joven atípica entre sus contemporáneas que nace en Bucaramanga y a los ocho años se traslada a Bogotá junto con su familia. Allí se convierte en mujer y empieza a trabajar como secretaria. Tras la muerte de su madre viaja a Quito donde una serie de eventos la llevan a introducirse en la ideología marxista, de la mano de un grupo de revolucionarios comunistas y mujeres feministas, involucrados en el movimiento indigenista que estaba candente durante la década de 1940 en toda Latinoamérica y buscaba el mejoramiento de la condición política de los pueblos indígenas y sus derechos. De este modo, la situación política que desata después de la Revolución del 28 de mayo de 1944 en Guayaquil* marca el final de la aventura de Celina, quien retorna a Colombia totalmente transformada.

La novela es contada por una narradora en tercera persona, lo que permite observar con cierta distancia el proceso de transformación que vive Celina como mujer y también como sujeto político. Por otro lado, la minuciosidad del relato torna a la novela un poco densa, incluso, "con frecuencia no parece novela sino una autobiografía casi sin transformar, llena de recuerdos, reminiscencias y evaluaciones constantes de la propia conducta y actitud"²¹⁸, lo que, sin embargo, no impide detenerse en el cuidadoso hilado que realiza Mújica de los temas políticos y sociales que atraviesan a la protagonista, así como otros temas referentes a las relaciones amorosas, la maternidad y las alternativas a un destino doméstico.

²¹⁷ VOLKENING, Ernesto. *Los dos tiempos* de Elisa Mújica. Op. cit., p. 122.

* Este levantamiento popular, también conocido como "La Gloriosa", derrocó al presidente Carlos A. Arroyo del Río y permitió el ascenso de José María Velasco Ibarra a la Presidencia.

²¹⁸ BERG, Mary. *Las novelas de Elisa Mújica. En: Literatura y diferencia: escritoras colombianas del siglo XX*. Ed. María Mercedes Jaramillo, Betty Osorio de Negret y Ángela Inés Robledo. Bogotá: Ediciones Uniandes; Editorial Universidad de Antioquia, 1995.: 213.

Con estos primeros logros obtenidos en el campo literario Elisa continuó trabajando en un proyecto que, desde que llegó de Ecuador, rondaba su cabeza: tomar parte en la formación de un partido socialista colombiano. Este nuevo partido pretendía ser conjuntamente revolucionario y respetar las normas tradicionales, según afirmaban los profesores y estudiante universitarios que moldeaban su cimientos; Elisa, desde su posición de secretaria de correspondencia del comité ejecutivo, imaginaba cooperar en el hallazgo de un punto medio “donde a cada adversario se le concediera algo de razón en el viejo pleito sobre la justicia”²¹⁹. No obstante, durante los siguientes años la situación política en Colombia entró en crisis y en el país se instauró una amarga era recriminaciones violentas entre los dos partidos tradicionales, razón por la cual aquel “incipiente socialismo naufragó en una mancha de sangre”²²⁰.

Con el triunfo de Mariano Ospina Pérez en las elecciones presidenciales de 1946 se puso fin a dieciséis años de gobiernos liberales, situación que aumentó la tensión entre ambos partidos recrudesciendo aún más la violencia bipartidista que ya se venía manifestando. Un par de años después, el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán agravaría de formar considerable la situación, pues el violento estallido popular, seguido del ambiente de represión de los gobiernos conservadores, llevaron al país a un clima de caos que interrumpió el progreso del plan de modernización.

Según Elisa, con este sueño amargamente truncado en el que “hombres que anteriormente habían ocupado posiciones importantes, quedaron desplazados y no pudieron recuperar la brújula”²²¹, se produjeron una serie de suicidios y casos de locura, además de decenas de destierros voluntarios. Por su parte, ella tuvo la oportunidad de salir del país gracias al ofrecimiento del periódico *El Tiempo* para convertirse en su corresponsal en Madrid. Este empleo, de modesto salario,

²¹⁹ MUJICA, Elisa. De marxista a Católica. Op. cit., p. 21.

²²⁰ Ibid.

²²¹ Ibid.

significaría una oportunidad sumamente importante para la carrera literaria de Elisa, ya que por medio de él podría acceder a un ambiente cultural mucho más amplio y relacionarse con figuras importantes del medio literario y académico, por ello, sin dudar, lo tomó.

La España a la que arribó Mújica en 1952 continuaba bajo el régimen político autoritario liderado por el General Francisco Franco, quien tras la guerra civil de 1936-1939 había sido investido como jefe supremo del bando sublevado. Durante las siguientes décadas el jefe de estado se encargó de promover una ideología anticomunista y nacionalsocialista caracterizada por una política autárquica que aisló el país en términos comerciales²²². Sin embargo, los años cincuenta supusieron una nueva etapa dentro de su régimen debido a que comenzaron a producirse transformaciones significativas en el ámbito político, social, económico y cultural que evidenciaron la necesidad del gobierno de adaptarse a una sociedad en cambio. A lo largo de casi toda la década se produjo un desarrollo económico considerable que promovió la modernización del país, así como una modificación en las formas de consumo de los españoles. Pese a esto, no se redujo la distancia, en términos de desarrollo, que el país guardaba con el resto de Europa, ni tampoco se logró superar por completo el atraso ocasionado por la posguerra²²³.

Los años comprendidos entre 1952 y 1959 marcaron otro período de gran importancia para la perspectiva ideológica y personal de Elisa Mújica. En primer lugar, porque durante su viaje a España se encontró con los antecedentes vascos de su apellido, que la incitaron a cambiar el acento grave para adoptar el más sugestivo de Mújica²²⁴, el cual, según la autora, combinaba mejor con la palabra Música. En segundo lugar, tuvo la oportunidad de estrechar relaciones con

²²² BARCIELA, Carlos. Guerra civil y primer franquismo (1936-1959). *En: Historia económica de España. Siglos X-XX*. Barcelona: Crítica, 2002.

²²³ DEL ARCO BLANCO, Miguel Ángel y HERNANDEZ BURGOS, Claudio. *Esta es la España de Franco. Los años cincuenta del franquismo (1951-1959)*. España: Universidad de Zaragoza, 2020. pp. 49-52.

²²⁴ AMAYA, Nelly. *Elisa Mújica: verdadera vocación por la escritura*. Op. cit., p. 9.

personalidades del mundo literario español, entre las que se cuentan, Damaso Alonso, Vicente Aleixandre, Camilo José Cela, Pedro Laín Entralgo, Pio Baroja y José Martínez Ruiz, más conocido como Azorín²²⁵. Esto pudo suceder debido a su intensa actividad periodística y a la relación familiar que sostenía con el poeta Eduardo Carranza*, quien residía en Madrid por la misma época junto a su esposa Rosita Coronado*.

Además de las relaciones intelectuales que forjó en España, Mújica también pudo compartir largos períodos de tiempo con la familia Carranza, quienes la apoyaron económica y moralmente durante su estadía en el extranjero. Estrechó lazos, especialmente, con los hijos mayores del matrimonio, Ramiro y María Mercedes, quienes serían bastante cercanos a la autora hasta su distanciamiento ideológico en la década de 1960. Sobre la influencia de Elisa Mújica en su vida temprana María Mercedes comentaría años más tarde: “La fábula de mi infancia está tejida con sus leyendas y cuentos; con ella descubrí el poder de la palabra”²²⁶.

Esta etapa también coincidió con un período de gran actividad escritural para Elisa, quien no solo concibió buena parte de su posterior trabajo en Madrid, sino que también publicó su primera compilación de cuentos ilustrados por Lucy Tejeda con la editorial Aguilar. *Angela y el diablo* (1953) se compuso de catorce relatos en los que los personajes son, en su mayoría, mujeres enfrentadas a encrucijadas espirituales y a eventos políticos como el del 9 de abril de 1948, que marcan sus destinos. Esta obra fue seguida de la edición y prólogo de *Reminiscencias de Santa*

²²⁵ Ibid.

* Eduardo Carranza (1913-1985) fue uno de los fundadores del reconocido grupo literario Piedra y Cielo. Además de su labor de escritor, Carranza se desempeñó como catedrático en Colombia y Chile, diplomático y director de la Biblioteca Nacional.

* Rosita Coronado era sobrina de Elisa, hija de Cecilia y Álvaro Coronado. En la década de 1940 contrajo matrimonio con Eduardo Carranza y tuvieron tres hijos: María Mercedes, Ramiro y Juan Carranza Coronado.

²²⁶ JÁUREGUI, Carlos. “María Mercedes Carranza”. *Notable Twentieth-Century Latin American Women: A Biographical Dictionary*. Ed. Cynthia Margarita Tompkins and David William Foster. Westport, Conn: Greenwood Press, 2000. p. 71.

Fe y Bogotá de José María Cordovez Moure (1957), también de Aguilar, y una colaboración con José Pérez de Barradas en la redacción y publicación de la obra *Orfebrería prehispánica de Colombia* que el antropólogo preparó sobre el Museo del Oro de Bogotá²²⁷.

Durante este período de tiempo Elisa siguió colaborando con artículos periodísticos, reseñas y entrevistas para *El Tiempo* y *El Espectador*, donde destacaron sus escritos y comentarios sobre figuras femeninas como George Sand (1952) y Simone de Beauvoir (1959), ya que ambas fueron muy importantes para el debate feminista del siglo XX y, además, el análisis de la situación de mujer contemporánea, que se expuso en artículos como “El retrato y la imagen – El papel de la mujer después de la revolución industrial y de la primera guerra mundial” (1955), donde trató de ubicar a las mujeres en contextos laborales y políticos propios de la modernidad²²⁸. Adicional a esto, empezó a preparar una segunda novela y se sumergió en la lectura de la mística católica, especialmente en la obra de Santa Teresa de Ávila, autora que le confirió una revelación que la llevó a cuestionar su pensamiento marxista.

Como se logra observar, esta nueva línea de segmentaridad flexible o molecular marca por completo el devenir de la autora, quien a partir de este momento empieza a trazar una línea de fuga materializada en su búsqueda de la escritura como profesión. En este punto, el *devenir-mujer* que Elisa había empezado a moldear desde su infancia en Bucaramanga toma forma, en la medida que todas las experiencias que vive durante sus viajes la arrojan a plantearse preguntas sobre la feminidad colectiva e individual, el lugar de las mujeres en la sociedad y las posibilidades que dentro de este orden molar tiene las mujeres para cambiar su situación de objetos a sujetos de enunciación de su propia historia.

²²⁷ ORDOÑEZ, Monserrat. Biografía de Elisa Mújica. Op. cit., p. 12.

²²⁸ OSORIO, Betty. Bogotá de las nubes: el surgimiento de un sujeto femenino en Colombia. En: *Ensayos críticos sobre la obra narrativa de Elisa Mújica*. Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander, 2007. p. 157.

En 1959, cuando Elisa regresó a Colombia, tuvo la oportunidad de desempeñarse como directora de la agencia de la Caja Agraria en Sopó, Cundinamarca, puesto en el que se mantuvo hasta 1962, un año que coincidió con dos logros sumamente importantes en su carrera literaria. El primero fue la publicación de su libro *La aventura demorada: ensayo sobre santa Teresa de Jesús*, en la editorial Presencia. Este texto que habla principalmente sobre Teresa de Ávila, también constituye una radiografía intelectual y espiritual de la propia Mújica, pues en sus páginas reflexiona sobre el arte, la vocación literaria y su conversión al catolicismo, temas que atraparían su atención durante décadas y darían lugar a la producción de varios libros más sobre la temática del misticismo.

El otro, fue la obtención del segundo lugar en el Premio Literario Esso por su novela *Catalina*. Este premio, creado en 1961, había tenido como ganador de su primera edición a Gabriel García Márquez con la novela *La mala hora* y en la segunda a Manuel Zapata Olivella con *Detrás del rostro*²²⁹. Sin embargo, como se menciona en la nota introductoria de la primera edición de *Catalina*, el jurado calificador del Premio Literario Esso 1962, compuesto por Isabel Lleras de Ospina, Gerardo Valencia y Manuel José Forero, exaltó la obra de Mújica, tanto como la de su contendor, por ello también recomendó su publicación, argumentando, además, que se trataba de un tributo de “admiración a la mujer colombiana”²³⁰ y se realizaba “con el fin de estimular aún más a todos los escritores colombianos”²³¹.

Así las cosas, en 1963 apareció la segunda novela de Elisa Mújica, *Catalina*, publicada bajo el sello de la Editorial Aguilar. Originalmente la historia fue concebida en Madrid, en medio del sisma que significó para Mújica su desencantamiento del marxismo y posterior conversión al catolicismo, de ahí que, narrativamente, la obra se muestre mucho más madura y los problemas por los que se indaga más

²²⁹ Editorial. La Esso estimula la novelística colombiana. *Cromos* 106, 2438, 18 de mayo de 1964: 24-25.

²³⁰ MÚJICA, Elisa. *Catalina*. Madrid: Aguilar, 1963. p.11.

²³¹ Ibid.

profundos. Físicamente, el libro se caracterizó por poseer una portada sobria donde se distingue una cruz antepuesta a una figura que aparenta ser una copa, en su interior no se halla dedicatoria alguna, pero sus páginas se encuentran plagadas de referencias históricas tanto como literarias.

La crítica que recibió *Catalina* en el momento de su publicación fue ciertamente positiva. Hernando Téllez lo advierte muy bien al exaltar las mejores características que se logran observar, tanto en la construcción narrativa de la obra, como en las cualidades creativas de la autora imprime en el relato, a través de su artículo de 1964, “Catalina, la novela de Elisa Mújica”, señala²³²:

Es evidente que esta escritora colombiana, a diferencia de lo que generalmente ocurre con los novelistas suramericanos, realiza el acto de humildad intelectual de no creerse superior a ninguna de sus criaturas. Por eso logra darles a casi todos los personajes de su libro consistencia y relieve. No prefiere ni desdeña ninguno, sino que mantiene viva para todos una corriente de simpatía, de cordial complicidad con sus pasiones, sus debilidades y su mediocridad. Catalina la figura central de la novela, parece, por instantes robarle su preferencia y, desde luego, es indudable que el perfil psicológico de este personaje, que le sirve a ella misma – a la escritora – de alter-ego, de trujimán, está mejor logrado que el de los demás. Pero todos tienen, por lo menos, un soplo de vida, todos alientan, todos llevan un determinado peso, no importa que todos sean, como ocurre en la existencia real a la inmensa mayoría de los seres humanos, radical e irremediablemente mediocres. Nadie hay excepcional en la fauna humana de esta novela. Todo el mundo es mediocre, vulgar y común. Pero el acierto de la autora consistió en utilizar bien esa difícil materia y obtener un resultado válido literariamente al trabajarla sin falsificarla, tomándola con sus características dadas, sin mejorarla no empeorarla²³³.

Helena Araujo en su artículo de 1967 titulado: “Dos novelas de dos mujeres”²³⁴, también resalta las cualidades escriturales de Mújica, incluso, llega a sugerir cierta similitud entre Ifigenia, personaje creado por Teresa de la Parra y Catalina, aunque sea evidente el hecho de que Mújica va más lejos al eludir la tendencia al costumbrismo y crear una mujer dotada de libre albedrío, con la capacidad de actuar

²³² TELLEZ, Hernando. *Catalina, la novela de Elisa Mújica. El Tiempo. Lecturas Dominicales*, Bogotá, 10, mayo, 1964. p. 6.

²³³ Ibid.

²³⁴ ARAUJO, Helena. *Dos novelas de dos mujeres. El Tiempo. Lecturas Dominicales*, Bogotá, 26, marzo, 1967. p. 7

de forma individual y autónoma. Sobre esto, Araujo menciona: “En Catalina inicia Elisa Mújica el camino que ha de recorrer toda mujer para transformarse de objeto en sujeto de cualquier conglomerado. Y es aquí donde queda atrás *Ifigenia* – novela de alcance literario y sigue adelante *Catalina* – novela de alcance social”²³⁵.

Dicho lo anterior, es necesario mencionar que, contada en primera persona, *Catalina* es una novela que se introduce en la tragedia personal de Catalina Aguirre, una joven bumanguesa que se ve enfrentada a una serie de dramas domésticos que sacuden su presente y alteran su porvenir. La historia se narra de manera retrospectiva y su trama da inicio con la imagen de una mujer que, embarazada y sola, reconstruye los acontecimientos que la llevaron a incurrir en la infidelidad, huir de su esposo y a transgredir el orden de un entorno social finamente demarcado por la tradición colonial heredada de los españoles.

Con la conquista de estos logros Elisa se consolidó como una escritora de cierto prestigio local, lo que la llevó a seguir contemplando nuevas obras en su horizonte creativo, a la par que continuó su labor en el mundo administrativo. Entre 1962 y 1967 fue directora de la Biblioteca de la Caja Agraria, su último trabajo oficial, pues a inicios de 1968 recibiría una modesta pensión que le permitiría dedicarse de lleno a la escritura. Ya retirada en su pequeña casa ubicada en la calle 12 con carrera 2ª del barrio La Candelaria²³⁶, persistió en su vocación por la escritura y cultivó nuevos éxitos de la mano de la literatura infantil.

Por su parte, las sugestivas líneas de segmentaridad flexible o molecular que se perciben en este período de vida de Mújica permiten comprender por qué las novelas escritas durante estos años contienen tan variadas representaciones de lo femenino, así como un alto contenido de trazas históricas en torno al tema de la situación material de las mujeres en Colombia. El orden social evidentemente es

²³⁵ Ibid.

²³⁶ CARRANZA, Jerónimo. “Introducción” En: *Diario 1968-1971*. Op. cit.

alterado al igual que las formas de concebir a la mujer y su rol en la sociedad, cuestión que Elisa experimenta y a la vez logra representar de manera acertada en sus ficciones.

1.3.1 Adiós a Marx. Un capítulo sumamente significativo en la vida y obra de Elisa Mújica lo constituye el abismal cambio de perspectiva ideológica por el que atravesó la autora durante la década de 1950. Como ya se ha mencionado, el viaje a Quito no solo había significado una enriquecedora experiencia cultural para Elisa, también había marcado su conciencia política, casi inexistente antes de su estadía en Ecuador, donde se hizo marxista y vivió como revolucionaria²³⁷. Cuando publicó su primer novela tomó el riesgo de declararse “filocomunista”, pues veía en el comunismo la mejor solución a los problemas que durante décadas habían afectado a toda América Latina. Pese este fervoroso respaldo al marxismo, Elisa nunca se afilió oficialmente al Partido Comunista, sobre este tema afirmó:

Muchas veces me he preguntado por los motivos de mi negativa y en esta mirada hacia atrás vuelvo a interrogarme. Sería por cobardía? Sinceramente no lo creo. El riesgo de publicar un libro filocomunista fue asumido por mí y en tiempo más comprometedor que cuando sus páginas se vivieron pues ya había concluido la tregua amistosa que sucedió a la guerra. En Colombia se hallaba instaurado un gobierno de derechas francamente politizado. Así y todo si no me hice comunista quizá se debió a encontrarme demasiado apegada a mi mundo pequeñoburgués, tanto como a sus seguridades y rutinas. Por lo demás y aunque me seguía repitiendo que la fórmula de la justicia se hallaba en manos de los marxistas, ya los había visto actuar en Quito, cuando lograron la mayoría en una asamblea constituyente, en la que se revelaron de la misma pequeña medida que la generalidad de los hombres²³⁸.

Es importante señalar que en Latinoamérica el marxismo hizo su aparición en medio de un ambiente de grandes tensiones económicas y sociales, precisamente entre los años veinte y cuarenta, cuando el desarrollo capitalista estaba en pleno auge y se iniciaban las primeras luchas obreras, la formación de organizaciones sindicales

²³⁷ ORDOÑEZ, Monserrat. Biografía de Elisa Mújica. Op. cit., p. 12.

²³⁸ MUJICA, Elisa. De Marxista a Católica. Op. cit., p. 20.

y la creación de los primeros partidos comunistas en todo el continente²³⁹. La Revolución Bolchevique fue, sin duda, una de los grandes influencias para los intelectuales y sectores populares que se apropiaron de esta ideología, al igual que el Influjo del período "stalinista", que sentó las bases de los distintos partidos comunistas, entre ellos el colombiano²⁴⁰. En medio de este ambiente surgieron los primeros intentos por analizar el entorno latinoamericano desde los postulados marxistas, perspectiva que se popularizó a partir de la obra de autores como José Carlos Mariátegui y Juan Antonio Mella, entre otros.

En Colombia, por su parte, la incursión del marxismo hacia la década de los treinta, respondió a las condiciones socioeconómicas de la época, entre ellas la migración de campesinos a las ciudades, el desarrollo industrial, la creación de una clase obrera y el inicio de un proceso de modernización acelerado que provocó cambios estructurales en la economía y colateralmente en la vida social y política nacional²⁴¹. La entrada de la clase trabajadora a la escena pública hizo posible una considerable expansión de la ideología marxista entre las clases populares ya que, hasta el momento, solo había sido estudiada por intelectuales desde un punto de vista teórico, pero ahora tenía la oportunidad de emerger en un sentido práctico. No obstante, la incompleta comprensión de la teoría marxista aunada a la imposibilidad que sugería el ambiente político de los años cuarenta para el ascenso de dichas ideas llevó a que éstas quedaran relegada al ámbito meramente académico, siendo usadas para comprender el acontecer histórico²⁴².

Así las cosas, en medio de su regreso a Colombia en 1946, Elisa, se vio envuelta en una situación mucho más comprometida con las ideas de tipo marxista que empezaban a adquirir cierta visibilidad entre intelectuales y universitarios del país,

²³⁹ FALS BORDA, Orlando; MOLINA, Gerardo; FAJARDO, Darío; et al. El Marxismo en Colombia. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1983. pp. 198-199.

²⁴⁰ Ibid.

²⁴¹ Ibid. p. 200.

²⁴² Ibid., p. 202.

cuestión que la llevó a incorporarse al comité ejecutivo del naciente Partido Socialista en calidad de secretaria. Durante su estancia en este proyecto Elisa imaginaba cooperar en el hallazgo de una solución ideal para la situación social colombiana. Sin embargo, las cosas no saldrían de la forma en que estaban planeadas debido a que el cambio de gobierno desató una ola de violencia bipartidista, seguida del asesinato del líder político Jorge Eliecer Gaitán, que derrumbó por completo el sueño socialista, antes de erigirse por completo. En palabras de Mújica:

Entonces parecía como si una especie de polvo gris lloviera sin cesar sobre las inteligencias y los corazones. Quienes estaban ya viejos se refugiaban en la nostalgia del pasado, pero a los jóvenes se nos enfrentaba a una forma de mal, más insidiosa que la de una guerra declara. En adelante la veríamos reaparecer bajo aspectos distintos en la historia del país, y no seríamos diestros en forjar los instrumentos para cortar sus cabezas de Hidra²⁴³.

Con este panorama en Colombia Mújica tomó la oportunidad de migrar a Madrid, lugar que le ofreció múltiples oportunidades para perseguir su sueño de convertirse en una escritora reconocida y además le permitió iniciar un proceso de introspección que dio como resultado su conversión religiosa, un factor que marcaría para siempre su forma de pensar y escribir.

Para Elisa, la religión, después de la infancia, había quedado totalmente relegada a un segundo plano ideológico. Aunque sus padres habían sido fervorosos católicos y la práctica aparente de dicha fe la hacía sentirse más cerca de ellos, no se consideraba a sí misma una persona religiosa, pues sentía que su fe no había recibido a tiempo el alimento que necesitaba para crecer. Si bien, resultaba innegable que, a veces, sentía nostalgia de Dios, como se alcanza a notar en las siguientes palabras: “Aunque no tengo fe, me gusta que de cuando en cuando

²⁴³ MUJICA, Elisa. De Marxista a Católica. Op. cit., p. 21.

alguien me haga la señal de la cruz. Así siento que me acompañan los míos”²⁴⁴, esto, no significaba que la práctica de alguna fe religiosa fuera necesaria en su vida.

Tal eclecticismo también brillaba en sus lecturas favoritas de la época, pues los libros que prefería releer en sus ratos libres eran los escritos por desencantados novelistas contemporáneos: Jean Paul Sartre, Albert Camus, Simone de Beauvoir, André Malraux, Julien Green y Charles Du Bos, los cuales la llevaban a adivinar en sí misma la grieta espiritual que sus textos deseaban mostrar al mundo. A pesar de ello, los postulados existencialistas no la convencieron del todo, en cambio, prefirió dejarse guiar por Aldoux Huxley con su crudo materialismo que le permitía observar las cosas de forma distinta. De este modo comenzó su interés por ahondar en la vida de los santos, lo que la condujo a la lectura de las obras de Santa Teresa, San Juan de la Cruz y San Agustín, cimentando así el primer escalón que la llevaría a tocar las puertas de la fe católica.

El estudio solitario y minucioso del misticismo católico, acompañado del clima de violencia que invadía a Colombia por cuenta de las rencillas bipartidistas durante estos años y, además, el despotismo soviético que en 1956 llevó a la invasión de Hungría, provocando el rechazo de muchos marxistas de la Europa Occidental frente a las acciones soviéticas, llevaron a Elisa a un desencanto total del comunismo. Por ello, abandonó la ideología marxista para dar entrada a un nuevo momento en su pensamiento. Los nuevos dogmas, al igual que los antiguos, se verían reflejados en su obra posterior, como ella misma afirmó: “entonces empecé a escribir con clichés del otro lado: todos los males eran por no practicar la religión católica. Por supuesto, no tenía ningún valor literario, porque era literatura edificante, de proselitismo. Perdí mucho tiempo”²⁴⁵. Del mismo modo, este regreso al catolicismo le traería un nuevo estilo de vida, el cual la acompañaría por el resto

²⁴⁴ Ibid., p. 22.

²⁴⁵ CALERO DE KONIETZKO, Aida. Entrevista con Elisa Mújica. Op. cit., p. 72.

de sus días y tendría como eje central una rutina que incluía visitas diarias a la iglesia y la puesta en práctica de una moral conservadora.

A partir de esto, se observa que la experiencia también jugó un papel muy importante en el momento en que Elisa se interesó por acercarse al camino del catolicismo, pues mientras estuvo en España pudo integrarse con las tradiciones propias de esta religión, a tal punto, que las ceremonias de Semana Santa en Sevilla afectaban enormemente su sensibilidad y cuando fue a Santiago de Compostela se conmovió tanto por el aparato litúrgico que solicitó un favor y le fue concedido, de ahí derivó una profunda devoción al santo, medio supersticiosa y medio agradecida a la vez. La confesión fue otro punto clave para su conversión, ya que como ella menciona marcó un primer paso en su reconciliación con Dios:

Algún día ensayaré describir la sensación naturalmente de alegría, pero, en especial, de intenso cansancio físico con el que salí de la capilla del colegio después de confesarme, como si acabara de recorrer con mis propios pies y no solo simbólicamente, la larga distancia que media de un mundo a otro. A la mañana siguiente comulgué. Los de la casa me esperaban para abrazarme. Mi encuentro con Dios tomaba el aspecto de una reconciliación con los seres y las cosas, lo que me producía un enorme placer²⁴⁶.

Este viaje de introspección se prolongó por casi una década y satisfizo enormemente las expectativas espirituales e intelectuales de Elisa, quien por el resto de su vida defendió incansablemente las premisas católicas, incluso, cuando el mundo parecía “volcarse a la ruina moral” con la implantación de la píldora, los movimientos a favor de la libertad sexual y los reclamos de las mujeres por el derecho al aborto. Como menciona su sobrino-nieto Jerónimo Carranza: “Elisa Mújica era escéptica de esta rebeldía iconoclasta. La consideraba parte de la descomposición de la sociedad, del engendro de la falta de fe y del ateísmo”²⁴⁷. En medio de este ambiente, Elisa participó como activista del movimiento católico *Testimonio* en la cruzada del psiquiatra Hernán Vergara en contra de la política

²⁴⁶ Ibid., p. 27.

²⁴⁷ CARRANZA, Jerónimo. “Introducción” En: *Diario 1968-1971*. Op. cit., p. 21.

antinatalista implementada por el entonces presidente Carlos Lleras, quien seguía los lineamientos desarrollistas promovidos por Estados Unidos. Aún, cuando varios de sus amigos cercanos como Eduardo Mendoza Varela y Roberto García Peña mostraban su simpatía hacia este tipo de políticas gubernamentales²⁴⁸, Elisa se mantuvo firme en su respeto hacia la ley católica e, incluso, se inclinó por la candidatura de Rojas Pinilla en la contienda electoral de 1970, pues estaba totalmente convencida de que ésta era la única “posibilidad de hacer desde el gobierno una revolución católica en Colombia”²⁴⁹.

Visto así, este episodio de la vida de Elisa Mújica más que trazar una nueva línea de segmentaridad flexible o molecular, o una línea de fuga, refleja un retorno a la línea de segmentaridad rígida o molar. El deseo de alinearse nuevamente con una estructura dominante, como lo es la religión católica, ubica a la autora en una posición contradictoria con respecto a sus planteamientos a propósito del papel de la mujer en la sociedad moderna. No obstante, esto también es una forma de mostrar que la incursión en un pensamiento moderno no despoja a los sujetos de los antiguos dogmas y tradiciones que los acompañan a lo largo de su formación, sino que éstos retornan una y otra vez para demostrar que el orden molar es difícil de transgredir sin alterar los cimientos sociales por medio de pequeñas fluctuaciones moleculares que generen un cambio de perspectiva.

²⁴⁸ Ibid., p. 18.

²⁴⁹ MÚJICA, Elisa. Diario 1968-1971. Op. cit., p. 117.

1.4 COSECHAR CLAVELES EN EL DESIERTO O LA ESCRITURA COMO PROFESIÓN (1968-2003)

En 1968, cuando Elisa por fin logró obtener su pensión de La Caja Agraria y se mudó a una casona ubicada en el barrio La Candelaria, Bogotá había cambiado de forma considerable. La ciudad era la muestra tangible de todo el proceso de modernización que, durante décadas, había transformado el entorno urbano e incluso a las personas que lo habitaban. Ropa estrafalaria, desafío a la moral tradicional, consumo de drogas, manifestaciones abiertas de la sexualidad y el alejamiento de la religión por parte de los más jóvenes constituían la realidad cotidiana en el país, mientras en Estados Unidos y Europa, el Mayo francés y las protestas en contra de la Guerra de Vietnam, marcaban una atmósfera de rebelión que rápidamente se extendía por el mundo.

En Colombia no solo los estudiantes rebeldes o los nadaístas proponían un nuevo estilo de vida, también la clase media y las élites se sumaban a la necesidad de un cambio que no estaba suscitado solo por las nuevas formas de consumo cultural de los jóvenes, sino también por el ambiente político que cada vez hacía pensar más en la idea de libertad²⁵⁰. Aunado a esto, la lectura de Marx y algunas obras de Althusser, Mao, Lenin y Marcuse empezaron a moldear las ideas de los universitarios, quienes además de estar influidos por ideas de izquierdista, también se enfrentaban al conflictivo panorama nacional en el que empezaron a formarse grupos guerrilleros como las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), el Ejército de Liberación Nacional (ELN) y el Ejército Popular de Liberación

²⁵⁰ SANTOS CALDERÓN, Enrique. El país que me tocó (Memorias). Bogotá: Debate, 2018. p. 45.

(EPL), los cuales tomaron como íconos del movimiento insurgente al Che Guevara, Camilo Torres y a Fidel Castro²⁵¹.

A partir de este momento Elisa empezó a repartir su tiempo entre la escritura y un trabajo como asistente personal de Cecilia de la Fuente, esposa de Carlos Lleras de Restrepo y, por entonces, Primera Dama de la Nación. La sensación de trabajar para otros durante su retiro no cumplía con las expectativas que se había proyectado, aunque era algo que la mortificaba, le resultaba necesario, al menos, mientras concluían los gastos que le generaba el arreglo de su nueva vivienda. De este modo, durante los primeros años de su jubilación las vicisitudes económicas marcarían su horizonte, como lo consigna en su diario:

La angustia por estar sin plata se experimenta especialmente en la garganta, que se seca por completo. Apenas termino una cuenta en la cabeza, la empiezo de nuevo, Redondeo las cifras para evitarme el lío de las colas de los centavos, como 41 con 30, 59 con 80, etc. Si consiguiera mil pesos para pagar las cuotas atrasadas de la cédula efectuaría un nuevo préstamo sin perder el derecho de participar en las rifas mensuales. He decido montones de veces pedírselos prestados a Emilia de Gutiérrez. Otras veces creo que es preferible a Alicia Cárdenas. Finalmente, no soy capaz de enfrentarme a ninguna de ellas. El susto que pasé ayer en Sears cuando la señorita se llevó para adentro mi tarjeta de crédito. Creí que tenía el cupo agotado y que ella se daría cuenta²⁵².

Pese a todo esto, disfrutar de “la sensación de no estar alquilada”²⁵³ por al menos una vez en la vida, llevó a Elisa a renunciar al recién adquirido trabajo en el palacio presidencial y concentrarse de lleno en su actividad literaria. Enviaba regularmente artículos a Eduardo Mendoza Varela y Roberto García Peña, con quienes forjó una prolongada relación laboral mientras trabajaban en *El Tiempo*, esta actividad, aunque no le generaba enormes ingresos le gustaba y le ayudaba a completar el dinero de sus gastos mensuales, pero casi siempre significaba una labor desgastante:

²⁵¹ ACEVEDO, Álvaro. 1968 en la producción literaria en Colombia. Individuo, violencia y sociedad. *Historia y memoria*. 2017, No. 14, pp. 323.

²⁵² MÚJICA, Elisa. Diario 1968-1971. Op. cit., p. 35.

²⁵³ Ibid., p. 44.

Para que *El Tiempo* me publique un pequeño artículo sobre mística (que está bien, pues incluso lo revisó Javier), debo someterme a una espera que lleva más de un mes, invitar a almorzar a Roberto y Eduardo, rogar. Los otros artículos que tengo proyectados sobre el mismo tema, quedan enmochilados, naturalmente²⁵⁴.

Durante este período de tiempo Elisa también empezó a enfocarse en la escritura de cuentos y a planear la temática de su tercer novela, donde hablaría sobre las diferencias abismales que se hacían evidentes entre su generación y la actual²⁵⁵, pues observaba que un rompimiento casi completo entre las mujeres se había generado a partir de la década de los sesenta, un momento de grandes transformaciones ideológicas e intelectuales, pero también de gran efervescencia sexual, tema que le parecía preocupante, no solo estética y moralmente, sino también por el debate político que durante estos años se vivió en Colombia por cuenta de la política de control de natalidad que Carlos Lleras empezaba a implementar y, que para Elisa, iba en detrimento de los puntos señalados por el Papa Pablo VI en la encíclica *Humanae Vitae*, un documento que debía respetarse a toda costa.

La aparente fragmentación de valores cristianos como la familia tradicional y el matrimonio significaban, para ella un debilitamiento de la influencia religiosa que empujaba a los jóvenes al ateísmo, en otras palabras, a la descomposición de la sociedad. En una carta que transcribió en su diario, fechada el 20 de noviembre de 1969 y dirigida a su sobrino Ramiro Carranza*, mostró su posición ante esto:

[...] En opinión de Hernán, hasta la generación presente la humanidad conservó, no la fe, naturalmente, pero sí el rastro del lugar que había ocupado. Era atea práctica, pero guardaba cierto apego a las viejas formas. Los filósofos no podían prescindir de una terminología que había contenido algo. Ese último vínculo se quebró: la generación actual no encuentra nada. Hay indicios tal vez del comienzo de una nueva búsqueda en los *Hippies*. Pero parece que sienten horror por ellos mismos. [...] Y tú también has dejado los sacramentos, comprendo que es casi imposible resistir la presión de todo y de todos. Fernando Gómez me contó que no solo te atraía el protestantismo sino el brahmanismo. Extraña mezcla. Parece que

²⁵⁴ Ibid., p. 73.

²⁵⁵ Ibid., p. 60.

* Hijo de Rosita Coronado y Eduardo Carranza.

desgraciadamente has sucumbido a la tentación del orgullo intelectual. Eres hijo de tu época²⁵⁶.

Además del olvido de Dios entre los jóvenes otra cosa que le horrorizaba a Elisa era el uso de la píldora, la cual, desde inicios de la década de los sesenta había empezado a gozar de aceptación generalizada entre las mujeres colombianas debido a los distintos programas de control natal implementados por el gobierno nacional con ayuda económica estadounidense. Totalmente en desacuerdo con esto e influenciada por su fría relación con Lleras, de quien afirmaba: “Carlos Lleras cree que todo lo que hace, por el hecho de hacerlo él simplemente, es perfecto. Su soberbia es proverbial”²⁵⁷, Elisa participó de la cruzada del psiquiatra Hernán Vergara, fundador del grupo católico *Testimonio*, en contra de la política antinatalista. Vergara, quien además era amigo cercano de Elisa y un reconocido líder entre los católicos laicos, criticó duramente la postura laxa de algunas autoridades religiosas frente al tema de la anticoncepción y escribió el libro *El Complejo de Layo*, publicado en 1968, donde criticaba las intenciones del gobierno nacional y la labor del presidente Carlos Lleras en lo referente a temas de control demográfico.

Su ferviente devoción por el catolicismo le impidió ver a Mújica más allá de su pensamiento mediado por los prejuicios religiosos, lo que la llevó, incluso, a oponerse a la renovación cultural que figuras femeninas como Martha Traba planteaban desde el arte moderno, así lo expresa en su diario:

Es increíble la pasividad de los católicos frente al despliegue de los incrédulos. Todas las noches se representan en la Casa de la Cultura obras contra la fe. Todos los días se publica en El Tiempo y El Espectador artículos que en nombre la ciencia pretenden destruirla (...) Muchas veces he pensado en lo bien que resultaría que, entre los asistentes a la Casa de la Cultura, se levanta de pronto un coro de alabanza que al final de la representación respondiera las blasfemias con un *Veni Creator...* o un *Aleluya*. Pero nada se hace. Nos cruzamos de brazos. Tenemos el mismo complejo de inferioridad de la gente en lo relacionado con cuestiones de arte

²⁵⁶ MÚJICA, Elisa. Diario 1968-1971. Op. cit., pp. 99-100.

²⁵⁷ Ibid., p. 91.

moderno cuando llegó a Bogotá Martha Traba. De repente todos creyeron que no era cierto lo que ella decía. No existían el Greco, Goya, Zurbarán, Velásquez. Ahora la gente la coloniza la idea de que va a desaparecer la religión católica²⁵⁸.

Sus principios católicos cada día la llevaban a refugiarse más en la escritura, incluso, la relación que había forjado con sus sobrinas empezó a decaer de la mano de sus posturas extremadamente moralistas. Por un lado, el vínculo con Gloria Daza*, sobrina a la quien legaría su patrimonio material, sufrió una gran grieta hacia 1968 debido a la intromisión de Elisa en su vida afectiva, como lo referencia en su diario:

Le escribí una tarjeta a Gloria en la que le digo que le dejo la casa como reparación por haberle causado un mal muy grande en los primeros días del año que ahora termina, cuando le escribí una carta agresiva al señor con el que ella estaba saliendo, que terminó las relaciones entre los dos. Lo dije porque me dijeron que era casado, pero no averigüé si se trataba de la verdad. Resultó que efectivamente lo era, pero solo por lo civil. Hace unos dos meses se casó con una señorita de Bogotá. Mi reacción me fastidia más pues por mi manera de ser detesto intervenir en la vida de los otros. La decisión de dejarle ahora la casa obedece a tres motivos: 1. A mi egoísmo, para poder pensar en adelante que reparé una pequeña falta; 2. A la necesidad de ofrecerles a mis sobrinas pruebas que les permitan conservar la alegría y la confianza en el género humano, sin los complejos de culpa debido a experiencias decepcionantes, ahora están solas en Londres y les toca trabajar de camareras para sostenerse; y 3. Para solucionar de un modo tajante el problema del heredero...²⁵⁹

Por otro lado, la cercana relación que sostenía con María Mercedes Carranza*, desde su infancia, también se vio quebrantada hacía el año de 1970, cuando ella contrajo matrimonio civil con Fernando Garavito²⁶⁰, desafiando las normas católicas predominantes en el círculo de su familia y decepcionando enormemente a Elisa.

²⁵⁸ MÚJICA, Elisa. Diario 1968-1971. Op. cit., p. 145.

* Hija de Genoveva y Camilo Daza

²⁵⁹ MÚJICA, Elisa. Diario 1968-1971. Op. cit., p. 66.

* Hija de Rosita Coronado y Eduardo Carranza.

²⁶⁰ Fue un periodista y abogado colombiano, reconocido por ser redactor, editor y director de distintos medios de comunicación y más recientemente por su columna "El Señor de las Moscas" en *El Espectador*.

Sobre este evento que marcó profundamente la sensibilidad de la autora, ella escribiría en su diario:

Cuando María Mercedes y Fernando me participaron su matrimonio por lo civil sentí que era cierto porque me dolió en el alma. Hubiera debido decirle a María Mercedes “De ahora en adelante tú estás a un lado y yo a otro, oficialmente, irremisiblemente. Rompes no solo conmigo sino con todas las mujeres de nuestra raza”. Las del pasado²⁶¹.

Con todo esto sucediendo en el terreno emocional, Elisa, tuvo su mejor momento de producción escritural. En 1972 apreció su segundo libro de cuentos, *Árbol de ruedas*, publicado en la Editorial Revista Colombiana. En 1974 presentó una colección de crónicas y cuadros basada en las historias de barrio donde vivió la mayor parte de su vida: *La Candelaria*, auspiciada por el Instituto Colombiano de Cultura. Ya en 1978 logró incursionar en la literatura infantil con el texto *La expedición Botánica contada a los niños*, publicado por Enka-Col Cultural y por el cual en 1983 ganaría el premio de la Dirección Cultural del Distrito al mejor relato infantil. Para 1980 Elisa continuó dedicada a la producción de narrativa corta, pasión que la llevó a publicar un nuevo libro de cuentos titulado *Bestiario*, de la mano de Carlos Valencia Editores. En 1981 retomó su interés por dar a conocer los estudios que, durante años, había realizado acerca del fenómeno del misticismo y, por ello, presentó su libro *Introducción a Santa Teresa* editado por el Instituto Colombiano de Cultura Hispánica.

1984 aparece como otro año bastante importante en la carrera literaria de Elisa, principalmente, por dos razones: primero, porque fue elegida miembro de número de la Academia Colombiana de la lengua y miembro correspondiente de la Real Academia Española, un logro que hasta ahora pocas mujeres habían alcanzado en el país. Segundo, porque publicó su tercer novela *Bogotá de las nubes* en Ediciones Tercer Mundo, un libro que significaría para Elisa la cúspide de su carrera como novelista debido a que no volvería a publicar un texto con la misma filiación

²⁶¹ MÚJICA, Elisa. Diario 1968-1971. Op. cit., p. 124.

narrativa. En sus páginas logró recoger todos los recuerdos del proceso de modernización que vivió la ciudad de Bogotá durante el siglo XX, al mismo tiempo que regresó sobre algunos problemas concernientes a la condición femenina que habían quedado irresueltos en *Los dos tiempos*.

Con una carátula en la que se divisa un leve bosquejo de la ciudad de Bogotá y dedicado a Anita Castellanos de Becerra, *Bogotá de la nube*, narra, en tercera persona y con una mirada retrospectiva, la historia de Mirza Eslava, una joven de provincia que llega a la capital junto con sus padres en busca de mejores condiciones de vida. Allí se hace mujer y empieza a trabajar como oficinista, intentando dedicar su vida a diversas causas que siempre terminan desilusionándola. Bogotá, al igual que Mirza, se erige como protagonista de la serie de cambios que van afectando el panorama urbano de la ciudad, como a la mujer que los observa, los vive y los sufre, pues el progreso se muestra más como una afición que como una solución a los conflictos del panorama social colombiano.

La novela fue fríamente recibida por la crítica, ya que pocos fueron los reseñistas que se refirieron a ella o la elogiaron, entre los que destacan figura Humberto Rodríguez Espinosa, quien en *Mosaico* reseñó brevemente la obra y además señaló que era un texto optimista, en la medida en que revivía el pasado por medio de una prosa cálida y sugestiva²⁶². Gustavo Cobo Borda, por su parte, consideró que la novela se mostraba evasiva y constituía un “error de composición” en el que cayó la autora por querer ser moderna:

Intenta a través de discontinuos fragmentos temporales, darnos la clave de las diversas etapas por las cuales ha atravesado la existencia de Mirza. Este procedimiento no funciona: antes que aclarar, enturbia. Si la contratapa del libro exige la participación del lector, allí no se dice nada de su resignada confusión. De las infinitas posibilidades de comprensión, que pierde en el esfuerzo. Es como si la autora, temerosa de lo mucho suyo que había puesto, evadiera la linealidad exigida

²⁶² RODRÍGUEZ ESPINOSA, Humberto. Bogotá de las nubes. En: *Elisa Mújica en sus escritos*. Bucaramanga: Fusader, 1988. pp. 127-128.

por el relato, con sus saltos incoherentes y su incorporación de un elenco de segundo orden, e intentara finalmente, borrarla del todo²⁶³.

Después de este episodio, en 1985, Elisa presentó un nuevo libro basado en su interés por las narraciones populares: *Las altas torres del humo* editado por Procultura y un par de años después, en 1987, apareció su siguiente colección de cuentos *La tienda de las imágenes* publicada por Ediciones Fondo Cultural Cafetero. En 1988 fue homenajeada en la I Feria Internacional del Libro de Bogotá, donde pronunció un sentido discurso acerca de las mujeres escritoras y el difícil camino que ella, y sus contemporáneas, tuvieron que recorrer para crear sus obras.

La década de 1990 fue el último período de actividad escritural para Elisa, quien publicó una nueva compilación de literatura infantil titulada *Pequeño Bestiario* en 1990, junto con la editorial Carlos Valencia Editores. En 1991, escribió un estudio crítico sobre la monja tunjana Josefa de la Concepción Castillo, titulado: *Sor Francisca Josefa de Castillo* y auspiciado por Procultura. En 1994, se introdujo nuevamente en la exploración histórica del barrio La Candelaria, razón por la cual publicó *Las casas que hablan. Guía histórica del Barrio La Candelaria*, con el apoyo de la Biblioteca Nacional de Colombia. Su último libro conocido hace parte de la colección de literatura infantil que fue construyendo durante sus últimos años de vida y se tituló *Cuentos para niños de La Candelaria*, publicado en 1997 por la Editorial Panamericana. Durante estos años, también se le rindieron diversos homenajes, entre ellos uno en la Feria Internacional del Libro en 1998 y otro, la condecoración de la Gran Orden del Ministerio de Cultura por sus contribuciones en el campo literario y cultural en 1998.

Paralelamente a todo su trabajo escritural Elisa también llevó un diario personal entre los años de 1943 a 1982, allí consignó con gran constancia todas las vicisitudes de su vida cotidiana y la difícil tarea que significó para ella crear una obra literaria tan amplia. En 2008 su sobrino-nieto Jerónimo Carranza, rescató y publicó

²⁶³ COBO BORDA, Gustavo. Bogotá visto con ojos de mujer. Op. cit., p. 134.

una selección correspondiente a los años de 1968 a 1971. Este período refleja el impacto que tuvo sobre la santandereana el naciente movimiento *hippie* y las vanguardias que se apoderaron de Bogotá. El nadaísmo y el gradual deterioro de la religión la llevaron a tomar una posición escéptica frente a la rebeldía juvenil que se manifestaba en Colombia y en el mundo durante aquella época, situación ante la cual señaló:

Por cierto que los que fuimos revolucionarios y librepensantes en 1940 hacíamos más gracia que los de ahora, porque entonces todavía eran mal miradas esas cosas e íbamos en contra de la corriente. Mientras son las que “se llevan”. Los muchachos están persuadidos que serían traidores a su generación si no atacaran lo que todos atacan y si no reaccionaran de la misma manera por ejemplo en el caso del Che. La posición revolucionaria y atea es la que cuenta con el respaldo del grupo. Del grupo sale la fuerza que cada uno necesita. Por el contrario, el muchacho que tiene el sentimiento religioso y adora a Dios, tiene que nadar contra la corriente. Los de su misma generación se dedican a fisgarlo a ver si descubren el menor desliz en su conducta que puedan enrostrarle como prueba de que no practica lo que dice creer²⁶⁴.

Estos últimos años que vivió Elisa Mújica, primero en su casa de La Candelaria y después en un apartamento más pequeño ubicado en la carrera 4ª con calle 16, frente a la Academia de la Lengua, transcurrieron en compañía de sus pocos amigos, las mujeres que le sirvieron en su casa, sus gatos, sus libros y su inseparable máquina de escribir²⁶⁵. Su asidua práctica del catolicismo y la ferviente crítica que lanzó a los nuevos ideales revolucionarios le impidieron aceptar el trasmutar de la sociedad, por ello, nunca estuvo de acuerdo con la incontenible liberación sexual que trajeron consigo los años sesenta, aunque siempre defendió incesantemente la independencia femenina.

Elisa murió el 27 de marzo de 2003, habiendo dedicado toda su vida a la labor de la escritura. Nunca se casó, ni tuvo hijos, porque como ella misma afirmaba: “si los hubiese tenido no habría escrito jamás”²⁶⁶. Fue sumamente reservada con su vida

²⁶⁴ MÚJICA, Elisa. Diario 1968-1971. Op. cit., p. 101.

²⁶⁵ CARRANZA, Jerónimo. “Introducción” En: MÚJICA, Elisa. Diario 1968-1971. Op. cit.

²⁶⁶ CALERO DE KONIETZKO, Aida. Entrevista con Elisa Mújica. Op. cit., p. 68.

afectiva, a tal punto que en su diario se encuentran mínimas referencias a sus compañeros sentimentales de la juventud o de la vejez*. Por todo esto, las mujeres como ella inspiraron su obra, las rescató del olvido en el que las habían sumergido las oscuras oficinas y los grandes escritorios repletos de documentos burocráticos, contó sus historias a través de múltiples voces y les concedió un lugar en la literatura colombiana. Toda su vida es un justo reflejo de las palabras de Virginia Woolf: “para escribir novelas, una mujer debe tener dinero y una habitación propia”²⁶⁷.

De esta forma, se puede decir que los últimos años de vida de Elisa se encuentran atravesados por las tres segmentaridades que proponen Deleuze y Guattari. Una línea de segmentaridad rígida o molar que preserva todas las normas que resguardan el orden social, visualizada a través de la asidua práctica del catolicismo, las posturas en contra de la renovación política, social y cultural del país, además de los distintos prejuicios que Mújica empezó a crear en torno a figuras que antes concebía como transgresoras. Por otro lado, la línea de segmentaridad flexible o molecular se continúa observando en los distintos logros que alcanza Elisa de la mano de la escritura y de su vida profesional, pues es importante resaltar que ella fue una de las primeras mujeres gerentes en el país y también uno de los primeros miembros femeninos de organizaciones culturales como la Academia Colombiana de la lengua y la Real Academia Española en Colombia. Por último, la línea de fuga más evidente que se traza en este período es la consolidación de Elisa Mújica como autora, pues después de largos años por fin logra posicionarse como una de las escritoras más comprometidas con su labor, llegando a acumular más de un centenar de publicaciones entre sus novelas, cuentos, ensayos y artículos periodísticos.

* La única referencia directa a una pareja sentimental de Elisa es la de un joven llamado Carlos que se desempeñaba como jefe de rentas e impuestos nacionales en la Oficina de Impuestos sobre la renta. MÚJICA, Elisa. Diario 1968-1971. Op. cit., p. 107.

²⁶⁷ WOOLF, Virginia. Una habitación propia. Trad. Jorge Luis Borges. 2019. Bogotá: Debolsillo. p. 10.

A partir de toda esta experiencia, el proceso de *devenir-mujer* de Elisa concluye aquí. Su vida marcada por los cambios que sugirió la modernización en torno a los roles de la mujer en la sociedad le permitieron apropiarse de forma colectiva y subjetiva de la historia de las mujeres colombianas, pero también de la experiencia de ser mujer en un país sumamente marcado por las estructuras patriarcales y los prejuicios de género. Convertirse ella misma en una “mujer molecular”, como lo plantean Deleuze y Guattari, y al mismo tiempo crear representaciones de este tipo de mujeres significó un profundo cambio de perspectiva en la narrativa colombiana y la apertura a un pensamiento en el que las mujeres pueden ser lo que quieran ser, sin necesidad de atarse a las limitaciones impuestas por los prejuicios sociales.

A modo de conclusión, cabe apuntar que este recorrido cronológico sobre la trayectoria intelectual y de vida de Elisa Mújica permite observar la manera en que se conjugan las tres nociones que se habían esbozado de forma teórica en el apartado introductorio. Primero, se evidencia un proceso de modernización que atraviesa toda la experiencia de la autora, al mismo tiempo que el contexto histórico donde ella se desenvuelve. Desde que Elisa migra a Bogotá junto con su familia se nota la incidencia que tiene la modernización del país sobre su realidad inmediata; posteriormente, los cambios que ésta produce sobre el panorama social vinculado a la población femenina también alteran su destino, así como las oportunidades que se le presentan para constituirse como sujeto de enunciación en un panorama sumamente demarcado por la autoridad masculina.

A partir de esto, es posible afirmar que el proceso de modernización, que durante gran parte del siglo XX altera las diferentes estructuras de la sociedad colombiana, constituye un punto esencial en la obra ficcional de Mújica, quien toma como base su propia experiencia en este ambiente dinámico y cambiante para narrar cómo dichas transformaciones se introducen en la vida de mujeres que, al igual que ella,

deben empezar a adaptarse a una realidad que crea nuevos roles sociales, mientras continúa perpetuando los antiguos.

Además de la evidente modernización económica que experimenta el país a lo largo del recorrido biográfico realizado, también se puede observar una modernización social, cultural y política que influye sobre todos los aspectos de la vida de la autora y además en la construcción de su narrativa, indudablemente preocupada por el lugar de las mujeres en el ambiente social y cultural colombiano del siglo XX. Cabe añadir que los fenómenos sociales que se producen en el país a lo largo de este período responden tanto a la modernización de las diferentes esferas de la vida cotidiana como a un cambio en la estructura del pensamiento, aunque éste se vaya evidenciando lentamente. Del mismo modo, las contradicciones que se presentan tanto en lo social, como en lo cultural, son muestra de la convivencia de elementos conservadores, herederos de una tradición colonial, y un pensamiento moderno que día a día intenta adaptarse a los requerimientos de un mundo en constante desarrollo.

En segundo lugar, la noción de representación aparece como parte del cúmulo de los cambios que sugiere la modernidad. Aunque parezca evidente decir que las imágenes que Mújica aporta sobre el mundo en el que se desarrolla su vida y su actividad intelectual son una interpretación del acontecer histórico del momento, también es importante señalar que todas estas representaciones surgen en medio de unas condiciones singulares que a través de la escritura se pretenden explicar y comprender. Con esto en mente, cuando Elisa convoca todos elementos que configuran a las diferentes mujeres de sus relatos, se puede decir, que se trata de una interpretación, pero también de la representación de un imaginario que permite observar más de cerca el sentir colectivo que produjeron ciertas coyunturas que, durante el período en que Mújica concibió y escribió sus ficciones, marcaron su situación material y la de cientos de mujeres colombianas.

Si bien afirma Roger Chartier que las representaciones contribuyen a dar sentido al mundo que es propio ²⁶⁸, esto se hace tangible con la escritura y un ejemplo de ello es la producción escritural de Elisa Mújica, ya que al observar de cerca el proceso que compone su formación como mujer y autora, se logra entender la evolución de su narrativa y de los diferentes parámetros que rigen la lógica interna de sus tres novelas, en las cuales deja gran parte de sí y de todo el conocimiento que adquiere con el devenir de los años, del mismo modo en que muestra las diferentes posibilidades e imposibilidades de las mujeres de su época.

Por último, se logra observar el proceso de *devenir-mujer* por el que Mújica atraviesa desde su infancia, cuando aparecen las primeras líneas de segmentaridad molecular que rompen con los parámetros molares asignados a la figura femenina en una sociedad sumamente tradicionalista. Posteriormente, este devenir se presenta con más fuerza cuando la autora adquiere conciencia de la escritura como vocación y dedica su vida a crear una obra narrativa, ya que como afirma Gilles Deleuze: “Escribir es un asunto de devenir, siempre inacabado, siempre en curso [...] Es un proceso, es decir un paso de Vida que atraviesa lo vivible y lo vivido”²⁶⁹. Entonces, la escritura es inseparable del devenir. Escribiendo Elisa deviene mujer en la medida en que adquiere conciencia de la noción de género que en adelante atravesará su narrativa, en que vive y observa todos los conflictos propios de la condición femenina en su época, al mismo tiempo que los ficcionaliza y empieza a concebir de forma diferente el mundo que la circunda y con ello las representaciones que de él emanan.

Aunque toda su vida permanece demarcada por rígidas segmentaciones molares como el trabajo, la sociedad, la religión, la familia y la tradición, ella misma empieza a romper los moldes sociales que configuran el rol femenino en la sociedad colombiana del siglo XX y traza distintas líneas de segmentaridad molecular, así

²⁶⁸ CHARTIER, Roger. El mundo como representación. Op. cit., p. 40.

²⁶⁹ DELEUZE, Gilles. Crítica y Clínica. Barcelona: Anagrama. 1996. p. 11.

como una línea de fuga que mantiene a través de su incansable deseo por convertirse en una autora reconocida. Además de esto, se convierte en una mujer independiente, trabaja, viaja y escribe; nunca se casa y abraza la soledad como a una íntima amiga que le acompaña mientras crea. También se posiciona como una crítica de la modernidad y de los discursos que con ella llegan al país, mientras reinterpreta las posibilidades del sujeto femenino en una Colombia inundada por los diferentes cambios que se desprenden del fenómeno de la modernización. En palabras de Deleuze-Guattari, se puede decir que Elisa, a través de su literatura, crea microfeminidades y mujeres moleculares que se desprenden de la línea molar para configurar nuevas alternativas para el sujeto femenino.

Con todo esto, resulta ineludible pensar que, a partir de su experiencia, Elisa logra crear un *devenir-mujer* de la escritura el cual, según ella, se pone de manifiesto cuando se escribe como mujer: “como la personalidad tiene que verterse sobre lo que se hace, se tiene que notar el sexo en la escritura, así como se nota en la nacionalidad y la época”²⁷⁰. No obstante, lo cierto es que, más que escribir como mujer, lo que hace devenir mujer a Elisa Mújica y a su escritura es la inmanente preocupación que evidencian en torno al tema de lo femenino. Aunque se muestre singularizado en la figura y experiencia de sus personajes, o de ella misma, siempre se evoca un sinnúmero de problemáticas que atañen a la colectividad de la población femenina en el país, en este sentido, a la minoría que, según Deleuze-Guattari, son las mujeres dentro de una sociedad. A partir de esto, es posible afirmar que Elisa y su escritura se alimentan mutuamente, pues ambas constituyen un mismo devenir. Mientras la autora experimenta el mundo a través del acontecer social, su experiencia personal y la de sus congéneres, la escritura se enriquece y las representaciones adquieren más dimensión, es decir, una forma tangible.

²⁷⁰ CALERO DE KONIETZKO, Aida. Entrevista con Elisa Mújica. Op. cit., p. 70.

2. LAS MUJERES Y LA MODERNIZACIÓN EN COLOMBIA

La situación de las mujeres se ve determinada por extrañas condiciones: sometidas y protegidas a la vez, débiles y todopoderosas, son demasiado despreciadas y demasiado respetadas. En este caos de hábitos contradictorios, lo social se superpone a lo natural y no es fácil distinguirlos. Tan confuso estado de cosas es más estable de lo que parece; en general, las mujeres son lo que quieren ser; o resisten a los cambios, o los aplican a los mismos y únicos fines.

Marguerite Yourcenar, *Memorias de Adriano*

Los múltiples cambios que el proceso de modernización representó para un país como Colombia que desde finales del siglo XIX intentaba integrarse a la economía global, sin mucho éxito, pueden verse reflejados no solo en materia económica, sino también en el ambiente cultural, político y social que empezó a trasmutar sustancialmente a partir de la década de 1920 con el auge de la economía cafetera. Junto al incontenible proceso de industrialización que impulsó el desarrollo capitalista del país y consolidó su entrada definitiva al mercado mundial en la década de 1930, también emergieron otros proyectos encaminados a mejorar las condiciones de vida de la población en general. La urbanización de las ciudades, la creación de carreteras y sistemas de transporte, la mejora de la infraestructura y la ampliación de la escolaridad, son muestras de la creciente preocupación que manifestaron los gobiernos de la época por alcanzar el tan anhelado ideal de progreso.

Los centros urbanos empezaron a cambiar considerablemente, pues grandes masas de población se movilizaron hacia las ciudades en busca de empleo y mejores oportunidades de vida, lo que propició el desarrollo de diferentes obras que

permitieran solventar el incremento demográfico que poco a poco cambió el rostro de la vida urbana. Por su parte, las élites gobernantes vieron en esto la oportunidad de dar un tono mucho más moderno a las capitales del país, siguiendo el ejemplo de las grandes ciudades europeas y norteamericanas, se emprendieron los primeros esfuerzos por mejorar la estructura urbana de ciudades como Bogotá donde se invirtió en optimizar el alcantarillado, pavimentar las calles, crear andenes y construir colegios y viviendas²⁷¹.

Esta remodelación del país, aunada a la emergencia de nuevos fenómenos sociales, directamente relacionados con las estructuras de trabajo implantadas por el emergente proceso de industrialización, promovieron la construcción de nuevas formas organizativas que tenían como fin canalizar el descontento proveniente de los diferentes sectores sociales. De este modo, aparecieron agrupaciones interesadas en reivindicar su posición dentro de la sociedad, cuestión que indudablemente llevó a la apertura de distintos debates que planteaban ideas modernas de igualdad y libertad en una sociedad que apenas empezaba a preocuparse por modernizar sus estructuras materiales, sin dedicar mayor energía a la consolidación de un país inclusivo, igualitario y democrático, es decir un país moderno.

En estas condiciones, la incorporación total de las mujeres a la vida pública todavía parecía una lejana fantasía. A inicios del siglo XX la mayor parte de la población femenina en Colombia continuaba atada a los sistemas de vida heredados de la Colonia, los cuales le otorgaban a la mujer un lugar subordinado en la sociedad, reforzado además por la ideología religiosa, que proponía un modelo de vida basado en el ideal mariano de madre y esposa y el darwinismo social que utilizaba el argumento de la debilidad física de las mujeres como una validación para recluirlas en el espacio doméstico. El sacrificio de los placeres e intereses personales por la

²⁷¹ TRUJILLO, Ricardo. Historia de Colombia contemporánea (1920-2010). Op. cit., pp. 35-36.

familia se concebía como el mayor logro femenino, por esta razón temas como la educación, la participación política, el trabajo intelectual o la autorrealización se encontraban fuera de los horizontes femeninos de la época.

Siguiendo los postulados de las investigadoras Jacqueline Blanco y Margarita Cárdenas, se puede decir que esta situación de aislamiento en el espacio privado estaría relacionado, en primera instancia, con la estabilidad económica que desde la colonia se asoció a la figura del matrimonio en Colombia, pues éste:

significaba, no sólo una unión espiritual y un compromiso social, sino también un contrato económico para conservar la fortuna familiar. Era un medio para crear un tejido de intereses y alianzas familiares. En la reproducción de la descendencia por alianzas exógamas, jugaron un papel definitivo las mujeres, de hecho, emparentar con españoles y otros europeos, o con miembros destacados de la sociedad colonial, era una tarea muy importante que le convenía a todo el grupo²⁷².

Posteriormente, con el conflicto social producido por la independencia y las subsecuentes guerras que se libraron en el territorio nacional fue necesario “recuperar el orden de la sociedad, y en ello fue de primera importancia reforzar los valores y las prácticas habituales respecto a la mujer”²⁷³; por tal razón, la figura femenina siguió representando el sostén de los valores de la vida privada hasta entrado el siglo XX, cuando por distintos factores, entre ellos, la Primera Guerra Mundial, la población femenina incursionó en el mundo del trabajo fuera del espacio doméstico ante la ausencia masculina para suplir estas labores.

En la década de 1920, aunque no era una práctica generalizada, algunas mujeres ya empezaban a trabajar en la naciente industria textil, que veía en las jóvenes campesinas, con su arraigada responsabilidad y sentido de laboriosidad²⁷⁴, mejor

²⁷² BLANCO, Jacqueline y CÁRDENAS, Margarita. Las mujeres en la historia de Colombia, sus derechos, sus deberes. *Prolegómenos derechos y valores*. Volumen XII – No. 23 - Enero - Junio 2009. p. 146.

²⁷³ QUINTERO, Inés. Las mujeres de la independencia: ¿Heroínas o Trasgresoras? El Caso de Manuelita Sáenz. En: *Mujeres y Naciones en América Latina Problemas de inclusión o Exclusión*, eds., Barbara Potthast y Eugenia Scarzanella. Barcelona: Vervuert Iberoamericana. 2001. p. 58.

²⁷⁴ CORREA ARBOLEDA, Adriana María. Bello 1920: Primera huelga de obreras en Colombia. *Huellas de ciudad. Revista del centro de historia de Bello*. Año X, No.12, 2010. p. 71.

fuerza de trabajo para impulsar la industrialización del país. Esto sería un antecedente para que en los años treinta la sociedad colombiana manifestara un cambio mucho más notorio. Las ideas modernas que llegaban de afuera encontraban asidero entre los miembros más jóvenes de la élite, quienes comenzaban a forjar un incipiente modernismo totalmente opuesto a las estructuras tradicionales del pensamiento, las cuales seguían aferradas a un sin número de estereotipos raciales, étnicos y sexuales que impedían la consolidación de un pensamiento de características más liberales. No obstante, con la llegada al poder del gobierno liberal las problemáticas femeninas empezaron a adquirir una relevancia más evidente y, con ello, la necesidad de mejorar la difícil situación de las mujeres, incluyendo la de aquellas que por entonces ya eran formaban parte de la masa de trabajadores asalariados en las escasas industrias que requerían de su mano de obra²⁷⁵.

Durante el mandato de Enrique Olaya Herrera (1930-1934) se les concedió a las mujeres el derecho de heredar propiedades y firmar contratos, del mismo modo, se abolió el concepto de su incapacidad civil y las habilitaron para comparecer libremente en juicio, administrar sus bienes y actuar de manera autónoma sin la necesidad de un representante legal²⁷⁶. Otro antecedente sumamente importante surgió en el año de 1933, mediante el Decreto 227, el cual autorizó el establecimiento del bachillerato para la población femenina. En la administración de Alfonso López Pumarejo (1934-1938), se declaró ilegal la discriminación basada en el sexo, lo que contribuyó a la aprobación de nuevas leyes que concedían a las mujeres el beneficio de ocupar cargos públicos y de ingresar a programas profesionales en igualdad de condiciones que los hombres, aunque aún no se contemplara su ciudadanía.

²⁷⁵ MARIN TABORDA, Jorge Iván. María Cano. Su época, su historia. En: *La historia de las mujeres en Colombia*. Tomo I. Mujeres, historia y política. Bogotá: Norma. 1995. p. 160.

²⁷⁶ GOMEZ GIRALDO, Alcira. Los derechos de la mujer en la legislación colombiana. Op, cit., p. 12.

Pese a estos tempranos esfuerzos por mejorar la condición jurídica de las mujeres, en la práctica, la mayor parte de la población femenina continuó sin acceso a la educación, ancladas al trabajo doméstico fuera del propio hogar o a trabajos tradicionalmente “femeninos” como operarias en fábricas de ropa o en fábricas de tabaco y, en el peor de los casos, realizando los más humildes oficios como lavar, planchar o cuidar niños. Aquellas con mejor suerte y con acceso a estudios técnicos lograron ingresar como secretarias y mecanógrafas en el masculino mundo burocrático que empezaba a expandirse y modernizarse, lo que creó una generación de mujeres de clase media independientes y con mayor libertad para controlar su destino personal.

Visto así, las mayores beneficiarias del cambio social que desató la rápida urbanización de las ciudades y la inclusión de grupos antes marginados de la esfera pública, fueron las mujeres que se trasladaron a las grandes urbes y empezaron a desafiar las convenciones sociales de la época, tal como lo hizo Elisa Mújica, quien perteneció, precisamente, a esta generación de mujeres que empezaron a trabajar cuando apenas eran unas adolescentes durante el primer mandato de Olaya Herrera. Como señalaría Mújica años más tarde:

Nos correspondió el tremendo período de transición en que vimos derrumbarse los soportes seculares y asistimos al proceso, no clausurado todavía, de ensayar otros nuevos. Como si el piso nos fallara y nos tocara inventarlo, íbamos experimentando situaciones inéditas. Cada cambio implicaba variar de actitud, de rostro²⁷⁷.

Cambios más grandes vendrían años después con el movimiento sufragista que contribuyó al reconocimiento del derecho al voto a las mujeres, la liberación sexual de los años sesenta, el uso de la píldora anticonceptiva, la consolidación de movimientos feministas en los setenta y la creación de varias leyes más que promulgaron la inclusión, la igualdad y ratificaron la capacidad femenina para decidir sobre su propio destino. Por esta razón, es importante señalar la necesidad de

²⁷⁷ MÚJICA, Elisa. Discurso pronunciado en la I Feria Internacional del Libro. Bogotá, mayo de 1988. Op. cit., p.106.

observar con detenimiento estos sucesos que modificaron las condiciones de vida femenina en Colombia y asimismo permitieron la creación de múltiples representaciones de la mujer en el imaginario colectivo de la época.

Dicho lo anterior, es necesario mencionar que el propósito del presente capítulo consiste en identificar los acontecimientos coyunturales que incidieron sobre el panorama social vinculado a la representación de la mujer durante el proceso de modernización en Colombia entre los años de 1949 a 1984. Para dar cumplimiento a este objetivo se realiza un recorrido por algunos aspectos específicos de la historia colombiana del siglo XX que toman a la figura femenina como protagonista del acontecer social del momento. Asimismo, se exploran archivos de prensa del diario *El Tiempo* y revistas femeninas de la época, como eje de referencia para conocer la forma en que la situación social empezó a afectar la forma de concebir a las mujeres en la vida cotidiana, esclareciendo de esta manera ciertos puntos clave para introducirse de lleno en el análisis de la obra novelística de Elisa Mújica.

2.1 REPRESENTACIONES Y ESPACIOS TRADICIONALES

La historia de las mujeres en Colombia no puede ser abarcada desde una mirada unilateral en la que la exclusión, el sometimiento y el dominio masculino aparezcan como únicos protagonistas del devenir de su situación en la sociedad. Sin duda, estos factores configuran un trasfondo que históricamente ha marcado las posibilidades de esta población, otorgándoles un rol específico dentro de los cánones sociales y demarcando sus alcances educativos, profesionales e intelectuales. Sin embargo, este no es el único aspecto que debe ser tenido en cuenta a la hora de abordar el proceso de inclusión de las mujeres a la vida pública y, con ello, la adquisición de sus derechos civiles en Colombia. También resulta necesario girar la mirada a aquellos sucesos que contribuyeron a la creación de

nuevas representaciones y espacios fuera del tradicional círculo doméstico que resguardó la vida femenina por siglos.

Con esto en mente, es de gran relevancia mencionar que desde comienzos del siglo XX la sociedad colombiana funcionaba bajo una amalgama de principios militares y religiosos que resguardaban cuidadosamente el orden social bajo premisas de desigualdad y dominación²⁷⁸. El país apenas salía de La Guerra de los Mil Días, un conflicto bélico en el que los partidos políticos tradicionales se habían sumergido desde 1899 y que, al entrar el nuevo siglo, sumió la economía del país en una enorme crisis que se agravó, aún más, con la separación de Panamá en 1903. En medio de este ambiente de posguerra, la situación de vida de la población en general no resultaba para nada confortable en términos materiales, la mayoría de los colombianos seguían siendo campesinos y vivían fuera de los pueblos y ciudades, lo que ayudaba a perpetuar la pobreza, el analfabetismo y la moral religiosa que reinaba sobre todos los aspectos concernientes a la vida cotidiana.

En este contexto, las mujeres tenían pocas posibilidades de controlar los diversos aspectos que definían sus condiciones de vida en el campo civil y social. Aunque ya existieran revistas dirigidas específicamente al público femenino y figuras como Soledad Acosta de Samper brillaran en el ámbito público desde finales del siglo XIX por su labor en el mundo de las letras, lo cierto es que las mujeres del común no disfrutaban de los mismo privilegios educativos que las mujeres de clase alta, esto las llevaba a encontrar en el quehacer de amas de casa, madres o esposas su único destino posible y en trabajos como la costura o la docencia su única fuente de ingreso económico. Con el advenimiento del proceso de industrialización las cosas cambiaron un poco, pues la figura de la mujer trabajadora se hizo más visible, al mismo tiempo que empezaron a surgir otras posibilidades para la población

²⁷⁸ MUÑOZ, Cecilia y PACHÓN, Ximena. Las niñas a principio de siglo: futuras esposas, religiosas o célibes caritativas. *En: La historia de las mujeres en Colombia. Tomo II. Mujeres y sociedad.* Bogotá: Norma. 1995. p. 424.

femenina, que logró expandir sus horizontes en el tema laboral y social, sin dejar de lado su rol esencialmente doméstico. Teniendo en cuenta lo anterior, los siguientes apartados muestran un breve recuento de la transición que sufrió la imagen de las mujeres en Colombia durante los primeros estadios del siglo XX.

2.1.1 Amas de casa, madres y esposas: las mujeres colombianas a inicios del siglo XX. Las dos primeras décadas del siglo XX reprodujeron una representación de lo femenino basada en los preceptos religiosos decimonónicos que otorgaron a las mujeres el destino de madres y esposas, de no ser así, la única opción alterna se encontraba en el monasterio²⁷⁹. Esta línea de segmentaridad rígida o molar atravesó todas las instancias de la vida femenina y aunque de vez en cuando era posible que se diera una fluctuación molecular en el rol de la mujer, lo cierto es que no había manera de cambiar de forma definitiva la concepción que se tenía de la función femenina en la sociedad. Aunque para esta época ya había mujeres que se despeñaban como maestras o enfermeras, esto solo reflejaba una extensión de su labor doméstica que además del cuidado y educación de los hijos, incluía el servicio a la comunidad.

En el tema educativo, la necesidad de convertir a las niñas en buenas esposas involucraba la enseñanza de artes manuales, culinaria, costura y los demás menesteres propios del quehacer doméstico, la escritura y la lectura con fines intelectuales era reservada para las mujeres de la élite o quienes estaban destinadas a vivir una vida en los conventos²⁸⁰. Mientras tanto, las matemáticas, la astronomía, la biología, la historia y la literatura pertenecían al dominio exclusivo de

²⁷⁹ AGUDELO, Magnolia y MEJIA GARCIA, Nubia. La historia de las mujeres en Colombia: entre la marginalidad y la limitada ascendencia social. Primera parte: Educación 1900-1960. En: *Taller: Revista de análisis de la actualidad política*. 2003, No. 5. pp. 63.

²⁸⁰ Ibid.

los hombres que se consideraban más aptos para aprovechar este tipo de conocimientos.

Desde pequeñas a las mujeres se les imponían una serie de obligaciones que los hombres no compartían del todo con ellas, éstas incluían ayudar con las labores domésticas, el cuidado de los hermanos y aprender los deberes religiosos, los cuales “estaban envueltos generalmente en nubes de misterio: la misa en latín, la retahíla incomprensible del sacerdote en la confesión y el ambiente cargado de incienso de las iglesias”²⁸¹. Con esto se alimentaba la idea de que una vida correctamente vivida debía ir de la mano de los mandatos religiosos, por tal razón las lecturas más difundidas entre las niñas eran las historias de vida de santos, las cuales se leían en el comedor de las casas y en los salones de costura, en los comedores de los internados y en las clases de bordado, pues se esperaba que este tipo ejemplo se convirtiera en un modelo a seguir para las futuras madres y esposas²⁸².

Por su parte, las niñas que gozaron de la oportunidad de ser educadas en colegios femeninos se enfrentaron al difícil panorama de ser encerradas en los internados y requinternados que se asemejaban más a cuarteles o conventos²⁸³, debido a la férrea disciplina que los caracterizaba. Además de esto, la legislación educativa de este período introdujo diferencias sustanciales entre las normales femeninas y masculinas, las cuales señalaban que el cuerpo docente sería menor para el caso de las primeras y además debía ser conformado solo por personal femenino. De otro lado, también se determinó que las clases de aritmética para mujeres debían combinarse con la costura y otras asignaturas útiles para la vida doméstica, lo que

²⁸¹ MUÑOZ, Cecilia y PACHÓN, Ximena. Las niñas a principio de siglo: futuras esposas, religiosas o célibes caritativas. Op. cit., p. 425.

²⁸² Ibid., p. 425-434.

²⁸³ Ibid., p. 424.

redujo a la mitad la intensidad de dicha asignatura en los planteles educativos femeninos²⁸⁴.

La economía doméstica, considerada como “el arte de manejar la casa y desempeñar los oficios”²⁸⁵, constituía una materia esencial en la educación femenina. En las clases se proporcionaba información sobre higiene, aseo y limpieza, el buen manejo del tiempo y la distribución del dinero, además de suministrar consejos importantes para optimizar las finanzas familiares como el siguiente: “se recomienda que tanto la mujer rica como la pobre sepa dónde comprar las cosas en forma económica, cocinar, coser y adornar la casa siempre con sencillez, armonía y moderación”²⁸⁶. Estas clases se complementaban con la instrucción básica de asignaturas como aritmética, geografía, historia, canto y dibujo.

La formación que se impartía a las niñas en los colegios se encontraba basada en los fundamentos de la vida familiar, pues a comienzos de siglo era evidente que las mujeres no tenían otro futuro posible que el de ser amas de casa, esposas y madres. Sin embargo, como señala la profesora Martha Cecilia Herrera, citando el texto *La evolución educativa de Colombia*, esta educación constituyó un antecedente sumamente importante debido a que evidencia un aumento en el número de niñas que se empezaban a educar de manera formal, pues no era un secreto que las tasas de analfabetismo entre las mujeres superaban en gran medida las de los hombres.

En el año de 1911 las mujeres asistían a las escuelas de bellas artes y “se impartían conocimientos de instrucción suficiente y grado superior en quince colegios dirigidos por las Hermanas de la Caridad, en tres de Terciarias Dominicanas, en uno de Salesianas y en sendos de Belemitas, Franciscanas y del Buen Pastor”. Para 1919,

²⁸⁴ HERRERA, Martha Cecilia. Las mujeres en la historia de la educación. *En: La historia de las mujeres en Colombia. Tomo III. Mujeres y cultura*. Bogotá: Norma. 1995. p. 340.

²⁸⁵ MUÑOZ, Cecilia y PACHÓN, Ximena. Las niñas a principio de siglo: futuras esposas, religiosas o célibes caritativas. *Op. cit.*, p. 447.

²⁸⁶ *Ibid.*

el número de escuelas normales llegaba a 28 y se encargaba de la formación de 1.228 estudiantes, de los cuales 744 eran mujeres y 484 hombres²⁸⁷.

Para la década de 1920 la economía colombiana empezó a crecer de la mano del paulatino éxito de las exportaciones de café y la consolidación de algunas industrias tabacaleras y textiles, encabezada por fábricas como Coltejer y Fabricanto. Este primer momento de industrialización trajo consigo la emergencia de una línea de segmentaridad flexible o molecular que se vio reflejada en la gran demanda de trabajo femenino que tuvo como principal beneficiaria a la clase campesina que antes cultivaba tabaco y café. A partir de esto, por primera vez las mujeres lograron ponerse en contacto con el mundo fuera del hogar, acceder a un empleo formal y a un salario remunerado que les dio la posibilidad de controlar algunos aspectos esenciales de su vida. También se desarrolló una clase obrera, se crearon sindicatos y hubo un aumento de empleo en el país, entre otros aspectos sociales que acarreó este cambio.

El personal femenino que se contrataba en este tipo de manufacturas estaba compuesto por mujeres jóvenes en su mayoría, casi niñas y solteras, de origen rural y, sobre todo, hijas de familias cristianas que aún permanecían bajo la tutela de sus padres, debido a que estas mujeres eran más sensibles a los controles y estímulos implementados por empresas como las textileras, caracterizadas por la visión paternalista que impregnaba todo los elementos de su política²⁸⁸. En estos trabajos las mujeres vivían en una especie de comunidad religiosa donde la importancia de la castidad se mezclaba con la eficiencia laboral, la cual, a su vez, requería de sacrificio individual en favor del desarrollo de una unidad familiar²⁸⁹.

La generalización del trabajo femenino comenzó a evidenciarse no solo al interior de las fábricas, sino también en el ambiente huelguístico que circundaba a los

²⁸⁷ Ibid.

²⁸⁸ ARANGO, Luz Gabriela. *Mujer, religión e industria. Fabricanto 1923-1982*. Medellín: Colección Clío de Historia colombiana. 1991. pp. 42-43.

²⁸⁹ Ibid.

movimientos obreros que por entonces empezaban a organizarse en el país. Una figura que llamó la atención por esta época fue María Betsabé Espinal (1896- 1932) una hilandera que se erigió como líder sindical al dirigir una de las primeras huelgas obreras en la Fábrica de Tejidos de Bello (Antioquia), del 12 de febrero al 4 de marzo de 1920. Esta huelga pasaría a ser recordada como la primera vez que las mujeres se organizaron para reclamar sus derechos laborales en el país²⁹⁰, ya que las condiciones laborales de esta población, desde el inicio, fueron precarias, como señala Estefanía López Salazar:

La fábrica fue el punto de convergencia de muchas mujeres jóvenes de la ciudad quienes llevaban a cuesta la responsabilidad del hogar o la necesidad de apoyar a sus familiares. No existía una medida mínima de edad, en la mayoría de documentos que referencian las condiciones de las fábricas en la primera mitad del siglo XX se relata a las mujeres que allí trabajaban como muy jóvenes e incluso niñas. Lo cierto es que las condiciones laborales de las mujeres las ponían en desventaja frente a los hombres. Tenían una jornada más larga con menor remuneración, no se les permitía asistir calzadas a realizar sus actividades, sufrían acoso sexual por parte de los capataces de las fábricas y debían soportar el recelo social debido a que su alejamiento de la esfera privada generaba suspicacias; en muchos casos dedicarse a la fábrica era un voto de soltería²⁹¹.

Otra mujer que durante esta década tuvo cierto protagonismo en el ámbito sindical fue María Cano (1887-1967), también conocida como “La flor del trabajo de Medellín”, un título que era otorgado por motivar acciones benéficas para aliviar las difíciles condiciones de vida de los trabajadores y sus familias. Sin embargo, María proporcionó una connotación mucho más política a dicho título e inició una laboriosa lucha en pro de los derechos civiles fundamentales de las clases subalternas y en especial de los trabajadores asalariados, a quienes respaldó incansablemente a través de la agitación huelguística que encabezó durante buena parte de la década de 1920²⁹².

²⁹⁰ Revista Semana. Betsabé Espinoza. <https://www.semana.com/especiales/articulo/betsabe-espinoza/75442-3>

²⁹¹ LÓPEZ SALAZAR, Estefanía, et, al. Betsabé Espinal: precursora de narrativas divergentes del trabajo femenino en Antioquia, primera mitad del siglo XX. *En*: Realidades transversales al derecho. Medellín: Corporación Universitaria Americana Sede Medellín. 2020. p. 299.

²⁹² MARIN TABORDA, Jorge Iván. María Cano. Su época, su historia. Op. cit., p. 160.

Además del ingreso al mundo laboral, otra línea de segmentaridad flexible o molecular que surgió durante esta década fue la apertura a una educación mucho más completa para las mujeres. La posibilidad de una instrucción no solo normalista, sino comercial, le permitió a la población femenina de estratos medios acceder a puestos de empleo como secretarias, mecanógrafas o empleadas en oficinas públicas. Por su parte, las escuelas de artes y oficios varios dieron la oportunidad a las mujeres de estratos bajos de formarse en trabajos manuales como la costura, el bordado y la fabricación de sombreros²⁹³, oficios que les ayudaban a ganarse el sustento, muchas veces, sin tener que salir de casa. Para 1929 se dispuso que los colegios femeninos certificaran ciertos grados de instrucción, lo cual empezó a crear las condiciones oportunas para que las mujeres pudieran acceder a la educación superior²⁹⁴.

Cabe mencionar que, en el ámbito de los derechos civiles y políticos, la población femenina no gozaba de ningún beneficio jurídico hasta que la Ley 8 de 1922 le otorgó a la mujer casada la administración y el libre uso de sus bienes, tales como los determinados en capitulaciones matrimoniales y los de su exclusivo uso personal como vestidos, ajuares, joyas e instrumentos de su profesión u oficio²⁹⁵. Asimismo, la Ley 124 de 1928 autorizó a las mujeres casadas para disponer de los dineros depositados en las cajas de ahorro legalmente constituidas, al considerarlos como bienes propios²⁹⁶.

A partir de lo anterior, se puede decir que una línea de segmentaridad rígida o molar atraviesa estas dos primeras décadas con una firmeza que se puede ver reflejada en la fina demarcación de los roles de género en la sociedad colombiana. Aunque hay pequeños rasgos de líneas de segmentaridad flexible o molecular que surgen a partir de cambios esporádicos en los roles femeninos, esto se debe al mismo

²⁹³ HERRERA, Martha Cecilia. Las mujeres en la historia de la educación. Op. cit., p. 341.

²⁹⁴ Ibid.

²⁹⁵ REPÚBLICA DE COLOMBIA. LEY 8 DE 1922 (18 de febrero)

²⁹⁶ REPÚBLICA DE COLOMBIA. LEY 124 DE 1928 (26 de noviembre)

cambio económico que trae consigo esta primera etapa de la modernización. Más que una oportunidad para mejorar las condiciones materiales de las mujeres, la introducción de éstas al mundo laboral respondió a la necesidad de las industrias de ampliar su productividad y propiciar el tan anhelado desarrollo económico. En este sentido, aunque los rígidos parámetros molares sigan ejerciendo toda su presión sobre la atmósfera que circunda el devenir de la figura femenina, se puede decir que aquí inicia un cuestionamiento de las típicas interpretaciones sobre una feminidad únicamente vinculada al mundo del hogar. Las mujeres empiezan a mostrar que también son capaces de aportar al ámbito económico y con esto se inicia un proceso de toma conciencia que años más tarde dará lugar al reconocimiento de las mujeres como sujetos de derecho y actores sociales.

Asimismo, resulta importante señalar que la representación de la mujer durante este período del siglo XX en Colombia es una representación heredada de la Colonia y ligada a las estructuras de pensamiento basadas en la religión y la biología que esperaban de la conducta femenina fragilidad, sumisión, paciencia y abnegación. La reducida educación que recibía esta población se encontraba orientada a formar amas de casa excelentes, esposas inmejorables y madres ideales. Aunque en la práctica las mujeres ya estuvieran modificando algunas de sus ocupaciones e incursionando en ámbitos públicos, la mirada tradicional seguía vinculándolas al trabajo doméstico y a todas las actividades propias de ser esposas y madres, que, en últimas, eran las funciones que parecían justificar su existencia, como se puede leer en el siguiente artículo publicitario de 1925:

Desde que el mundo es mundo ha sido la madrecita de sus muñecas primero, y luego de sus hijitos. Es el instinto eterno de la maternidad. Eso es su sublime ideal. La mujer que se ve privada de cumplirlo, se degenera o se desengaña de este mundo. ¡Infelices las casadas que nunca ven cumplidas sus aspiraciones! ¡Pobres estériles! Su desgracia las más veces solo depende del mal funcionamiento de sus meses, y se cura con el famoso OARDUT que regulariza las funciones mensuales

quita las congestiones dolorosas, los cólicos uterinos y otros achaques que suelen impedir la felicidad de la ETERNA MADRECITA²⁹⁷.

El espacio que les correspondía era, sin duda, el del hogar, ya que todos los compromisos vinculados a la vida pública recaían directamente sobre los hombres, quienes eran los encargados de proporcionar el sustento a la familia. Por esta razón, lo concerniente a la esfera de lo privado era de competencia femenina, desde la decoración del hogar, pasando por el cuidado de la vestimenta de los hijos y el esposo, hasta las últimas tendencias del mundo de la moda femenina que incluían productos de belleza, ropa y maquillaje hacían parte de las preocupaciones cotidianas de las mujeres. De este modo, su función como “adorno del hogar” se reforzó cada vez más, obstaculizando las posibilidades de salir de este entorno doméstico, que además se encargó de perpetuar la distinción de clase al dar continuidad a la tradición de emplear a las mujeres más pobres como lavanderas, planchadoras, cocineras y sirvientas, los únicos oficios bien vistos para ganarse la vida de forma humilde.

²⁹⁷ El Tiempo. Bogotá. 17 de diciembre de 1925. p. 6.

2.1.2 Obreras y secretarias: las mujeres y el mundo laboral. En 1930, cuando asumió el poder Enrique Olaya Herrera, la situación de las mujeres continuaba casi invariable. Su representación también. Un cambio en materia educativa, legislativa o en el devenir de su lugar en la esfera pública aparecían como asuntos inmodificables, pues los dirigentes conservadores se encargaban de obstaculizar las crecientes propuestas provenientes de algunos sectores interesados en modificar “las condiciones de inferioridad de las mujeres”²⁹⁸ e incluirlas en la vida civil colombiana. Aunque con la llegada al poder del partido liberal, después de cuarenta y cinco años de hegemonía conservadora, se empezaron a debatir ampliamente las problemáticas que afectaban a la población femenina, lo cierto es que éstas no cambiaron de forma tangible hasta que se aprobaron y se hicieron consientes las leyes que darían cabida al reconocimiento de sus derechos civiles.

Durante este año se empezó a discutir sobre el reconocimiento de los derechos patrimoniales de las mujeres casadas debido a la presentación de un proyecto al Congreso sobre el “Régimen de capitulaciones matrimoniales”, expuesto por el ministro de gobierno Carlos E. Restrepo. Con esto, se pretendía dar autonomía patrimonial a las mujeres casadas, además de otorgarles el derecho de pedir la separación de bienes cuando ellas lo dispusieran, sin tener que alegar ningún tipo de causal²⁹⁹. El proyecto fue analizado por Ofelia Uribe de Acosta (1900-1988)* en el marco del IV Congreso Internacional Femenino* llevado a cabo en Bogotá durante

²⁹⁸ El Tiempo. Bogotá. mayo 23 de 1928. p. 4.

²⁹⁹ VELÁSQUEZ TORO, Magdala. La república liberal y la lucha por los derechos civiles y políticos de las mujeres. En: *La historia de las mujeres en Colombia. Tomo I. Mujeres, historia y política.* Bogotá: Norma. 1995. p. 190.

* Fue una escritora, profesora, periodista y política colombiana pionera del activismo social a favor de la reivindicación de los derechos políticos y económicos de las mujeres durante la primera mitad del siglo XX. Participó activamente en los inicios del movimiento feminista colombiano a través de su programa de radio *La Hora Feminista* y por medio de la revista *Agitación Femenina*, primera revista de divulgación feminista del país.

* El IV Congreso Internacional Femenino se celebró en Bogotá en 1930 gracias a la movilización de Georgina Fletcher, quien sola y recorriendo embajadas y ministerios, logro obtener para Bogotá la sede de este evento, seguido del patrocinio del presidente de la república, Enrique Olaya Herrera y la Cámara de Representantes. Este congreso recibió comisiones de numerosos departamentos del

los últimos días de diciembre de 1930³⁰⁰. En este congreso además se tocaron temas relacionados con el voto femenino, el certificado prenupcial y la promoción del acceso a la educación secundaria y universitaria de las mujeres, temas que inquietaban a los nacientes grupos femeninos que pedían igualdad de condiciones e inclusión³⁰¹. En la ponencia, reproducida en las páginas de *El Tiempo*, Ofelia Uribe de Acosta señaló:

Estamos viviendo la hora más trascendental para la mujer colombiana, y sin embargo parece que no ha sentido o no se ha dado cuenta de la importancia que reviste este movimiento para el progreso moral y cultural de la sociedad en general, con la adquisición de reformas que mejoren su condición civil y encausen o dirijan sus actividades hacia el estudio y solución de los graves problemas que ha planteada el creciente desarrollo de la civilización actual. Desfallece el ánimo y se llena de tristeza el corazón, al solo pensar que entre las millones de mujeres, que sufren en Colombia con silenciosa abnegación la oprobiosa condición de esclavas ante su dueño que maltrata su dignidad y lesiona su delicadeza, no haya habido una sola siquiera, que exteriorice su voz de aplauso y entusiasmo por la admirable reforma Olaya-Restrepo sobre el régimen de las capitulaciones matrimoniales. ¿Es que la obra lenta pero segura de una educación de una educación de siglos y siglos, basada en toda clase de prejuicios y conceptos represivos de la libertad de la mujer, ha terminado por hacerla insensible, en fuerza de sufrirla, como los antiguos esclavos que no pudieron equipararse con su señor no comprendían la esclavitud?³⁰²

Cabe apuntar que este primer proyecto no fue aprobado por el Congreso, pero significó un avance importante en materia de inclusión femenina. En medio de este ambiente, una de las primeras transformaciones jurídicas de importancia se vería materializada con la aprobación de la Ley 83 de 1931 que permitió a los mayores de diez y ocho años y a las mujeres casadas, aunque no estuviesen divorciadas ni sus bienes separados, recibir el pago de sus sueldos y salarios, además de otorgarles el poder de administrarlos sin intervención de algún representante legal³⁰³. Asimismo, la ley 28 de 1932, que entró en vigor el 1 de enero de 1933,

país, asistieron escritoras, educadoras y familiares de políticos. VELÁSQUEZ, Olga Patricia. "Compañera y no sierva", los avatares hacia el sufragio femenino en Colombia. *Ambiente Jurídico*. 2015. N° 18. pp. 11-34.

³⁰⁰ El Tiempo. Bogotá. 29 de diciembre de 1930. p. 1.

³⁰¹ El Tiempo. Bogotá. 28 de diciembre de 1930. p. 4.

³⁰² El Tiempo. Bogotá. 1 de enero de 1931. p. 23.

³⁰³ REPÚBLICA DE COLOMBIA. LEY 83 DE 1931 (23 de junio)

modificó la “potestad marital” en lo relativo a los bienes de la mujer, tales como la libre administración y disposición de los bienes propios al momento de contraer matrimonio o los que hubiese aportado a él, la responsabilidad de cada conyugue sobre las deudas personales y la forma en que se llevarían a cabo los procesos de liquidación de bienes. Del mismo modo, se otorgó a la mujer casada, mayor de edad, la potestad de comparecer libremente en juicio y la posibilidad de administrar y disponer de sus bienes sin autorización marital, ni licencia de un juez y tampoco bajo la representación legal del esposo³⁰⁴.

Aunque tal disposición, legalmente, permitió que las mujeres tuviesen cabida en actividades económicas que antes se encontraban restringidas para ellas, en realidad las costumbres no se abolieron por el hecho de que la ley entrara vigencia. Como señala Magdala Velásquez:

Las mujeres no la entendieron. Les era prohibido hablar de cosas de hombres. Les era terminantemente prohibido por ellos hablar o preguntar siquiera por los negocios [...] la empezaron a entender cuando la mujer entró a la universidad [...] Al llegar la ley 28 la mujer se quedó inerte, ella no reclamó sus derechos³⁰⁵.

Tuvieron que pasar varios años en los que se modificaron paulatinamente ciertos aspectos de la vida económica, cultural y social del país, para que este derecho empezara a ser efectivo en la práctica cotidiana y, aun así, esto apenas significaba un pequeño triunfo para las mujeres que no solamente veían los problemas de su situación material enmarcados en el campo económico, sino que encontraban en las diferentes estructuras de la sociedad las claves que explicaban el porqué de su prolongada exclusión.

Con esto, se logra observar que la línea de segmentaridad rígida o molar que resguarda el orden social colombiano a través de la conservación de elementos tradicionales de la cultura patriarcal, permanece invariable con relación a los

³⁰⁴ REPÚBLICA DE COLOMBIA. LEY 28 DE 1932 (12 de noviembre).

³⁰⁵ VELÁSQUEZ TORO, Magdala. La república liberal y la lucha por los derechos civiles y políticos de las mujeres. Op. cit., p. 196.

desplazamientos que surgen a su alrededor. Si bien, mujeres como Ofelia Uribe de Acosta evidencian el surgimiento de un cambio de perspectiva en lo referente al papel de la mujer en el plano público, aún es tajante la imposición de prejuicios que imposibilitan la modificación de la situación de las mujeres en la vida cotidiana, así desde lo jurídico se empiecen a impulsar este tipo de cambios.

Con el avance de la modernización del país, el afianzamiento de los sectores industriales y exportadores y la intervención del Estado en temas de orden económico y social, la educación se convirtió en un instrumento central para la incorporación de los sectores que hasta ahora habían sido marginados del ámbito productivo, entre ellos las mujeres. Se trataba de adaptar a esta población a las nuevas exigencias de la economía nacional y aunque las diferencias entre hombres y mujeres seguían marcándose tajantemente, la administración liberal empezó a consolidar un discurso pedagógico de características más laicas que devino en una modernización de las instituciones educativas, lo cual, a su vez, planteó la necesidad de educar a las mujeres de forma más equitativa para que pudieran asumir los nuevos roles que imponía la sociedad moderna.

Con la aprobación del Decreto 227 de 1933, por medio del cual se autorizó el establecimiento del bachillerato para las mujeres³⁰⁶ y, con ello, la posibilidad de ingresar a la universidad, las iniciativas que habían intentado propiciar el acceso de la población femenina a una educación completa y en condiciones equitativas empezaron a materializarse, no de inmediato como se esperaba, pues muchas mujeres continuaron atadas a un devenir doméstico que les impedía completar sus estudios, como lo señala la profesora Marta Cecilia Herrera: “de 14.000 mujeres que pasaron por las aulas en 1938, solo 104 alcanzaron el grado de bachiller, lo que significa que un 92% de ellas recibieron una educación incompleta”³⁰⁷.

³⁰⁶ REPÚBLICA DE COLOMBIA. Decreto 1972 de 1933 (diciembre 01). Por el cual se modifican los Decretos números 1487 de 1932 y 227 de 1933 (enseñanza secundaria y normalista).

³⁰⁷ HERRERA, Martha Cecilia. Las mujeres en la historia de la educación. Op. cit., p. 343.

Este fenómeno encuentra una explicación, según Herrera, en la tendencia socialmente aceptada de brindar a las mujeres una educación basada en las representaciones ancestrales de su imagen como madre, esposa y educadora³⁰⁸, por tal razón, la situación de buena parte de las mujeres no sufrió mayores modificaciones durante este período, incluso cuando en el primer gobierno de Alfonso López Pumarejo (1934-1938) se realizó la Reforma Constitucional de 1936, la más progresista en décadas, que concedió a las mujeres el beneficio de ocupar cargos públicos, aunque todavía no hubiesen adquirido la ciudadanía. Además de esto, la reforma también reconoció legalmente el derecho a la huelga y promovió la formación de sindicatos, estableció la libertad de cultos y la laicización de la educación³⁰⁹, aspectos importantes para la modernización del pensamiento colombiano que continuaba atrapado entre las premisas de la tradición y las nuevas imposiciones del Estado.

Con estas evidentes muestras de progreso en el ámbito laboral y educativo en 1936 y 1937, la Universidad Nacional abrió sus puertas a las mujeres en carreras como bellas artes, farmacia, enfermería, arquitectura y odontología, consideradas profesiones “compatibles con la naturaleza femenina”³¹⁰. En 1937 se profesionalizó la carrera de servicio o trabajo social bajo la tutela del Colegio Mayor del rosario, mientras que la profesión de secretarías, mecanógrafas y modistas se extendió más entre las mujeres de clase media. En 1941 la Universidad Javeriana empezaría a ofrecer programas de derecho y filosofía a las mujeres, y años más tarde abriría cursos de decoración, comercio y bacteriología³¹¹. En contraste con este panorama progresista, el Decreto 1003 de 1939 impuso como algo obligatorio una costumbre que se había establecido con los años: que las mujeres casadas o viudas llevaran su nombre y apellido seguido de la partícula “de” y el apellido del esposo.

³⁰⁸ Ibid., p. 344.

³⁰⁹ REPÚBLICA DE COLOMBIA. Reforma Constitucional de 1936.

³¹⁰ HERRERA, Martha Cecilia. Las mujeres en la historia de la educación. Op. cit., p. 346.

³¹¹ Ibid.

Cabe señalar que, en materia de violencia contra la mujer, en 1936 el Código Penal adoptado mediante el Decreto-Ley 2300 del 14 de septiembre 1936, por primera vez, protegió los derechos de la mujer en lo referente a los delitos contra la libertad y el honor sexual, cuestión que contribuyó a que los asesinatos de mujeres por parte de sus esposos no quedaran impunes. No obstante, como señalan Adolfo Murillo y Luis Armando Muñoz en este Código también:

se incluían disposiciones que justificaban de alguna manera las manifestaciones de violencia cuando se sorprendía al cónyuge o compañero en “ilegítimo acceso carnal” o cuando se eximía de responsabilidad a quien luego de la violación contrajera matrimonio con su víctima o que excluían de la protección penal a las mujeres que ejercieran la prostitución si eran violadas o la penalización del adulterio como delito exclusivo de las mujeres³¹².

En este sentido, las líneas de segmentaridad flexible o molecular que emergen como resultado del mismo proceso de modernización que vive el país, crean cambios moleculares, es decir, transformaciones que intentan modificar los flujos provenientes de la línea de segmentaridad rígida o molar sutilmente. Estas modificaciones se visualizan a través de las nuevas leyes que intentan mejorar las condiciones de vida de las mujeres, otorgarles un espacio en la vida civil, así como ampliar su oportunidades para su futuro. De este modo, se empieza a configurar el desarrollo de un *devenir-mujer* que abre la posibilidad de salirse de los parámetros delimitados en función del género y trazar nuevas formas de representación para el sujeto femenino que va adquiriendo más protagonismo con la expansión de la mentalidad que trae consigo la vida moderna.

Así las cosas, se puede decir que al finalizar la década de 1930 la representación que se construye en torno a la figura de la mujer colombiana resulta mucho más progresista que en la década anterior. La necesidad de incorporar a esta población a la fuerza de trabajo que el modelo capitalista exigía para acelerar los diversos aspectos concernientes al proceso de modernización fue la principal razón que,

³¹² MURILLO GRANADOS, Adolfo y MUÑOZ JOVEN, Luis Armando. Tratamiento penal de la violencia contra la mujer en Colombia - Nuevas miradas tomo II. Bogotá: Universidad Santiago de Cali. 2018. p. 44.

gradualmente, llevó a la admisión de mujeres en colegios y universidades, enfrentando los paradigmas culturales de un país que aun veía con recelo la educación femenina con las ideas modernas de inclusión y progreso. Pese a esto, la incursión en el mundo laboral y en el ambiente intelectual no impidió que la vida familiar siguiera simbolizando el pilar de la sociedad, por ello, en la base del ideal femenino ser madre y esposa continuó siendo una aspiración que se entremezcló con su nuevo rol de trabajadora.

En el ámbito de lo estético se intentó reforzar el ideal de la mujer como símbolo de pureza a través de la construcción de una imagen femenina romántica, ingenua y sencilla que, sin embargo, se entremezcló con una nueva perspectiva de feminidad que se inclinaba más por la elegancia, la vanidad y los cuerpos estilizados, elementos que llegaron a imponerse gracias a los variados productos de belleza que empezaron a ofertarse para esta población, como señala la doctora Zandra Pedraza:

La coquetería y la vanidad, desdeñadas poco antes como causantes de la desgracia de los destinos femeninos, evolucionaron en los años treinta hasta considerarse atributos de la feminidad. En pocos años fue deseable lucir la desnudez de brazos y piernas, sugerir un torso tonificado y vestir pantalones que insinuaran el cuerpo torneado por la gimnasia (Goellner 2003; Pedraza 1999). Los productos de belleza disponibles en el comercio nacional se ofrecían para renovar la piel, darle tersura, conservar el cutis suave y fresco y combatir el acné. Se podían comprar píldoras circasianas para realzar el busto y se ilustraban en las revistas movimientos y ejercicios abdominales para afinar la cintura y reducir las caderas. Lemas fundamentales para la educación de las mujeres limitados hasta entonces a indicar la actitud que debía caracterizar el trabajo en el hogar comenzaron a describir y valorar la dedicación, la disciplina y el esfuerzo requeridos para hacerse a la nueva belleza y derrotar la pereza, tenida por el pecado capaz de demoler todo vestigio de hermosura. Las reinas de belleza ocuparon las primeras planas. Los procedimientos de transformación se popularizaron, y pudieron reconocerse y modelarse detalles jamás atendidos³¹³.

Los nuevos espacios que durante esta década las mujeres logran conquistar, tanto en la práctica como en el ámbito legal, marcan un punto de inflexión importante a la

³¹³ PEDRAZA, Zandra. La “educación de las mujeres”: el avance de las formas modernas de feminidad en Colombia. *Revista de Estudios Sociales*. No. 41, diciembre de 2011. p. 81.

hora de indagar por su inclusión en la esfera pública. Después de estar confinadas en el mundo doméstico, con pocas posibilidades de destacar en ámbitos diferentes a los reinados de belleza, a las obras de beneficencia o por ser esposas de hombres reconocidos, las mujeres consiguieron acceder a espacios educativos, laborales y de enunciación pública, como lo fueron programas de radio, revistas y periódicos, que les brindaban los medios para expresar sus propias preocupaciones en torno a su situación. Pese a esto, la feminización de los espacios públicos también se convirtió en una forma de exclusión, pues, por un lado, se reconoció la capacidad de las mujeres para realizar cierto tipo de actividades, mientras, por otro, se siguió suponiendo una inferioridad que les impidió alcanzar una igualdad jurídica con el género masculino hasta bien entrado el siglo XX.

Uno de los espacios radiofónicos más polémicos de este período fue *La hora feminista*, creado en 1937 por Ofelia Uribe de Acosta en Radio Boyacá y transmitido por una hora varios días a la semana. Aunque el programa generó gran interés e impacto entre la población femenina tunjana debido a que trataba temas modernos como la necesidad de los derechos de las mujeres, tuvo varios detractores, entre ellos, un grupo de mujeres “prestantes” de Tunja que para contrarrestar el impacto que estaba teniendo este espacio entre las jóvenes crearon *La hora azul* otro programa radiofónico que tenía como propósito resaltar las virtudes femeninas tradicionales. No obstante, pese a sus altos niveles de audiencia *La hora feminista* terminó siendo cancelada a casusa de la presión de los círculos conservadores de la localidad³¹⁴.

³¹⁴ TORRES, Anabel. Una voz insurgente. Entrevista con Ofelia Uribe de Acosta. En: Voces insurgentes, editado por María Cristina Laverde Toscano y Luz Helena Sánchez. Bogotá: Fundación Universidad Central / Servicio Colombiano de Comunicación Social. 1986.

2.1.3 Mujeres modernas. Al iniciar la década de 1940 las mujeres en Colombia ya contaban con el derecho de administrar sus propios bienes, la posibilidad de desempeñar cargos públicos y el acceso a la educación superior, logros que beneficiaron sobre todo a la población femenina de clase alta y media que sacó provecho de las ventajas que les concedió esta nueva legislación. No obstante, todavía persistía la imposibilidad de que las mujeres pudieran elegir y ser elegidas, pues los sucesivos intentos por materializar el sufragio femenino se habían hundido entre mares de críticas y argumentos que cuestionaban la paridad de la mujer y esgrimían la desintegración de la familia colombiana como producto del reconocimiento de los derechos civiles de esta población.

En medio de este panorama, un nuevo paquete de reformas a la Constitución fue planteado durante el segundo gobierno de Alfonso López Pumarejo (1942-1945), éstas contemplaban temas relativos al ejercicio del sufragio, la ciudadanía para todos los colombianos, la prohibición de participar en partidos políticos a jueces, magistrados, miembros del ejército, la policía y los cuerpos armados y el establecimiento del sufragio obligatorio como función constitucional³¹⁵. Aunado a esto, un nuevo proyecto sobre el sufragio femenino fue presentado al Congreso por iniciativa del entonces ministro de gobierno Alberto Lleras Camargo, en noviembre de 1944. En esta propuesta se otorgaba la ciudadanía a las mujeres, se les facultaba para ser elegidas, pero aplazaba la posibilidad de que pudiesen elegir hasta que el Congreso reglamentara el ejercicio del sufragio, según Lleras, porque el gobierno no había pensado que el voto femenino se pudiese conceder “por una reforma constitucional, sin restricción alguna”³¹⁶.

Este nuevo debate contó con la participación de un nutrido sector femenino que empezaba a ser consciente de la importancia de adquirir la plenitud de sus derechos

³¹⁵ VELASQUEZ, Magdala. La república liberal y la lucha por los derechos civiles y políticos de las mujeres. Op, cit., p. 211.

³¹⁶ Ibid., p. 212.

civiles y la necesidad de manifestar sus ideas de forma pública. A partir de esto, surgieron varias formas de organización y expresión femenina que pretendían presionar por el reconocimiento de sus derechos, entre ellas la más controvertida fue la revista *Agitación Femenina*, fundada en 1944 por Ofelia Uribe de Acosta, Inés Gómez de Rojas, Carmen Medina de Luque, Eloísa Marino de Machado, Elvira Sarmiento de Quiñónez, Aída de Hoyos, Marina de Pinzón, Mercedes Arenas de Lara, Alicia Solano y Leonor Barreto Rubio³¹⁷.

Esta publicación de circulación mensual se concibió como un órgano de difusión que se proponía “iniciar una seria campaña que agite y haga vibrar la opinión nacional en torno al reconocimiento de las prerrogativas de la ciudadanía de la mujer colombiana”³¹⁸. Desde la página editorial del primer número titulada “Adelante”, se mostró una perspectiva diferente del ideal de vida de las mujeres y con ello de su mirada hacia el futuro:

No nos placen ya los viejos temas del bordado y la moda, ni nos apasiona el arte culinario, ni nos inquieta el comentario cineasta, porque entendemos que el momento actual impone una colaboración activa de todos los elementos que forman el contenido social del Estado. Queremos intervenir en la marcha política de la nación, no con la menguada y torpe determinación de mezclarnos en la revuelta y sucia confusión de apetitos personales, de enconadas luchas cargadas de rencores y de odios, y en fin, de todo aquello que constituye en nuestro país lo que se llama LA POLÍTICA, sino con el noble propósito de moderar el torbellino insano de las revueltas partidistas³¹⁹.

De esta forma, se inició un movido debate público en torno al tema de los derechos civiles de las mujeres, en el cual partidarios y detractores expusieron puntos de vista que dejaron en evidencia el fuerte choque que significaban las ideas modernas para la moral tradicional colombiana, aferrada aún a la idea de la superioridad masculina. Desde su columna en *El Tiempo* Enrique Santos, bajo el pseudónimo de Calibán,

³¹⁷ Ibid., p. 213.

³¹⁸ *Agitación Femenina*. Tunja. N° 1, octubre, 1944. p. 3.

³¹⁹ Ibid.

se encargó de remarcar de forma continua esta postura, aludiendo a múltiples argumentos como el siguiente:

Las sufragistas, informa la prensa, no tienen mayoría en la comisión que estudia el proyecto por el cual se les concede a las mujeres colombianas el derecho de elegir y ser elegidas para todas las funciones públicas. Estas intervenciones de las mujeres en los menesteres reservados a los hombres, no cuadran al genio latino. Son propias de las angulosas y extravagantes anglosajonas. Sin embargo, no nos fiemos. La fémina es tenaz y cuando se propone alcanzar una cosa, lo consigue, como sea. Tratemos de limitar entre nosotros la infección sufragista, porque si llega a propagarse, será peor que la peste [...] El alud femenino, pasional, mal preparado y sugestionable sería un nuevo motivo de perturbaciones, y, sobre todo, le quitaría a la vida privada todo su encanto. Ser marido, novio o hijo de una ministra o de una líder parlamentaria, no resulta ni cómodo ni grato. Francia, con muy buen sentido, no les ha abierto a las mujeres las puertas de la política. No lo hagamos nosotros. Tenemos tantos problemas que resolver. ¿A qué vamos a crear uno nuevo y a traerle nuevas complicaciones a esta turbada vida colombiana?³²⁰.

Ante este tipo de señalamientos, las voceras del movimiento sufragista respondieron de forma contundente en las páginas del segundo número de la revista *Agitación Femenina*, primero señalando los sucesos que demostraban la necesidad de reconocer el derecho de las mujeres a la ciudadanía:

Habrà de convenir el gobierno en que el hecho de que exista en Bogotá la Unión Femenina de Colombia, institución seria, con personería jurídica y debidamente organizada, para luchar por la adquisición de nuestros derechos injustamente conculcados, y el hecho, no menos protuberante, de la aparición de una Revista como la nuestra, orientada en el mismo sentido, son demostración clara y palmaria de que la mujer colombiana se ha dado cuenta exacto de que su situación constitucional y legal no corresponde al momento actual ni encuadra dentro de la fisonomía democrática de la patria. En realidad, las mujeres que agitan estos temas del derecho constituyen una minoría porque contadas son también las que portan la antorcha de una inteligencia cultivada; pero esto no puede calificarse de argumento contra el voto femenino, ya que jamás los movimientos de reivindicación social han partido de las mayorías si no que son el fruto cerebral de pequeñas minorías³²¹.

Y, en segundo lugar, respondiendo directamente a Calibán, a quien apodaron “la vieja cotorra de *El Tiempo*”, por las constantes referencias que realizó sobre este tema y además por los argumentos que, en contra de las mujeres, utilizó de manera

³²⁰ El Tiempo. Bogotá. 6 de noviembre de 1944. p. 4.

³²¹ Agitación Femenina. Tunja. N° 2, noviembre, 1944. p. 3.

reiterativa para respaldar su perspectiva de que la incapacidad femenina en el ámbito del poder era la principal limitación para su ingreso total a la vida pública:

Leímos en estos días en "El Tiempo" un artículo cuyo autor, con sobra de suficiencia, comienza: "No faltan entre nosotros –sino que son cada día más numerosas– las mujeres que quieren votar y trabajar en todos los oficios antaño reservados a los hombres. Esta, como otras manifestaciones sociales de hoy, no es sino el llamamiento a la barbarie, que quiere recobrar sus fueros". Y nos hemos quedado asombradas al encontrarlo respaldado por la firma de uno, que se dice, es de los mejores y más inteligentes periodistas de Colombia: CALIBAN. En realidad es suyo este artículo o todo se debe a un lamentable error de imprenta? Porque no comprendemos cómo un escritor que se dice prestigioso puede asegurar que si la mujer se instruye, si trabaja, si obtiene iguales derechos al hombre, si, en fin, se convierte en unidad activa y pensante dentro del conglomerado social, significa que estamos retrocediendo hacia la barbarie [...] Muchas gracias señor Calibán por sus desinteresados consejos, pero la próxima vez, recuerde que ya las mujeres pensamos... aunque sea un poquito.³²²

Por su parte, Calibán siguió atacando la revista y a las mujeres que escribirán en ella, acusándolas de ser "femenino-izquierdistas" y de ofrecer a sus lectoras todo tipo de "material explosivo" que incitaba a las mujeres colombianas a actuar como sus congéneres europeas y estadounidenses, descuidando lo verdaderamente importante, es decir, la familia y el hogar:

Quienes se oponen a que a Colombia llegue el flagelo de la mujer metida en la política, con todos los atributos del varón, no hacen sino rendir al sexo débil, y bello en ocasiones, un tributo de admiración y afecto desinteresado [...] En buena hora se le concedan todas las garantías apetecibles para la defensa de sus intereses, su dignidad y su ventura, en el hogar y fuera de él. Muy bien que se le nombre para todos los puestos públicos y ejerza todas las profesiones [...] Ya se ha expuesto el argumento: "lo que los hombres pretenden es tenernos metidas en la cocina haciendo dulces de caspiroleta". No. Lo que queremos es conservar los hogares. No tropezarnos al llegar a la casa con la presidenta del comité liberal o comunista o conservador del barrio³²³.

Con todo esto, la polémica por el derecho de las mujeres al voto se avivó cada vez más y con ello los demás medios de presión que se utilizaron para lograr movilizar a la población femenina de todo el país, como las reuniones con las Comisiones del Congreso encargadas de estudiar la reforma constitucional, plebiscitos firmados por

³²² Ibid., p. 5.

³²³ El Tiempo. Bogotá. 24 de noviembre de 1944. p. 4.

miles de mujeres y la agitación en las barras en las sesiones plenarias³²⁴. Aunado a esto, el tema del anticomunismo se mezclaba con los argumentos en contra de las reformas que se estaban planteando y el antisufragismo, pues el fin de la Segunda Guerra Mundial se acercaba de la mano de los rusos, y con ello, una resistencia de la derecha conservadora colombiana a aceptar la creciente fuerza que tomaba el socialismo tanto en el país como en el exterior.

Finalmente, y después de toda la discusión suscitada alrededor de este tema, la propuesta de sufragio femenino fue derrotada. En la primera plana de *Agitación Femenina*, bajo el título de “Los hombres eligen”, se observó el desconcierto ante la imposibilidad de cambiar la situación de las mujeres en el país, aun cuando algunas de ellas ya empezaban a tener una voz en el debate público. Las palabras que iniciaron este sentido llamamiento a reflexionar sobre lo sucedido translucen la incomodidad de la derrota: “Se perpetúa la tradición: ellos eligen, para provecho propio, cuanto el mundo brinda para comodidad de todos. Quien posee la fuerza tiene el derecho. El poder está en sus manos: suya es la facultad de legislar y suya también la fuerza bruta, base y sostén de toda tiranía”³²⁵. Pero también dejaron ver la perseverancia de quienes, a pesar de todo, continuarían con su lucha:

Por lo que hace a los retardatarios, réstanos anunciarles que su victoria es efímera porque no está lejano el día en que la mujer colombiana, organizada y consiente, será fuerza poderosa que destrone al reinado del abuso. Ya en todos los departamentos de Colombia hay poderosos focos de donde irradia la fluorescencia magnífica de la inteligencia femenina que reparte su energía creadora por todos los rincones de la patria. Estas que hoy parecen tan pequeñas, serán mañana legión que ostente la clámide luz de la belleza coronada por la luminosa guirnalda de la idea³²⁶.

Con este fallido intento por mejorar la condición jurídica de las mujeres en Colombia, finaliza el gobierno liberal. Aunque la modernización social que había planteado desde el inicio quedó incompleta en este punto, se alcanza a observar que es

³²⁴ VELASQUEZ, Magdala. La república liberal y la lucha por los derechos civiles y políticos de las mujeres. Op. cit., pp. 218-219.

³²⁵ Agitación Femenina. Tunja. N° 3, noviembre, 1944. p. 1.

³²⁶ Ibid.

durante este período de tiempo que se crea una suerte de unión femenina, la cual posteriormente desarrollaría dos tendencias sufragistas: la feminista y la conservadora. Ambas con las características propias del bipartidismo tan presente en la política, como en la cultura colombiana³²⁷. En este sentido, como señalan la profesoras Lola Luna y Norma Villareal:

Dentro del movimiento sufragista se advierten tendencias, entre ellas estaba aquella que veía el voto como parte de la modernización de la sociedad y de los aparatos del Estado y otra que planteaba una transformación de las condiciones de vida de las mujeres en la sociedad. El movimiento estuvo atravesado por los intereses políticos partidistas y por diferencias sociales y de enfoque. No obstante, esta diversidad, cuando se reconocieron excluidas de derechos políticos, se movilizaron estratégicamente por encima de sus diferencias para presionar ante el Congreso y para difundir ante la opinión pública sus demandas. Frente a quienes controvertían el derecho al sufragio, tuvieron una posición unificada, argumentando desde las distintas corrientes la justeza de sus demandas³²⁸.

Así, para 1946, después de dieciséis años de gobiernos liberales y sucesivos intentos por materializar reformas a nivel político y social en el país, regresó al poder el Partido Conservador de la mano de Mariano Ospina Pérez. Durante estos años de gobierno (1946-1950), caracterizados por un desarrollo gradual de la violencia bipartidista, se fueron atizando distintos conflictos de orden sociopolítico que se vieron alimentados por la tensa coyuntura internacional y generaron un ambiente de incertidumbre que finalmente desembocó en una lucha armada desencadenada por el asesinato del líder político Jorge Eliecer Gaitán el 9 de abril de 1948.

Estos hechos propiciaron un estancamiento en lo que al mejoramiento de la situación femenina respecta, ya que durante varios años la difícil situación de orden público ocupó los focos de atención y ningún proyecto relacionado con los derechos civiles de las mujeres se logró materializar. Pese a que los debates acerca del tema fueron constantes debido a que algunos conservadores abogaban por un

³²⁷ LUNA, Lola. La feminidad y el sufragismo colombiano durante el período de 1944-1948. En: Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura. N° 26, 1999. p. 195.

³²⁸ LUNA, Lola y VILLAREAL, Norma. Historia, género y política: movimientos de mujeres y participación política en Colombia 1930-1991. Barcelona: Seminario Interdisciplinar Mujeres y Sociedad. Universidad de Barcelona. CICYT. 1994. p. 120.

reconocimiento pleno de los derechos femeninos, mientras que los liberales pedían un reconocimiento progresivo, con el fin de que el clero no manipulara electoralmente a las mujeres desde el confesionario³²⁹, no fue hasta 1948, en la XI Conferencia Internacional Americana, reunida en Bogotá, donde la Comisión Interamericana de Mujeres (CIM), un organismo especializado que funcionaba dentro del sistema interamericano, empezó a llamar la atención sobre la importancia del reconocimiento de los derechos civiles y políticos, económicos y sociales de las mujeres en toda América Latina, del mismo modo en el que legitimó esas demandas ante la comunidad internacional.

También el Papa Pío XII se pronunció sobre este tema de preocupación internacional ante la comunidad católica por medio de sus discursos y escritos sobre la mujer y la familia, los cuales, después de la Segunda Guerra Mundial, dieron un sorpresivo viraje al manifestar el respaldo de la iglesia al reconocimiento de los derechos civiles y políticos femeninos. No obstante, dicha postura no modificó la concepción del papel de la mujer en la sociedad y mucho menos cuestionó la total devoción que ellas debían guardar a sus esposos. De este modo, la iglesia reconoció la importancia del voto femenino, pero de ningún modo justificó la posibilidad de otorgar una igualdad jurídica a ambos sexos frente al Estado³³⁰.

Visto así, la línea de segmentaridad rígida o molar que atraviesa la situación colombiana durante este período de reformas sociales y políticas, se mantiene estática en ciertos puntos clave, pero también empieza a evidenciar pequeños flujos moleculares que modifican la concepción del papel social de la mujer. Si bien, algunos sectores que antes tenían una perspectiva muy rígida sobre la incorporación de esta población a la vida civil empiezan a mostrarse más laxos en el tema, es cierto que este cambio de mirada se produce por los indudables

³²⁹ VELASQUEZ, Magdala y REYES CARDENAS, Catalina. Proceso histórico y derechos de las mujeres, años 50 y 60. En: *La historia de las mujeres en Colombia. Tomo I. Mujeres, historia y política*. Bogotá: Norma. 1995. p. 233.

³³⁰ *Ibid.*, 231.

beneficios que traería aumentar la fuerza electoral a favor de quienes se encuentran a la cabeza del poder.

Pese a todo esto, con el asesinato de Jorge Eliecer Gaitán la sociedad colombiana se polarizó en dos bloques enemigos y el gobierno fue incapaz de detener los crecientes brotes de violencia bipartidista que rápidamente se desataron por todos los rincones del país, cuestión que, por un lado, afectó directamente a las mujeres, pues muchas murieron, quedaron viudas o huérfanas³³¹ y, por el otro, truncó los anhelos de conseguir la ciudadanía plena, acallando, por un tiempo, las voces de las sufragistas que venían atizando la discusión y quienes solo hasta la década de 1950 se reencontrarían con nuevas condiciones sociales para dar continuidad a su lucha. Como afirma la profesora Lola Luna:

En el subperíodo sufragista que va de 1944 a 1948 no hubo un avance significativo en la ampliación de la ciudadanía de las mujeres. Se sucedieron los proyectos de ley del sufragio sin lograrse su aprobación, pero la fuerza del movimiento sufragista aumentó y sus reivindicaciones involucraron en mayor medida a la prensa y la radio del país, a los políticos y a la opinión pública. En este momento, las sufragistas estuvieron en escenarios públicos como el Congreso y el Senado y crearon medios de comunicación propios³³².

Así las cosas, se puede decir que para el año de 1949 las diferentes representaciones que se habían venido formando en torno a la figura femenina empiezan a entremezclarse, dando lugar a la imagen de la mujer moderna. Esta nueva mujer, según María Guerrero Mendoza, refleja las características de un modernismo colombiano:

La mujer moderna es aquella que poseyendo altos conocimientos de cultura y sociabilidad unidos a un elevado criterio que le imprima firme personalidad, se apresta a llenar un lugar destacado dentro del conglomerado humano contribuyendo con su aporte espiritual y material en el mejoramiento del ambiente estacionario de un pueblo o ciudad. La mujer moderna capta las ideas del presente y, ávida de mejorar su vida, va sembrando en su espíritu todo cuanto intelectual como

³³¹ MARULANDA ALVAREZ, Elsy. Mujeres y violencia, años 50. *En: La historia de las mujeres en Colombia. Tomo II. Mujeres, historia y sociedad.* Bogotá: Norma. 1995. p. 480-501.

³³² LUNA, Lola. La feminidad y el sufragismo colombiano durante el período de 1944-1948. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura.* N° 26, 1999. p. 196.

moralmente proporciona más amplitud en su existencia y engrandece su presencia ante la constante evolución de nuestro tiempo. Nada más importante para la mujer que el desenvolvimiento de su personalidad mediante la acción voluntaria de sus deseos expresados sin tutela y bajo la responsabilidad de su conciencia. ¿Hasta cuándo será necesario vivir para que la mujer bien orientada pueda guiarse por su criterio en busca de la felicidad y no someta sus ambiciones al abuso de la autoridad hogareña como si se tratara de un ser que mentalmente permaneciera en la infancia?³³³

Con esto en mente, es importante señalar que, por un lado, las mujeres sean individuos productivos dentro de la sociedad y además que tengan la posibilidad de educarse para ascender de forma significativa en la escala laboral, se convierte en una opinión generalizada. Por otro, que jurídicamente compartan una paridad con los hombres no resulta una posibilidad bien vista para varios sectores políticos que se niegan a dar cabida a la mujer en los términos de la ciudadanía. Son precisamente estos sectores los que se encargan de enaltecer la representación de la mujer como ama de casa, madre y esposa, siempre excluida de las decisiones de la vida pública, porque, al parecer, este espacio solo es compatible con la voluntad masculina que es menos pasional y más capaz de manejar adecuadamente los asuntos del poder. En cambio, lo privado y lo directamente relacionado con el hogar y la maternidad constituyen los rasgos de la feminidad, como señala Calibán en su columna *Danza de las horas*: “Nuestras mujeres no van a renunciar ni a sus prerrogativas ni a su feminidad, cuyo símbolo más alto es la madre. El sarampión sufragista pasará pronto. Ojalá sin dejar huella”³³⁴.

Pese a esta escisión, en la práctica varias mujeres logran compaginar los múltiples roles que propone el nuevo estilo de vida moderna y al mismo tiempo que cumplen una labor de amas de casa, madres y esposas, se profesionalizan y adquieren conciencia política. Mientras unas ingresan a las universidades y destacan en oficios de diferente índole, otras se enfrascan en la fervorosa lucha a favor de derechos políticos como la ciudadanía y el voto; si bien es cierto que no todas las mujeres

³³³ Agitación Femenina. Tunja. N° 13, febrero, 1946. p. 25.

³³⁴ El Tiempo. Bogotá. 24 de noviembre de 1944. p. 4.

participan activamente del movimiento sufragista, es importante mencionar que la opinión generalizada, sin importar la clase social, como lo muestran las encuestas realizadas por *Agitación Femenina*³³⁵, fue de apoyo a la causa sufragista, pues como lo señaló Elisa Mújica:

Uno de los principales argumentos que esgrimíamos las feministas colombianas de la década de los cuarenta, cuando acudíamos al congreso de la república en manifestaciones tumultuosas y entusiastas a demandar el derecho al voto, consistía en asegurar que, gracias a él, entraría a jugar en los asuntos públicos una visión no unilateral sino, por primera vez, íntegra y equilibrada. Las duras campañas cumplidas por las ardientes sufragistas inglesas -repetíamos con igual convicción que ellas- perseguían como meta suprema defender de la ignorancia y la ignominia a los hijos inocentes, dignificar el amor y sembrar la paz en la extensión del planeta³³⁶.

En otras palabras, la representación de la mujer durante este período se convierte en una amalgama que incorpora aspectos de la vida privada y de la vida pública sin alterar lo que, en esencia, se consideraban rasgos femeninos, pues este tipo de aspectos se encuentran configurados en torno a temas como la estética, la moda y la cultura. Los espacios, por su parte, empiezan a ampliarse. El hogar como eje del acontecer femenino se descentraliza, dando paso a la posibilidad de que las mujeres accedan a diferentes lugares de enunciación pública, así como a instituciones que antes se encontraban vedadas para ellas como las universidades, el mundo político y las grandes empresas. En el ámbito de lo estético también se configuran nuevas miradas para los cuerpos femeninos e, incluso, para las formas de definir la belleza, como lo menciona La profesora Zandra Pedraza:

En 1941 se anunciaban rodillos y vibradores para modelar la figura; se consideraba oportuno perfeccionar las pantorrillas y se ofrecía una miríada de cosméticos y técnicas de maquillaje al alcance de “todas las mujeres”. En 1942, la reforma de la figura corporal se proclamaba como parte de la rutina diaria, que hasta pocos años antes se iniciaba con oraciones: “Todas las mañanas, al salir de la cama, las mujeres deben hacer con fe, con fervor y con determinación, estos ejercicios que inician un ataque cerrado contra las curvas exageradas con que demasiado generosamente las ha dotado la naturaleza” (Cromos 1942, 8). Mucho antes de garantizarse el voto

³³⁵ *Agitación Femenina*. Tunja. N° 3, noviembre, 1944. p. 6-7.

³³⁶ MÚJICA, Elisa. *La mujer y la alegría*. Op. cit. p. 35.

a las mujeres, el mercado puso a su disposición prácticas y productos que facilitaron convertir la belleza en una tarea central de su educación. La mujer moderna fue también bella³³⁷.

De este modo, la aparición de un proceso de *devenir-mujer* se hace más evidente a partir de esta década, pues la experiencia de cambio por el que atraviesa la población femenina en Colombia la lleva a encontrar en las transformaciones de la modernización múltiples posibilidades de definirse como mujeres, al mismo tiempo que les permite apropiarse de su historia y de su posición como sujetos de enunciación.

2.2 LAS MUJERES DURANTE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX (1949-1984)

En Colombia, la segunda mitad del siglo XX inicia con un ambiente cargado de tensión y zozobra. Por un lado, la ola de violencia que irrumpe el orden público del país se agudiza tras el asesinato del líder político Jorge Eliecer Gaitán, en abril de 1948. La evidente incapacidad de liberales y conservadores para convivir pacíficamente, tanto en el mundo de la política como en la vida cotidiana, deteriora el ya afectado panorama político y social, debilitando toda posibilidad de que en los años subsecuentes el fenómeno de la violencia disminuya y, con ello, que la condición de las mujeres mejore.

Además de esto, la serie de crímenes que se desatan al rededor del país se tornan cada vez más inverosímiles, pues como mencionan Germán Guzmán Campos, Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña Luna en *La Violencia en Colombia*, el año de 1949 resulta crucial en la evolución de los conflictos políticos que empiezan a mostrar su cara más sangrienta:

³³⁷ PEDRAZA, Zandra. La “educación de las mujeres”: el avance de las formas modernas de feminidad en Colombia. Op. Cit., pp. 81-82.

El mes de octubre marca uno de los períodos más nefandos en la historia de la descomposición colombiana. Es asaltado, incendiado y saqueado el caserío de Ceilán en Bugalagrande (Valle), donde los bandidos dejan cerca de 150 víctimas, algunas de ellas incineradas. En seguida masacran en San Rafael a 27 ciudadanos cuyos cadáveres arrojados al río empurpuraron totalmente las aguas. El 22 de octubre es asaltada la Casa Liberal de Cali produciéndose el genocidio de personas que asistían a una conferencia política. Téngase en cuenta que la mayoría de esas gentes eran exiliados de los pueblos ya azotados por la violencia³³⁸.

Por otro lado, como producto de la abstención electoral de los liberales en las elecciones presidenciales de 1949, Laureano Gómez se proclama presidente para el período de 1950 a 1954, lo que genera aún más incomodidad entre los miembros del Partido Liberal, quienes se empeñan en desconocer la legalidad de tal elección:

La elección fue ilegítima, ilegítimos e insólitos sus resultados. Así lo declaramos desde el 28 de octubre de 1949, y esa declaración que pertenece a la historia ya no puede ser alterada por nosotros, como no podemos alterar los hechos que la provocaron. Ayer, hoy y mañana, ha sido, es y será cierto que la autoridad ejercida por Laureano Gómez sobre el país no se deriva de un título jurídico sino por la imposición de la fuerza³³⁹.

Con todo esto, la violencia, lejos de desaparecer, se intensifica y la posibilidad de ver materializado el proyecto de modernización que el gobierno liberal había iniciado décadas atrás, se desvanece. Como señala Marco Palacios:

El miedo a la democracia, es decir, a que el pueblo urbano, cada uno de sus individuos, se adiestrara en las artes de la ciudadanía, fue una de las causas más perversas de nuestra tragedia nacional que pagó con sangre el campesinado andino, que contuvo la marcha liberal y democrática, y que, con un ejército puesto de árbitro supremo entre las élites, y contra los campesinos liberales, conocemos como la Violencia³⁴⁰.

Laureano Gómez, por su parte, consagra su mandato a borrar todos los “males” causados por los gobiernos liberales que lo antecedieron, ya que veía reflejado, sobre todo, en la Reforma Constitucional de 1936 el declive del proyecto conservador. Por tal razón, la contrarreforma conservadora no se hace esperar, al

³³⁸ GUZMÁN CAMPOS, Germán, FALS BORDA, Orlando Y UMAÑA LUNA, Eduard. La violencia en Colombia. Tomo I. Bogotá: Tercer Milenio Ediciones. 1977. p. 44.

³³⁹ Ibid., p. 45.

³⁴⁰ PALACIOS, Marco. Parábola del liberalismo. Bogotá: Norma, 1999, p. 268.

igual que el deseo de erigir un régimen clerical-conservador similar al sistema franquista que regía en España desde finales de los años treinta³⁴¹. Esta intención se encontraba inevitable respaldada por la iglesia católica, que había apoyado a Laureano Gómez en su elección con el fin de reestablecer el poder que el intento de laicización de los liberales le había arrebatado.

En medio de este agitado clima político y social temas como el sufragio femenino, los derechos de las mujeres y la legitimidad de su petición de igualdad pasan a un segundo plano. Aunque al finalizar el año de 1949 dos proyectos que intentan conceder el voto a las mujeres son presentados y discutidos ante el Congreso, ninguno logra ser aprobado. Estas discusiones solo dejan al descubierto los distintos intereses políticos que se mueven entorno al voto, pues ampliar la base electoral es un panorama sugerente tanto para liberales como conservadores, que no piensan en mejorar las condiciones de vida de las mujeres sino en la posibilidad de beneficiarse con el control numérico que les proporcionaría otorgarles este derecho.

Pese a todo lo anterior, el efervescente proceso de modernización que durante los siguientes años cataliza el surgimiento de diversos movimientos femeninos, ofrece a las mujeres, por primera vez, la oportunidad de convertirse en sujetos de enunciación por medio de la adquisición de sus derechos civiles y políticos. Con esto, se crea un clima propicio para el surgimiento de una idea de igualdad jurídica y una libertad que posteriormente permitirá a las mujeres plantear su independencia definitiva. Mientras tanto, en el mundo de la política las mismas élites liberales y conservadoras, que habían contribuido a incendiar el país, son las encargadas de darle una solución a los enfrentamientos bipartidistas mediante el pacto del Frente Nacional que se extendió hasta 1958³⁴², acuerdo que dio paso al retorno del bipartidismo y al surgimiento de nuevas formas de violencia.

³⁴¹ TRUJILLO, Ricardo. Historia de Colombia contemporánea (1920-2010), Op. cit., p. 159.

³⁴² Ibid., p. 127.

En concordancia con lo anterior, los siguientes apartados se encargan de realizar un recorrido por los años que van de 1949 a 1984 tomando a la figura femenina como hilo conductor del relato. De este modo, se enfatiza en los sucesos que afectaron su situación sociopolítica en el ambiente colombiano de la época, así como en los alcances que estos tuvieron en su representación comparada con la de décadas anteriores.

2.2.1 Los años cincuenta: las mujeres y los derechos políticos. La década de 1950, desde una perspectiva internacional, estuvo marcada por un ambiente de posguerra en el que las dos potencias que salieron airoas de los estragos causados por la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos y la Unión Soviética, rompieron su alianza y se convirtieron en líderes de dos bloques con ideologías totalmente opuestas: el bloque Occidental (occidental-capitalista) liderado por Estados Unidos, y el bloque del Este (oriental-comunista) liderado por la Unión Soviética. De esta forma, el mundo asistió a la formación de lo que se conoció como la Guerra Fría, una coyuntura que en adelante definiría la atmósfera política internacional.

Durante los años siguientes convergieron un sinnúmero de cambios políticos, económicos y culturales que dieron un giro a la configuración del mundo; la descolonización de Asia y África, así como la irrupción del llamado “Tercer Mundo” y la denominación de “países subdesarrollados” a quienes no querían identificarse con ninguno de los bloques en el marco de la Guerra Fría, dividieron la perspectiva del planeta entero y alimentaron el triunfo de importantes sucesos como la Revolución cubana (1959), la cual dio a sus seguidores el anhelo de cambiar el mundo³⁴³.

³⁴³ TRUJILLO ARIAS, Ricardo. Historia de Colombia Contemporánea (1920-2010). Op. cit., p. 121.

En Colombia, por su parte, este fue un período de gran contraste, no solo en materia de desarrollo urbano y económico, sino también para las mujeres. Por un lado, un cambio tangible en su situación por fin logró materializarse con la aprobación definitiva del derecho al sufragio femenino en 1954. Aunque aquel momento no fue escenario de elecciones este hecho marcaría un hito que, el 1º de diciembre de 1957, se vería plasmado en la multitudinaria participación femenina durante el plebiscito que proponía una reforma constitucional para la paz en el país. Por otro lado, estos años también marcaron un difícil momento en la situación social colombiana debido a que el clima de violencia generalizada alcanzó su máxima intensidad y se extendió por toda su geografía, encontrando en las mujeres, niños y ancianos una presa fácil para descargar el odio y las venganzas.

De este modo, la violencia se institucionalizó como elemento regulador de las relaciones cotidianas, partidistas y políticas, “penetró la sociedad civil, se expresó en la vida urbana, pero se hizo singularmente atroz en el sector rural”³⁴⁴. Con esta situación en los campos incrementaron las problemáticas económicas en la ciudad, donde la migración, la pobreza y la inflación dieron lugar a un aumento en el costo de vida. Pese a esto, un alza extraordinaria de los precios del café, ocurrida a finales de 1949, y que de 1950 a 1954 alcanzó una tasa que contrasta con el estancamiento de los años siguientes³⁴⁵, permitió una cierta abundancia económica durante los primeros años de la administración de Laureano Gómez, cuestión que aceleró el desarrollo industrial del país y la modernización de varias ciudades capitales.

En contraste, durante este período se llevó a cabo una incansable lucha en contra de todo lo que se opusiera a los valores conservadores y religiosos. Se explotó hasta el cansancio el temor de las masas ante una posible conquista del comunismo, teniendo en cuenta la situación de Europa Oriental, hábilmente

³⁴⁴ LUNA, Lola y VILLAREAL, Norma. Historia, género y política: movimientos de mujeres y participación política en Colombia 1930-1991. Op. cit., p. 123.

³⁴⁵ PECAUT, Daniel. Orden y Violencia. Evolución socio-política de Colombia entre 1930 y 1953. Bogotá: Norma. 1987. p. 619.

manipulada por la prensa conservadora y los sacerdotes católicos para justificar las acciones que la lucha entre “el bien y el mal”, es decir, entre el catolicismo y el comunismo, debía llevar a cabo para resguardar el orden. Con esto, surgió la idea de que la nación anterior a los cambios instaurados por la industrialización y la modernización liberal, debía retornar, pues simbolizaba la proyección conservadora de un país ideal³⁴⁶.

Durante los siguientes años la influencia de la iglesia católica penetró paulatinamente en las distintas capas de la vida nacional, fomentando una atmósfera de religiosidad que se vio respaldada por el Partido Conservador a través de un discurso enfático en reafirmar el papel de la Iglesia en la sociedad y en la formación de buenos ciudadanos. De este modo, aunque ciertos valores religiosos se implantaron entre los colombianos, los brotes de intolerancia en contra de protestantes, liberales y comunistas, muchas veces instigados por las mismas autoridades religiosas, se hicieron cada vez más incontenibles ante la poca voluntad de la iglesia y el Estado para mejorar el conflictivo panorama nacional que, además, era un reflejo de la política internacional de Guerra Fría que se extendía desde los Estados Unidos hacia Latinoamérica y, en la cual, también tomó partido el Vaticano como aliado de las políticas anticomunistas³⁴⁷.

En cuanto al sistema educativo, es importante mencionar que se reconfiguraron algunos aspectos anteriormente introducidos por las reformas liberales que apuntaban a la laicización de este ámbito. Entre los cambios más visibles figuraba el regreso a una educación separada por sexos, el énfasis en programas de religión tanto en las escuelas como en los colegios y la formación de un cuerpo docente que, en su mayoría, incluía maestros afines a las ideas conservadoras debido a que para su posesión los aspirantes debían presentar la partida de bautismo y de

³⁴⁶ VELASQUEZ, Magdala y REYES CARDENAS, Catalina. Proceso histórico y derechos de las mujeres, años 50 y 60. Op. Cit., p. 239-241.

³⁴⁷ Ibid., p. 243.

matrimonio, si eran casados³⁴⁸. Mientras tanto, en el sector rural los campesinos eran alfabetizados por medio de Radio Sutatenza y las más de 600 escuelas radiofónicas instaladas en distintas parroquias rurales.

Asimismo, escandalizados por la inclusión de las mujeres en la vida pública los conservadores intentaron devolverlas al lugar que les correspondía: el hogar. Sin embargo, el avance de la modernización impedía que se prescindiera por completo de la fuerza de trabajo femenina, entonces lo que resultaba más factible era modificar ciertos aspectos que les brindaban a las mujeres esa autonomía tan repudiada por quienes aún las consideraban series inferiores. Como primera medida, la educación básica dejó de ser mixta, por lo que nuevamente se dio cabida la enseñanza de quehaceres acordes con el género, mientras que en la educación superior también se hizo énfasis en carreras únicamente para mujeres como la enfermería, bacteriología, artes decorativas y algunas humanidades.

En medio de este ambiente, ni la vida privada logró escapar a la influencia religiosa que rápidamente se expandió por todos los hogares colombianos. Las pocas actividades de esparcimiento como bailes, conciertos y paseos familiares en piscinas públicas eran fuertemente censuradas y, en la mayoría de los casos, prohibidas. De este modo, como señalan Magdala Velásquez y Catalina Reyes:

El control de la vida privada de los colombianos pasó a ser dominio de una serie de organizaciones que surgieron o se fortalecieron durante este período. Podemos citar las Ligas de Decencia, Juntas de Censura y la Acción Católica. El chisme, la murmuración y el escándalo se convirtieron en formas usuales de represión en una sociedad clerical e hipócrita. Mientras se vivían situaciones tan ridículas como hacer retirar de una vitrina céntrica de la ciudad de Medellín un desnudo de Miguel Ángel, las zonas de prostitución funcionaban bajo la mirada impávida del clero y de los funcionarios públicos³⁴⁹.

Incluso, la moda femenina se vio restringida a prendas específicas que cubrieran la mayor parte del cuerpo, pues utilizar vestidos insinuantes, blusas o suéteres

³⁴⁸ Ibid., p. 244.

³⁴⁹ Ibid.

escotados podría ocasionar que a las mujeres se les negara la comunión en los servicios religiosos, sobre ello existían normas claras: “manga larga hasta la muñeca, y escote cerrado [...] Toca a los esposos exigir a sus mujeres la guarda de estas orientaciones de modestia y a las madres de familia exigir las de sus hijas”³⁵⁰. Esta tendencia también se observó en la publicidad de principios de la década que ofrecía a las mujeres lo último en maquillaje discreto y natural como también múltiples diseños a la moda, entre los que resaltaban las camisas manga larga, las faldas por debajo de la rodilla y el curioso “pantajudo”, una fórmula feminizada del pantalón que reemplazaba a la falda pantalón y era confeccionado con telas más pesadas como Jersey, terciopelo y lanas”³⁵¹.

Como se alcanza a notar, este período se vio atravesado por un evidente intento de retorno a una línea de segmentaridad rígida o molar, donde los aspectos más tradicionales de la sociedad se ven salvaguardados por estructuras que intentan retornar a un orden anterior. Aunque durante buena parte de los gobiernos liberales surgen varias líneas de segmentaridad flexible o molecular que dan lugar a cambios visibles que se presentan en consonancia con el ambiente social que trae consigo la modernización, el regreso del Partido Conservador al poder evidencia un movimiento que contrasta con lo que para el momento estaba sucediendo en el mundo y los cambios que planteaban los habitantes del país.

En lo referente a los derechos políticos de las mujeres, se puede decir que durante el gobierno de Laureano Gómez continuaron los debates en torno al tema del sufragio. Con la creación de la Comisión de Estudios Constitucionales (CEC) en 1952 y la presentación de un nuevo proyecto ante la Asamblea Constituyente, convocada por el cierre del Congreso, que apuntaba a otorgar solo a las mujeres casadas la facultad de elegir y ser elegidas en los Concejos Municipales, en febrero

³⁵⁰ El Obrero Católico, agosto 9 de 1952. Citado por: VELASQUEZ, Magdala y REYES CARDENAS, Catalina. Proceso histórico y derechos de las mujeres, años 50 y 60. Op. Cit., p. 245.

³⁵¹ El Tiempo. Bogotá. 5 de diciembre de 1950. p. 19.

de 1953, se analizaron las posibilidades concretar el voto femenino; sin embargo, nada se formalizó durante estos años y la presencia de las mujeres en los debates disminuyó en comparación a los años anteriores debido al clima de violencia que experimentaba el país.

Por su parte, las voceras de los movimientos a favor de los derechos de las mujeres criticaron esta nueva fórmula que, evidentemente, discriminaba a la mayor parte de la población femenina y continuaron con su labor de exponer públicamente la necesidad de acceder a mejores condiciones educativas y laborales, pues la única forma de alcanzar una verdadera paridad con los hombres se veía reflejada en la lucha por la independencia económica. No obstante, el panorama social del país interfería con toda posibilidad de concretar un cambio verdadero, por ello, en revistas como *Letras y Encajes* se hicieron constantes los llamados a la población femenina para contribuir con la conquista de la paz:

Los programas de reivindicación de los derechos femeninos requieren una labor paciente y las conquistas solo se alcanzan gradualmente y después de prolongada lucha. Pero hay una tarea inmediata, inaplazable, que debe ser cumplida por la mujer colombiana. Esa tarea consiste en aportar todo su esfuerzo para apoyar la patriótica campaña de pacificación que adelantan las Fuerzas Armadas de la República. En el martirio de la patria la mujer sufrió la tragedia de la destrucción de su hogar, de la pérdida de sus seres queridos, del abandono y de la persecución. Mostró al país entero su decisión, su entereza, su fidelidad y su heroico valor. Con el desgarramiento de su propia vida aprendió a amar la paz como el mejor de los dones y clama por ello desde todos los ámbitos de la patria, porque supo que sólo la paz hace germinar los sueños y las espigas; que solo a su amparo son libres os hombres y las ideas; que sólo ella pone fin al odio y a la venganza. Comprendió que el trabajo, la alegría, el amor y la vida misma pueden alcanzar su plenitud a la sombra de la paz³⁵².

Así las cosas, en junio de 1953 el golpe de Estado dirigido por el teniente general Gustavo Rojas Pinilla fue acogido con cierto alivio por parte de la ciudadanía en general, que encontró en esta nueva oportunidad una esperanza de paz, y de la clase dirigente, cada vez más preocupada porque la situación del país amenazaba

³⁵² *Letras y Encajes*. Medellín. N° 327, octubre, 1953. p. 3245-3248.

con salirse de control³⁵³. Aunque, en principio, Rojas Pinilla parecía lograr el objetivo de pacificar al ambiente social y varios grupos levantados en armas se acogieron a las políticas de paz y amnistía propuestas por durante su gobierno, esto no pondría fin a las manifestaciones de violencia que se prolongarían aún por varios años más.

Este nuevo clima político dio pie al regresó de los debates en torno al reconocimiento de los derechos políticos de las mujeres. Por un lado, como señalan Magdala Velázquez y Catalina Reyes, las sufragistas empezaron a presionar a la Comisión de Estudios Constitucionales, desde el primer día de diciembre de 1953, entregando un memorial en el que defendían los convenios internacionales relativos a la mujer suscritos por Colombia, los cuales aún no habían sido traducidos a normas legales; del mismo modo, atacaban el proyecto que solo concedía el sufragio a las mujeres casadas, debido a que significaba una enorme discriminación. Dicho memorial fue firmado por Esmeralda Arboleda, Magdalena Fety de Holguín, Ismenia Mujica, Isabel Lleras de Ospina, Aydé Anzola Linares y 3.000 mujeres más, además de ser respaldado por el diputado Ángel Vallejo³⁵⁴.

Por otro lado, al interior de la comisión las opiniones se encontraban fuertemente divididas. Algunos liberales defendían el sufragio femenino sin ningún tipo de restricción, otros abogaban por un reconocimiento paulatino como una forma de proteger a las mujeres de las pasiones políticas que se entretejían alrededor del voto. Los conservadores, por su parte, no tenían una posición unificada, pero ya se empezaba a notar un cierto cambio de opinión entre algunos sectores que atendían al llamado del Papa Pio XII en Italia para que las mujeres votasen a favor del Partido Social Cristiano y contra el comunismo. Como lo señala Teresa Santamaría de Gonzales:

³⁵³ PECAUT, Daniel. Orden y Violencia. Evolución socio-política de Colombia entre 1930 y 1953. Op. Cit., p. 551.

³⁵⁴ VELASQUEZ, Magdala y REYES CARDENAS, Catalina. Proceso histórico y derechos de las mujeres, años 50 y 60. Op. Cit., p. 249.

El Santo Padre Pio XII, de palabra y hecho, como lo comprueban las elecciones de estos últimos años en Italia, recomienda y manda que la mujer salga a la plaza pública a defender sus derechos, que no son otros que los derechos del hogar cristiano³⁵⁵.

Por su lado, las mujeres continuaron presionando el debate en torno al tema del voto. Tanto en periódicos como en revistas dedicaron decenas de páginas a mostrar la opinión de las mujeres colombianas, entre ellas, algunas de las figuras más reconocidas del ambiente público que ponían de manifiesto la importancia de una concesión definitiva de este derecho. Tal como se muestra en el siguiente extracto de una entrevista realizada a Carola Correa de Rojas pinilla:

- ¿Qué opina usted, doña Carola, sobre el voto para la mujer colombiana?
- El voto femenino es la posibilidad que la democracia nos ofrece a las mujeres para colaborar más ampliamente en la tarea de hacer una patria grande; cosa cordial para todos, donde la libertad y la justicia sean los objetivos permanentes. Por esto, la concurrencia de la mujer a las elecciones debe entenderse como aporte valioso para alcanzar la paz y el progreso de la nación, buscando normas y los caminos cristianos que son los únicos seguros, y los que se han olvidado en las luchas políticas entre nosotras.
- Piensa usted que al concedernos este derecho, la mujer deba formar un partido feminista, totalmente separado de los hombres, o dejar las cosas como están, y que la mujer colabore con su respectivo partido?
- La mujer, antes de comprometerse bajo rótulo alguno de partido, debe hacerse la reflexión, sobre qué le conviene más a los intereses de la familia y de la patria y proceder en consecuencias.
- Dígame usted, doña Carola: Si a la ANAC van a concurrir con más de cien hombres, no le parecería justo que las mujeres tuviéramos una representación suficiente en dicha corporación, y que de acuerdo con el imparcial y justo criterio del excelentísimo señor presidente de la república, se nos favoreciera, digamos con una paridad que permita la representación de los dos partidos tradicionales?
- Claro está que la mujer deba tener representación en la Asamblea Constituyente. No debe buscarse tanto el número como la calidad: si asistiera una, cuya preparación convenza e irradie, habríamos hecho bastante³⁵⁶.

Con este panorama de fondo, el 27 de abril de 1954 se fundó la Organización Femenina Nacional, una agrupación que tenía por objeto reunir a las mujeres colombianas, sin distinción de bandera política o clase, para buscar el

³⁵⁵ Letras y Encajes. Medellín. N° 333, abril, 1954. p. 3426.

³⁵⁶ Letras y Encajes. Medellín. N° 333, abril, 1954. p. 3498.

reconocimiento del voto y la igualdad de los derechos políticos³⁵⁷. Estaba presidida por Bertha Hernández de Ospina* y María Currea de Aya*, quienes por medio de la revista *Letras y Encajes* expusieron un programa de doce puntos para llevar a cabo su objetivo principal. Aunque dicho programa se concentraba en alcanzar los derechos políticos femeninos, no dejaba de lado la importancia de contribuir con la creación de un ambiente de paz y una atmósfera de equidad, sumamente necesaria, para que la situación de las mujeres comenzara a trasmutar.

El 28 de julio de 1954 se dio un gran paso en materia de visibilidad para la mujer dentro de la política colombiana, pues con el fin de ampliar la representación a la Asamblea Constituyente (ANAC), el gobierno de Rojas Pinilla nombró a Josefina Valencia de Hubach* como delegada de la Presidencia de la República y a Teresita Santamaría de González* en calidad de suplente. Este evento fue sumamente significativo pues como señaló la revista *Letras y Encajes*:

La presencia de la mujer en la ANAC es un paso muy avanzado y de gran significación. Muestra, además, el interés del señor presidente de la República por el reconocimiento de los derechos femeninos. Cuando las mujeres reclamamos el derecho completo de ciudadanía, no hacemos otra cosa que seguir las indicaciones de los santos padres, y muy especialmente del Pontífice actual, Su Santidad Pio XII, que quiere que con nuestro voto defendamos el bien contra las doctrinas del mal³⁵⁸.

³⁵⁷ *Letras y Encajes*. Medellín. N° 335, junio, 1954. p. 3565-3567.

* (1907-1993). Fue una política y escritora colombiana. Primera Dama de Colombia entre 1946 y 1950, cuando su esposo, Mariano Ospina Pérez, se desempeñaba como Presidente de Colombia.

* (1890 - 1985). Fue una enfermera y escritora colombiana reconocida como líder de la lucha por los derechos de la mujer y pionera en la participación política de ellas en Colombia. María estudió en Estados Unidos en el Centro Henry Street y se graduó como enfermera en el Presbyterian Hospital de Nueva York. También obtuvo el título de doctora en Filosofía y Letras de la Universidad de la Sorbona de París.

* (1913-1991). Fue una de las primeras sufragistas y política colombiana, defensora de los derechos de las mujeres

* (1897-1985). Fue una gestora antioqueña cuyo trabajo impulsó, en la década de los cuarenta, el despertar cultural de Medellín. Dentro de su labor se destaca la fundación del Colegio Mayor de Antioquia, cuyo nacimiento se remonta a la creación de Colegios Mayores de la Cultura Femenina, plantel donde fue rectora.

³⁵⁸ *Letras y Encajes*. Medellín. N° 336, julio, 1954. p. 3608.

Aunque en general la noticia fue acogida con gran entusiasmo por la población colombiana, un artículo aparecido en *El Tiempo* hizo hincapié en la inconformidad de algunos voceros de los partidos políticos tradicionales por la forma en que se llevó a cabo dicha elección. Si bien, la nota no dejó de tener un tono de felicitación, recalcó abiertamente el hecho: “sin que sea una manera de festejar el procedimiento que le otorgó su carácter de diputado de la Asamblea Constituyente [...] hay que expresar una especial complacencia de Josefina Valencia de Hubach en dicha entidad”³⁵⁹. Por su parte, la misma Josefina Valencia se refirió a la situación señalando que:

Desde que el país conoció la nominación de miembros elegidos por el Congreso de la república para formar parte de la Asamblea Nacional Constituyente, el partido liberal y un fuerte sector del partido conservador y con ellos la opinión nacional estuvieron acordes en reconocer que en dicha corporación no estaba representada la opinión nacional por haber sido excluidos fuertes sectores de la patria. Tan arraigada ha sido esa convicción que a través de la prensa de todo el país y de las conversaciones de los directorios de los partidos históricos y con el presidente de la república y miembros de la Asamblea Nacional se llegó al acuerdo de ampliar la corporación para que dentro de la cupieran voceros del partido liberal, prácticamente excluido, y de cierto sector conservador. También se pensó en la importancia y conveniencia de dar representación, dentro de ella a elementos del clero y de las Fuerzas Armadas y no se excluyó la posibilidad de hacer extensiva esta prerrogativa a la mujer colombiana, ya que ella se encontraba frente a la ley en similares condiciones al clero y a las Fuerzas Armadas³⁶⁰.

En esta coyuntura, el 27 de agosto de 1954, mediante Acto Legislativo N° 3, la Asamblea Nacional Constituyente por fin materializó un sueño que había iniciado varias décadas atrás, otorgando a las mujeres colombianas el derecho a elegir y ser elegidas. Aunque la votación no fue unánime, debido a las opiniones encontradas respecto a la reglamentación del ejercicio del sufragio femenino, finalmente, las mujeres obtuvieron un triunfo más en la arena pública. Tal como señaló Mirador de Prospero en su columna “Las mujeres y el futuro”, la mirada masculina se dividió en tres sectores respecto a este tema:

³⁵⁹ El Tiempo. Bogotá. 28 de julio de 1954. p. 5.

³⁶⁰ El Tiempo. Bogotá. 29 de julio de 1954. p. 6.

El de los enemigos de la mujer como ciudadano; el de los eruditos anquilosados, que defienden la ciudadanía femenina en nombre de la antigüedad; y el de los calculadores, cuya devoción por esta clase de derechos se identifica con el presente político. [...] Sin embargo, no parece indiscreto sospechar que las mujeres, muy hábiles y respetables en el derecho de llevar “la contraria” puedan pensar independientemente y, sobre todo, presentarse a la vida política del país con criterio propio. Por lo pronto sus abanderadas no llevan la vocería de un partido, ni de un grupo, ni de un gremio, sino de un sexo, coyuntura política novedosa y de perfiles revolucionarios³⁶¹.

De igual forma, las reacciones de las mujeres fueron diversas. Por un lado, *El Tiempo*, a través de una encuesta, rescató los planes de varias mujeres para cuando pudiesen ejercer su derecho al voto³⁶², entre ellos figuraban el trabajo conjunto para alcanzar la paz en el país y la consolidación de una unidad femenina; por otro, la revista *Letras y Encajes* mostró el entusiasmo de “las damas elegantes, las chicas de oficina, las madres de familia, las colegialas y aun las del servicio”³⁶³ por este evento sin precedentes que les brindaba la oportunidad de tener voz y opinión dentro de las decisiones nacionales. A partir de esta euforia, apareció la idea de un movimiento político femenino como “fuerza alterna” frente a los dos partidos tradicionales, este planteamiento no fue nuevo, pero sí efímero en el ambiente político colombiano, razón por la cual no tuvo mayor trascendencia³⁶⁴.

Aunado a este panorama, la administración de Rojas Pinilla dio cabida, por primera vez, al nombramiento de mujeres en altos cargos del Estado, ejemplo de ello fue Josefina Valencia quien fungió como gobernadora de departamento del Cauca (1955-1956), Ministra de educación (1956-1957) y Embajadora de Colombia Ante La UNESCO (1957-1958); Esmeralda Arboleda como miembro de la ANAC y María Eugenia Rojas, quien además de ser hija del general Rojas Pinilla dirigió un organismo nacional de asistencia social llamado SENDAS. Pese a todo este alboroto, lo cierto es que ni mujeres, ni hombres, pudieron ejercer su derecho al voto

³⁶¹ El Tiempo. Bogotá. 28 de agosto de 1954. p. 5.

³⁶² El Tiempo. Bogotá. 27 de agosto de 1954. p. 9.

³⁶³ Letras y Encajes. Medellín. N° 337, agosto, 1954. p. 3652.

³⁶⁴ LUNA, Lola y VILLAREAL, Norma. Historia, género y política: movimientos de mujeres y participación política en Colombia 1930-1991. Op. Cit., p. 137.

durante este período debido a que no hubo elecciones hasta 1957 cuando se convocó el plebiscito por la paz.

Con lo anterior, cabe señalar que Colombia fue uno de los últimos países de América Latina en reconocer la plenitud de sus derechos políticos a las mujeres. Solo hasta el año de 1957 el voto femenino fue tenido en cuenta durante el marco de unas elecciones de consulta popular que pretendían aprobar una reforma constitucional cuyo contenido validaría lo que pasó a conocerse como el Frente Nacional. Esta nueva fórmula política no solo proponía la repartición equitativa de todos los cargos públicos entre los dos partidos tradicionales, sino también la alternancia en la presidencia durante dieciséis años, de modo tal que cada colectividad asumiera en dos ocasiones la dirección del gobierno³⁶⁵.

Además de esto, es de destacar que el texto plebiscitario también proponía otorgar a las mujeres los mismos derechos políticos que los hombres, destinar un 10% del presupuesto nacional para la educación pública, asegurar que la filiación política de los ciudadanos no determinara su nombramiento para algún cargo público y dar la potestad al Congreso de verificar las reformas constitucionales entre otros puntos que marcarían el inicio de una relación más pacífica y amigable entre las dos facciones políticas que hasta el momento habían dominado el ambiente político nacional³⁶⁶.

Aunque se promovieron múltiples protestas en contra del plebiscito debido a que, como señala el profesor César Miguel Torres, dicho proyecto no buscaba la modernización del sistema de partidos, ni de las instituciones, tampoco promovía la participación ciudadana y mucho menos permitía que la oposición legal y civilista se abriera paso dentro del esquema democrático-representativo³⁶⁷, de todos modos,

³⁶⁵ TRUJILLO ARIAS, Ricardo. Historia de Colombia Contemporánea (1920-2010). Op. Cit., p. 118.

³⁶⁶ TORRES DEL RIO, César Miguel. Colombia siglo XX. Desde la Guerra de los Mil Días hasta la elección de Álvaro Uribe. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana. 2015. p. 191.

³⁶⁷ Ibid.

su aprobación hizo posible el Frente Nacional, el cual se instaló con propuestas que no parecían adaptarse a las problemáticas que Colombia debía resolver en aquel momento. Y aunque aportó un cierto clima de estabilidad del que se verían beneficiadas las mujeres a la hora de conquistar su propio espacio dentro del mundo social y político colombiano³⁶⁸, también permitió la prolongación de conflictos irresueltos que años más tarde volverían a ver la luz.

Con el fin de incentivar el voto femenino la prensa realizó campañas y entrevistas que invitaban a las mujeres a participar activamente en el plebiscito, del mismo modo, se promovió la cedulación y un discurso de cambio y solución a todos los problemas que venían aquejando a la sociedad colombiana³⁶⁹. Los promotores del plebiscito también se valieron de conferencias cívico-políticas en las que intentaban concienciar a las mujeres de la importancia de su participación en estas elecciones, así como les explicaban, punto por punto, los diferentes aspectos que trataba el plebiscito, a la vez que hacían un llamado a reconquistar la paz y la armonía del país³⁷⁰. Alberto Lleras Camargo y Esmeralda Arboleda de Uribe protagonizaron una de esas multitudinarias reuniones que se hicieron en torno al tema del voto femenino, según *El Tiempo* más de 5.000 señoras y señoritas se concentraron el 26 de noviembre de 1957 en Bogotá para escuchar las palabras de estos líderes, demostrando con su voluntariosa participación, “su gran comprensión y de la manera digna y noble como ejecutará la condición de ciudadana que la reforma constitucional plebiscitaria del próximo domingo va a otorgarle”³⁷¹.

De tal modo, como afirman Magdala Velásquez y Catalina Reyes “en el plebiscito realizado el 1 de diciembre votaron 1.835.255 mujeres, que era el 42% del total de

³⁶⁸ PECAUT, Daniel. Orden y Violencia. Evolución socio-política de Colombia entre 1930 y 1953. Op. Cit., p. 643-644.

³⁶⁹ VELASQUEZ, Magdala y REYES CARDENAS, Catalina. Proceso histórico y derechos de las mujeres, años 50 y 60. Op. Cit., p. 256.

³⁷⁰ El Tiempo. Bogotá. 27 de noviembre de 1957. p. 23.

³⁷¹ El Tiempo. Bogotá. 28 de noviembre de 1957. p. 1.

la población que sufragó”³⁷². En las siguientes votaciones para elegir presidente y Cuerpos Colegiados, en marzo de 1958, las mujeres representaban “el 41 y el 40%, respectivamente, del caudal de votantes”³⁷³. Con esto, se demostraba que después de una larga lucha las mujeres por fin podían ser agentes de cambio dentro de la sociedad colombiana, tal como confirman Lola Luna y Norma Villareal:

Las acciones de las mujeres en esta época se centraron en la necesidad de lograr el funcionamiento armónico de la sociedad y la familia; en la modernización del Estado para el cambio de las condiciones sociales de los hogares y de los niños; en la búsqueda de la paz, y en la reconstrucción de la sociedad. Eso muestra un cambio significativo entre la orientación del período anterior del sufragismo y el período actual. Antes hubo énfasis en la mujer como sujeto de derechos y los reclamos se inscribieron en los conceptos de democracia liberal. Ahora había un énfasis más utilitario, en aprovechar condiciones reales o socialmente adscritas a la mujer para el funcionamiento de la sociedad³⁷⁴.

Visto así, la consecución del voto femenino marcó la primera línea de fuga visible en el panorama social colombiano vinculado a la figura de la mujer. Esta línea guarda cierta similitud con la línea de segmentaridad flexible o molecular en la medida en que ambas se decantan por crear cambios moleculares, pero ésta va más allá al plantear un escape absoluto que no permite el retorno a la rigidez de la línea molar. En este sentido, el sufragio femenino en Colombia refleja una transformación definitiva de la condición de las mujeres, lo que les permite ingresar al mundo político consolidando una unidad preocupada por la situación colectiva femenina o como señala Deleuze y Guattari: “es indispensable que las mujeres hagan una política molecular, en función de una conquista que realizan de su propio organismo, de su propia historia, de su propia subjetividad: —nosotras en tanto que mujeres... aparece entonces como sujeto de enunciación”³⁷⁵. Con la apropiación de esta nueva faceta el proceso de *devenir-mujer* se intensifica, al mismo tiempo que

³⁷² VELASQUEZ, Magdala y REYES CARDENAS, Catalina. Proceso histórico y derechos de las mujeres, años 50 y 60. Op. Cit., p. 257.

³⁷³ Ibid.

³⁷⁴ LUNA, Lola y VILLAREAL, Norma. Historia, género y política: movimientos de mujeres y participación política en Colombia 1930-1991. Op. Cit., p. 132.

³⁷⁵ Ibid. p. 278.

se configuran nuevas formas de representación para el sujeto femenino que va adquiriendo más protagonismo conforme se expande su horizonte de posibilidades.

En síntesis, todos los acontecimientos que circundaron la situación social de las mujeres durante los años cincuenta permitieron que su representación cambiara sustancialmente con respecto a la de décadas anteriores. Si bien, la imagen femenina siguió envuelta en un aura de maternidad, dependencia y labores domésticas, su función como agente social y político empezó a cobrar mayor fuerza a partir de la violenta coyuntura que atravesó el país durante estos años. Antes de esto, resulta difícil comprender a las mujeres como sujetos de derecho debido a que ellas no tenían acceso al voto, mucho menos a una representación política o a la posibilidad de asumir cargos públicos que les permitiesen velar por sus propios intereses. La sociedad les asignaba un rol secundario que era difícil transgredir sin el cambio de perspectiva que los procesos de industrialización, urbanización y modernización social y cultural, generados en el país a partir de la segunda mitad del siglo XX, trajeron consigo y permitieron la incursión de las mujeres en el ámbito público.

Además de su labor en beneficio de la paz y las víctimas del conflicto bipartidista, la ferviente incursión de las mujeres en el mundo de la política durante la década de los cincuenta, conllevó a la creación de nuevas funciones sociales para ellas. Éstas no solo se restringieron a actividades de solidaridad o a resguardar los valores del hogar colombiano, como había sucedido antes, sino que se materializaron en la activa participación política de las mujeres en las diferentes formas de movilización y expresión pública que ejercieron en adelante. Con esto, se puede decir que la representación tradicional de la mujer como ama de casa, madre y esposa no desapareció del todo, solo logró incorporarse a los diferentes roles que paulatinamente se sumaron a dicha representación, dando lugar a la imagen de una mujer comprometida con la conquista de espacios políticos, educativos y laborales, pero también con la tradicional idea de la familia.

Igualmente es importante mencionar que, con la modernización de las estructuras del Estado, llevada a cabo bajo la administración de Rojas Pinilla, se abrió lugar a nuevos espacios para las mujeres. La política fue uno ellos, pues por primera vez la población femenina tuvo representación en un organismo gubernamental como lo fue la ANAC, así como en diferentes cargos públicos y de decisión. Del mismo modo, algunos sectores femeninos lograron participar en la política tradicional, tanto como en la política comunitaria en calidad de líderes, en el desarrollo socioeconómico a través del trabajo, y en el ambiente cultural colombiano por medio de la actividad literaria y artística.

2.2.2 Los años sesenta: las mujeres como agentes de cambio social. La década de 1960 redefinió, desde múltiples perspectivas, la concepción del mundo moderno, no solo porque a partir de este momento se abrió la puerta a una serie de cambios que empezaron a configurar la sociedad contemporánea, sino porque los mismos sujetos que los propiciaron también entraron en un proceso de transformación en el que nuevos hábitos, ideas, formas de consumo y prácticas sociales se arraigaron a toda una generación e impactaron en el devenir de las sociedades. En medio de este acontecer, la vida social y política se vio alterada por revoluciones juveniles, movimientos sociales, protestas y un ambiente de inconformidad generalizada, que además de agitar el campo sociopolítico se introdujo en el mundo cultural por medio del arte, la literatura, la moda, el cine y la música, elementos que tomaron parte de este movimiento en pro de una utopía libertaria, de igualdad y rechazo a todo tipo de autoritarismo a través de una contundente estética que exaltó a sexualidad, las drogas y la juventud³⁷⁶.

Durante esta década la globalización también empezó a tomar auge debido a la oferta y potencialización de la tecnología que puso en sincronía al planeta, perfeccionando las comunicaciones y haciendo cada vez más cercano el acontecer

³⁷⁶ ACEVEDO TARAZONA, Álvaro. 1968. Historia de un acontecimiento. Utopía y revolución en la universidad colombiana. Bucaramanga: Ediciones UIS, 2017.

mundial. Con esto, el tiempo parecía acelerarse y el mejoramiento de las telecomunicaciones lo confirmaba, pues con el desarrollo de las transmisiones satelitales, por primera vez, fue posible asistir en tiempo real a los múltiples conflictos políticos que acontecían alrededor del mundo; incluso los eventos que sucedieron en el Espacio fueron de conocimiento universal, pues al finalizar la década el mayor logro de la carrera espacial consiguió reunir a cerca de 530 millones de personas alrededor de sus televisores para ser testigos del alunizaje del Apolo 11.

A nivel internacional, los ojos del mundo centraron su atención en las crecientes confrontaciones políticas de la Guerra Fría, las protestas estudiantiles, el descontento de los ciudadanos y las manifestaciones en contra de la Guerra de Vietnam. Dicho panorama se vio agudizado por eventos como la Primavera de Praga, el Mayo francés, la creación de armas nucleares y la llamada “Revolución Cultural” que vivió la China de Mao Zedong, sucesos que fueron minuciosamente referenciados por la prensa nacional e internacional. Asimismo, los asesinatos de importantes líderes políticos como John F. Kennedy, Malcolm X, Martin Luther King y Robert F. Kennedy, marcaron el devenir de estos años, embargados por una contradictoria atmósfera de guerra y celebración.

En contraste con lo anterior, la liberación sexual, la moda y la música se posicionaron como factores emblemáticos de una cultura juvenil que emergía con el deseo de enterrar los viejos conflictos heredados de generaciones anteriores. Las minifaldas para las mujeres y los pantalones ajustados a la cadera para los hombres empezaron a tomar el protagonismo en las calles y en los festivales de música. Este nuevo estilo de inspiración hawaiana era confeccionado, en su mayoría, con colores psicodélicos y estampados florales, tanto hombres y mujeres usaban jeans desgastados y acampanados, al igual que botas estafalarias, sandalias, pañoletas vistosas y grandes lentes de sol, popularizados por lo *Hippies* durante el verano del amor en San Francisco. Por su parte, las celebridades se convirtieron en los nuevos

modelos a seguir de los jóvenes, Twiggy, Brigitte Bardot y Elizabeth Taylor se impusieron como íconos de las mujeres modernas, al igual que Jacqueline Kennedy, quien ya era un referente en cuestión de estilo. En el caso de los hombres, los Beatles marcaban la pauta en cuestión de moda y estrellas del cine como Marlon Brando y James Dean se mostraron como el arquetipo de la masculinidad moderna.

En Latinoamérica el panorama no distó mucho del internacional, debido a que durante este período el consumo de expresiones culturales importadas del primer mundo entre los jóvenes aumentó, lo que trajo consigo el inicio de una revolución en contra de los cánones del orden imperante de la mano de la difusión de la “utopía libertaria”³⁷⁷ que sacudía al mundo. En Colombia, esta concepción y otras fueron aclamadas por buena parte de la juventud como principios orientadores de la acción política³⁷⁸, lo que dio paso a la expansión de ideas marxistas entre miembros de la comunidad universitaria. Además de esto, la lucha geopolítica entre el buen vecino norteamericano y la latente amenaza comunista ejercieron presión en el nacimiento de grupos guerrilleros como las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia - FARC (1964), el Ejército de Liberación Nacional - ELN (1964), el Ejército Popular de Liberación - EPL (1967) y su crecimiento en la década siguiente³⁷⁹.

Es posible constatar que, en Colombia, los efectos de esta revolución planetaria se sintieron principalmente en las ciudades. Los Sucesos que impactaron el mundo penetraron la cotidianidad de los colombianos a través de la prensa, desde noticias rosas como el matrimonio de Jacqueline Kennedy con Aristóteles Onassis³⁸⁰, hasta las protestas estudiantiles en París³⁸¹, los trasplantes de órganos en diferentes

³⁷⁷ ACEVEDO TARAZONA, Álvaro. Memorias de una época. El movimiento estudiantil en Colombia en los años sesenta y setenta del siglo XX. Bucaramanga: Ediciones UIS. 2018. p. 82.

³⁷⁸ Ibid.

³⁷⁹ ACEVEDO TARAZONA, Álvaro. 1968. Historia de un acontecimiento. Utopía y revolución en la universidad colombiana. Op, Cit.

³⁸⁰ El Tiempo. Bogotá. 4, noviembre, 1968. p. 5.

³⁸¹ El Tiempo. Bogotá. 27 de abril de 1968. p. 4.

partes del mundo³⁸² o la carrera espacial entre Estados Unidos y la Unión Soviética³⁸³, entre otras. Por supuesto, tales sucesos noticiosos afectaron especialmente a habitantes y trabajadores de los centros urbanos, estudiantes y profesores universitarios, lectores, sectores sociales de familias acomodadas y, en general, a las personas que hacían parte del mundo de la cultura, la industria, la política y el espectáculo.

Además de esto, los principales fenómenos de la modernización como el crecimiento demográfico no planificado, el incremento paulatino del mercado interno y la ampliación de los aparatos del Estado, llevaron a un proceso de urbanización que empezó a absorber lenta y desordenadamente una población que intentaba huir del campo y luchaba por mejorar su condición de vida³⁸⁴. A este panorama se le sumaron las problemáticas propias de un país que mostraba serios contrastes sociales. Los constantes accidentes de tránsito ocasionados por las múltiples falencias del sistema de transporte público, la inseguridad en las calles y los buses, la violencia causada por brotes de intolerancia que casi siempre dejaban múltiples muertos, el deficiente sistema de salud y el creciente número de accidentes domésticos, también reflejaron el crudo panorama nacional. La incansable lucha contra las drogas que inició el gobierno en compañía de la policía, y la ciudadanía en general, que satanizaba el creciente consumo de marihuana entre los jóvenes y el ingreso de drogas sintéticas como el LSD y los barbitúricos en el mercado negro nacional, también se sumaron a la preocupación por las nuevas prácticas de la juventud colombiana.

Como se logra observar, en sí misma, esta década simbolizó una línea de fuga con respecto a la segmentaridad molar que durante mucho tiempo había enmarcado el devenir del acontecer social, no solo en el mundo, sino también el Colombia. Los

³⁸² El Tiempo. Bogotá. 2, febrero, 1968. p. 1.

³⁸³ El Tiempo. Bogotá. 17 de octubre de 1968. p. 10.

³⁸⁴ ACEVEDO TARAZONA, Álvaro. Memorias de una época. El movimiento estudiantil en Colombia en los años sesenta y setenta del siglo XX. Op. Cit., p. 76.

nuevos patrones de comportamiento, ideas y luchas adoptadas por un creciente número de jóvenes insatisfechos con el panorama en el que se encontraban terminaron por socavar la rigidez de estructuras organizativas como la religión, la política o los roles de género, los cuales también se vieron transformados junto con el incontenible cambio social agitaba cada vez más la atmósfera de la época.

En lo referente al ambiente político nacional cabe resaltar que, desde el inicio de la década, la implantación de un acuerdo político entre liberales y conservadores para transitar entre el gobierno militar de Rojas Pinilla y uno civil, estuvo marcado por una estrategia de pedagogía política destinada a formar hábitos civilistas con el fin de combatir los conflictos partidistas³⁸⁵. Según los dirigentes del bipartidismo, el Frente Nacional era el reflejo de una voluntad popular encaminada a “poner fin a la dictadura” para así iniciar una nueva etapa de reconciliación y democracia en el país³⁸⁶. Sin embargo, como afirma el profesor Álvaro Acevedo, el Frente Nacional generó cierto descontento en buena parte de la población debido a que dejaba por fuera a diversos actores políticos como obreros, campesinos y estudiantes, además de engendrar nuevos problemas al cerrar el camino hacia la democracia con medidas como el Estado de Sitio, un recurso utilizado para combatir el “bandolerismo” y acallar sectores sociales que veían menguados sus derechos de representación política³⁸⁷.

Para Carlos Lleras Restrepo el Frente Nacional ofrecía la oportunidad de alcanzar la paz, además de conseguir un mejoramiento efectivo en las condiciones de vida del pueblo colombiano por medio de la modernización de diferentes estructuras sociales que beneficiarían sobre todo a las clases más pobres, disminuyendo así la brecha de desigualdad. Este desarrollo social solo podría lograrse con la

³⁸⁵ LUNA, Lola y VILLAREAL, Norma. Historia, género y política: movimientos de mujeres y participación política en Colombia 1930-1991. Op. Cit., p. 147.

³⁸⁶ TRUJILLO ARIAS, Ricardo. Historia de Colombia Contemporánea (1920-2010). Op. Cit., p. 118.

³⁸⁷ ACEVEDO TARAZONA, Álvaro. Memorias de una época. El movimiento estudiantil en Colombia en los años sesenta y setenta del siglo XX. Op. Cit., p. 73.

cooperación económica que el gobierno de Estados Unidos ofrecía a los países de América Latina a través de la llamada “Alianza para el progreso”, que en su opinión traería prosperidad para el país, al igual que crearía condiciones más justas para todos los colombianos³⁸⁸. Pese a esto, según numerosos detractores este trato solo legitimó el monopolio del poder en manos de la élite, cerrando la puerta a todos aquellos que no se identificaban con los partidos tradicionales³⁸⁹.

Para Luna y Villareal este horizonte político no se mostraba tan alentador como lo describía Lleras Restrepo, pues con el bipartidismo al poder y la carencia de un partido opositor de peso se estancaron todas las posibilidades de una renovación democrática, lo que conllevó a una creciente apatía electoral, a la desconfianza en las instituciones y a una ausencia de formas de relación y representación democráticas, que fueron reemplazadas con modelos autoritarios como el clientelismo y la guerrilla³⁹⁰. A partir de esto, aunque es posible señalar que durante los años sesenta los conflictos internos fueron controlados en gran medida, también persistieron dificultades que venían de tiempo atrás, acentuando las problemáticas de desigualdad y pobreza, aunque al tiempo estuviesen surgiendo progresos en materia social y económica. Esta situación durante la siguiente década daría lugar a un fuerte momento de agitación social.

Así las cosas, desde los inicios del Frente Nacional y casi hasta la década de los setenta, las mujeres junto con su objeto y ritmo de movilización cambiaron³⁹¹. Gran parte de esta población empezó a enfrascarse en actividades menos visibles, optando por la cualificación académica, el trabajo comunitario y en momentos en los que la industria colombiana constituía una actividad importante la creación del Servicio Nacional de Aprendizaje (SENA) contribuyó a que muchas mujeres, sobre

³⁸⁸ El Tiempo, 19 de enero de 1962. pp. 27.

³⁸⁹ TRUJILLO ARIAS, Ricardo. Historia de Colombia Contemporánea (1920-2010). Op. Cit., p. 119.

³⁹⁰ LUNA, Lola y VILLAREAL, Norma. Historia, género y política: movimientos de mujeres y participación política en Colombia 1930-1991. Op. Cit., p. 147

³⁹¹ Ibid., 148.

todo las de clase media, accedieran a una formación especializada que les abrió las puertas para desempeñarse en trabajos calificados y mejor pagos³⁹².

Según Lucy Cohen, durante este período muchas sufragistas decidieron matricularse en las universidades lo que produjo un considerable aumento en el número de graduadas universitarias durante la década siguiente³⁹³. Acerca de este tema, Álvaro Tirado Mejía también señala:

La población estudiantil creció aceleradamente gracias, en parte, a la disposición constitucional consagrada en el Plebiscito de 1957, en el sentido de que se dedicara a la educación, cuando menos, el 10% del presupuesto nacional, suma que fue sobrepasada durante los años sesenta y que, en 1962, ascendió al 15,1 %, en contraste con 1957, cuando la educación solo recibió el 5,9% del presupuesto nacional. [...] En cuanto a los estudiantes universitarios, en 1960 eran 23.013, en 1970 pasaron a 85.560 y en 1976 pasaron a 212.760565. Los cambios no fueron solo cuantitativos: por primera vez la mujer ingresó masivamente a las universidades, aunque todavía en 1965 el 80 % de los estudiantes de la Universidad Nacional eran varones. En la secundaria, no obstante, la férrea oposición de la Iglesia, poco a poco se fueron imponiendo los establecimientos mixtos, con todo lo que dio implicaba en la transformación de las costumbres. Fue una que comenzaron a proliferar las universidades privadas. Entre 1960 y 1968, se crearon 17 instituciones de educación superior cuales cinco fueron oficiales y el resto privadas, siete se ubicaron en Bogotá y diez en las provincias³⁹⁴.

Se puede decir que, más que la lucha por los derechos civiles femeninos, la educación universitaria constituyó una auténtica revolución en torno a la figura de la mujer y a su papel en la sociedad colombiana, pues gracias a esta nueva formación académica las mujeres lograron ingresar a un mundo profesional que les dio la posibilidad de ocupar cargos de relevancia, así como de adquirir una independencia económica que acarreó nuevos enfoques de realización más allá del matrimonio y la maternidad. No obstante, también es necesario hacer hincapié en que esta vinculación de las mujeres a la esfera civil y política se produjo sin cambios

³⁹² TRUJILLO ARIAS, Ricardo. Historia de Colombia Contemporánea (1920-2010). Op. Cit., p. 128.

³⁹³ COHEN, Lucy. Las colombianas ante la renovación universitaria. Bogotá: Tercer Mundo Editores. p. 43.

³⁹⁴ TIRADO MEJÍA, Álvaro. Los años sesenta: una revolución en la cultura. Bogotá: Debate, 2014. p. 328.

sustanciales en las actividades que los hombres les asignaron dentro del mundo de la política.

Si bien, durante este período algunas mujeres continuaron presentes en la actividad política nacional como miembros de los partidos tradicionales y líderes de los comités y secretariados femeninos que éstos crearon con el fin de captar votos e institucionalizar la actividad de las mujeres en la política, su imagen como simples electoras³⁹⁵ no cambió, pues la posibilidad de ser elegidas para ocupar cargos de representación popular y de poder aún no aparecía como un evento tangible, al igual que el reconocimiento de la igualdad jurídica entre hombres y mujeres. A pesar de esto, algunas de ellas lograron desempeñar cargos de cierta importancia como Ofelia Uribe quien fue senadora suplente en 1962; Carmenza Rocha elegida representante a la Cámara del Tolima entre 1958 y 1962, concejal de Bogotá y presidenta de su mesa directiva; Dolly Suarez Betancourt que fue presidenta del primer Comando Nacional Femenino, presidenta del directorio conservador de Bogotá, representante a la Cámara en 1962 y concejal de Bogotá en el período 1958-1962³⁹⁶.

Por otro lado, las mujeres también se dedicaron a la acción cívico-política desarrollada alrededor de asociaciones como la Unión de Ciudadanas de Colombia (UCC) y la Unión de Mujeres Demócratas (UMD), organizaciones que propugnaban por la capacitación de las mujeres para su participación dentro del proceso de estabilización económica, social y cultural propuesta por el gobierno. Los sectores medios y altos se vincularon a acciones de asistencia social institucionalizando la figura del voluntariado femenino como forma de combatir la violencia, mientras que las mujeres de escasos recursos participaban de estos programas conformando

³⁹⁵ El Tiempo. Bogotá. 4 de marzo de 1962. p. 22.

³⁹⁶ LUNA, Lola y VILLAREAL, Norma. Historia, género y política: movimientos de mujeres y participación política en Colombia 1930-1991. Op. Cit., p. 152.

organizaciones de carácter popular³⁹⁷. Este tipo de actividades constituyeron, especialmente, para las mujeres de los sectores altos unas “plataformas de lanzamiento” hacia la vida pública y política de la nación, cuestión que posteriormente les ayudarían a aspirar a posiciones de poder dentro del mundo de la política tradicional.

En medio de este ambiente, el debate sobre la igualdad jurídica de las mujeres salió nuevamente a la luz de la mano de un proyecto de ley presentado por Esmeralda Arboleda* y avalado por el Colegio Nacional de Abogadas. Esta nueva propuesta se encontraba basada en la ley 28 de 1932, pero mostraba una perspectiva totalmente actualizada debido a las coyunturas sociales, económicas y políticas que modificaron radicalmente el panorama nacional desde entonces. Para Arboleda, las guerras mundiales y la llegada de la industrialización fueron los factores decisivos en la incorporación de la mujer colombiana al mundo del trabajo, la concesión de sus derechos ciudadanos y así mismo el ingreso a la universidad marcaron otro punto clave en su acceso a la vida pública. A partir de esto explica:

Del breve resumen anterior surge la explicación obvia de que el proyecto de ley tuviera que contemplar las situaciones que no existían cuando se expidió la ley 28 que sentó las bases de la capacitación femenina que hoy el legislador está en obligación de extender para que abarque el vasto campo que la mujer ha conquistado en la vida nacional. La oposición al proyecto de que soy autora sigue las mismas líneas y exhibe argumentos idénticos a los por los opositores de la ley 28: destrucción del hogar, masculinización de la mujer, abandono de los deberes maternos, desmoralización de las costumbres, pasos avanzados hacia el divorcio, ruina de la mujer por su incapacidad y falta de preparación y, en fin, una serie inmensa de consecuencias desastrosas. Pero nada de esto sucedió entonces y ahora tampoco va a suceder. La mujer, de acuerdo con su naturaleza, seguirá

³⁹⁷ MEDRANO, Diana y ESCOBAR, Cristina. Pasado y presente de las organizaciones femeninas en Colombia. En: *Mujer y Familia en Colombia*. Bogotá: Plaza y Janes Editores. 1985. p. 240-241.

* (1921-1997). Fue abogada y política. Lideró el movimiento sufragista en Colombia junto a su compañera Josefina Valencia de Hubach y además fue la primera mujer senadora de la República en la historia de Colombia, de 1958 a 1961, y la primera embajadora. Fue miembro del Partido Liberal.

siendo el centro del hogar, la educadora de sus hijos y la compañera del hombre: pero con igualdad, como colaboradora y no como un ser inferior³⁹⁸.

Como se alcanza a observar, los argumentos que se ofrecían en contra del reconocimiento absoluto de los derechos femeninos no correspondían con la realidad de un mundo que, cada vez más, cambiaba la perspectiva alrededor de la función de la mujer en la sociedad. Ante esto Arboleda planteaba un proyecto que tradujera en normas concretas los principios universales que señalaban la igualdad de las personas ante la ley, independientemente de su sexo. Estas eran obligaciones internacionales que habían sido contraídas por Colombia en la Declaración Universal de Derechos Humanos proclamada por la Asamblea General de las Naciones Unidas el 10 de diciembre de 1948 y en la Convención Interamericana sobre concesión de los derechos civiles de la mujer (Ley 8ª de 1959)³⁹⁹, pero hasta ahora no se habían concretado en ninguna ley.

Pese a este nuevo esfuerzo, el reconocimiento de la igualdad jurídica entre hombres y mujeres aún no tendría lugar, pero impulsaría la presentación del proyecto de Ley 223 en 1964 sobre el divorcio⁴⁰⁰, la derogación de la Ley 54 de 1924 que impedía a los católicos contraer matrimonio civil bajo amenaza de excomunión y una creciente aceptación de los programas de planificación familiar. Aunque durante la misma época se debatieron varios proyectos de ley encaminados a mejorar la condición de la familia colombiana, a proteger la labor de la maternidad como medio para mitigar la mendicidad y la vagancia infantil⁴⁰¹, a mejorar el panorama de la niñez por medio de la creación del Instituto de Bienestar Familiar (ICBF) y a implementar una legislación para la paternidad responsable, fue el debate sobre el control de natalidad el que mayor polémica causó durante buena parte de la década.

³⁹⁸ El Tiempo. Bogotá. 5 de junio de 1961. p. 15.

³⁹⁹ El Tiempo. Bogotá. 5 de junio de 1961. p. 16.

⁴⁰⁰ El Tiempo. Bogotá. 8 de diciembre de 1964.

⁴⁰¹ El Tiempo. Bogotá. 23 de diciembre de 1964. p. 17.

Por un lado, para el gobierno nacional este era un tema de vital importancia debido a que no solamente simbolizaba una forma de regular algunos aspectos socioeconómicos derivados de la explosión demográfica que aquejaba a toda Latinoamérica, sino también una posibilidad que los Estados Unidos ofrecía para acceder a la ayuda económica que le permitiría al país incorporarse al tan anhelado ideal de desarrollo. Por otro lado, la Iglesia argumentaba que en América Latina no existía el problema de la sobrepoblación como se observaba en otros lugares del mundo debido a que “aún había muchas tierras que ocupar y muchos recursos naturales no utilizados”⁴⁰². Según Monseñor Tulio Botero Salazar el argumento simplista de que “una píldorita” iba a arreglar los desequilibrios económicos y sociales de la humanidad era una mentira⁴⁰³, por tal razón aconsejaba a los líderes religiosos hacer caso omiso a las peticiones del gobierno en tal materia y además solicitaba a sus feligreses alejarse de los nuevos métodos de planificación familiar.

A pesar de las opiniones opuestas, en 1965 se adoptaron políticas de control natal para Bogotá y paulatinamente para las demás ciudades del país; se crearon los programas de PROFAMILIA y ASCOFAME (Asociación Colombiana de Facultades de Medicina) con financiación extranjera de organizaciones como Population Council, Fundación Ford y Fundación Rockefeller⁴⁰⁴, además se aprobó la Ley de Paternidad Responsable dirigida a brindar amparo a los hijos ilegítimos. Desde entonces, los programas de planificación se orientaron hacia los estratos bajos y medios a través del Instituto de Seguros Sociales, la Caja Nacional de Previsión y el Ministerio de Salud, dando tan buenos resultado que “la tasa de fecundidad pasó de 7 hijos en 1964 a 4,6 hijos en 1973 y 3,9 en 1978”⁴⁰⁵.

⁴⁰² El Tiempo. Bogotá. 5 de septiembre de 1968. p. 9

⁴⁰³ El Tiempo. Bogotá. 31 de julio de 1968. p. 14.

⁴⁰⁴ MEDRANO, Diana y ESCOBAR, Cristina. Pasado y presente de las organizaciones femeninas en Colombia. Op. Cit., p. 189.

⁴⁰⁵ TRUJILLO ARIAS, Ricardo. Historia de Colombia Contemporánea (1920-2010). Op. Cit., p. 190.

Cabe apuntar que, al parecer, las mujeres de estratos altos empezaron a utilizar anticonceptivos desde antes de 1964, cuando no se habían implantado los programas en cuestión⁴⁰⁶. Sin embargo, como apunta Álvaro Tirado Mejía:

Sorprende el hecho de que en la argumentación de los partidarios del control natal se esgrimieron solo conceptos demográficos y fundamentalmente económicos, como los de desarrollo y crecimiento económico y, en el lado contrario, solo los morales, los económicos, los nacionalistas, pero en ninguno de los lados aparece el referente al derecho de la mujer a disponer de su cuerpo, de su reproducción, tal como en esos mismos tiempos estaba siendo reivindicado por el movimiento de mujeres en los Estados Unidos, en Europa y en países latinoamericanos como México⁴⁰⁷.

Además de lo anterior, sobre el tema del cuerpo femenino, tan discutido durante toda esta década, sobresale el hecho de que un cierto tipo de libertad empezó a imponerse en el vestir de la mano del estilo *hippie* y la moda francesa que fue bien recibida por las mujeres en el país. Aunque el referente ya no era Chanel sino Brigitte Bardot, Elizabeth Taylor o Jacqueline Kennedy, la minifalda se posicionó como la prenda más revolucionaria de la década. Popularizada por la diseñadora de modas Mary Quant* y la modelo Twiggy*, la minifalda se convirtió en el símbolo de la liberación femenina y, junto con la píldora anticonceptiva, contribuyeron a dejar de lado los estereotipos de la mujer solo como ama de casa, esposa y madre. Si bien, es posible que la revolución de la falda no haya llegado a un amplio sector femenino colombiano, para los diarios en Colombia sí estimularon las ideas entorno a la moda y a la oportunidad de decidir sobre el propio cuerpo.

⁴⁰⁶ Ibid.

⁴⁰⁷ TIRADO MEJÍA, Álvaro. Los años sesenta: una revolución en la cultura. Op. Cit., p. 154.

* Es una diseñadora de moda británica que adquirió fama internacional en la década de 1960 con la creación de la minifalda. Representó una moda informal para jóvenes y sus modelos se difundieron a gran escala. Su estilo sencillo y colorista, identificado por el símbolo de la margarita, contrastó con la seriedad de la moda imperante.

* Twiggy fue la primera gran modelo internacional, además de ser la primera supermodelo. Era de origen proletario inglés, pues su familia era de clase obrera y vivía en un suburbio.

Tal como se sugiere líneas arriba, la píldora anticonceptiva, así como la liberación sexual, significaron una nueva línea de fuga en el panorama del devenir femenino, no solo porque dieron a las mujeres, por primera vez, la capacidad de elegir sobre su propio cuerpo, sino también porque con la toma de conciencia sobre el cuerpo femenino cambió para siempre su representación únicamente como madre, esposa y ama de casa. A partir de este suceso, las múltiples “mujeres moleculares” que se habían venido creando con las líneas de segmentaridad flexible o molecular que surgieron con los distintos cambios sociales y culturales del proceso de modernización, se convirtieron en representaciones comunes y modelos alcanzables para todas las jóvenes que aspiraban a más.

En contraste con este ambiente de libertad y nuevas oportunidades, resaltan los constantes crímenes en los que las mujeres aparecieron como víctimas, los cuales sorprendieron, no tanto por los motivos, que en la mayoría de las veces respondían a sentimientos como celos, ira o desengaño, sino por la singularidad de los sucesos que los rodearon. En Caldas una mujer fue “despedaza a machete” por su esposo a causa de un presunto amorío con un vecino. Pese a que el hombre fue detenido y llevado ante el Tribunal, su acto, según el informe noticioso, fue amparado por las autoridades debido a que determinaron que la mujer había incurrido en el “incumplimiento de sus deberes como madre y esposa al decidir iniciar una relación sentimental con otro hombre”⁴⁰⁸.

Otro asesinato que generó especial atención en la prensa fue el de una mujer a la que apodaron “la embarrilada” debido a que su cadáver se encontró con signos de estrangulamiento dentro de un barril lleno de agua⁴⁰⁹. Al parecer, El asesino quien era su pareja sentimental, además de maltratarla a ella y a sus cuatro hijos, intentó abusar sexualmente de la hija mayor de la mujer, lo que desencadenó la separación de la pareja y la instauración de una denuncia en su contra. Días después el hombre

⁴⁰⁸ El Colombiano, Medellín. Enero, 1968.

⁴⁰⁹ El Tiempo. Bogotá. 27 de enero de 1968. p. 8.

empezó a perseguir a la familia, la cual tuvo que mudarse en varias ocasiones hasta que finalmente éste logró cobrar venganza. Entre el hallazgo del cadáver y su identificación transcurrió más de una semana, y una más para hallar al victimario, quien terminó suicidándose tras intentar envenenar a sus demás hijos⁴¹⁰.

Similar extrañeza causó el misterioso asesinato de otra mujer en Cartagena cuyo cuerpo fue encontrado en una silla durante la proyección de la película “Autopsia de un homicida”. La escena del crimen constituyó un verdadero enigma policiaco debido a que la víctima fue impactada en la espalda por el arma de un desconocido en el momento en que se hallaba en compañía de tres de sus nueve hijos y una vecina. En principio se creyó que la mujer se encontraba dormida, pero los gritos de su hija hicieron que el teatro encendiera las luces, y se creara una gran conmoción ya que lo que, al parecer, fue un disparo en la gran pantalla resultó ser el estallido de la bala que le quitó la vida a la mujer a través del espaldar del asiento en el que se encontraba observando la película. Dos hipótesis se manejaron al no hallarse el autor del disparo: por un lado, se presumió que fue un accidente y por el otro, que pudo tratarse de una equivocación de persona⁴¹¹.

Lo anterior sugiere que a pesar de que se tracen líneas de fuga o líneas moleculares, la rigidez de la línea molar siempre se encuentra presente para tratar de restaurar los elementos que anteriormente organizaban el andamiaje social. En este caso el hecho de que las mujeres empiecen a gozar de cierta libertad en el ámbito público y al mismo tiempo autoridades como la iglesia, las leyes y los hombres traten de devolverlas a los cánones impuestos por la férrea autoridad patriarcal, deja ver la imposibilidad de socavar por completo el orden molar, pero también permiten concebir la necesidad de pensar el mundo desde un lugar distinto a los centro poder. En este sentido, el proceso de *devenir-mujer* también se erige

⁴¹⁰ El Tiempo. Bogotá. 3 de febrero de 1968. p. 8.

⁴¹¹ El Tiempo. Bogotá. 3 de mayo de 1968. p. 8.

como una línea de fuga que ayuda a dar cabida a la distintas formas de pensar a las mujeres en medio de un panorama contradictorio, pero cambiante.

Así las cosas, se puede decir que durante la década de 1960 la representación de la mujer tuvo el cambio más trascendental comparado con décadas anteriores. Por un lado, los nuevos patrones de comportamiento adoptados por un creciente número de mujeres jóvenes, que ya no se apegaban a los valores impuestos por la tradición religiosa, con respaldo del Estado, empezaron a emerger de la mano de un pensamiento mucho más secularizado que pudo notarse, sobre todo, en el ámbito urbano donde la diversión, el esparcimiento y el ocio adquirieron mayor relevancia para las jóvenes influidas, de cierta forma, por los cambios culturales que estaban presentando en el mundo⁴¹².

Por otro lado, la multiplicidad de procesos organizativos que surgieron a raíz de la concesión del derecho al voto puso en evidencia los diversos intereses de las mujeres, quienes no solo trabajaron para resguardar los valores del hogar y la familia, sino que enfocaron sus esfuerzos en mejorar las condiciones sociales de la población más vulnerable. Con esto, se consolidó la imagen de la mujer como agente de cambio y desarrollo social para el país, pues, así como algunas se unieron al propósito de crear un clima de paz y equidad, otras se vincularon al mundo del trabajo en fábricas, industrias u oficinas, se educaron en las universidades y participaron en el mundo de los negocios, así como en la política tradicional y en algunos cargos de poder.

Aunque resulta imposible negar que las actividades femeninas al interior de la política reprodujeron algunas condiciones de subordinación que se pueden ver reflejadas en la falta de protagonismo de las mujeres en la actividad pública durante este período, también se puede afirmar que esta incursión logró modernizar las formas de relación política y, lo cierto, es que a partir de la obtención del voto y las

⁴¹² TRUJILLO ARIAS, Ricardo. Historia de Colombia Contemporánea (1920-2010). Op. Cit., p. 130.

iniciativas legislativas a favor de la igualdad jurídica, las mujeres empezaron formar una conciencia política mucho más sólida que con el tiempo les permitiría reclamar su propio espacio dentro del mundo político. No se debe olvidar que la concepción de sujetos de derecho que obtuvieron en estos años también contribuyó a que fuesen adquiriendo un sentido de independencia que se acentuó con las nuevas posibilidades económicas y el clima cultural que sacudió el mundo durante los últimos años de esta década.

De este modo, las mujeres se erigieron como protagonistas de una política comunitaria de tipo asistencialista, por medio de la cual el Estado las vinculó como sujetos de desarrollo de las comunidades, postergando así su protagonismo político a partir de la idea de la división sexual de tareas y trabajos dentro del accionar social. Entonces, la práctica política femenina se diluyó en intereses diversos como la paz, el trabajo voluntario, el trabajo cívico y comunitario y los intereses partidistas que utilizaron la presencia femenina como estrategia para atraer un mayor caudal de votantes a sus filas.

Desde el enfoque estético, la imagen de la mujer recatada y elegante, con vestidos ceñidos a la cintura y faldas por debajo de la rodilla cambió drásticamente, pues la naturalidad en el maquillaje y la simplicidad en el vestir dejaron de ser tendencia. En su lugar, lo ornamental y lo excéntrico empezó a imponerse tanto en la vida privada como para el *street style*, como se puede observar en el siguiente artículo de 1964 titulado “¡Todo en belleza de hoy puede ser postizo!”:

En 1964 las pestañas pálidas y delgadas no existen en la naturaleza. Ahora se las esconde bajo falsas pestañas, o bien se les hace más espesas gracias a alguno de esos extraordinarios productos hechos a base de partículas de terciopelo.

El envejecimiento no es ya un problema para ninguna mujer. Basta comprar alguna de esas lociones de placenta de res que borran automáticamente las arrugas durante varias horas (Klyitia Magic, Magic Secret d’Helen Curtis y Wonder “lift” de Revlon, etc.). Ya es ridículo eso de comprimir el cuerpo en un vulgar “corset”. Un buen busto-faja que descienda hasta el talle subraya las formas las formas y las pone en ventaja allí precisamente en donde ellas tienen necesidad de ello. Para las

caderas y el vientre “llenos” existe ya un nuevo remedio: el panty-faja. Sus paneles extensibles aplanan sin comprimir, confortablemente.

Desde que se inventaron las falsas uñas han hecho tantos progresos que ahora es imperdonable no usarlas y presentar una mano poco cuidada, con uñas roídas o hendidas.

¡TODO PUEDE REEMPLAZARSE!

“Querida, todo en usted me seduce...” Los hombres galantes que en el siglo XIX susurraban declaraciones como ésta a la dama de sus pensamientos no podrían decir hoy lo mismo sin correr riesgos. Por la muy sencilla razón de que todo lo que seduce en la mujer de 1964 no es modo alguno natural en ella.

Esos largos cabellos que el hombre tanto gusta ver cómo caen sobre los hombros, esas pestañas tan negras, ese talle e inclusive esos hoyuelos en las mejillas que endulzan su sonrisa... pues bien, todo eso, o casi todo, es completamente postizo en la mujer de 1964⁴¹³.

La figura de la mujer delgada y andrógina al estilo de modelos como Twiggy, quien además era de origen proletario, se popularizó desde la mitad de la década de los sesenta, de la mano del uso de la minifalda. Como afirmaba un artículo de 1967 titulado “Novedad sin límites, resultado de la indecisión de la época”:

Las últimas publicaciones francesas dicen que “este año, la moda da la impresión de no saber exactamente lo que quiere”. Y gracias a esta indecisión hay más novedad que en cualquier época del pasado, entre otras cosas porque cualquier recurso – o casi cualquiera – está permitido. Dentro de esa libertad que se confirma además con una serie infinita de recursos de belleza, hay dos tendencias extremas que están claramente representadas en la altura de la falda: Algunos modistos la imponen sumamente corta. Otros dicen que las mujeres deben llevar la falda a “media-pierna”. Como es lógico, el maquillaje y los peinados van y vienen entre las dos tendencias⁴¹⁴.

Asimismo, junto con el interés que ocasionó todo lo relacionado con la carrera espacial y la llegada del hombre a la Luna, la moda futurista tomó gran fuerza. Minivestidos en corte A, botas altas y ropa con formas geométricas de tipo unisex, hechas a base de materiales sintéticos, fueron popularizadas por el diseñador Pierre Cardín a través de su colección “Cosmos” (1965) que fue lanzada con el fin de que

⁴¹³ El Tiempo. Bogotá. 8 de diciembre de 1964. p. 17.

⁴¹⁴ El Tiempo. Bogotá. 17 de octubre de 1967. p. 10.

las mujeres pudieran jugar con un estilismo que ante todo rescataba la libertad y la comodidad⁴¹⁵.

Por otro lado, se puede afirmar que la tradicional imagen de la mujer como ama de casa, madre y esposa por fin empezó a figurar solo como una posibilidad más en el devenir de la realización femenina gracias a la popularización del uso de la píldora anticonceptiva, la cual brindó a las mujeres la posibilidad de decidir sobre sus propios cuerpos, sobre su sexualidad y, por lo tanto, sobre la elección de ser madres o no. Aunado a esto, la generalización de la formación universitaria entre las mujeres y la introducción de ideas feministas en el paisaje social colombiano, empezaron a configurar un clima propicio para la formación de nuevas formas de expresión y movilización durante la siguiente década. Como bien lo señala el profesor Álvaro Acevedo durante esta década “la mujer empieza a ser percibida como la dueña de su cuerpo y en la publicidad se muestra vigorosa, sociable, divertida, atractiva, ejerciendo el rol de empresaria, actriz o estudiante”⁴¹⁶.

En cuanto a los espacios del accionar femenino, es posible decir que se ampliaron considerablemente, pues a las labores que venían desempeñando al interior del hogar y en el mundo de lo privado, se le suma toda su labor comunitaria, educativa y su presencia constante en ámbitos como el mundo del entretenimiento y la moda. Del mismo modo, durante este período se logra observar un crecimiento de la presencia de las mujeres en el mundo de la política, en las universidades, en el sector laboral y además en el ambiente cultural, donde ya no resultaba una rareza la figura de la mujer escritora o artista.

⁴¹⁵ LUIS, Nuria. ¿Hacia dónde va la moda futurista? *Vogue*. 5 de febrero 2021.

⁴¹⁶ TARAZONA, Álvaro. 1968. Historia de un acontecimiento. Utopía y revolución en la Universidad Colombiana. Op, cit., pp. 297-298.

2.2.3 Los años setenta y principios de los ochenta: las mujeres y la inclusión.

La década de 1970 dio inicio en medio de un ambiente de revolución ideológica y cultural que no solo se apoderó de las grandes capitales del mundo, sino también de América Latina y Colombia. En lo referente a la situación internacional mientras la Guerra Fría se encontraba en su mayor apogeo haciendo ebullición conflictos en la península Indochina, África y Medio Oriente, la Guerra de Vietnam entraba en su etapa final, convirtiéndose en un enorme revés para el gobierno de los Estados Unidos que no halló una salida victoriosa en aquel conflicto. Tal situación, como afirma el profesor César Augusto Ayala, renovó el entusiasmo de quienes luchaban en el “Tercer Mundo” por una democracia libre de las presiones de los imperialismos, además de marcar el inicio de la expansión del comunismo a países como China y el desplome del colonialismo en Ghana y Egipto, lugares que terminaron adoptando gobiernos populistas radicalizados que irradiaron cierta influencia sobre algunos gobiernos latinoamericanos⁴¹⁷.

En América Latina esta década también se caracterizó por un entusiasmo revolucionario que, a la par que buscaba soluciones e impregnaba el futuro con un cierto optimismo promulgado por los movimientos políticos ubicados entre el populismo y el comunismo, coexistía con las enormes y antiguas problemáticas sociales que seguían definiendo la situación de la mayoría de los países del continente. Si bien, el triunfo de la Revolución Cubana en 1959 había marcado el inicio de una onda expansiva revolucionaria y una solución a los problemas históricos de Latinoamérica, durante los años setenta el ambiente político también recibió un fuerte estímulo proveniente de gobiernos como el de Salvador Allende en Chile, Juan José Torres en Bolivia, Juan Velasco Alvarado en Perú y Omar Torrijos en Panamá⁴¹⁸.

⁴¹⁷ AYALA, Cesar Augusto. Colombia en la década de los años setenta del siglo XX. *Anuario colombiano de historia social y de la cultura*. 2003. No. 30,1, p. 320.

⁴¹⁸ Ibid.

En Colombia, por otra parte, el inicio de la década de 1970 estuvo demarcado por un creciente temor del sistema bipartidista a perder el poder político, esta vez, de forma definitiva debido al ambiente de movilización social y protesta que rápidamente se extendía por todos los rincones del mundo y se apoderaba de Latinoamérica, exigiendo democracia y reformas de todo tipo. Como afirma el profesor Ayala:

Había distinguido al anterior decenio la presencia en el escenario político de un amplio número de agrupaciones políticas que competían entre sí por el favor popular y que combatían en tonos distintos el excluyente sistema del Frente Nacional. Sin embargo, hacia 1969 habían sucumbido, estaban disminuidas o las había devorado el bipartidismo. La Anapo, en cambio, pudo resistir gracias a una pertinaz lucha de diez años que la convirtieron en el movimiento político de oposición más importante y de mayor recepción en el país [...] El sistema del bipartidismo tradicional pasó a la década de 1970 con el temor real de perder el poder político. No se trataba como en 1946 del eventual peligro de perder el liberalismo el poder. Ahora el poder lo perdería el bipartidismo todo. Por primera y única vez en la historia política del país los colombianos votarían para Presidente, senadores, representantes, diputados y concejales en un solo día⁴¹⁹.

Con este panorama, las elecciones de 1970 presagiaban el regreso del General Rojas Pinilla a la presidencia, esta vez, por vía electoral, al igual que el final del Frente Nacional, el cual, durante los últimos años no había gozado de la mayor aceptación entre los colombianos como lo demostraban las altas tasas de abstención electoral en las votaciones, las variadas formas de protesta social y el ascenso paulatino de la ANAPO*, que se fue posicionando como el movimiento político de oposición más importante y de mayor recepción en el país. Además, ésta sería la última votación dentro del sistema acordado por los partidos tradicionales y aprobado mediante el plebiscito de 1957, lo que hizo de esta campaña presidencial un suceso verdaderamente intenso.

⁴¹⁹ Ibid., p. 325.

* La Alianza Nacional Popular fue un partido político colombiano fundado como movimiento en 1961 por Gustavo Rojas Pinilla y desaparecido en 1998. La ANAPO integró a partidarios de varias corrientes ideológicas: liberales, conservadores, militares y socialistas. Ha sido catalogada como un partido de izquierdo, no obstante, sus dirigentes siempre señalaron que sus posiciones económicas, especialmente sobre la propiedad privada, no era la misma que la de socialistas o comunistas.

Como candidatos presidenciales se postularon tres conservadores: Misael Pastrana, Belisario Betancour y Evaristo Sourdis, frente a la oposición encabezada por Gustavo Rojas Pinilla. Tal situación llevó a un ambiente de polarización, principalmente, alrededor de los nombres de Pastrana y Rojas, lo que condujo al entonces presidente, Carlos Lleras Restrepo, a romper con su imparcialidad y proceder contra el candidato de la ANAPO a través de una alocución en la que habló de “la necesidad de evitar el ascenso de Rojas”⁴²⁰. Por su parte, el expresidente Alberto Lleras Camargo se encargó de atemorizar a los electores días antes de los comicios, señalando que el éxito del General equivaldría a un nuevo golpe de Estado⁴²¹. Pese a todo esto, el apoyo popular a la ANAPO aumentó, al punto, que los primeros datos electorales le daban el triunfo a Rojas Pinilla.

Los resultados de las elecciones del 19 de abril, en las que se declaró ganador a Misael Pastrana, no fueron los esperados, pues dejaron la sensación de que se había cometido fraude electoral contra Rojas Pinilla, cuestión que años más tarde se daría por hecho⁴²². Como reacción ante este resultado en Bogotá, Cali y Medellín hubo fuertes disturbios que obligaron al presidente Lleras a decretar estado de sitio y toque de queda en todo el territorio nacional. Con la intención de tomar medidas frente al levantamiento general de la población, además se ordenó el arresto domiciliario de María Eugenia Rojas y de su padre⁴²³.

Junto a esto, durante los siguientes años se vivió una represión en contra de los miembros de la ANAPO, así como un bloqueo en las iniciativas de legisladores anapistas, lo que, aunado al recuerdo de las irregularidades en las elecciones,

⁴²⁰ El Tiempo. Bogotá. 1 de diciembre de 1999. p. 10.

⁴²¹ TORRES DEL RIO, César Miguel. Colombia siglo XX. Desde la Guerra de los Mil Días hasta la elección de Álvaro Uribe. Op. cit., p. 237.

⁴²² ACUÑA RODRÍGUEZ, Olga Yanet. Las elecciones presidenciales de 1970 en Colombia a través de la prensa. Un fraude nunca resuelto. *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras*. 2015. vol. 20, pp. 217-239

⁴²³ AYALA, Cesar Augusto. El populismo atrapado, la memoria y el miedo: el caso de las elecciones de 1970. Medellín: La carreta editores, Universidad Nacional de Colombia. 2006. pp.183-200.

propició la aparición de la organización guerrillera urbana denominada Movimiento 19 de abril (M19), la cual reunía entre sus miembros a personajes sumamente diversos como anapistas, universitarios, guerrilleros de otros movimientos, intelectuales y cristianos con inclinaciones sociales. Sin duda, esta guerrilla fue la más popular de la década de los setenta en el país, entre otros factores porque su discurso no reproducía el dogmatismo comunista de las demás guerrillas⁴²⁴, lo que la llevó a participar del conflicto armado interno colombiano desde enero de 1974 hasta su desmovilización en marzo de 1990.

Posterior a esto, las primeras elecciones pos Frente Nacional se llevaron a cabo en medio de un ambiente de aparente renovación política debido a que el país, nuevamente, regresaba al libre juego de los partidos. No solo culminaba la alternancia en la presidencia y con ello el pacto del Frente Nacional, sino que se instauraba una nueva coalición política independiente que pasaría a denominarse el *tercer partido*⁴²⁵. Como candidatos a las elecciones presidenciales de 1974 se presentaron tres hijos de expresidentes: Alfonso López Michelsen, hijo de Alfonso López Pumarejo, por el partido liberal; Álvaro Gómez Hurtado, hijo de Laureano Gómez, por el partido conservador; y María Eugenia Rojas, hija del General Gustavo Rojas Pinilla, como candidata de la ANAPO. En esta ocasión, el candidato liberal que esgrimía un aura progresista y se hacía llamar “el presidente de la esperanza”⁴²⁶, resultó ganador con más de dos millones de votos. Su mandato no colmó las expectativas de los colombianos que vieron en su gobierno una prolongación del Frente Nacional y, contrario a lo esperado, fue percibido como un régimen represivo que conllevó a diversos problemas de orden público y seguridad nacional⁴²⁷.

⁴²⁴ TRUJILLO ARIAS, Ricardo. Historia de Colombia Contemporánea (1920-2010). Op. Cit., p. 216.

⁴²⁵ AYALA, Cesar Augusto. Colombia en la década de los años setenta del siglo XX. Op, cit., p. 325.

⁴²⁶ El Tiempo. Bogotá. 22 de abril de 1974. p. 9.

⁴²⁷ AYALA, Cesar Augusto. Colombia en la década de los años setenta del siglo XX. Op, cit., p. 326.

Años más tarde, las elecciones de 1978, en las que se declaró ganador a Julio César Turbay, transcurrieron en medio de un ambiente de crisis en la participación electoral, pues como señala Jorge Orlando Melo “los partidos habían perdido buena parte de su capacidad de lograr la adhesión de sectores populares por obra de los mismos acuerdos frentenacionalistas”⁴²⁸ y esta apatía se vio reflejada en las urnas, donde se registró una participación casi igual a la de 1958, un cifra preocupante teniendo en cuenta que la población urbana del país había aumentado considerablemente, el número de colombianos con algún tipo de educación también y los medios de comunicación, prensa, radio, televisión, empezaban a tener mayor alcance entre la población de todo los niveles socioeconómicos.

Por su parte, el desarrollo de los movimientos populares en Colombia tuvo su clímax de rebeldía durante gran parte de esta década, antes de su agotamiento hacia los años ochenta⁴²⁹. El año 1971 marcó el hito inicial de las movilizaciones con la invasión masiva de tierras por parte de los campesinos, el resurgimiento del paro cívico y las movilizaciones estudiantiles⁴³⁰. En este primer período que, según los profesores Francisco de Rox y Cristina Escobar, se extendió hasta 1974, el movimiento campesino se constituyó como el principal protagonista de la agitación social que además respaldaron los estudiantes, quienes ya venían en conflicto con el gobierno desde que la cláusula del plebiscito de 1957, la cual comprometía al Estado a invertir el 10% del presupuesto en la educación pública, nunca se cumplió. Con esto, el movimiento estudiantil se convirtió en una enorme fuerza de apoyo para

⁴²⁸ MELO, Jorge Orlando. El frente nacional. Reformismo y participación política. Estrategia Económica y Financiera, Julio de 1978.

⁴²⁹ ACEVEDO TARAZONA, Álvaro. Memorias de una época. El movimiento estudiantil en Colombia en los años sesenta y setenta del siglo XX. Op, cit., p. 109.

⁴³⁰ DE ROX, Francisco y ESCOBAR, Cristina. Una periodización de la movilización popular en los setenta. *SEMINARIO DE MOVIMIENTOS SOCIALES EN AMÉRICA LATINA UNU-PAL-FLACSO*. (noviembre 1983: San José de Costa Rica). p. 95.

las distintas luchas de la sociedad civil: campesinos, comerciantes, transportadores y maestros⁴³¹. Como señala el profesor Álvaro Acevedo:

En 1971 y 1977 el estudiantado se pondría a la vanguardia de las luchas sociales, y pese a que el fin perseguido –demoler el sistema– jamás fue alcanzado, pudo sacar a flote toda esa fuerza contestataria que habían incubado desde la creación del Frente Nacional en un contexto planetario de transformaciones culturales, revueltas estudiantiles, luchas en contra de las dictaduras militares, arengas antiimperialistas, Guerra Fría y la Revolución cubana⁴³².

Un segundo período del movimiento popular se ubicó entre 1975 y 1978, momento en el que menguó la fuerza del movimiento rural y se dio un crecimiento del movimiento cívico-popular urbano. Durante estos años, se registró al menos el 60% de todos los paros cívicos efectuados desde 1971 a 1981 y, además, se llevó a cabo el Paro Cívico Nacional de 1977, considerado el movimiento social de mayor impacto hasta el momento⁴³³. La actividad huelguística del movimiento obrero-sindical también presentó su mayor aumento en este período debido a variadas causas económicas que llevaron a que los salarios manufactureros y de servicios alcanzaran, en 1977, el nivel más bajo registrado en la década, así como un alza récord en los precios de los alimentos⁴³⁴. Además, afirman de Rox y Escobar:

Este período tampoco escapa al Estado de Sitio como recurso del gobierno para hacerle frente al movimiento popular. El 12 de Junio de 1975 es declarado parcialmente en tres departamentos (donde se han efectuado 10 paros cívicos, algunas invasiones de tierra y movimientos estudiantiles) y catorce días más tarde se extiende a la totalidad del territorio nacional, con un intervalo posterior de tres meses, hasta el 7 de Agosto de 1978 cuando López Michelsen deja la presidencia de la República. El contenido de los decretos dictados bajo este régimen está muy estrechamente relacionado con las modalidades y formas de acción de los paros cívicos que se hallan en pleno auge. La agresión contra los derechos de huelga es también característica de este período, con una percepción especial a los empleados públicos y a todo el sindicalismo en general con motivo del paro nacional del 77.

⁴³¹ ACEVEDO TARAZONA, Álvaro. Memorias de una época. El movimiento estudiantil en Colombia en los años sesenta y setenta del siglo XX. Op, cit., p. 109.

⁴³² Ibid.

⁴³³ DE ROX, Francisco y ESCOBAR, Cristina. Una periodización de la movilización popular en los setenta. Op, Cit., p. 99.

⁴³⁴ Ibid., p. 100.

Una tercera etapa del desarrollo de los movimientos populares en Colombia se situó entre el 1979 y 1981, cuando empezó a darse un descenso considerable de las movilizaciones populares debido a decretos como el 2193, 2194 y 2195 que penalizaron la perturbación del espacio público, las reuniones públicas sin permiso, y la obstaculización del tráfico⁴³⁵, medidas restrictivas dictaminadas por el gobierno de López Michelsen y que tuvieron continuidad con el establecimiento del Estatuto de Seguridad, decretado a finales de 1978, por la administración de Turbay Ayala⁴³⁶, quien intentó regular y prohibir la protesta social con el fin de frenar el crecimiento de los movimientos guerrilleros⁴³⁷. Esto, evidenció un cambio en el ritmo de las movilizaciones que se venían efectuando y además dio lugar a un proceso más silencioso de organización que, a la par del naciente fenómeno del narcotráfico y la intensificación de la violencia, desbordaron las problemáticas incubadas desde la primera mitad del siglo XX.

Cabe señalar que este impulso organizativo también se extendió a los sectores femeninos, los cuales durante buena parte de las décadas del setenta y el ochenta empezaron a figurar en la escena pública nacional de la mano del surgimiento de grupos feministas de distintas tendencias. Si bien, desde el decenio anterior las mujeres venían implementando una multiplicidad de estrategias de participación social, que fueron menos visibles por encontrarse vinculadas a actividades partidistas, al trabajo voluntario, cívico-político y comunitario, éstas contribuyeron a que unas pocas se posicionaran como líderes e integrantes de la burocracia, lo que no implicó la obtención de una verdadera influencia sobre los partidos políticos a los que pertenecían, ni en las decisiones del Estado, pues no hubo posibilidad alguna

⁴³⁵ SANTANA, Pedro. Desarrollo regional y paros cívicos. Bogotá: CINEP ed. Presencia. 1983. p. 161.

⁴³⁶ Ibid., p. 101.

⁴³⁷ JIMÉNEZ, Catalina. El Estatuto de Seguridad, la aplicabilidad de la doctrina de la Seguridad Nacional en Colombia. *Colección*. 2009. No. 20, pp. 75-105.

de ejercer una presión reivindicativa que devolviera las esperanzas que las mujeres habían puesto en la obtención del voto⁴³⁸.

Tal como señala Olga Amparo Sánchez⁴³⁹ es después de 1970 que las mujeres se organizan e irrumpen nuevamente en la escena pública nacional, esta vez de forma diferente a como lo habían hecho las sufragistas en años anteriores, pues éstas se caracterizaron por ser respetuosas de las instituciones y del lugar que la cultura les otorgaba, mientras que las nuevas organizaciones femeninas pusieron sobre la mesa temas más radicales como la igualdad de géneros, la sexualidad, el aborto y la libertad para decidir sobre el cuerpo. Aunado a esto, una conciencia feminista comenzó a extenderse, principalmente, entre las mujeres de clase media y alta que desde el ámbito teórico se vieron influenciadas por el existencialismo francés encabezado por autores como Simone de Beauvoir y Jean Paul Sartre, así como por las ideas provenientes del feminismo norteamericano. Como apunta Magdala Velásquez:

Por estos días, el feminismo radical hizo su aparición en el escenario social colombiano, provocando a izquierdistas y derechistas de la época con su conducta irreverente, su desparpajo para hablar públicamente de la intimidad femenina y del patriarcalismo masculino y con unas ganas irrefrenables de escandalizar a una sociedad pacata y cerrada; cultivaban el feísmo en una sociedad apegada a los estereotipos de la belleza de reinas y de reinados, se quitaron el brasier y cuestionaron dogmas y verdades de cualquier tipo relacionados con las mujeres⁴⁴⁰.

Estas ideas libertarias rápidamente pasaron de ser solo discusiones universitarias, traídas a Colombia por medio de la experiencia histórica de las mujeres que estudiaron en el exterior durante los años de efervescencia cultural, a ser propuestas estudiadas y debatidas en organizaciones sindicales femeninas,

⁴³⁸ LUNA, Lola y VILLAREAL, Norma. Historia, género y política: movimientos de mujeres y participación política en Colombia 1930-1991. Op. Cit., p. 169.

⁴³⁹ SÁNCHEZ, Olga Amparo. El movimiento social de mujeres. La construcción de nuevos sujetos sociales. En: *La historia de las mujeres en Colombia. Tomo I. Mujeres, historia y política*. Bogotá: Norma. 1995. pp. 379-402.

⁴⁴⁰ VELASQUEZ, Magdala. La condición de las mujeres colombianas a fines del siglo XX. En: *Nueva historia de Colombia, Tomo IX*, Bogotá: Planeta. 1989 y 1998, pp. 63.

campesinas y populares, es decir, se volvieron parte de las preocupaciones cotidianas de las mujeres de a pie. Como afirma Yolanda Gonzáles:

En los espacios creados por las mujeres, la magnitud de la empresa que las reunía no podía sospecharse; entre indignación o risas surgían ejemplos que ilustraban la manera "anterior" de ser pensadas y de pensarse. Sin embargo, había en ello un cambio importante: se compartían experiencias, rompiendo con la versión solitaria, se hablaba rescatando o tomando distancia de situaciones nunca antes pensadas, en otras voces se reconocían preocupaciones íntimas, los nombres propios se renovaban, la vida cotidiana surgía como fuente inagotable de preguntas, de saber; se relataba, se escuchaba, en fin, se creaba una comunidad de mujeres en busca de formular ideas, de encontrar sus propias palabras, su punto de vista, de proponerse trabajos, de tomarse en serio, de respetarse mutuamente y tejer con todo ello valiosos lazos de amistad⁴⁴¹.

En este sentido, una nueva línea de segmentaridad flexible o molecular empieza a trazarse a partir de la incursión de las mujeres en las formas de movilización social de los años setenta pues, aunque la población femenina ya se había organizado en décadas anteriores, no es hasta este momento que se logra observar una plena intención de socavar las bases del orden social, que rigen y controlan las posibilidades de la mujer en la sociedad colombiana, con el fin de conseguir de una vez por todas el reconocimiento de su igualdad con el género masculino. En este punto el proceso de *devenir-mujer* se muestra con más fuerza ya que, al apropiarse de distintas formas de enunciación en el espacio público, las mujeres se reconocen a sí mismas como sujetos y, al mismo tiempo, como parte de una colectividad que debe reivindicar su posición.

De acuerdo con lo anterior, es posible observar que comenzando la década del setenta organizaciones gremiales como la Asociación Femenina de Profesionales, El Colegio Nacional de Abogadas, la Asociación Médica Femenina, el Capítulo Colombiano de la Asociación de Mujeres Profesionales de Negocios y el Capítulo Colombiano de la Asociación Mundial de Mujeres Escritoras y Periodistas, que

⁴⁴¹ GONZÁLES, Yolanda. Movimiento de mujeres en los años 60 y 70. En: La historia de las mujeres en Colombia. Tomo I. Mujeres, historia y política. Bogotá: Norma. 1995. p. 272.

reflejaban el acceso de las mujeres de estratos medios y altos al mundo profesional, empezaron a hacerse más visibles. Del mismo modo en que las organizaciones de secretarías como la Asociación de Secretarías y Oficinistas, y la de trabajadoras domésticas⁴⁴² como la Asociación Nacional de Empleadas del Servicio Doméstico⁴⁴³, propiciaron la exposición de las necesidades e intereses de las mujeres trabajadoras, lo que les otorgó mayor visibilidad en el mundo laboral y consolidó su importancia como agentes de desarrollo social en el país.

Estas preocupaciones se vieron cristalizadas en reuniones como el Encuentro Nacional Femenino llevado a cabo entre el 25 y el 30 de noviembre de 1970 y convocado por la Confederación de Trabajadores de Colombia (CTC), y la II Asamblea Nacional de Abogadas, llevada a cabo en el mes de julio del mismo año, los cuales abrieron la puerta al debate de la importancia del papel de las mujeres en el cambio social, los derechos femeninos en la familia y las reivindicaciones de los sectores populares⁴⁴⁴. En dichos eventos las asistentes manifestaron su apoyo al programa de planificación familiar implementado por el gobierno, el mejoramiento de las condiciones laborales femeninas, la necesidad de educación para las mujeres, así como su respaldo a los proyectos sobre matrimonio civil como único reconocido ante el Estado, el divorcio vincular y la consagración de la libertad de culto, que el Colegio de Abogadas venía preparando para presentar ante el Congreso de la República⁴⁴⁵.

De otro lado, la participación de las mujeres en la política tradicional continuó atada a las dinámicas partidistas, en la cuales primó su representación como fuerza electoral, más que la posibilidad de posicionarse como candidatas electorales y asumir puestos de poder. Esto, sin duda, fue un aliciente más para el fuerte

⁴⁴² El Tiempo. Bogotá. 9 de octubre de 1970. p. 7.

⁴⁴³ LUNA, Lola y VILLAREAL, Norma. Historia, género y política: movimientos de mujeres y participación política en Colombia 1930-1991. Op. Cit., p. 160-162.

⁴⁴⁴ Ibid. p. 161.

⁴⁴⁵ El Tiempo. Bogotá. 14 de julio de 1970. p. 24.

abstencionismo que se presentó durante los últimos gobiernos del Frente Nacional y que se tornó más agudo en los siguientes años, principalmente, entre la población femenina, pues como lo señalan Patricia Pinzón de Lewin y Dora Rothlisberger, la falta de interés por los fenómenos políticos fue la principal causa de abstención entre las mujeres que no votaron durante los comicios celebrados a lo largo de este período⁴⁴⁶.

Por su parte, los dirigentes de los partidos tradicionales intentaron ganar el favor electoral de la población femenina invitándola a hacer presencia en las urnas, pues, en palabras de Alberto Lleras, su voto “sería decisivo”⁴⁴⁷ a la hora de defender los principios del Frente Nacional, es decir de la democracia. Durante la elección presidencial de 1970, por ejemplo, Virgilio Barco a través de una campaña que promovía la inscripción de cédulas y “una votación caudalosa por el doctor Misael Pastrana”⁴⁴⁸ apeló a la emocionalidad femenina con el fin de contrarrestar el gran apoyo que la ANAPO venía recibiendo y, con ello, las “promesas mentirosas del general Rojas Pinilla”⁴⁴⁹ quien se posicionaba como favorito gracias a su campaña de corte populista, la cual fue dirigida por su hija María Eugenia Rojas, así como Adelaida Sourdis dirigió la campaña de su padre, Evaristo Sourdis.

Después de esto, en 1974 se dio la primera campaña presidencial en la que las mujeres tuvieron mayor visibilidad en el ámbito electoral por cuenta de la candidatura de María Eugenia Rojas, hija del general Rojas Pinilla y candidata presidencial de la ANAPO. Ella manejó un discurso tradicionalista en torno al papel de la mujer en la sociedad colombiana y su importancia en la vida familiar, al mismo tiempo que abogó por múltiples reformas que permitieran una igualdad económica,

⁴⁴⁶ PINZÓN DE LEWIN, Patricia y ROTH LISBERGER, Dora. Participación de la mujer. En: *La mujer y el desarrollo en Colombia*. Bogotá: Asociación Colombiana para el Estudio de la Población ACEP 1977. p. 39.

⁴⁴⁷ El Tiempo. Bogotá. 20 de marzo de 1970. p. 7.

⁴⁴⁸ El Tiempo. Bogotá. 13 de marzo de 1970. p. 2.

⁴⁴⁹ Ibid.

política y educativa para todos los colombianos⁴⁵⁰. Si bien, esta candidatura no llegó a figurar como una gran amenaza para sus contendientes masculinos, sí puso de manifiesto la importancia de las relaciones familiares en la inclusión de las mujeres en cargos de representación popular, como señalan Lola Luna y Norma Villareal, la concesión de este tipo de cargos respondía al vínculo familiar de las aspirantes, por ejemplo, “María Eugenia Rojas era hija de un expresidente, Berta Hernández de Ospina, esposa de un expresidente, Josefina Valencia, hija de un político y hermana de un expresidente e Hilda Jaramillo, senadora del liberalismo, era esposa de un jefe político del Tolima”⁴⁵¹.

Además, cabe destacar que en las mismas elecciones Alfonso López Michelsen orientó su campaña a temas sensibles para la población femenina con el fin de atraer un mayor caudal de votantes, entre sus propuestas se contaba la creación de una legislación que permitiera la igualdad jurídica entre hombres y mujeres, el establecimiento del matrimonio civil y del divorcio civil, así como una equidad salarial que permitiera a las mujeres mejorar su condición económica⁴⁵². Para esto, contó con la asesoría de María Elena de Crovo, una reconocida líder política antioqueña a quien nombraría Ministra de Trabajo durante su mandato y Sara Ordoñez quien sería su Ministra de Comunicaciones.

Resulta importante anotar que, durante su gobierno, López Michelsen intentó cumplir con buena parte de los compromisos adquiridos en campaña, por lo cual creó el Decreto 2820 de 1974, también llamado “Estatuto sobre la igualdad de derechos de hombres y mujeres”, en el que se eliminó la patria potestad que aún ejercían los hombres sobre las mujeres ya fueran sus padres, esposos o hermanos⁴⁵³; la ley 27 de 1974 y el Decreto 626 de 1975, en el que se creaban

⁴⁵⁰ El Tiempo. Bogotá. 21 de abril de 1974. p. 3.

⁴⁵¹ LUNA, Lola y VILLAREAL, Norma. Historia, género y política: movimientos de mujeres y participación política en Colombia 1930-1991. Op. Cit., p. 166.

⁴⁵² El Tiempo. Bogotá. 21 de abril de 1974. p. 3.

⁴⁵³ REPÚBLICA DE COLOMBIA. Decreto 2820 de 1974

instituciones educativas de preescolar; también patrocinó el Seminario Internacional sobre la Mujer y el Trabajo en América Latina, apoyado por la Unión de Ciudadanas de Colombia (UCC) en el que se trataron temas como la condición salarial femenina y la poca protección del Estado a la mujer gestante en el contexto laboral⁴⁵⁴.

De igual forma, es importante mencionar que durante los primeros años de la década del setenta el gobierno también intentó dar cabida a la participación femenina en políticas estatales que contribuían al mejoramiento de la calidad de vida de las mujeres y sus familias como lo fueron los programas de planificación familiar, los programas de participación comunitaria y los programas de créditos para huertas familiares y pequeños ingresos para el hogar, promovidos en el marco de la reforma agraria⁴⁵⁵. Así mismo, durante la administración de Misael Pastrana se creó una Secretaria de Asuntos Femeninos como respuesta a las demandas de organizaciones como la Unión de Ciudadanas de Colombia (UCC) y las agrupaciones femeninas dentro de las organizaciones sindicales, las cuales recalcaron la importancia de la total incorporación de las mujeres dentro del desarrollo social y los demás campos de la vida pública nacional⁴⁵⁶.

El interés de Carlos Lleras Restrepo por otorgar más oportunidades a la población femenina llevó a que se planteara la posibilidad de implementar un servicio social obligatorio para las mujeres de todos los ámbitos sociales y para los hombres que no prestaran el servicio militar, esto con el fin de que a partir de este modelo de inclusión se empezara a concebir la igualdad de capacitación en el empleo y en el servicio tanto para hombres como mujeres⁴⁵⁷. Con el mismo ánimo, se apuntó a proporcionar herramientas frente a los nuevos problemas que traía consigo la vida contemporánea y las nuevas formas de participación en las cuales las mujeres

⁴⁵⁴ WILLS, María Emma. *Inclusión sin representación. La irrupción política de las mujeres en Colombia (1970-2000)*. Bogotá: Editorial Norma. 2007. pp. 166-167.

⁴⁵⁵ LUNA, Lola y VILLAREAL, Norma. *Historia, género y política: movimientos de mujeres y participación política en Colombia 1930-1991*. Op. Cit., p. 164.

⁴⁵⁶ *El Tiempo*. Bogotá. 6 de marzo de 1970. p. 16

⁴⁵⁷ *El Tiempo*. Bogotá. 9 de julio de 1970. p. 1.

empezaban a incursionar como la búsqueda de trabajo, la modificación de la vida familiar, la educación propia y de los hijos, el control natal y la independencia económica⁴⁵⁸.

Con la declaración emitida en la Conferencia Mundial de la Mujer por parte de la Organización de Naciones Unidas (ONU) en la que se nombró a 1975 como el Año Internacional de la Mujer, y el decenio de 1975 a 1985 la Década de la Mujer, se empezó a institucionalizar un discurso sobre las mujeres que incorporó progresivamente las demandas de igualdad y no discriminación que venían agitando el ambiente social desde finales de los sesenta y que se hicieron más visibles en los setenta, aunque de manera aislada y dispersa⁴⁵⁹. Acompañando a estos eventos también se manifestó una creciente influencia del pensamiento feminista, que sirvió de catalizador sobre los grupos y organizaciones que empezaban a surgir en Colombia o que tenían interés directamente sobre la población femenina. En este sentido, tal evento dio dinamismo a algunos procesos nacientes como los estudios sobre la mujer en el ámbito académico y renovó organizaciones de vieja data como las Asociaciones de Voluntariado y la Unión de Mujeres Demócratas⁴⁶⁰.

Con todo esto, la emergencia de grupos feministas logró tener mayor eco y a partir de 1975 fueron apareciendo en Cali, Medellín y Barranquilla las primeras agrupaciones comprometidas, desde una perspectiva social, cultural y política, con las problemáticas que afectaban a las mujeres colombianas. Bajo consignas como "Mi cuerpo es mío" y "Toda penetración es imperialista"⁴⁶¹ se generaron discusiones que al final de esta década se hicieron más radicales y abrieron la puerta a debates

⁴⁵⁸ Ibid., p. 13.

⁴⁵⁹ LAMUS, Doris. De la subversión a la inclusión: Movimientos de mujeres de la segunda ola en Colombia. Op. cit., p. 74.

⁴⁶⁰ MEDRANO, Diana y ESCOBAR, Cristina. Pasado y presente de las organizaciones femeninas en Colombia. Op. cit., p. 245.

⁴⁶¹ SÁNCHEZ, Olga Amparo. El movimiento social de mujeres. La construcción de nuevos sujetos sociales. Op. cit., p. 383.

sobre los grupos de autoconciencia, el lesbianismo, la doble militancia, la autonomía, el aborto, la cotidianidad, el sentido de la familia, la relación de pareja, el poder y la salud reproductiva de las mujeres⁴⁶².

Entre 1977 y 1978 aparecieron más grupos conformados por mujeres que se separaban de las agrupaciones feministas de izquierda en busca de una reflexión menos orientada a la lucha de clases que planteaba la ideología socialista (marxismo, leninismo, trotskismo)⁴⁶³, asimismo, otras adheridas a distintos partidos políticos, optaron por cuestionar los tradicionales ejes de poder en respuesta a las necesidades que planteaban las problemáticas de género. Estos nuevos colectivos se centraron en un análisis sobre el patriarcado y la lucha por espacios propios, lo que devino en la creación de dos tendencias del feminismo: “las feministas con militancia en partidos y las feminista pertenecientes al llamado «feminismo autónomo»”⁴⁶⁴.

En este contexto de redefinición de lo político, las organizaciones femeninas empezaron a pensarse más allá de lo individual y se convirtieron en un medio de búsqueda de conciencia política⁴⁶⁵. En Colombia esta perspectiva se vio influenciada por el feminismo francés y norteamericano, pero se adaptó a la realidad del país a través de “otras prácticas como las de la teología de la liberación y la alfabetización como forma de concientización y la investigación participativa”⁴⁶⁶. Como apunta el texto: *De la subversión a la inclusión: movimientos de mujeres de la segunda ola en Colombia, 1975-2005*:

⁴⁶² Ibid.

⁴⁶³ D’ATRI, Andrea. Feminismo y marxismo: más de 30 años de controversias. *Lucha de Clases, Revista Marxista de Teoría y Política*. 2004. No. 4, 22. https://proletarios.org/books/Datri-Feminismo_y_Marxismo.pdf

⁴⁶⁴ LUNA, Lola y VILLAREAL, Norma. Historia, género y política: movimientos de mujeres y participación política en Colombia 1930-1991. Op. Cit., p. 174.

⁴⁶⁵ MACKINNON, Catherine. Hacia una teoría feminista del Estado. Valencia: Catedra. 1995. p. 156-157.

⁴⁶⁶ LAMUS, Doris. De la subversión a la inclusión: Movimientos de mujeres de la segunda ola en Colombia. Op. cit., p. 103.

En estos grupos, las mujeres descubrimos que muchos problemas considerados como individuales, son colectivos y mantienen un elemento común: la manifestación del poder patriarcal que ocasiona desigualdad entre hombres y mujeres en la vida cotidiana [...] en las relaciones interpersonales, en las organizaciones e instituciones sociales. Producimos una teoría que es resultado de la elaboración del pensamiento y del sentimiento de las mujeres y no una teoría que nos excluye como género y sexo y nos coloca en un plano de secundariedad, imponiéndonos una forma de conocimiento que fragmenta nuestro ser unitario compuesto de razón y sentimiento⁴⁶⁷.

A través de prácticas que permitían a las mujeres concienciarse de su rol dentro de la transformación de su propia situación y la de sus congéneres, se llevaron a cabo procesos de gran importancia como la búsqueda de igualdad jurídica, la inclusión laboral y campañas de movilización alrededor del aborto libre y gratuito. En el caso del aborto, el movimiento feminista colombiano se adhirió a una campaña internacional que culminaría con una manifestación masiva mundial el 31 de marzo de 1979, declarado como día internacional del derecho al aborto. Según Luna y Villareal:

En diciembre de 1978, en el marco de una campaña internacional por el derecho al aborto y en contra de las esterilizaciones forzadas, se reunieron cerca de 300 mujeres de Medellín pertenecientes a la Unión de Mujeres Demócratas, el Frente Amplio de Mujeres, Cuéntame tu vida, el Frente Femenino de Fedeta y ocho grupos independientes de Bogotá, dos de Cali, dos de Medellín, así como otros de Cartagena y Barranquilla. En la reunión se expresaron las dos tendencias: las feministas autónomas que consideraban la opresión sexual como sobredeterminante y las feministas de partido que postulaban el papel de la explotación económica del capitalismo, como el marco privilegiado de la opresión sexual⁴⁶⁸.

En medio de este ambiente, durante el prelude de las elecciones presidenciales de 1978 una mujer perteneciente a la Federación Colombiana de Educadores (Fecode), Socorro Ramírez, se postuló a la Presidencia de la República apoyada por el bloque socialista. Ella tomó estas causas femeninas como bandera de su campaña, además de ofrecer garantías para la salud reproductiva de las mujeres y

⁴⁶⁷ Ibid.

⁴⁶⁸ LUNA, Lola y VILLAREAL, Norma. Historia, género y política: movimientos de mujeres y participación política en Colombia 1930-1991. Op. Cit., p. 178.

la legitimación del derecho al aborto⁴⁶⁹. En 1979 la parlamentaria liberal Consuelo Lleras de Samper encabezó un proyecto que pretendía modificar la legislación penal sobre este tema. Su propuesta despenalizaba el aborto por causa de violación, peligro para la vida de la madre y malformación del feto, pero el proyecto fue archivado y se despertó una enorme oposición masculina liderada, principalmente, por miembros de la iglesia católica encabezada por el Cardenal Aníbal Muñoz Duque. Cabe mencionar que no sería hasta mayo de 2006 que esta ley tendría la posibilidad de ser aprobada.

Según Magdala Velásquez ya en 1978 existía en Colombia un movimiento feminista importante, a pesar de las sustanciales diferencias de perspectiva que coexistían entre los grupos, los cuales tenían una capacidad de convocatoria amplia, se involucraban en la vida social del país y además alimentaban los debates teóricos y políticos sobre las condiciones de las mujeres. De este modo, se fue formando el ambiente propicio para que el gobierno presentara al congreso la “Convención para la eliminación de todas las formas de discriminación contra la mujer” aprobada por las Naciones Unidas en 1979 y en Colombia mediante la Ley 051 de 1981. Asimismo, en 1980, se creó un órgano dependiente de la Presidencia con responsabilidad de hacer intervención en favor de las mujeres y un Consejo Nacional para la Integración de la Mujer al Desarrollo, entidades que finalmente no llegaron a funcionar por falta de recursos⁴⁷⁰.

Para inicios de la década de 1980 las mujeres ya habían ganado un espacio en la esfera política nacional gracias al papel del movimiento social femenino, el cual se consolidó durante los últimos años de la década del setenta y a la importancia que adquiriría la presencia femenina en las altas esferas del poder. Con esta idea en mente, durante la presidencia de Belisario Betancour (1982-1986) se decidió

⁴⁶⁹ VELASQUEZ, Magdala. La condición de las mujeres colombianas a fines del siglo XX. En: Nueva historia de Colombia, Tomo IX. Op, cit., p. 64.

⁴⁷⁰ Ibid.

nombrar exclusivamente a mujeres en todos los viceministerios, así como se hicieron visibles nombramientos públicos de profesionales como Noemí Sanín, Sara Ordóñez y María Cristina Mejía de Mejía. Como menciona María Emma Wills: “estas designaciones dieron inicio al arribo de las “altas ejecutivas” a las instituciones. A pesar de ser en principio gestos individuales, estos, con el tiempo se convirtieron, poco a poco, en una tendencia que se afianzaría en la década de los noventa”⁴⁷¹.

Además, en el mundo académico también empezaron a surgir iniciativas de reivindicación femenina, generalmente escritas por investigadoras y activistas que etiquetaron estas experiencias con el nombre de “movimiento feminista/de mujeres”⁴⁷², debido a la heterogeneidad que éste manifestó al visibilizar las variadas orientaciones de las mujeres y movimientos que lo integraron. Vale destacar que los estudios realizados durante estas dos décadas, en principio, tuvieron un carácter más sociológico o antropológico que histórico, entre los que sobresalen trabajos como *Las colombianas ante la renovación universitaria* (1971) de Lucy Cohen, *Familia y cultura en Colombia* (1975) de Virginia Gutiérrez de Pineda y *La mujer y el desarrollo* (1977) Magdalena León. Estos trabajos abrieron la puerta para que más adelante se consolidara toda una línea investigativa en torno al papel de las mujeres en la historia del país, así como de los movimientos sociales analizados bajo categorías feministas.

En consonancia con esta atmósfera, durante el mes de junio de 1981 se llevó a cabo en Bogotá el I Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe en donde se reunieron cerca de doscientas feministas latinoamericanas para conocerse e intercambiar ideas que contribuirían con el avance del movimiento en cada país⁴⁷³.

⁴⁷¹ WILLS, María Emma. Inclusión sin representación. La irrupción política de las mujeres en Colombia (1970-2000). Op. cit., 165.

⁴⁷² LAMUS, Doris. De la subversión a la inclusión: Movimientos de mujeres de la segunda ola en Colombia. Op. cit., p. 46.

⁴⁷³ NAVARRO, Marysa. El primer encuentro feminista de Latinoamérica y el Caribe. En: *Sociedad, subordinación y feminismo. Debate sobre la mujer en América Latina y el Caribe: Discusión acerca*

Como lo describió Marysa Navarro, este fue un encuentro para tratar la multiplicidad de temas que giraban en torno al feminismo y a la lucha política, pero también para crear vínculos de tolerancia entre las participantes, pues:

Si bien lo que unía a todas las participantes era el trabajar en organizaciones de mujeres y para mujeres, esto no quiere decir que todas concibieran el feminismo de la misma manera o tuvieran el mismo compromiso con él. Venían además con experiencias personales muy distintas, de países que si bien comparten ciertas características comunes también tienen diferencias políticas, económicas, culturales y raciales entre ellos, así como las tienen en sus relaciones de dependencia con los Estados Unidos. La mayor parte se había iniciado en la actividad política, a través de un compromiso con partidos políticos de izquierda. Algunas habían abandonado la militancia en un partido para dedicarse de lleno al feminismo [...]. Algunas habían pasado temporadas de estudio o de turismo en los Estados Unidos o Europa y estaban en contacto con feministas de esos países desde hacía años. Muchas salían por primera vez de su país, no habían asistido en su vida a una reunión de feministas y no habían hablado nunca con lesbianas⁴⁷⁴.

A este evento asistieron grupos de Bogotá, Cali, Cartagena, Medellín y Manizales, y aunque luego de esto muchos de ellos desaparecieron o se fusionaron con otros, contribuyeron al proceso político que se venía gestando en el que la inclusión y la equidad femenina fueron el principal objetivo de la reflexión y la acción. Cabe señalar que para 1984 algunas de las organizaciones feministas y de mujeres también se sumaron al proceso de paz que convocó el gobierno de Belisario Betancur. Sin embargo, la esperanza se perdió cuando se produjo la toma del Palacio de Justicia el 6 de noviembre de 1985. Con esta problemática expuesta, como mencionan Luna y Villareal, las mujeres se tomaron las calles el 25 de noviembre, día de la no violencia contra la mujer, para reclamar la paz y además para exigir más políticas de intervención a favor de la población femenina⁴⁷⁵.

En los siguientes años de la década de 1980 los procesos que buscaron la visibilidad de las mujeres continuarían avanzando como respuesta a todos los

de la Unidad Producción-Reproducción, Vol. III. Bogotá: Asociación Colombiana para el Estudio de la Población. 1982. pp. 261-266.

⁴⁷⁴ Ibid.

⁴⁷⁵ LUNA, Lola y VILLAREAL, Norma. Historia, género y política: movimientos de mujeres y participación política en Colombia 1930-1991. Op. Cit., p. 180.

cambios ligados con la modernización del país y a las problemáticas sociales, así como a las nuevas dinámicas que trajo consigo la vida contemporánea. Con esto, en el marco de una estrategia de inclusión, el gobierno intentó vincular a buena parte de la población femenina a programas sociales y en puestos de decisión política, también se hizo necesario diseñar nuevas políticas para la mujer campesina y estrategias para mejorar las condiciones laborales de las trabajadoras.

Junto a este recorrido, es importante recordar que el proceso de *devenir-mujer* puede comprenderse como una experiencia por la que atraviesa la población femenina, de forma colectiva e individual, en cuanto se apropian de su historia, su subjetividad y al mismo tiempo se reconocen a sí mismas como sujetos de enunciación⁴⁷⁶. En este sentido, se logra observar que durante este último período se hace más visible el proceso de *devenir-mujer* en la sociedad colombiana, debido a que todas las representaciones “moleculares” que fueron surgiendo a lo largo de los años en que las mujeres intentan reclamar sus derechos y abrirse un lugar en la esfera pública, desembocan en la adquisición de una conciencia política, además de una interpretación de lo femenino totalmente nueva.

Dicho esto, se puede notar que el proceso de inclusión de las mujeres al ámbito público en el país tuvo, durante la década de 1970 y los primeros años de los ochenta, una fuerte influencia de dos vertientes que mostraron gran sensibilidad en torno al tema de la mujer. Por un lado, las políticas internacionales dirigidas a mejorar las condiciones de vida de la población femenina a través de su integración a favor del desarrollo y del reconocimiento de su igualdad frente a los hombres, ejercieron cierta presión sobre el gobierno nacional que empezó a otorgar espacios para que las mujeres pudieran desempeñarse fuera de sus roles tradicionales. Por otro lado, los avances investigativos que se promovieron desde el campo académico y su coincidencia con el contexto internacional, preocupado por visibilizar la historia

⁴⁷⁶ Ibid. p. 278.

de las mujeres, lograron consolidar iniciativas que se vieron plasmadas en el acontecer social.

Si bien, durante estos años se observó el surgimiento de la mayoría de grupos feministas que tomarían protagonismo décadas más tarde, su desapego a la institucionalidad, su carácter informal, aislado y muchas veces exclusivo, impidió la consolidación de una fuerza unitaria capaz de articular las diversas miradas del feminismo en pro de un objetivo común. No obstante, es posible afirmar que las décadas de 1970 y 1980 constituyeron un prelude sumamente importante para la consolidación del movimiento de mujeres que durante los años noventa lucharía contra todas las formas de discriminación, exclusión y explotación de las mujeres.

En el ámbito estético todo este ambiente de cambio y revolución también se vio reflejado en las formas de vestir y de concebir la moda. Un primer momento, que se prolongó hasta mediados de los setenta, reflejó la continuación del ideal *hippie* de anticapitalismo y libertad en el estilo de las jóvenes con la utilización de prendas con estampados étnicos, coloridas y anchas, accesorios llamativos y una autonomía inimaginable a la hora de combinar las prendas, que muchas veces no distinguían género⁴⁷⁷. Sin embargo, este tipo de estética empezó a variar de modo tal que en remplazo de los clásicos zapatos de tacón y las sandalias planas llegaron las plataformas, excéntricas y coloridas, al igual que se reemplazó la minifalda por pantalones.

En el caso es esta última prenda, como es sabido, se erigió como símbolo por excelencia de la revolución sexual de los años sesenta, momento en el que las mujeres perdieron el miedo de mostrar sus piernas y empezaron a utilizar faldas que variaban de altura. No obstante, a partir de enero de 1970 las casas de moda en París empezaron a introducir faldas largas en las pasarelas, “maxis y midis”⁴⁷⁸,

⁴⁷⁷ El Tiempo. Bogotá. 31 de enero de 1970. p. 27.

⁴⁷⁸ El Tiempo. Bogotá. 30 de diciembre de 1970. p. 20.

las cuales posteriormente empezaron a ser acompañadas de blusas “retro”⁴⁷⁹, combinaciones que rápidamente se robaron la atención del público femenino y entablaron una competencia con las minifaldas que seguían en furor en los Estados Unidos. Ante tal conflicto, el pantalón tomo mayor protagonismo⁴⁸⁰, ahora como sinónimo de empoderamiento femenino más que de masculinidad.

Después de 1975 se da un segundo momento en la forma de concebir la moda, pues ésta empieza a reflejar mayor dinamismo debido a que la estética relajada y tranquila que caracterizaba al movimiento *hippie* empieza a perder su impulso renovador, dando paso a una estética mucho más arriesgada que incorporó la influencia de la música disco, estafalaria y colorida con la rudeza de las figuras rebeldes del momento, encarnadas en los *rockeros*, quienes se caracterizaron por sus cabellos largos, chaquetas de cuero y pantalones *skinny*⁴⁸¹.

Visto así, todos los acontecimientos que circundaron la situación social, política y cultural del país durante los años setenta y principios de los ochenta revolucionaron por completo la representación de la mujer que se había heredado de décadas anteriores. Aunque la imagen de esposas, madres y amas de casa no se disipó por completo sí se puede decir que dejó de ser el único devenir en el horizonte femenino, pues también empezaron a aparecer representaciones de mujeres con estilos de vida totalmente distintos al matrimonio que mostraban en la soltería, o en el divorcio, otras posibilidades de independencia derivadas de las nuevas tendencias ideológicas, sociales, económicas y políticas que el paulatino proceso de incorporación femenina a la esfera pública brindaba a las mujeres colombianas.

Como menciona María Carolina Cubillos⁴⁸² imágenes como la de *mujer-trabajadora*, *mujer-icón*, *mujer-modelo* y *mujer-reina*, creadas a partir del proceso de liberación

⁴⁷⁹ El Tiempo. Bogotá. 24 de diciembre de 1972. p. 24.

⁴⁸⁰ El Tiempo. Bogotá. 14 de julio de 1970. p. 15.

⁴⁸¹ El Tiempo. Bogotá. 31 de diciembre de 1972. p. 12.

⁴⁸² CUBILLOS, María Carolina. Mujeres en el papel: representaciones de la mujer en el discurso de la moda, 1960-1970. *Historia y Sociedad*. 2014, No. 26. pp. 209-236.

por el que atravesó la población femenina colombiana, con la ayuda de influencias extranjeras como el cine y la moda, generalizadas en el mundo capitalista, reemplazaron paulatinamente la representación tradicional de la mujer, al mismo tiempo que erigieron una concepción de lo que debían ser las mujeres modernas.

Por un lado, la *mujer-trabajadora* fue el primer eslabón que ligó a las antiguas representaciones con las modernas, pues ella tuvo que asumir dos roles diferentes para encajar en un mundo que se empezaba a modernizar⁴⁸³; la *mujer-icón* sobresalía no solo por su poder económico, sino también por su reconocimiento dentro del ambiente social gracias a su belleza y elegancia⁴⁸⁴; la *mujer-modelo* encarnó una forma modernizada del rol estético femenino⁴⁸⁵, al igual que la *mujer-reina* que continuó siendo la mezcla de los valores femeninos, modernos y tradicionales, encarnados en una figura desarrollada para participar en el estímulo del consumo y las actividades de beneficencia⁴⁸⁶.

De otro lado, la reivindicación de la mujer como sujeto político, individual y autosuficiente significó la posibilidad de reclamar su igualdad frente al género masculino, cuestión que sin duda marcó el panorama social de este período y dio lugar a la representación de la mujer militante, debido a la alta adhesión de mujeres a grupos feministas que se conformaron en pro de distintos intereses y alrededor de los cuales se organizó la población femenina de entonces. Fue a partir de este autorreconocimiento que empezó a consolidarse un verdadero cambio que logró visibilizar tanto temas relacionados con la legislación a favor de las mujeres, como aspectos concernientes a la vida cotidiana.

Gracias a este proceso de décadas, las mujeres lograron acceder a todos los espacios posibles de la esfera pública nacional: las calles, las plazas, los estadios,

⁴⁸³ Ibid., p. 224.

⁴⁸⁴ Ibid., p. 232.

⁴⁸⁵ Ibid., p. 228.

⁴⁸⁶ Ibid., p. 229.

los partidos tradicionales, el sistema burocrático, el mundo administrativo, los sindicatos, las asociaciones locales, regionales, nacionales e internacionales, la televisión, la radio, los periódicos, la academia y hasta las altas cúpulas del poder albergaron la presencia femenina que poco a poco hizo visible su contribución al ambiente cultural, social y político del país, el cual durante mucho tiempo las mantuvo al margen de la acción.

Para concluir el presente capítulo, es importante mencionar que el recorrido realizado a través de sus páginas centró la atención en identificar, de forma cronológica, los acontecimientos coyunturales que incidieron sobre el panorama social vinculado a la representación de la mujer durante el proceso de modernización colombiano entre los años de 1949 a 1984. Con esto en mente, además de la noción de modernización se exploraron conceptos como el de *devenir-mujer* y representación, planteados de forma teórica en el apartado introductorio y observados a través de un análisis que tomó la experiencia femenina como eje central, sin dejar de lado el acontecer nacional e internacional que circundó la atmósfera de estos años y sirvió como telón de fondo para todas las transformaciones producidas en el país y en los sujetos que vivieron este proceso.

Asimismo, cabe destacar que el concepto de modernización atraviesa el capítulo de principio a fin, no solo porque actúa como marco contextual, sino también porque a partir de dicho concepto se logran comprender las implicaciones sociales y culturales que tuvieron sobre la población femenina los diferentes cambios que se promovieron en el marco del período trabajado. Desde esta perspectiva, es posible afirmar que la modernización del siglo XX en Colombia no solo se vio reflejada en el proceso económico que empezó a fortalecerse a partir de la década de 1930 con el surgimiento de una fuerza industrial, ya que resulta evidente que junto con la

consolidación del capitalismo se extendieron procesos modernizadores a otros ámbitos de la sociedad.

Por un lado, en el sector político la modernización se empezó a hacer visible con la expansión de servicios como la educación y la promoción de desarrollos básicos en materia de telecomunicaciones e infraestructura como la urbanización y la construcción de carreteras. Igualmente, el dinamismo que manifestó el mundo de la política durante los años estudiados dejó en evidencia el constante flujo de ideas provenientes de afuera como la necesidad de dar cabida a nuevos sectores sociales en la participación política, entre ellos a las mujeres, quienes hasta ahora habían estado al margen de toda actividad pública. Si bien, este tipo de postulados de igualdad y libertad encontraron sus detractores entre quienes se aferraban a las normas molares de la tradición, con el paso de las décadas se hizo indiscutible el afianzamiento de una mentalidad moderna entre buena parte de la población colombiana, aunque se continuaran perpetuando otros prejuicios.

Por otro lado, en el ámbito cultural el desarrollo de un sistema escolar masivo amplió la oferta educativa haciéndola asequible a todos los sectores sociales del país, cuestión que creó las condiciones propicias para el surgimiento de un mercado cultural nacional, fuertemente influido por el acontecer internacional y fortalecido por nuevos medios de comunicación como la televisión, la radio, la prensa y la industria del libro. Estos nuevos recursos permitieron la globalización de distintas ideas y representaciones de modernidad, introducidas, principalmente, por medio de la imagen divulgada por la actividad publicitaria, la moda y el cine, las cuales empezaron a figurar como las principales formas de promoción para el consumo de expresiones culturales importadas del primer mundo. Esto se convirtió en un factor de suma importancia en la consolidación de una cultura juvenil, que contribuyó, en gran medida, a la modernización de diferentes esferas de la vida cotidiana, así como de las estructuras del pensamiento, aunque esto se fuera evidenciando de forma paulatina.

A la par se produjo un cambio sustancial en materia económica que modificó la estructura material del país y permitió una apertura en términos culturales, también se transformó la sensibilidad social de la población, que poco a poco comprendió los fenómenos sociales que se estaban produciendo en el mundo y se apropió de las categorías que ellos defendían, adaptándolas a su propia realidad. Esto, sin duda, chocó con todas las estructuras de pensamiento tradicionales que cohabitaban en constante tensión con los cambios que la modernización económica produjo a nivel social, sin embargo, esta situación hizo de la experiencia de la modernidad colombiana un fenómeno singular y sumamente influyente a la hora de tratar dicha experiencia desde una mirada netamente femenina.

A partir de lo anterior, definir la modernidad colombiana como una experiencia inconclusa o postergada resulta insostenible, ya que, como menciona Jorge Orlando Melo, la velocidad con la que el país inició su proceso de modernización no tuvo pares en los países clásicos y aunque sus sectores modernos se continuaron apoyando en instituciones tradicionales⁴⁸⁷, es posible afirmar que desde principio del siglo XX Colombia se encontró inmersa en la modernidad. Estas contradicciones que se presentan tanto en lo social, como en lo cultural, son muestra de la convivencia de elementos conservadores, herederos de una tradición colonial, y un pensamiento moderno que se introduce, en principio, con un afán desarrollista, pero posteriormente pasa a hacer parte del mundo social, afectando directamente la vida cotidiana.

Por su parte, el concepto de *devenir-mujer* aparece a lo largo del capítulo como eje de articulación entre los cambios producidos por el proceso de modernización y la experiencia femenina frente a ellos. Como ya se ha afirmado el devenir es, ante todo, un proceso de transformación permanente que no se produce necesariamente de forma consecutiva o rectilínea, sino transicional. Por esta razón, aunque se

⁴⁸⁷ MELO, Jorge Orlando. Algunas consideraciones globales sobre "modernidad" y "modernización" en el caso colombiano. Op. cit., p. 35.

observa una evidente evolución en la situación de las mujeres durante el período de tiempo estudiado, también se alcanza a notar que las rígidas segmentaciones molares del mundo social, que dividen y codifican la vida colombiana, permanecen casi invariables en algunos aspectos. Agentes como la religión, la cultura dominada por los hombres y la falta de igualdad entre géneros se encargan de perpetuar los roles sociales que mantienen la representación de la mujer atada a una única imagen: la vida doméstica.

Si bien, las condiciones jurídicas, educativas, económicas, laborales y culturales de las mujeres colombianas cambian visiblemente con el transcurrir de las décadas y la influencia de ideas que se propagan en el ambiente internacional como el sufragismo, el feminismo y la liberación sexual, durante buena parte del siglo XX ellas continúan representadas como una minoría, no en tanto cantidad relativa, sino por la determinación de su estado con relación al estatus que ostentan los hombres en la jerarquización social colombiana. En este sentido, la imposibilidad de salirse de los parámetros delimitados en función del género lleva a la construcción de nuevas representaciones que intentan subvertir la idea tradicional de lo femenino. Estas representaciones se desprenden de una línea de segmentaridad molecular en la medida en que escapan de la rigidez de la línea molar, de forma sutil y en consonancia con el acontecer social que las circunda, por ello, a la par que la idea de la mujer como madre y esposa persiste, también emergen representaciones de la mujer como trabajadora, estudiante, profesional, empresaria, reina, modelo o como sujeto de acción política.

De esta forma, se puede decir que el *devenir-mujer* también implica experimentar y acoplarse a las múltiples identidades que la modernidad construye para el sujeto femenino, tal como se señala en este capítulo, pues con la rapidez de los cambios que sugiere la modernización ninguna de las nuevas representaciones es estática, todas fluyen a la par de las situaciones que cambian el escenario material de las mujeres, así como su posibilidades para el futuro. En otras palabras, *devenir-mujer*

es una experiencia por la que atraviesa la población femenina colombiana, de forma colectiva e individual, en cuanto se apropian de su historia, su subjetividad y al mismo tiempo se reconocen a sí mismas como sujetos de enunciación⁴⁸⁸, siendo todo esto un resultado directo del cambio de perspectiva que trae consigo el proceso de modernización.

Por último, la noción de representación se encuentra estrechamente vinculada a la relación entre el proceso de modernización y la experiencia de *devenir-mujer*, pues como se alcanza a observar la creación de nuevas imágenes referentes a la figura femenina es un resultado que responde a las transformaciones producidas por dicho proceso y a la forma en que las mujeres lo vivencian. En concordancia, es importante mencionar que, como señala Heidegger, una representación puede ser comprendida como una imagen del mundo vista a través de los ojos de un enunciador⁴⁸⁹, en este caso como los principales enunciadores del proceso histórico femenino, en principio, han sido hombres las representaciones creadas por ellos se encuentran mediadas por una concepción masculina que reproduce y da sentido al mundo que les es propio.

Cuando las mujeres empiezan a crear sus propias representaciones, influidas por el acontecer histórico-social que determina su realidad inmediata e introduce un cambio de mirada con referencia a su anterior posición dentro de la sociedad de la época, se logra acceder a una interpretación diferente del acontecer histórico. La mirada unilateral presentada por las preocupaciones masculinas se enriquece con la perspectiva que ofrece la mirada femenina y de este modo resulta más fácil comprender la singularidad de su experiencia en una sociedad tan cambiante como lo fue la colombiana durante todo el proceso de modernización del siglo XX.

⁴⁸⁸ Ibid. p. 278.

⁴⁸⁹ Ibid. p. 87.

3. LA REPRESENTACIÓN DE LA MUJER EN LA OBRA NOVELÍSTICA DE ELISA MÚJICA

Cuando le preguntan a Virginia Woolf sobre una escritura específicamente femenina, se espanta ante la idea de escribir “en tanto que mujer”. Más bien es necesario que la escritura produzca un devenir-mujer, como átomos de feminidad, capaces de recorrer y de impregnar todo un campo social, y de contaminar a los hombres, de atraparlos en ese devenir. Partículas muy suaves, pero también duras y obstinadas, irreductibles, indomables.

Gilles Deleuze y Félix Guattari. *Mil Mesetas*

La obra narrativa de Elisa Mújica ha permanecido casi inédita a lo largo de las últimas décadas, no solo por los escasos lectores que han tenido acceso a ella, sino por la imposibilidad que aún existe de hallar estos relatos en físico o digital. Aunque en su momento, los textos que circularon obtuvieron una crítica positiva de parte de reconocidos autores como Helena Araújo, Eduardo Camacho Guizado, Eduardo Carranza, Juan Gustavo Cobo Borda, Jorge Gaitán Durán, Cecilia Hernández de Mendoza, Roberto Herrera Soto, Juan Cristóbal Martínez, Eduardo Mendoza Varela, Próspero Morales Pradilla, Montserrat Ordóñez, Álvaro Pachón de la Torre, Humberto Rodríguez Espinosa, Agustín Rodríguez Garavito, Hernando Téllez, Policarpo Varón, Maruja Vieira, Ernesto Volkening y Eduardo Zalamea Borda, fuera de la esfera académica y cultural la mayor parte de estos relatos no tuvieron trascendencia alguna.

En efecto, la autora “reconoce sin amargura que no tener eco y escribir cosas que se pierden es doloroso”⁴⁹⁰, por eso, durante sus últimos años de vida prefirió dedicarse a la literatura infantil, un género que la hizo conocer entre los niños y le

⁴⁹⁰ ORDOÑEZ, Monserrat. Biografía de Elisa Mújica. Op. cit., p. 14.

trajo toda suerte de gratificaciones⁴⁹¹. Si bien Elisa también incursionó en ámbitos literarios como la crónica, el ensayo, el cuento y el periodismo cultural, recientemente su obra novelística es la que más ha recibido atención, pues el esfuerzo por rescatar el gran valor estético y cultural que guardan sus páginas ha hecho posible la reedición de algunas de estas novelas⁴⁹² e, incluso, el reconocimiento de Mújica como una novelista transgresora para los estándares de su época, un punto clave a la hora de hablar sobre una narrativa pionera en tomar como protagonista la experiencia femenina durante el proceso de modernización colombiano que atraviesa el siglo XX.

Teniendo en cuenta lo anterior, es importante mencionar que el corpus de novelas escritas por Mújica se compone de tres publicaciones bastante espaciadas temporalmente: *Los dos tiempos* (1949), *Catalina* (1963) y *Bogotá de las nubes* (1984). Estas obras, aunque distintas entre sí, exploran temas referentes a la historia social del país, la modernidad y la política, pero también se sumergen en problemáticas comunes para las mujeres del siglo XX, entre ellas, cómo definirse, cómo ser independiente, cómo enfrentar la vida con confianza en sí misma, cómo disfrutar de la sexualidad y de la amistad y cómo vivir simultáneamente una vida pública y una privada⁴⁹³. Desde la cotidianidad de la mujer en el ámbito doméstico, escolar, laboral y social, pasando por los sucesos históricos que redefinieron su posición en la sociedad colombiana, hasta los distintos cambios que el proceso de modernización del siglo XX introdujo en el devenir femenino, la narrativa novelística de Mújica es el reflejo de una experiencia mediada por las distintas coyunturas producidas por la modernidad colombiana.

⁴⁹¹ Ibid.

⁴⁹² En 2014 la Alcaldía Mayor de Bogotá, junto con la Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte publicó una edición digital de *Bogotá de las nubes* y en 2019 se Alfaguara publicó la novela *Catalina* acompañado con un prólogo de la escritora Pilar Quintana.

⁴⁹³ BERG, Mary G. Las novelas de Elisa Mújica. En: *Ensayos críticos sobre la obra narrativa de Elisa Mújica*. Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander, 2007. p. 59.

De un modo similar, las representaciones que construye la autora sobre la mujer se desprenden de las nuevas alternativas que la modernización propone para el panorama femenino que, desde inicios del siglo XX, evidencia un cambio de perspectiva con respecto a la función que las mujeres pueden desempeñar dentro de la sociedad. Madres, esposas, amas de casa, trabajadoras, universitarias, artistas, escritoras, feministas y hasta revolucionarias se cuentan en el paisaje social que Mújica recrea para mostrar cómo sus personajes viven y se transforman individual y colectivamente a la par que el mundo alrededor también se reconfigura. De esta forma, es posible decir que en la narrativa novelística de Elisa Mújica la historia social colombiana se une a las historias privadas mientras los personajes oscilan entre la rebeldía y la resignación sin claras alternativas⁴⁹⁴, cuestión que evidencia la inmanencia que guarda el acontecer social y la experiencia de los sujetos que conviven con los cambios que se producen en él.

En este sentido, como señala la profesora Ana Cecilia Ojeda, estas novelas aparecen como “un testimonio imprescindible cuando se busca un acercamiento a la explicación y comprensión de las condiciones de lo “femenino” en la historia colombiana de los dos últimos siglos”⁴⁹⁵. Por ello, observar las distintas representaciones sobre la mujer que ellas proponen, así como los contenidos que se circunscriben al panorama en que dichas representaciones transmutan, se convierte en una oportunidad para comprender los alcances que tuvo un fenómeno de gran magnitud como lo fue la modernización en Colombia para la población femenina, la cual a partir de los cambios que se producen a nivel social y cultural durante este período de tiempo logra cambiar de manera permanente su condición material.

⁴⁹⁴ ORDOÑEZ, Monserrat. Biografía de Elisa Mújica. Op. cit., p. 15.

⁴⁹⁵ OJEDA, Ana Cecilia. Presentación. En: *Ensayos críticos sobre la obra narrativa de Elisa Mújica*. Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander, 2007. p.5.

A partir de lo anterior, se puede observar que las tres novelas que se analizan en este capítulo utilizan estrategias narrativas sumamente distintas para poner de relieve las problemáticas que atraviesan las mujeres en su ingreso a la vida pública a partir de las contradicciones que les presenta un estilo de vida moderno. *Los dos tiempos* narra la historia de Celina Ríos, una joven atípica entre sus contemporáneas que nace en Bucaramanga y a los ocho años se traslada a Bogotá junto con su familia. Allí se convierte en mujer y empieza a trabajar como secretaria. Tras la muerte de su madre viaja a Quito donde una serie de eventos la llevan a introducirse en la ideología marxista, de la mano de un grupo de revolucionarios comunistas y mujeres feministas, involucrados en el movimiento indigenista que estaba candente durante la década de 1940. De este modo, la situación política que desata se desata después de la Revolución del 28 de mayo de 1944 en Guayaquil* marca el final de la aventura de Celina, quien retorna a Colombia totalmente transformada.

Por su parte, *Catalina* se introduce en la tragedia personal de Catalina Aguirre, una joven bumanguesa que se ve enfrentada a una serie de dramas domésticos que sacuden su presente y alteran su porvenir. La historia se narra de manera retrospectiva y su trama da inicio con la imagen de una mujer que, embarazada y sola, reconstruye los acontecimientos que la llevaron a incurrir en la infidelidad, huir de su esposo y a transgredir el orden de un entorno social finamente demarcado por la tradición colonial heredada de los españoles. Por último, *Bogotá de la nubes*, narra, en tercera persona y con una mirada retrospectiva, la historia de Mirza Eslava, una joven de provincia que llega a la capital junto con sus padres en busca de mejores condiciones de vida. Allí se hace mujer y empieza a trabajar como oficinista, intentando dedicar su vida a diversas causas que siempre terminan desilusionándola. Bogotá, al igual que Mirza, se erige como protagonista de la serie

* Este levantamiento popular, también conocido como "La Gloriosa", derrocó al presidente Carlos A. Arroyo del Río y permitió el ascenso de José María Velasco Ibarra a la Presidencia.

de cambios que van afectando el panorama urbano de la ciudad, como a la mujer que los observa, los vive y los sufre, pues el progreso se muestra más como una afeción que como una solución a los conflictos del panorama social colombiano.

Desde esta perspectiva, las novelas escritas por Mújica constituyen una trilogía narrativa que permite apreciar una continuidad en la configuración del devenir del sujeto femenino ya desde los mismos títulos de cada ficción. Como propone la profesora Ana Cecilia Ojeda⁴⁹⁶, el primer relato toma como eje central la dimensión temporal (*Los dos tiempos*), el segundo enfatiza en la configuración del personaje (*Catalina*), mientras que el tercero, centra la mirada en la dimensión espacial (*Bogotá de la nubes*). De este modo, en las tres novelas convergen elementos narrativos similares que se enfocan en mostrar la transición que sufren tanto los roles, como las representaciones de la mujer, en la sociedad colombiana del siglo XX, pero a la vez priorizan dimensiones diferentes de la experiencia femenina en medio del proceso de modernización que atraviesa el país.

El presente capítulo rastrea el devenir de la representación de la mujer durante el proceso de modernización colombiano del siglo XX a través de tres novelas: *Los dos tiempos* (1949), *Catalina* (1963) y *Bogotá de las nubes* (1984). Para llevar a cabo este recorrido, se exploran los libros en tanto productos culturales elaborados por una mujer en un ambiente social específico, a la vez que se indaga por el contenido de las novelas, sus personajes femeninos y la forma en que estos son representados, tomando como eje de referencia tanto la historia de vida de la autora como las coyunturas que durante el período de tiempo estudiado definieron la situación material de las mujeres colombianas.

Sin duda, este análisis sugiere una lectura profunda del corpus novelístico seleccionado, pero también de la experiencia de *devenir-mujer* que se manifiesta

⁴⁹⁶ OJEDA, Ana Cecilia. Catalina en perspectiva. En: *Ensayos críticos sobre la obra narrativa de Elisa Mújica*. Op, cit., p. 125.

de forma paralela en la autora y en las ficciones que escribe, pues los devenires son fenómenos de doble captura y de evolución, por tal razón, “«lo que» deviene cambia tanto como «el que» deviene”⁴⁹⁷. A medida que Mújica adquiere conciencia de ese *devenir-mujer* que caracterizará en adelante su escritura se altera su representación de lo femenino y ella misma comienza a experimentar las múltiples líneas de fuga que la modernidad construye constantemente para las mujeres. Por su parte, las otras líneas de vida descritas por Deleuze-Guattari, la molar y la molecular, configuran el trasfondo del proceso que vive Mújica, así como las novelas que produce, ya que todas hacen parte de un mismo devenir.

3.1 LOS DOS TIEMPOS (1949)

En la década de los cuarenta, cuando Elisa Mújica publicó su primer novela, el género literario que gozaba de mayor visibilidad en el panorama cultural colombiano seguía siendo la poesía. Según el profesor Raymond L. Williams la falta de una tradición literaria asociada a la novela no solo tuvo su justificación en la casi inexistente industria para la producción, mercadeo y venta de este tipo de obras en el país, sino también en los lineamientos ideológicos impuestos por el bipartidismo, los cuales cumplieron la función de legitimar, a través de la crítica literaria y académica, la inclusión o exclusión de obras dentro de los estrechos cánones estéticos que dieron lugar a la creación de un imaginario literario fundado en la supremacía de la poesía⁴⁹⁸.

Dicha crítica, compuesta en su mayoría por miembros del Partido Conservador, consideraba la novela como un género secundario que “a diferencia de la poesía,

⁴⁹⁷ DELEUZE, Gilles y PARNET, Claire. Diálogos. Op., Cit. p. 6.

⁴⁹⁸ WILLIAMS, Raymond. Novela y poder en Colombia, 1844-1987. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1991. p. 43.

podía representar las «bajezas» del alma humana”⁴⁹⁹, introduciéndose en los aspectos más profundos de la psicología de los hombres. Este enfoque, sin duda, iba en contravía de los valores literarios institucionalizados por la élite intelectual, pues como apunta la autora Paula Andrea Marín Colorado:

La escritura literaria, para la mayoría de los agentes literarios dominantes de la época, seguía considerándose un ornamento que permitía transmitir «bellamente» temas validados como los únicos decorosos y dignos desde el siglo anterior (e incluso antes); es decir que la literatura continuaba entendiéndose como una herramienta didáctica para reiterar lo ya aceptado, lo ya establecido como «verdad»⁵⁰⁰.

Por tal razón, la aceptación de la novela, a menudo escrita por reconocidos miembros del Partido Liberal, fue algo tardía en el país, relegando al olvido o al total anonimato obras novelísticas de gran valor estético. Es con el inesperado éxito de *La vorágine* (1924), escrita por José Eustasio Rivera, que la novela empieza a adquirir cierto prestigio durante la década de 1930, impulsando la obra de autores como César Uribe Piedrahita, Luis Tablanca, José Antonio Osorio Lizarazo y Bernardo Arias Trujillo, pero sin dejar de lado el legado de poetas como Guillermo Valencia, quien aún en la década de los cuarenta era considerado “el poeta nacional” y un ejemplo a seguir en materia intelectual⁵⁰¹.

De esta forma, se inaugura una novela de protesta social similar a la de otros países latinoamericanos como Bolivia, Ecuador y Perú que encontraron en este tipo de literatura la oportunidad para denunciar la difícil situación de los grupos sociales más oprimidos⁵⁰². Cabe señalar que la aparición de novelas con estas características en el ambiente literario de los años treinta en Colombia se dio en consonancia con la atmósfera sociopolítica que se respiraba por entonces, cuando

⁴⁹⁹ MARIN COLORADO, Paula Andrea. (2017). Novela, autonomía literaria y profesionalización del escritor en Colombia (1926-1970). Medellín: La carreta editores. p. 84.

⁵⁰⁰ Ibid., p. 95.

⁵⁰¹ ROMERO, Armando. Las palabras están en situación. Un estudio de la poesía colombiana de 1940 a 1960. Bogotá: Procultura, 1985. p. 57.

⁵⁰² FORERO VILLEGAS, Yolanda. Un eslabón perdido: la novela de los años cuarenta (1941-1949) primer proyecto moderno en Colombia. Bogotá: Editorial Kelly, 1994. p. 26.

finalizaron cuatro décadas de gobiernos conservadores y se dio inicio a una serie de reformas liberales que conllevaron a la legitimación del sindicalismo, el reconocimiento del derecho a la huelga, la libertad de cultos, la laicización de la educación y, entre otras cosas, a la modernización del Estado, pero no de otros ámbitos de la vida social, donde se continuaron perpetuando las complejas problemáticas que impedían al país alcanzar el ideal de la modernidad.

Mientras tanto, estos aires liberales de cambio contrastaban con el surgimiento de nuevas figuras que se postularon como los renovadores de la tradición poética colombiana, sobre todo desde el ámbito de la forma, porque las ideas continuaron transitando por el camino conservador debido a que esta nueva generación de poetas, principalmente concentrados en torno a movimientos como “Piedra y Cielo” y “Los Cuadernícolas”, no se encontraban muy comprometidos con la realidad social del país, además de que su “producción poética fue ajena al proceso de modernización”⁵⁰³. Pese a esto, vale la pena rescatar la posición de escritores como Eduardo Carranza quien se atrevió a cuestionar la tradición literaria que Guillermo Valencia representaba, como se puede leer en su artículo titulado “Bardolatría”, publicado en *El Tiempo* en julio de 1941:

Para mí — ¡blasfemo de mí! — Valencia es apenas un buen poeta. Un buen poeta al uso del Parnaso. Le faltan a su obra trascendencia vital, palpitación sanguínea, pulsos humanos. Está lastrada su poesía de elocuencia ideológico-verbal. Es un impasible arquitecto de la materia idiomática cantando a espaldas de su tiempo y de su pueblo⁵⁰⁴.

Teniendo en cuenta lo anterior, se puede decir que las narrativas novelísticas de los años cuarenta intentaron continuar, hasta cierto punto, el proyecto ideológico al que los autores de la década anterior habían apostado a través de la ficcionalización de una forma de protesta social que pusiese de relieve los conflictos de las clases

⁵⁰³ ROMERO, Armando. Las palabras están en situación. Un estudio de la poesía colombiana de 1940 a 1960. Op., Cit. p. 48.

⁵⁰⁴ El Tiempo. Bogotá. 13 de julio de 1941. p. 3. Sección 2.

menos favorecidas. Así pues, como indica Yolanda Forero, la novela de esta década siguió dos vertientes:

Una, continuadora de la protesta social y con características técnicas más bien tradicionales, y la otra, una novela moderna, en la que lo estético es lo primordial, en la que se aportan innovaciones en cuanto a técnicas narrativas, y muchas veces se manifiesta la protesta social, la crítica de las instituciones y el alegato en favor de las clases oprimidas⁵⁰⁵.

Bajo estas características aparecieron diferentes obras a lo largo de los años cuarenta, pero pocas alcanzaron un amplio reconocimiento por parte de la crítica que, en su mayoría, buscaba encontrar en ellas proyectos ideológicos y morales que contribuyesen a causas políticas, por esta razón muchas obras pasaron desapercibidas y hasta hoy resultan casi desconocidas. En medio de este panorama es posible mencionar algunas novelas representativas de la época como *Llamarada: novela anti-imperialista* (1941) de Luis Carlos Flórez, *45 relatos de un burócrata con cuatro paréntesis* (1941) de Rafael Gómez Picón, *José Tombé* (1942) de Diego Castrillón Arboleda, *De la vida de Iván el mayor* (1942) de Ernesto Camargo Martínez, *Tipacoque* (1942) y *El arte de vivir sin soñar* (1943) de Eduardo Caballero Calderón, *No volverá la aurora* (1943) y *Cada voz lleva su angustia* (1944) de Jaime Ibáñez, *La tierra éramos nosotros* (1945) de Manuel Mejía Vallejo, *Chambú* (1946) de Guillermo Edmundo Chávez, *Tierra mojada* (1947) de Manuel Zapata Olivella, *Yugo de niebla* (1948) de Clemente Airó y *Las estrellas son negras* (1949) de Arnoldo Palacios, todas ellas herederas de ciertos rasgos de la novela de protesta social, pero con intentos de introducir técnicas narrativas modernas.

No es hasta 1944 que aparece una novela que, según varios estudiosos⁵⁰⁶, marca un hito en la novelística colombiana, tanto por la utilización de diversas formas narrativas que podrían considerarse innovadoras, como por su temática en

⁵⁰⁵ FORERO VILLEGAS, Yolanda. Un eslabón perdido: la novela de los años cuarenta (1941-1949) primer proyecto moderno en Colombia. Op., Cit. p. 27.

⁵⁰⁶ Raymond L. Williams, Yolanda Forero, Paula Andrea Marín Colorado y Gonzalo España entre otros.

concreto, ésta fue, *Babel* del escritor santandereano Jaime Ardila Casamitjana. Su narración introduce al lector en la historia de Santiago, un joven intelectual que pasa sus días leyendo filosofía y literatura en una ciudad que se concibe como una provincia un tanto alejada de Bogotá, desde allí se cuestiona acerca de su papel en la sociedad y su posición frente a ella. Esta novela, con marcado acento existencialista, se diferencia de sus contemporáneas debido a que no se preocupa tanto por la situación sociopolítica del país, sino que se dedica a tratar una problemática individual a través de una voz narrativa que “fragmenta el tiempo y que no sigue un orden de causalidad”⁵⁰⁷. El espacio narrativo se halla ocupado por las elucubraciones del protagonista que siguen la línea del monólogo interior lo que sumerge al lector en la reflexión de un hombre que no logra adaptarse a la sociedad de su tiempo y se cuestiona constantemente.

Durante la misma década, pero desde perspectivas temáticas distintas, se publican otras obras que se circunscriben al naciente panorama de la novela colombiana, entre ellas, varios relatos escritos por mujeres: *Viento de Otoño* (1941) de Juana Sánchez Lafaurie —publicada bajo el pseudónimo Marzia de Lusignan— *Cadenas... y silencio* (1947) de María Restrepo de Thiede, *El embrujo del micrófono* (1948) de Magda Moreno y *Los dos tiempos* (1949) de Elisa Mújica, una obra narrativa que además de tener una marcada influencia de la novela de protesta social, también posee el mérito de exhibir un discurso femenino que exalta los paradigmas de la modernidad⁵⁰⁸.

A partir de lo anterior, se nota que el ambiente literario en el que apareció la novela *Los dos tiempos* se encontraba sumamente delimitado en materia temática, por un lado, las novelas que hasta ahora se habían publicado poseían tendencias románticas heredadas de la tradición poética, así como una fuerte influencia social

⁵⁰⁷ WILLIAMS, Raymond L y MEDRANO, Manuel. 90 años de novela moderna en Colombia (1927-2017) de Fuenmayor a Potdevin. Bogotá: Ediciones desde abajo, 2017. p.67.

⁵⁰⁸ FORERO VILLEGAS, Yolanda. Un eslabón perdido: la novela de los años cuarenta (1941-1949) primer proyecto moderno en Colombia. Op., Cit. p. 31.

derivada de las condiciones socioeconómicas que el país vivía en aquel momento. Esta situación, aunada al desarrollo económico que creó las condiciones necesarias para el despegue de un proceso modernizador que poco a poco se extendió a los diferentes ámbitos de la vida cotidiana, favoreció un cambio de perspectiva que se vio reflejado en la situación de las mujeres, quienes se incorporaron de forma definitiva a la fuerza de trabajo que el modelo capitalista exigía para acelerar los diversos aspectos concernientes a la transformación del país, y, además, encontraron la posibilidad de educarse para afrontar los retos que la vida moderna exigía a los nuevos actores que se integraron a la vida pública, cuestión que enfrentó los paradigmas culturales de un país que aún veía con recelo la educación femenina con las ideas modernas de inclusión y progreso.

Al finalizar la década de 1940 las mujeres en Colombia ya contaban con el derecho de administrar sus propios bienes, la posibilidad de desempeñar cargos públicos y el acceso a la educación superior. Pese a esto, su aceptación como parte esencial del acontecer político aún no era completa, pues todavía persistía la imposibilidad de ser consideradas como sujetos en igualdad de condición con los hombres, lo que impidió que pudieran elegir y ser elegidas debido a que los sucesivos intentos por materializar el sufragio femenino se habían diluido entre mares de críticas y argumentos que cuestionaban las capacidades políticas de la mujer y esgrimían la desintegración de la familia colombiana como producto del reconocimiento de sus derechos civiles.

Entonces, como se mencionó en el capítulo anterior, la representación de la mujer durante este período se convirtió en una amalgama que incorporó aspectos de la vida privada y de la vida pública sin alterar lo que, en esencia, se consideraban rasgos femeninos, pues este tipo de aspectos siguieron aferrados a configuraciones estéticas, culturales y sociales. Los espacios, por su parte, empezaron a ampliarse considerablemente. El hogar como eje del acontecer femenino se descentralizó, abriendo el acceso a diferentes lugares de enunciación pública, así como a

instituciones que antes se encontraban vedadas para las mujeres como las universidades, el mundo político y la vida laboral.

Con esto en mente, no resulta extraño que *Los dos tiempos* refleje el sentir de un momento en que las mujeres se encontraron de frente con las múltiples dificultades y contradicciones que les sugería abrirse camino dentro de un ambiente social controlado por la férrea autoridad masculina y los marcados roles de género que perpetuaron la idea de la subordinación femenina. Aunado a esto, la experiencia de la misma Elisa, durante el proceso creativo de esta novela, contribuyó a moldear la figura de múltiples mujeres que a raíz de las transformaciones que vivió el país pudieron ingresar a la vida pública. Estas representaciones no solo pueden ser vistas como líneas de fuga que se salen de los parámetros delimitados por la tradición, sino también como pequeñas segmentaciones moleculares que intentan escapar una y otra vez de la rígida línea de segmentaridad molar, pero finalmente regresan a ella para resguardar fragmentos del orden social que se va alterando.

Dicho esto, es importante mencionar que *Los dos tiempos* fue publicada durante el mes de diciembre de 1949 bajo el sello de la Editorial Iqueima, uno de los primeros proyectos editoriales que apostó por la difusión de la novela en el país. Fundada por el exiliado español Clemente Airó*, en 1947, esta editorial publicó alrededor de 48 poemarios y 32 novelas desde el año de su fundación hasta 1965⁵⁰⁹, momento en el que se reconoció que el proyecto no había alcanzado el éxito esperado debido a “la falta de un público lector-comprador y la ausencia de canales de distribución adecuados”⁵¹⁰. Pese a esto, cabe destacar que el catálogo literario que ofreció la editorial fue bastante variado e interesante, pues la mayoría de autores eran jóvenes inquietos y comprometidos con la creación de nuevas propuestas estéticas. Elisa

* (1918-1975). Fue un el escritor y periodista español que impulsó el mundo literario colombiano de mitad del siglo XX a través de La Revista Espiral y la Editorial Iqueima.

⁵⁰⁹ AGUDELO OCHOA, Ana María. Ediciones Espiral y Editorial Iqueima (1944-1975). Estudios de literatura colombiana, 2019, No. 46. p. 131.

⁵¹⁰ Ibid., p. 135.

Mújica apareció como la única mujer que publicó narrativa novelística hasta 1954, momento en el que empezaron a figurar otras novelistas en el catálogo de la editorial.

En la carátula de la novela se imprimió un dibujo inédito de la pintora Carolina Cárdenas en el que se hace alusión a una figura femenina triple que camina hacia el infinito. Como era usual en el estilo de la artista, las mujeres aparecen dibujadas a partir de figuras geométricas sencillas y limpias, dando una sensación de fluidez e indefinición. Además de esto, el libro se encuentra dedicado a Elisa Velásquez, la madre de Mújica y a Carolina Cárdenas, su fallecida amiga, figuras en las que evidentemente se inspiró la autora para dar vida a dos de los personajes más representativos de su primer ficción.

A partir de esto, es importante añadir que este libro de 244 páginas constituyó toda una rareza dentro la narrativa novelística que se venía desarrollando en el país hasta el momento, no solo por los temas que abordó, sino también por los personajes que mostró, por ello, se ha llegado a afirmar que “*Los dos tiempos* debió causar impacto en esa época”⁵¹¹ pues fue comentada y reseñada por varias personalidades del mundo literario como Jorge Gaitán Durán⁵¹², Próspero Morales Padilla⁵¹³, Roberto Herrera Soto⁵¹⁴, Ernesto Volkening⁵¹⁵ y Hernando Téllez, quien “publicó una reseña positiva en *Semana*, aunque más tarde, después de compararla con Catalina, no le gustó tanto esa primera novela de Mújica”⁵¹⁶.

⁵¹¹ ORDOÑEZ, Monserrat. Biografía de Elisa Mújica. Op. cit., p. 27.

⁵¹² GAITÁN DURÁN, Jorge. Literatura femenina. La novela de Elisa Mújica. *El Tiempo. Lecturas Dominicales*, 18, diciembre, 1949, p. 2.

⁵¹³ MORALES PADILLA, Próspero. Elisa novelista. *El Tiempo. Suplemento Literario*, 26, marzo, 1950. p. 10.

⁵¹⁴ HERRERA SOTO, Roberto. El libro de Elisa Mújica. *El Tiempo. Suplemento Literario*, 27, diciembre, 1949, p.1.

⁵¹⁵ VOLKENING, Ernesto. Los dos tiempos de Elisa Mújica. *Elisa Mújica en sus escritos*. Bucaramanga: Fusader, 1988. pp. 122-126.

⁵¹⁶ ORDOÑEZ, Monserrat. Biografía de Elisa Mújica. Op. cit., p. 27.

En opinión de Gaitán, *Los dos tiempos* fue una obra merecedora de gran admiración debido a que al momento de su publicación las mujeres aún no contaban con las suficientes “posibilidades de creación y conocimiento”⁵¹⁷, ni mucho menos con la libertad para ingresar de lleno al mundo de la actividad intelectual. La pintura era el único campo donde destacaba la presencia femenina, mientras que, en la poesía, aunque existían varias autoras de gran talento, no se había concebido “ninguna obra definitiva”⁵¹⁸. De este modo, una novela como *Los dos tiempos* llamaba la atención, no solo por la narrativa bien lograda que exhibían sus páginas, también por el énfasis que puso sobre las problemáticas culturales que incidieron sobre el panorama femenino en el país. Como enfatizó el crítico:

La obra se halla colmada de una hermosa sinceridad. Se habla de nuestro mundo sin complicaciones inventadas, ni psicologismo baratos. Es el relato de una existencia, o quizá de muchas existencias entrelazadas y semejantes en todo el fluir cotidiano de los sucesos, “Los dos tiempos” son la vida, completamente la vida⁵¹⁹.

De igual forma, Próspero Morales se refirió a Elisa Mújica como una “sorpresa gratísima” para el panorama de la literatura femenina en Colombia, ya que hasta ahora las pocas mujeres que escribían se dedicaban al cultivo de la poesía. Este cambio de perspectiva coincidía con el ambiente social que giraba en torno a la situación de las mujeres durante la época, pues el despertar de una conciencia política femenina se hacía evidente por medio la fuerza que tomaban los distintos movimientos a favor de los derechos de las mujeres. Como señaló el crítico, la novela exhibía un contenido de despertar, de rebeldía frente a las costumbres y de consonancia intelectual con el ambiente en el que se concibió⁵²⁰. Asimismo, afirmó:

“Los dos tiempos” es algo más profundo que un estremecimiento: es una revolución en la postura de la mujer colombiana ante las letras. Por ello Elisa Mújica es la revolucionaria de nuestros tiempos y su obra constituye un hito de la historia literaria, el que señala la diferencia entre las poetisas a cuyo conjuro la emoción toma perfiles

⁵¹⁷ GAITÁN DURÁN, Jorge. Literatura femenina. La novela de Elisa Mújica. Op., Cit. p. 2.

⁵¹⁸ Ibid.

⁵¹⁹ Ibid.

⁵²⁰ MORALES PADILLA, Próspero. Elisa novelista. Op., Cit. p. 10.

de verso y las mujeres capaces de superar la emoción para estructurar la vida, que es el melodrama de toda novela⁵²¹.

De otro lado, Roberto Herrera Soto, en su reseña titulada: “El libro de Elisa Mújica”, se concentró más en los recursos narrativos de los que la autora se valió para configurar su ficción. Sobre esto afirmó que a pesar de que la novela aportaba algunos aspectos novedosos dentro del espectro de la narrativa femenina en Colombia, el relato no podría considerarse como una novela propiamente dicha debido a que las experiencias de Elisa se entremezclan con las de la protagonista, razón por la cual “los capítulos aparecen como retazos, sin cuerpo común”⁵²². Volkening, sin embargo, sugiere que este rasgo podría ser una fortalezas de la novela, pues funde la experiencia de dos mujeres que se han visto atravesadas por todos los acontecimientos del mundo a su alrededor⁵²³. En sus palabras:

La primera obra de Elisa Mújica, que hasta el momento sólo ha encontrado un eco muy débil en la prensa, es a nuestro parecer uno de los libros más importantes que se hayan publicado recientemente. Nadie que haya seguido con ánimo despierto la asombrosa curva trazada por la historia social de Colombia en el decurso de los últimos cinco lustros, debiera dejar de leer esta novela, en la cual, a través del temperamento de una mujer sensible, presta para responder estímulos de un mundo en vertiginosa transformación, se vive y se revive un época que muere engendrando a otra., Sin duda, *Los dos tiempos* tendría el valor de un documento humano aun en el caso de que nada más se pudiera decir acerca del libro⁵²⁴.

Como se logra observar, aunque el libro recibió buenas críticas en el momento de su publicación, fueron muy pocos quienes se percataron de la importancia que revestía la novela, cuestión que permite sugerir que más allá de un breve impacto en la escena cultural capitalina, *Los dos tiempos* no recibió atención por parte de la población lectora, ni mucho menos fue conocida entre la población en general. Los pocos aspectos negativos que se resaltaron sobre ella tuvieron que ver con el marcado carácter autobiográfico que la autora no se esforzó por ocultar, lo que

⁵²¹ Ibid.

⁵²² Ibid.

⁵²³ VOLKENING, Ernesto. *Los dos tiempos* de Elisa Mújica. Op., Cit. p. 122.

⁵²⁴ Ibid.

muchas veces hizo que el libro fuera catalogado como una autobiografía novelada más que como una ficción en sí misma. Sobre este aspecto de su escritura, años más tarde Elisa mencionaría:

Ha sido una lucha difícil tratar de expresar lo que yo creo es mi verdad humana, mi verdad femenina. Yo no sé si escribo también para llenar vacíos afectivos, no lo sé porque he estado muy preocupada en todo lo otro (...) Cuando escribo una novela es doloroso para mí porque es una exigencia de sinceridad costosa y como además tengo esa dificultad presente por mi estilo de escribir que no corresponde a la mentalidad en boga de hoy, entonces no siento mucho placer⁵²⁵.

Llegado este punto, es necesario mencionar que *Los dos tiempos* narra, en tercera persona, la vida de Celina Ríos, una joven santandereana con intereses atípicos entre las mujeres de su época. Ya desde el título la obra hace referencia a dos etapas de la juventud de la protagonista, la primera de ellas transcurre entre Bucaramanga y Bogotá, donde la niña se educa bajo los paradigmas de una tradición patriarcal y, posteriormente, se encuentra de frente con las problemáticas propias de la vida moderna cuando migra a la capital del país. La segunda parte tiene lugar en Ecuador, donde la joven se sumerge en una exploración política y social que la lleva a vincularse ideológicamente con diversos grupos de revolucionarios marxistas/feministas que tienen por objetivo hacer una revolución social en este país. Sin embargo, la dirección que toma este evento desilusiona a Celina, quien debe volver a Colombia, pero ahora con una mentalidad totalmente transformada.

Como muchos estudiosos han señalado⁵²⁶, este relato contiene tintes biográficos de la historia de vida de Mújica, así como de su trayectoria laboral. Por tal razón, el trasfondo en el que se desarrolla la historia de Celina deja a la vista varios datos importantes para comprender la incidencia de las ideas que llevaron a Mújica a comprometerse con el marxismo y, al mismo tiempo, con algunas de las ideas

⁵²⁵ CALERO DE KONIETZKO, Aida. Entrevista con Elisa Mújica. Op. cit., p. 72.

⁵²⁶ Entre ellos destacan, María Mercedes Jaramillo, María Kavoura, Montserrat Ordoñez, Betty Osorio y Mary G. Berg.

feministas que posteriormente moldearía su narrativa novelística. Asimismo, las representaciones que sobre la mujer se configuran a partir de estas experiencias marcan el sentir del momento en el que la obra fue concebida.

La novela se divide en tres partes tituladas: “La casa”, “El mundo” y “Después de la siembra”. La primera de éstas se enfoca en la vida temprana de Celina Ríos y el entorno familiar en el que ella se educa. Compuesta por don Francisco, doña Cristina, Adelaida y Enriqueta la familia de Celina se retrata como una tradicional familia santandereana, respetuosa de las costumbres y las estructuras patriarcales dominantes en el entorno provinciano en el que viven. Sin embargo, como se menciona en el texto, la familia no terminaba allí pues la gente de las casas vecinas y los demás habitantes del pueblo también formaban parte ella. Las tradiciones campesinas del pasado no se habían perdido, los identificaban⁵²⁷, pese a que los ideales políticos crearan un abismo infranqueable:

En cambio, se hallan divididos en dos bandos. Celina escasamente saluda a los muchachos que salen a la puerta contigua de misiá Carmelita, siguiendo la costumbre de su familia con los mayores. Son de distinto partido político. Desde que se nace se lleva allí el mote distintivo de conservador o liberal. Un vínculo especial y secreto ata a los que se mueven en cada campo así sean pobres o ricos, y los conduce a enfrentarse apasionadamente al adversario. Muchos matrimonios se han roto por no ser los futuros contrayentes del mismo color político; amistades selladas en el colegio se distancian, y hay muertos de lado que oprimen el corazón con su mano invisible. En aquel instante, la herencia de la raza se interpone ante Celina y la obliga a proseguir el camino tiesa y seria⁵²⁸.

De este modo, se introducen las características propias de la vida rural en la que se desarrollaron los primeros años de Celina, remontándose, incluso, a episodios anteriores a su nacimiento, como lo fue la Guerra de los Mil Días (1899-1902), una coyuntura que marcó la vida cotidiana de toda la población santandereana y además constituyó el momento de partida del matrimonio Ríos: “a los veinte días de la boda estalló la guerra civil y Francisco fue a pelear por el partido legitimista, pues él, lector

⁵²⁷ MÚJICA, Elisa. Los dos tiempos. Bogotá: Iqueima, 1949. p. 11.

⁵²⁸ Ibid., p. 12,

empeinado de la historia francesa, admirador entusiasta de la Revolución, era conservador⁵²⁹. Como lo señala la narradora, la experiencia fue disímil para hombres y mujeres, pues, por un lado, ellos se encontraron en los campos batalla, donde estrecharon lazos y amistades nacidas del peligro o de la inclinación política, pero también arriesgaron sus vidas por un ideal en el que creían fervientemente. Mientras tanto, las mujeres vivieron el drama del hambre y el dolor de la pérdida sin importar el partido al que pertenecían, como se ilustra en el siguiente apartado:

Para las mujeres aquello era distinto. Junto a la casa donde conducían el marido agonizante, podía habitar la esposa del que lo hubiera herido. Pero por encima del encono y deseo de mirar humillados a los contrarios, cada una adivinaba lo que ocurría en el alma de las demás y sabía que un sufrimiento igual las hermanaba. A las que pertenecían al mismo partido, les bastaba para entenderse un guiño o un imperceptible cambio de voz. Cuando alguna conseguía una carga de panela o de plátano o un campesino se presentaba con carbón, lo que era más raro, inmediatamente se oía decir: - Hay que repartirlo con las hijas de máximo y con misiá Barbarita, pues a los pobres hace seis meses que no les giran un centavo de las pagas⁵³⁰.

Al finalizar la guerra, el padre de Celina obtuvo un puesto como “empleado segundón del señor gobernador”⁵³¹, mientras que la madre empezó realizar trabajos esporádicos de modistería. Así, los años transcurrieron entre la crianza de las dos primeras hijas y el nacimiento de Celina, quien llegó de improviso y siempre sintió la necesidad de destacar ante su padre, pues la perpetua comparación con sus hermanas mayores la llevó a buscar un campo en el que no fuera eclipsada por ellas: el campo intelectual. Por esta razón Celina pasaba días enteros leyendo en la biblioteca de su padre lo que la convirtió en una niña sumamente inteligente y, además, le abrió la perspectiva a mundos donde las mujeres también podían ser protagonistas. De este modo, la vida temprana de Celina pasó entre los tradicionales juegos de niños, la escuela rural, la biblioteca de su padre y un entorno social bañado aún por el fantasma del bipartidismo.

⁵²⁹ Ibid., p. 22.

⁵³⁰ Ibid., p. 23.

⁵³¹ Ibid., p. 11.

Hasta aquí, se puede decir que la representación de la mujer presente en la primera etapa de vida de Celina estuvo estrechamente vinculada a los estándares decimonónicos que veían en el rol de madre y esposa el principal logro de la feminidad, si éstos no se concretaban las que anteriormente habían sido mujeres hermosas y deseables, se convertían en “viejecitas desteñidas”, solteronas y sin familia que inspiraban más lástima que admiración. En este sentido, los personajes de doña Cristina, Adelaida y Enriqueta son el reflejo de esta mirada que se acopla a la línea de la tradición, aparentemente inmodificable y que se perpetúa de generación en generación gracias a los distintos prejuicios instaurados tanto por mandatos religiosos, como por una cultura eminentemente patriarcal, tal como se muestra en el siguiente apartado:

Igual que las que tomaban el velo religioso a los quince, a los diez y ocho años, impulsadas por un misticismo en que resolvían los sobresaltos de la adolescencia, las restantes iban al matrimonio ilusionadas por la aureola fugitiva del amor. Una simpatía nacida al calor de una contradanza o una mazurca o en la camaradería de un paseo a los alrededores del río, iniciaba el romance. Luego venían las visitas, que la novia recibía posesionada de su papel y rígidamente guardada por los parientes. ¡Por qué cambios bruscos e incomprensibles pasaba entonces, del éxtasis a la tristeza, de la paz al desasosiego, de la noche a la claridad! El casorio se celebraba con rapidez. La muchacha, fajando a los hermanos o en los juegos de las muñecas, había adivinado su destino. En muchos casos la proximidad de dos seres jóvenes y sanos significaba la ayuda mutua y la felicidad. En los demás no ocurría lo mismo y la mujer descubría que había sido despojada a cambio de ninguna recompensa. Las palabras pronunciadas sin encontrar eco, los gestos ignorados de ternura, los esfuerzos de acercamiento contestados con indiferencia, se quebraban al fin. Un silencio sobre lo que valía la pena, sobre lo que importaba, en definitiva, caía para siempre entre ambos. La esposa acogía los rumores de las aventuras galantes de él, sus derroches y placeres, procurando devolver las ofensas con la gama de pequeñas venganzas de los débiles, o bien, ocultando la desgarradura bajo un manto pétreo, como si se hubiera convertido en estatua. No profundizaba si se justificaba permanecer junto a aquel hombre, y se aferraba a los hijos, síntesis de todos sus afectos. La hora de la rebeldía no había sonado y de la aceptación inalterable del destino manaba una especie de paz, que poco a poco la reconciliaba consigo misma y le permitía sobrellevar la carga⁵³².

⁵³² Ibid., pp. 25-26.

Por su parte, Celina siempre se mostró indiferente a este ideal femenino de maternidad y sumisión. Desde muy niña su deseo por controlar los juegos, las travesuras e, incluso, por incursionar en lecturas que no eran bien vistas para los niños de su edad, se transformaron en una rebeldía que rechazaba la perspectiva tradicional del mundo que la rodeaba, cuestión que se deja ver desde la infancia, cuando la madre le regalaba los números viejos de "Pictorial Review" o "Modas y Pasatiempos" y ella bautizaba las figuras que recortaba con los nombres de sus heroínas favoritas de los cuentos: Mariquita, Zobeida, Brudulbudura. Las muñecas de papel tenían aventuras, se casaban y morían, un hilo narrativo lógico en su mente infantil⁵³³. Con esto, el personaje de Celina puede ser visto como una línea de fuga en sí mismo, pues se sale de la idea tradicional de lo femenino, aunque conviva con ella y su vida temprana se desarrolle de acuerdo con estas estructuras.

El doble matrimonio de Adelaida y Enriqueta marca para la familia Ríos el inicio de una compleja situación económica que, aunada al cambio de Gobernador en Santander, llevó a don Francisco a buscar mejores oportunidades de trabajo en Bogotá, donde migró junto con su familia y por medio de un amigo obtuvo un modesto nombramiento. Así, la vida urbana se desplegó ante los ojos de la pequeña niña que apenas llegaba a los ocho años y, con ello, los tres miembros de la familia se vieron inmersos en un ritmo de vida totalmente diferente al que hasta ahora habían llevado en Bucaramanga:

Los dos seres fatigados y la chica pueblerina y asombrada que entraron un atardecer a la capital, seguramente contrastaban con las parejas que envía a ésta la provincia en busca de fortuna. Iniciaron la existencia de las familias sin recursos de la clase media, en una pensión en que les servían malas comidas y debían soportar la aglomeración con gentes de distintos hábitos. La mayoría la componían empleados de corto sueldo, que se reunían a las horas de las comidas y hacían chistes sobre la pésima calidad de los platos. En la tierra de Celina la pobreza había sido más clara, tenía el rostro de muchacha campesina. Pero se adaptaba, lo mismo que al movimiento y al tráfico de las calles, con la serena confianza de los animales jóvenes. Cuando salía, los ojos se le enredaban de los escaparates de las tiendas, que le ofrecían al alcance de su sed, las aguas que no le era posible probar. Allí

⁵³³ Ibid., p. 17.

resplandecían las sonrisas encarnadas de los bebés de porcelana, giraban las hélices de diminutos aeroplanos, se movilizaban los trenes eléctricos. ¿Sería verdad que otros niños poseían esos juguetes, los acariciaban, jugaban con ellos? Le resultaba un pensamiento tan inverosímil, que prefería imaginar que su papel consistía en permanecer tras las vidrieras, jactanciosos e intocables, para que ella los mirara⁵³⁴.

A su llegada a Bogotá Celina fue matriculada en varios colegios, pero las constantes burlas que recibía de parte de sus condiscípulas, por culpa de sus “maneras de provinciana” y el desconocimiento de los juegos infantiles, llevó a que una y otra vez la niña se rehusara a estudiar. El único colegio que atrapó su atención y la retuvo durante un tiempo fue un colegio de monjas donde estudió hasta los quince años y de la mano del mundo místico e intelectual que le develaron las religiosas descubrió su vocación por las letras, mientras sus compañeras se inclinaban por el baile y la música. Cada centavo que caía en sus manos, Celina lo gastaba en las librerías. El placer de poseer aquellos libros compensaba su sufrimiento por no sentirse bonita y las historias en ellos contenidas la ayudaban a suavizar la realidad. Entre todos los escritores prefería a las mujeres: Selma Lagerlöf, Virginia Woolf, Teresa de la Parra y Charlotte Brontë, cuestión que la animaba a escribir sus propias narraciones.

En este período, cuando Celina se desliza de la infancia hacia la adolescencia, aparece una nueva representación de la mujer que se sale de los cánones demarcados por la línea de segmentaridad molar que delimita las posibilidades de las mujeres en la sociedad colombiana de la época y podría considerarse como una ruptura molecular. Como ya se ha dicho con anterioridad, la figura de las religiosas era considerada como el otro destino posible para las mujeres que no se realizaban en el matrimonio o la maternidad. Su función seguía siendo una prolongación de los quehaceres domésticos que incluían el cuidado, el servicio y la educación de los

⁵³⁴ Ibid., p. 41.

niños, por ello, resulta comprensible que ser monja fuera una ocupación deseable y revestida de admiración.

Ahora bien, el retrato que Mújica presenta sobre estas mujeres, siempre bañadas de un aura mística, se puede considerar transgresor en la medida de que más allá de resaltar su papel como educadoras o modelos de entrega y devoción, deja a la vista aspectos más ocultos de los que poco se hablaba en la época como lo es la sexualidad, mostrada a través de la experiencia de la protagonista con una de sus maestras:

La profesora de Celina es muy hermosa. La finura de las facciones y el brillo verde mar de los ojos, resaltan bajo la albura de la corneta (...) Inspira gran admiración especialmente a las mayorcitas, en quienes se presenta una tendencia enfermiza a no poder pasar sin las compañeras o maestras preferidas. Celina no se ha contagiado de sus manifestaciones. Pero un día, después de acompañar a la monja a la Biblioteca de las Hijas da María, donde ahora lee vidas de Santos, al salir se encuentra de sopetón con una de las internas. Esta, tras echarle una rápida ojeada investigativa, le pregunta muy intrigada: - ¿has estado tanto tiempo sola con "ma soeur"? como Celina contesta afirmativamente, la interna continúa bajando la voz: Confiésame: ¿te besó? Y parece tranquilizarse ante el no rotundo y estupefacto de la niña. Sin embargo, en la cabeza de Celina comienza a agitarse la pregunta: ¿qué significa un beso de ma soeur? y sus ojos se velan por una sombra de inquietud al mirar a la maestra, en lo alto de la tarima, radiante bajo la impecable toca. Pronto averigua que la monja celebró las bodas místicas siendo aún muy joven y despreciando la admiración mundana que despertaba su belleza (...) Pero desde la penumbra que cerca a esas mujeres se escapan violentos vapores que las atraen ya a una compañera, ya a una discípula que podría ser su hija. El cariño se torna tanto más intenso cuanto lo oprime la obligación de dejarlo así que los mandatos de su Regla las conduzcan lejos. Muchas veces Celina, al levantar la vista de su cuaderno, nota sobre sí el resplandor marino de las pupilas de la Hermana. Sabe que una secreta afinidad las une y que es la preferida, aunque nada le diga⁵³⁵.

De este modo, se clausura la vida infantil de Celina, para dar paso a una serie de eventos que modifican su presente y redibujan su porvenir. Con el cambio del régimen conservador al liberal durante la década de 1930, don Francisco, quien hasta ahora había luchado con su espada y su fe por la bandera azul, se ve dolorosamente afectado por el fracaso en las elecciones donde resulta ganador

⁵³⁵ Ibid., p. 44.

Enrique Olaya Herrera y la incertidumbre de perder su empleo, esta situación lo lleva a sufrir un fulminante ataque cardíaco en la oficina, lo que deja a Doña Cristina y a su adolescente hija en condiciones complejas para sobrevivir. La madre, quien había sido educada para el hogar debe amoldarse al enorme choque que significa conseguir trabajo, por primera vez, fuera de casa. Mientras Celina, por otro lado, debe hacer frente a las nuevas condiciones de vida que permiten a las mujeres ser responsables de sí mismas.

A partir de este evento, la protagonista se convierte en mecanógrafa y empieza a descubrir un mundo que hasta ahora había estado vedado para la mayoría de mujeres en el país: el mundo del trabajo burocrático. Esta aventura no resulta sencilla, pues además de las extensas jornadas laborales y el constante aprendizaje Celina debe enfrentarse, una vez más, a la férrea línea molar que determina los alcances femeninos dentro de un mundo controlado por hombres. Su jefe, el doctor Garrido, se convierte en la representación de ese infranqueable orden y, además, en el constante recuerdo de la posición que debe asumir la mujer, incluso cuando es ofendida, situación que se recrea a la perfección cuando Garrido besa a Celina sin su consentimiento y días después alude al tema con las siguientes palabras: “se ve que usted no ha frecuentado la sociedad. Las mujeres de mundo saben que un beso no compromete. En una oficina transforma el ambiente. Lo vuelve incitante, mejor...”⁵³⁶

En medio de esta atmósfera laboral, atravesada por la ola de papeleo y trámites burocráticos que se desató como producto de la Guerra colombo-peruana (1932-1933), aparece otro personaje que representa una nueva línea de segmentación molecular: Leonor Alba. Ella, una mujer de clase alta que se ve obligada a trabajar debido a la crisis económica que atraviesa su familia, se convierte en la mejor amiga de Celina, le devela el mundo que se oculta más allá de los libros y le abre la puerta

⁵³⁶ Ibid., p. 59.

al círculo artístico que ella misma frecuenta desde su tiempo como estudiante en la Escuela de Bellas Artes de Bogotá. Leonor, desde pequeña, había tenido acceso a una educación liberal fuera del país, mientras se educaba en Europa, hasta su regreso a Colombia, mostró una apasionada inclinación por la pintura, habilidad que cultivó y, con el tiempo, le valió cierto reconocimiento entre los bohemios y artistas de la capital, quienes reconocían su gran talento. Se casó y se divorció a las pocas semanas y aunque este episodio le acarrearía un estigma social hasta el fin de sus días, esto jamás le impidió seguir siendo una referencia en la escena artística capitalina.

La estrecha relación que Celina forjó con Leonor marcaría en adelante sus aspiraciones literarias debido a que, por primera vez, había encontrado el respaldo necesario para dar rienda suelta a su deseo de escribir. “Yo pintaré las ilustraciones para tu primer libro”⁵³⁷, habían sido las palabras de Leonor, quien no viviría para cumplir su promesa. A partir de la muerte de la pintora, Celina buscó refugio en la letras. Si bien, el trabajo de oficina continuaba ocupando la mayor parte de su tiempo, intentó encontrar un espacio propicio para leer, indagar y escribir, orientando así su pasión a los nuevos logros que se planteaba. Aquí, cabe añadir que, aunque el ideal femenino de maternidad continuaba intacto, durante la década de 1930, las mujeres empezaron a tener un despertar político y cultural que las llevó a exigir una retribución al proceso de modernización que cada vez demandaba más de ellas.

La aspiración de alcanzar los derechos civiles, así como una autonomía propia impulsaba a las mujeres a buscar más allá de las pocas oportunidades que hasta ahora se le habían ofrecido, esto dio cabida a la apertura de nuevos espacios de participación que permitieron la incursión femenina en la vida pública. Mientras tanto, los problemas cotidianos continuaron siendo los mismos, como lo muestra

⁵³⁷ Ibid., p. 62.

Elisa al relatar la difícil situación a la que se enfrentaban las mujeres cuando tenían un embarazo no deseado y temían al señalamiento público:

Durante meses una mecanógrafa trabajó al lado de Celina. Cambiaban apenas las palabras indispensables. Semanas y semanas juntas. Un día gran agitación. Laura había fallecido la noche anterior. Los médicos notaron indicios sospechosos. ¿A que atribuir esa muerte repentina? La autopsia reveló que se trataba de un envenenamiento. Poco a poco se divulgó la noticia. La mujer apeló a ciertas drogas para obtener un aborto. Mientras escribía en la maquina rumiaba su tragedia. No era Laura la que se sentaba en el escritorio contiguo al de Celina, era la Tragedia. Quizá, de escuchar con atención alguna de las palabras, hubiera podido atar cabos y seguir pistas. Prestar ayuda. Pero Celina no lo hizo. Nunca la oyó⁵³⁸.

Figuras como Enriqueta y doña Cristina también dejan a la vista esas pequeñas luchas diarias que debían franquear las mujeres para sobrevivir por cuenta propia en la sociedad de la época. Por un lado, Enriqueta, “viuda con esposo”, tuvo que regresar junto a su madre y hermana tras la enfermedad mental en la que se sumió su marido, quien fue internado en un psiquiátrico, y ella tuvo que asumir los gastos, además de los que representaban educar y alimentar a los hijos. Doña Cristina, por otro lado, enfrentada al cáncer, durante los últimos días de su vida se vio aferrada a su hija menor, como si fuese una niña pequeña dejó su vida en manos de Celina, quien debió hacerse cargo de todos los gastos económicos y los cuidados del hogar.

Si bien, Celina asumía una posición de independencia que había forjado a través de sus años como trabajadora y mujer emancipada, también soñaba con casarse. Y aunque esta posibilidad nunca había estado cerca de cumplirse, ella se aferraba a la idea del amor romántico que a diario leía en las novelas. Tal vez, por esta misma razón su noviazgo con Felipe Conde fue tan efímero. El médico, a quien conoció durante las visitas al psiquiátrico donde estaba internado su cuñado, tenía fama de mujeriego y sibarita, defectos que ella se empeñaba en corregir a través del amor y la dedicación. Sin embargo, cuando Felipe la abandonó pudo comprender que esos

⁵³⁸ Ibid., p. 113.

rasgos masculinos eran imposibles de cambiar, situación que unida a la muerte de la madre desarraigó a Celina por completo y aceleró su partida del país.

Como se alcanza a notar, la adolescencia y juventud de Celina Ríos, estuvieron atravesadas por una representación femenina que fluyó en varias vertientes. Por un lado, Leonor Alba representa una línea de segmentaridad molecular que posibilita el surgimiento de la figura de la mujer con aspiraciones artísticas. Más allá de desapegarse de los cánones tradicionalmente femeninos, este personaje da un vuelco a las posibilidades que tenían las mujeres para realizarse en aquel momento. Aunque se casa, se divorcia, no tiene hijos y aunque debe trabajar para subsistir, continúa dedicando tiempo a la pintura, estas facetas permiten observar una mentalidad moderna que empieza a forjarse alrededor del quehacer femenino, el cual, no siempre, debe seguir los designios anteriormente impuestos, sino que se pueden bifurcar para conseguir un mismo fin: la realización personal.

Por otro lado, Enriqueta y doña Cristina, representan la dura línea de segmentación molar que resguarda el orden social heredado. El rol de madres y esposas que ellas desempeñan resulta más fuerte que cualquier otra posibilidad que se les ofrezca para modificar su condición en la sociedad, por ello, cuando deben trabajar fuera del hogar les resulta sumamente tortuoso y a la larga esto convierte en un sacrificio más que deben hacer por su familia. Por último, Celina representa una línea de fuga que escapa totalmente de la tradicional figura femenina pues se erige como la figura de la mujer emancipada y trabajadora. Si bien, sigue evidenciado deseos que la atan a los ideales de la feminidad como lo es el matrimonio, también se aleja cuando con sus decisiones penetra en campos inexplorados como la escritura, el mundo intelectual y la independencia absoluta para decidir sobre ella misma.

A partir de lo anterior, se puede decir que el proceso de *devenir-mujer* del que se ha venido hablando a lo largo de los anteriores capítulos, empieza a evidenciarse aquí con el cambio de perspectiva que la vida moderna introduce en el rol que las

mujeres desempeñan en la sociedad. Como sucede en el acontecer colombiano de la década de 1930, la realidad de Celina se ve atravesada por la serie de cambios que el proceso de modernización lleva a cabo a través de los decretos que permiten el ingreso femenino a los colegios, universidades y oficinas estatales; del mismo modo que en el ámbito público, donde las mujeres adquieren la capacidad de heredar, recibir sueldos, administrar sus propios bienes y responder por sí mismas ante cualquier autoridad. Con esto, se da apertura a una nueva interpretación de la subjetividad femenina a partir de todas las líneas moleculares que se crean con la modificación de las condiciones de vida materiales de las mujeres, cuestión que lleva a cuestionar la única representación posible que se había planteado desde el siglo anterior.

La segunda parte de la novela, titulada “El mundo”, transcurre en Ecuador, país a donde la protagonista viaja tras la muerte de su madre en busca de mejores oportunidades de vida. Celina se acopla bastante bien al nuevo entorno que la rodea en Quito, hace amigos y consigue empleo en una compañía multinacional dirigida por Rodrigo Tolosa, un empresario colombiano que más allá de querer ganar dinero tenía un claro interés político: concretar el sueño de la Gran Colombia. Sus socios colombianos y ecuatorianos lo veían como un loco soñador, les molestaba sus innovaciones, pero, aun así, lo respetaban y por ello no se atrevían a bajarlo de su cargo. Por su parte, a Celina le atrajeron las ideas que postulaba Tolosa acerca de la unión latinoamericana, pues encontró en ellas el objetivo que tanto había buscado para encaminar su vida.

De este modo, Celina se introdujo en un mundo de jóvenes intelectuales preocupados por mejorar la situación de los indígenas en Ecuador, por conseguir los derechos para las mujeres, los obreros y los campesinos, además de conquistar aquella idea de unión transnacional que se planteaba con el proyecto de la Gran Colombia. A partir de este encuentro con el mundo social, en el cual Celina jamás había pensado, se empezó a forjar ella una curiosidad que la llevó a trabar

amistades con mujeres totalmente diferentes a las que había conocido hasta entonces. Olga Aranguren fue la primera de esas revolucionarias que marcaron su cambio de perspectiva:

Era muy atendida en los círculos ecuatorianos de izquierda y aunque no pertenecía a ninguna de las naciones cobijadas por la Gran Colombia, la entusiasmaba la idea. Poseía título universitario y dominaba varios idiomas. Por curiosidad Celina fue a una asamblea estudiantil en que ella pronunciaba un discurso. La figura con falda negra y blusa blanca sobresalía en mitad del estrado, parecía común y corriente. (...) Celina no había escuchado intervenciones femeninas en actos públicos, fuera de algunas maestras que se contentaban con leer en un papel frases de circunstancias. Esto era diferente, juvenil (...) Principiaba a ver de otra manera a los demás. Antes no pensaba en sus problemas mientras no la tocaran directamente, pero ahora era capaz de comprenderlos, aunque fueran muy distintos de los suyos⁵³⁹.

Posterior a este encuentro Celina continuó frecuentando a Olga y a sus amigas: Victoria Castro, Sylvia Donato y Magda Urbina. Su compañía la hacía olvidar las viejas costumbres que giraban en torno a los temas de conversación apropiados para las reuniones femeninas, las cuales, casi siempre, tenían que ver con la mejor forma de realizar los quehaceres domésticos o sobre problemas personales; en cambio con estas mujeres era posible hablar de cualquier suceso acaecido en el planeta, de la necesidad del voto femenino en Colombia, de la mentalidad del General Chiang Kai-Shek* o de los amores de Maurice Maeterlink* con Georgette Leblanc*⁵⁴⁰.

Magda iba a graduarse de abogada, usaba vestidos tipo sastre y rehuía a cualquier adorno femenino que evocara fragilidad o coquetería. Sylvia era totalmente diferente: linda, frágil, vanidosa y elegante, además pertenecía a una clase

⁵³⁹ Ibid., pp. 127-128.

* (1887-1975). fue un militar y estadista chino, líder del Partido Nacionalista Chino Kuomintang y líder máximo, bajo diversos cargos, de la República de China fundada en Nankín en 1927. Tras la derrota de los nacionalistas frente a los comunistas en 1949, se refugió con su gobierno en la isla de Taiwán.

* (1892-1949). Fue un dramaturgo y ensayista belga de lengua francesa, principal exponente del teatro simbolista.

* (1869-1941). Fue una actriz de teatro y cine, cantante de ópera y escritora francesa.

⁵⁴⁰ MÚJICA, Elisa. Los dos tiempos. Op., Cit. p. 130.

acomodada, lo cual le daba la posibilidad de dedicarse a escribir poesía social desde la comodidad de su posición social. Victoria, por otro lado, era la más vieja de las cuatro y se desempeñaba como maestra. Las experiencias junto a este grupo de mujeres despertarían la conciencia de género en Celina, quien se enorgullecía de pertenecer a tan selecta agrupación:

Frecuentar la compañía de revolucionarias, que podrían ser conducidas a la cárcel de un momento a otro, en aquellas horas en que las calles hervían de fiebre y se pronosticaba un golpe de estado, resultaba excitante para Celina. La halagaba hablar de sus amigas con los empleados de la oficina, que se asustaban por su imprudencia. Pero el principal aliciente consistía en que se le presentaba la oportunidad de vivir en ambiente de novela y de novela rusa. En ocasiones, cuando estaba con ellas oía repentinamente tres golpecitos en la ventana. Cualquiera de las mujeres se acercaba entonces con cautela a recibir un mensaje, que le entregaba por la reja un personaje de mirada huidiza. En seguida rogaban sin ambages a Celina que se despidiera. Y al otro día le contaban: "Trabajamos hasta las tres de la madrugada y estamos cansadísimas"⁵⁴¹.

Así las cosas, pronto llegó el momento en el que la revolución se convirtió en un hecho. Con el levantamiento popular del 28 de mayo⁵⁴² Celina vio materializarse ante sus ojos los discursos que muchas veces había presenciado y, aunque no estaba de acuerdo con la violencia ejercida para conseguir este cambio, "su corazón se hallaba comprometido con la causa de los revolucionarios porque el presidente que querían derrocar, Arroyo del Río, cometía arbitrariedades y se vanagloriaba de ellas"⁵⁴³. Ante aquella atmósfera de agitación era imposible ser indiferente, por ello, Celina participaba de la necesidad de gritar y cantar las consignas que los enardecidos quiteños vociferaban en las calles, tal como se relata en el siguiente apartado:

Fue en Guayaquil y en otros lugares donde quedó un saldo de cadáveres. Pero en Quito las autoridades decidieron no demostrar terquedad y los nervios ciudadanos, tensos tanto tiempo, se des cargaron. El pueblo hervía en la Plaza de la

⁵⁴¹ Ibid., p. 132.

⁵⁴² Aquí se hace referencia directa a La rebelión del 28 de mayo de 1944, un levantamiento popular em Ecuador donde se derrocó al presidente Carlos A. Arroyo del Río y ascendió al poder José María Velasco Ibarra

⁵⁴³ MÚJICA, Elisa. Los dos tiempos. Op., Cit. p. 134.

Independencia, alrededor del Palacio de Gobierno. Cuando Celina intentó acercarse a preguntar por Victoria que había tomado parte directa en los sucesos, los guardias no se lo impidieron. El apoyo popular los volvía tan fuertes que podían ser confiados. Pero la decisión multiplicada igual que la efígie de una moneda en los miles de semblantes, imponía. Celina no lograba evitar que un leve escalofrío le recorriera la espalda⁵⁴⁴.

Pese a todo este esfuerzo, para diciembre, el régimen instaurado ya parecía tan viejo y despótico como el anterior. Algunos decían que se había perdido la oportunidad de hacer una verdadera revolución, mientras otros seguían guardando la esperanza de que el nuevo direccionamiento político diera resultados. Por su parte, Celina tuvo que buscar nuevas figuras que guiaran su naciente conciencia social, pues la pérdida de Rodrigo Tolosa quien fue despedido de su cargo, dejó en el olvido la idea de la Gran Colombia. Olga, Victoria, Sylvia y Magda suplieron ese lugar y proporcionaron a Celina no solo ideas políticas, sino también morales haciéndola reflexionar en torno a la cuestión del género, la maternidad, las relaciones interpersonales y el amor. Según Magda, las mujeres como ellas tenían pocas posibilidades de alcanzar aquel ideal de amor romántico que muchas veces las novelas retrataban, los hombres luchaban a su lado, respaldaban sus ideas, pero a la hora de casarse, elegían a muchachas “del antiguo tipo”.

Sin duda, Celina había dejado de ser una de aquellas muchachas perseguida por el fantasma de la tradición en cuanto llegó a Quito. De la mano de Rodrigo Tolosa había explorado las fiestas y las diversiones de la gente rica de la ciudad, le atraía el mundo intelectual desde la época de Leonor Alba, por ello no dudaba en buscar en ese tipo de personas un cierto tipo de aprobación. Incluso accedió a participar en una sociedad llamada “Amigos de Todas las Bellas Artes”, pero en cuanto se percató de que las veladas al ritmo de Chopin y la lectura de interminables poemas le aburría enormemente, la dejó. Celina era apasionada y gustaba de experimentar el mundo desde la acción, razón por la cual se sentía a gusto entre los

⁵⁴⁴ Ibid., p. 135.

revolucionarios, quienes le abrieron los ojos a un mundo que hasta ahora desconocía.

Hasta aquí, se alcanza a observar que la representación de la mujer que atraviesa este período de juventud de Celina es sumamente variada. Personajes como Olga, Victoria, Sylvia y Magda dejan ver distintas líneas de segmentaridad molecular que se trazan en consonancia con el paisaje social del que se desprenden. Aunque cada una se representa con distintas características que entremezclan el ideal tradicional de la feminidad y una masculinización que surge como resultado del ingreso de las mujeres a espacios dominados por hombres, queda claro que todas ellas son el reflejo de la mujer emancipada que busca la forma de abrirse un lugar en la esfera pública. Celina, en este punto, es representada como una mujer en constante búsqueda, intenta trazar pequeñas líneas de fuga, pero aún se encuentra temerosa de desprenderse de manera definitiva de los antiguos roles que habían demarcado su vida. No obstante, es a partir de todo este proceso de toma de conciencia que ella deviene mujer, mientras el mundo a su alrededor deviene con ella.

Ya en la tercera parte de la novela, titulada “Después de la siembra”, Celina, con un montón de nuevas preocupaciones en mente se embarca en una excursión por el Oriente ecuatoriano. A medida que observaba la compleja situación de los indios, los obreros y los campesinos que conocía durante su viaje Celina empezó a plantearse la idea de dedicar por completo su vida a la política, velar por los derechos de lo vulnerados y reivindicar la posición femenina en la sociedad. Así, conoció a Esteban Figueres, un hombre preocupado por “la causa de los indios”*, que ya no le habló de amor, sino de luchar hombro a hombro por un ideal. De este modo, Celina se incorporó a una nueva organización subversiva, mientras ella “se transformaba en el prototipo de la mujer nueva. Él, en el compañero resuelto y

* El indigenismo fue un movimiento que surgió hacia la década de 1940 y su eje principal fue el cuestionamiento de la condición política de los pueblos indígenas y sus derechos.

comprensivo. Los llevaba la responsabilidad de no constituir una simple pareja sino el símbolo de las del futuro”⁵⁴⁵.

En principio, la participación de Celina en la organización liderada por Esteban revestía cierta sencillez. Organizar reuniones, tomar notas en las asambleas y hablar en público una que otra vez eran las tareas que desempeñaba, no ser simplemente el prototipo de la mujer doméstica le brindaba la sensación de que estaba impulsando una causa mayor. Sabía que Esteban pretendía convertirla en “una mujer capaz de despertar el entusiasmo de las masas, dirigir y orientar”⁵⁴⁶, pues le atraía ese tipo de líder política, sin embargo, Celina no se acercaba en lo más mínimo a la imagen de esas mujeres, nunca era capaz de hablar con la emoción adecuada o simplemente sus palabras se malinterpretaban.

Para compensar esta falta de carisma, Celina intentaba acercarse cada vez más a los postulados teóricos que cimentaban la lucha en la que se había introducido. Así, se sumergió en el estudio del marxismo y se inscribió en cursos universitarios de economía que se enfocaban en proponer mejoras para la situación socioeconómica ecuatoriana, dictados por algunos miembros del comité ejecutivo de la organización y líderes revolucionarios. Cuando llegaba a su casa Celina dedicaba horas a estudiar las teorías suministradas por sus compañeros y amigos, donde descubría los móviles de sus experiencias entrelazados en teorías complejas y difíciles de asimilar. La necesidad de penetrar en estos concomimientos le representaba una pesada carga.

La idea que flotaba en el ambiente de derrocar el gobierno instaurado tras la rebelión del 28 mayo hacía cada vez más complejas las tareas que se le asignaban a Celina, quien ahora era responsable de una de las comisiones encargadas de atraer patrocinadores para esta causa, así como de formar células femeninas/obreras en

⁵⁴⁵ MÚJICA, Elisa. Los dos tiempos. Op., Cit. p. 198.

⁵⁴⁶ Ibid., p. 202.

barrios y pueblos aledaños. Por su parte, Esteban se embarcó en una gira por el país con un objetivo similar, lo que dejó a Celina sola y de frente a una situación sumamente peligrosa, pues nadie se había planteado aún qué sucedería en caso de que aquel golpe fallara. El escenario en el que se movía Celina era similar al de las demás mujeres que se sumaban a la causa:

Muchas se habían hecho revolucionarias para pisar el sendero trazado por la huella de sus varones, porque pensaban que así no los perderían, pero al conocer lo que allí se agitaba, crecía para ellas, las dominaba más que a los hombres. Una muchacha prodigaba frases ardientes, que parecían carbones colocados en una estufa. Respiraba el misticismo de la revolución, de la que quería convertirse en iluminada y sacerdotisa. En qué terminaría: ¿borracha en una taberna, llorando el recuerdo de sus palabras hermosas?⁵⁴⁷

Con el tiempo, Celina se volvió cada vez más adepta a Esteban y a sus radicales ideas, cuestión que no solo le ocasionó un cierto tipo de ostracismo social, sino también problemas laborales, pues sus jefes no veían con buenos ojos que una de sus empleadas estuviera involucrada con “revoltosos” de esta calidad. El fracaso se había cada vez más tangible y con ello la idea de la revolución se hundía entre la desconfianza y el recelo. Con frecuencia, al entrar a una habitación, Celina se daba cuenta de que interrumpían conversaciones que no se querían pronunciar en su presencia. “Después de haber sido halagada y adquirir cierta importancia como mujer progresista, la empezaban a tolerar en calidad de testigo incómodo. Su cara les recordaba un bochorno pasado en que tuviera el mal gusto de insistir”⁵⁴⁸.

Mientras tanto, en las filas rebeldes las deserciones aumentaban. A los revolucionarios se les abrían los ojos, pero no las puertas, lo que terminó por quitarles todo el encanto a las ideas por las que alguna vez habían luchado. En medio de este ambiente Celina fue destituida de su cargo y aunque le continuaba importando su relación con Esteban, “sabía que se había encontrado a ella misma

⁵⁴⁷ Ibid., p. 224.

⁵⁴⁸ Ibid., p. 237.

y que no necesitaba hacer concesiones con el futuro”⁵⁴⁹. Solo ahora se sentía fuerte y decidida, “se hallaba en la capacidad de entender su propia tierra y ser útil”⁵⁵⁰. Sus experiencias en Quito, sin duda, la transformaron, le habían abierto los ojos a un mundo que por mucho tiempo decidió ignorar y así, con una conciencia política totalmente nueva Celina regresó a su país.

Teniendo en cuenta lo anterior, la representación de la mujer que sugiere Mújica en este segundo período de la juventud de Celina es totalmente nueva. El personaje principal se muestra como una mujer independiente que, aunque sigue guardando cierta nostalgia por una feminidad tradicional, también traza su propia línea de fuga y se convierte en un sujeto político, comprometido con ideales específicos y capaz de afrontar con autonomía los resultados de sus acciones. De este modo, Celina se erige como la representación de una mujer que se transforma gracias a la influencia del entorno social que la circunda, por esta misma razón deviene mujer. Mientras se adapta a los cambios que le sugiere la vida moderna, también se incorpora a las múltiples representaciones que ésta propone para el sujeto femenino: trabajadora, estudiante, ser sexual, ser político y agente de cambio. Como acertadamente afirma Montserrat Ordoñez sobre el personaje de Celina Ríos:

Es la mujer que no pertenece, la que ha de construirlo todo a cada momento. En esta novela los mundos interiores y líricos están muy lejos y se imponen la realidad y los mundos exteriores, dominados por los valores masculinos. La novela es una crítica a una sociedad en la que las mujeres independientes y comprometidas políticamente, las que tratan de ser sujetos y no objetos de la historia, tienen que pagar una cuota de marginalidad y soledad, como todos los grupos minoritarios⁵⁵¹.

Su madurez intelectual y política la adquiere gracias a ese proceso de *devenir-mujer* en el que se sumerge ya desde su infancia. Las lecturas, la escritura y su amor por las autoras que marcan una impronta en la sociedad de la época, direccionan la curiosidad que Celina siente por las mujeres con características atípicas, lo que la

⁵⁴⁹ Ibid., p. 243.

⁵⁵⁰ Ibid., p. 244.

⁵⁵¹ ORDOÑEZ, Montserrat. Biografía de Elisa Mújica. Op. cit., p. 14.

lleva a indagar más allá de la experiencia que le ofrecen los libros y termina inmersa ella misma en ese mundo de mujeres política y socialmente comprometidas. Como señala Yolanda Forero:

Poco a poco Celina va dándose cuenta de que pertenece a un pueblo, que tiene algo en común con éste, y que algún día tendrá que comprometerse con su causa. Para la joven colombiana no es fácil aceptar este nuevo mundo, pues su educación de muchacha de clase media, ajena a los problemas sociales que la rodean, pesa muchísimo en su conciencia. Para Celina la ideología dominante es la que tiende a primar⁵⁵².

El personaje de Celina se constituye como una línea de fuga. Sus acciones, así como sus ideas la convierten en la representación de una mujer moderna que es capaz de subvertir la idea tradicional de lo femenino, aunque la sociedad aún no esté del todo lista para aceptar esta configuración. Como mencionan Deleuze y Guattari: “es indispensable que las mujeres hagan una política molecular, en función de una conquista que realizan de su propio organismo, de su propia historia, de su propia subjetividad”⁵⁵³, y es precisamente este el proceso por el que atraviesa Celina mientras deviene mujer.

A modo de conclusión, se puede decir que la novela *Los dos tiempos* ofrece tres representaciones del sujeto femenino a lo largo de sus páginas. La primera hace referencia a las mujeres de finales del siglo XIX y principios del XX, generación a la que pertenecen Doña Cristina, Adelaida, Enriqueta y las demás mujeres de provincia que se presentan en la primera parte del relato. En esta representación se muestra una marcada influencia de la tradición patriarcal, es decir, que se desprende de la línea de segmentaridad molar que atraviesa la sociedad de la época y dicta los estrictos parámetros que desde siempre han encasillado la

⁵⁵² FORERO, Yolanda. Un ejemplo de narrativa moderna de los años cuarenta: el discurso femenino de Elisa Mújica en su novela los dos tiempos. En: Ensayos críticos sobre la obra narrativa de Elisa Mújica. Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander, 2007. p. 92.

⁵⁵³ Ibid. p. 278.

actividad femenina al interior del hogar. El matrimonio y la maternidad se muestran como los principales logros de este tipo de mujeres que, a pesar de que tienen que vivir los cambios que trae consigo el proceso de modernización que inicia en la década de los treinta, rehúyen al cambio que significaría penetrar en territorios desconocidos y totalmente diferentes para los que fueron educadas.

En segundo lugar, se encuentra la representación de las mujeres que se salen del ideal femenino de la época, pero aun así continúan guardando ciertas características de la feminidad tradicional. Ellas hacen parte de una línea de segmentaridad molecular que se empieza a desprender de una sociedad que transmuta con enorme rapidez. En Colombia es a partir de la década de los treinta que surge esta posibilidad debido a los diferentes eventos que permiten a las mujeres ingresar a la vida pública, en este sentido, Leonor Alba, las compañeras de oficina de Celina y, en Quito, Olga, Victoria, Sylvia, Magda y las demás revolucionarias dan vida a esta representación en la que estudiar, trabajar, ejercer una profesión, declarar las filiaciones ideológicas, ser lesbiana, tener hijos sin casarse y vivir una vida bohemia hacen parte de la amalgama de aspectos que definen a la mujer moderna.

Por último, Celina Ríos representa a la mujer que atraviesa por un proceso de *devenir-mujer* en el que todas las anteriores representaciones trascienden y dan lugar a una línea de fuga en la que el sujeto femenino se hace consciente de sí mismo y se apropia de su porvenir. De este modo, Celina se muestra como una mujer distinta, en la que se diluyen los antiguos roles de la feminidad relacionados con la maternidad, el matrimonio y el hogar, para dar paso a la definición de una identidad femenina que incorpora el ámbito público como principal eje de acción y las ideas políticas como principales motivos para la existencia. Así, junto con los cambios que sugiere la modernización, esta novela moldea la representación de un sujeto femenino eminentemente político y en consonancia con el ambiente social

que durante la década de los cuarenta reclamaba el sufragio femenino en Colombia, así como un cambio contundente para la situación de las mujeres.

3.2 CATALINA (1963)

Para la década de los sesenta, cuando Elisa Mújica publica su segunda novela: *Catalina*, el panorama literario en Colombia comenzaba a trasmutar de manera considerable. Si bien, la narrativa novelística aún no se había afianzado por completo en el ambiente cultural de la época, la antigua idea de que la poesía era el género hegemónico de las letras colombianas se modificó. Tal cambio de perspectiva respondía tanto al ambiente social que sacudió al país con la ola de violencia bipartidista aparecida tras el asesinato del líder político Jorge Eliecer Gaitán en 1948, como al surgimiento de un nuevo paradigma estético asociado a la llamada “novela de la Violencia” y, además, a otros aspectos de índole social, como lo apunta la investigadora Paula Andrea Marín Colorado:

El cambio de paradigma estético que se dio en el campo literario colombiano a partir de finales de la década de 1950 y, sobre todo, durante toda la década de 1960 (...) obedece a seis causas principales: 1) el surgimiento de una nueva mirada acerca del lenguaje usado en las obras literarias, distanciada del gramaticalismo que caracterizó el siglo XIX y las cuatro primeras décadas del siglo XX; 2) el advenimiento de una perspectiva crítica que se alejaba de la consideración sobre la novela como expresión de un “pueblo” para empezar a verla como expresión “del hombre”; 3) la aparición de un nuevo público lector que empezó a preferir el consumo de la prosa sobre la poesía; 4) el surgimiento de premios de novela por iniciativa de entidades privadas; 5) el aumento en el grado de diferenciación de las actividades intelectuales; 6) la elaboración de la realidad cercana en las obras narrativas⁵⁵⁴.

⁵⁵⁴ MARIN COLORADO, Paula Andrea. La novela colombiana ante la historia y la crítica literarias (1934-1975). *Estudios de Literatura Colombiana*, 2015, N.º 36. pp. 14-15.

El surgimiento de la novela de la Violencia mostró un distanciamiento, en términos estéticos y gramaticales, de la novela costumbrista que había tenido como principal exponente a Tomás Carrasquilla (1858-1940), y la novela de protesta social, que durante las décadas de 1930 y 1940 adquirió mayor prestigio literario. Este nuevo tipo de narrativa ficcional mostraba una actitud diferente en cuanto a la función social que pretendía desempeñar, pues lejos de querer congraciarse con un partido político en concreto o con ciertos grupos de la élite intelectual, buscaba acercarse a la sociedad en general, pues los novelistas eran conscientes de que no podían ser ajenos a su realidad inmediata.

De este modo, la novela de la Violencia empezó a convertirse en “un fenómeno literario nunca visto antes en la historia de la literatura colombiana en cuanto a la cantidad de publicaciones”⁵⁵⁵. Después de la primera novela que se ha incluido bajo esta etiqueta: *Los olvidados* (1949) de Alberto Lara Santos, pequeñas editoriales emergentes como Editorial Santafé, Iqueima y A.B.C, comenzaron a publicar otras obras que presentaban sucesos violentos en pleno auge de la fuerte rivalidad entre liberales y conservadores⁵⁵⁶. En medio de esta atmósfera, como apuntan Luis Iván Bedoya y Augusto Escobar, para 1953 la novela *Viento seco* de Daniel Caicedo, llegó a vender cerca de 50.000 ejemplares en dos años, una cifra exorbitante teniendo en cuenta los alcances de la industria editorial en el momento⁵⁵⁷.

Otras obras que destacaron dentro de este naciente panorama novelístico fueron *Ciudad enloquecida* (1951) de Pablo Rueda Arciniegas, *El 9 de abril* (1951), de Pedro Gómez Corena, *El Cristo de espaldas* (1952) y *Siervo sin tierra* (1954) de Eduardo Caballero Calderón, *Las balas de la ley* (1953) de Alfonso Hilarión Sánchez, *Viernes 9* (1953), de Ignacio Gómez Dávila y *Sin tierra para morir* (1954)

⁵⁵⁵ ESCOBAR MESA, Augusto. Ensayos y aproximaciones a la otra literatura colombiana. Bogotá: Universidad Central, 1997. p. 114.

⁵⁵⁶ TERAQ, Ryukichi. ¿Ficción o testimonio, novela o reportaje?: La novelística de La Violencia en Colombia. *Contexto: revista anual de estudios literarios*, N.º 9, 2003, p. 44.

⁵⁵⁷ BEDOYA, Luis Iván y ESCOBAR, Augusto. La novela de la violencia en Colombia: “Viento seco” de Daniel Caicedo – una lectura crítica. Medellín: Hombre Nuevo, 1980. p. 7.

de Eduardo Santa. Aunque, como señala el profesor Ryukichi Terao, la aparición del grupo de Barranquilla, integrado por personajes como Gabriel García Márquez y Álvaro Cepeda Samudio dieron un viraje más reflexivo a este tipo de novela⁵⁵⁸, como se evidenciaría en *La Hojarasca* (1955) y en *La casa grande* (1962), hasta fines de la década de 1950 continuó predominando un estilo de escritura casi testimonial que se enfocaba en narrar las más crudas experiencias de la Violencia.

Así las cosas, para inicios de la década de 1960 se dio apertura a un mercado literario que logró ampliar sus horizontes gracias a los cambios sociales y culturales que estaban surgiendo como producto de la modernización del país, entre ellos, el aumento en las tasas de alfabetización, cuestión que permitió un crecimiento considerable del público lector/consumidor; el surgimiento de eventos culturales como el Primer Festival del Libro Colombiano (1959), el Premio de Novela Esso (1961) y el Concurso de Novela Nadaísta (1966); y la apertura de nuevas editoriales como Tercer Mundo Editores que entró en funcionamiento a principio de los sesenta, Editorial Plaza y Janés, una editorial multinacional que tuvo cierto éxito con la publicación y distribución de novelistas colombianos y Editorial Planeta, que contaba con organizaciones de distribución a nivel nacional e internacional⁵⁵⁹.

Otro fenómeno que contribuyó a la difusión del género novelístico entre la población colombiana en general estuvo vinculado a la adaptación de este tipo de obras a las nuevas tecnologías que, como señala la investigadora Paula Andrea Marín Colorado, desde los años cuarenta dieron lugar al radioteatro y, más adelante, en los cincuenta, a las radionovelas y las novelas adaptadas para televisión⁵⁶⁰. En concordancia con esto, ya en los sesenta comenzaron a surgir, de manera más frecuente, obras novelísticas que se alejaban de los paradigmas de la novela de la

⁵⁵⁸ TERAO, Ryukichi. ¿Ficción o testimonio, novela o reportaje?: La novelística de La Violencia en Colombia. Op, cit., p. 45.

⁵⁵⁹ WILLIAMS, Raymond L y MEDRANO, Manuel. 90 años de novela moderna en Colombia (1927-2017) de Fuenmayor a Potdevin. Op., Cit. p.152.

⁵⁶⁰ MARIN COLORADO, Paula Andrea. La novela colombiana ante la historia y la crítica literarias (1934-1975). Op., Cit. p. 29.

Violencia o del costumbrismo, rompiendo de forma ideológica, estética y temática con este enfoque al privilegiar tópicos referentes a la ciudad y la vida contemporánea.

El Premio de Novela Esso, que se empezó a realizar a partir de 1961 con “el propósito de estimular a todos los escritores colombianos en la producción de nuevas obras”⁵⁶¹, se constituyó como una importante plataforma para legitimar el género de la novela en el país. Tuvo como ganadores de sus primera cinco ediciones a Gabriel García Márquez con la novela *La mala hora* (1961), Manuel Zapata Olivella con *Detrás del rostro* (1962), José Antonio Osorio Lizarazo con *Camino en la sombra* (1963), José Manuel Prada Sarmiento con *Guayacán* (1964) y a Lucy Barco de Valderrama con *La picúa cebá* (1965). No obstante, las decisiones, aparentemente cuestionables, de los jurados llevaron a que en 1966 el grupo de poetas autodenominados Nadaístas crearan su propio concurso como respuesta al premio académico de la Esso, el cual “estaba dejando por las cañerías a la literatura colombiana”⁵⁶², en palabras de Gonzalo Arango:

Fundamos nuestro concurso, para oponerlo al de la “Esso” que está acabando con la dignidad artística de nuestra literatura no sólo en Colombia sino en el exterior. Hay que librar la literatura del monopolio de los académicos y los petroleros. La novela en manos de la Academia y de la Esso, está amenazada de muerte. ¡Ya basta! (...) Quiero aclarar que nuestro concurso se llama “Nadaísmo de Novela”, porque es un premio creado por nuestra generación. Pero en él pueden concursar todos los escritores de vanguardia, lo mismo los nadaístas que los independientes. Por ejemplo, escritores como García Márquez, Rojas Herazo, Marta Traba, Álvaro Cepeda Samudio, se podrían ganar los premios, sin ser nadaístas. Pero tendrán que rivalizar con Fanny Buitrago, Humberto Navarro, “El Monje Loco” o Pablo Gallinazo, que pertenecen por edad, olor y temperamento a nuestra generación⁵⁶³

⁵⁶¹ PEREZ SILVA, Vicente. Cinco concursos de novela. *Boletín cultural y bibliográfico*. Vol.9 No.4. 1966. p. 730-734.

⁵⁶² ARANGO, Gonzalo. Cartas a una joven escritora. *Revista Universidad De Antioquia*, 293. 2008. Recuperado a partir de <https://revistas.udea.edu.co/index.php/revistaudea/article/view/154>.

⁵⁶³ GIRALDO, Láder. Concurso “disidente” nadaísta - Lo patrocinan Belisario Betancur y Pastrana. *El Espectador*, jueves 12 de mayo de 1966.

Para finales de la década de los sesenta la novela se había convertido en el género que mejor expresaba al ser humano⁵⁶⁴. Dejando de lado las ideas bipartidistas y su condición de “instrumento” político, la narrativa novelística penetró en ámbitos mucho más profundos de la condición humana para por fin establecer su autonomía como un género artístico. En este sentido, obras como *El coronel no tiene quien le escriba* (1961), *La mala hora* (1962) y *Cien años de soledad* (1967) de Gabriel García Márquez; *Respirando el verano* (1962) y *En noviembre llega el arzobispo* (1967) de Héctor Rojas Herazo, *La casa grande* (1962) de Álvaro Cepeda Samudio y *Mateo el flautista* (1968) de Alberto Duque López, entre otras, se erigieron como las novelas más representativas de esta década en Colombia y, como menciona el profesor Ryukichi Terao, pueden concebirse como parte del proceso de transformación narrativa que se produjo en toda Latinoamérica y llegó a converger en el fenómeno denominado el “boom” de la literatura latinoamericana⁵⁶⁵.

Cabe destacar que, durante este período, la participación de las mujeres en el ámbito público se hizo mucho más visible debido a que ellas empezaron a desempeñar una función como agentes de cambio social y político a partir de la violenta coyuntura que atravesó el país durante la década de los cincuenta. Con la modernización de las estructuras del Estado y, por ende, de diversos aspectos sociales y culturales las mujeres incursionaron en distintos escenarios como la política tradicional, la política comunitaria, los organismos gubernamentales, en el desarrollo socioeconómico a través del trabajo, y en el ambiente cultural colombiano por medio de actividades de todo tipo, incluyendo la literaria.

Como resultado de la apertura de estos nuevos espacios, más escritoras empezaron a figurar entre los novelistas que enriquecían el ambiente literario de la época, no obstante, es posible observar que la narrativa femenina presentó

⁵⁶⁴ MARIN COLORADO, Paula Andrea. La novela colombiana ante la historia y la crítica literarias (1934-1975). Op., Cit. p. 32.

⁵⁶⁵ TERAO, Ryukichi. ¿Ficción o testimonio, novela o reportaje?: La novelística de La Violencia en Colombia. Op, cit., p. 57.

características que distaban bastante de las temáticas propias de la novela de la Violencia. Entre las obras publicadas por mujeres durante las décadas de los cincuenta y los sesenta figuran: *A través del velo* (1950) publicada por María Restrepo de Thiede en la Editorial A.B.C, *Dimensión de la angustia* (1951) de Fabiola Aguirre, *Se han cerrado los caminos* (1952) de Olga Salcedo de Medina, *El hostigante verano de los dioses* (1963) de Fanny Buitrago, *La tercera generación* (1963) de Rocío Vélez de Piedrahita, *3 kilates 8 puntos* (1966) – que obtuvo una mención especial en el Premio Esso de 1964 – y *Mi capitán Fabián Sicachá* (1968) de Flor Romero de Nohra y *Catalina* (1963) de Elisa Mújica, una novela que aunque no obtuvo el primer lugar en el premio literario Esso de 1962 fue recomendada para publicación por el jurado calificador.

Como se alcanza a notar, *Catalina* apareció en medio de un ambiente literario bastante favorable para los escritores emergentes, cuestión que, junto a la consolidación de la industria editorial y el auge de los concursos literarios, permitió concebir la labor de la escritura como un trabajo del que era posible devengar el dinero suficiente para vivir. El cambio de perspectiva que sufrió la novela durante esta década también es un punto que llama la atención, pues explorar el paisaje cotidiano de las ciudades, junto con las problemáticas propias de una vida influida por el proceso de modernización que cambiaba rápidamente el paisaje urbano, comenzó a llamar la atención de los autores sobre temas pocos explorados en la narrativa novelística colombiana como el estilo de vida urbana, la libertad, el cuerpo y la mujer.

De este modo, como se mencionó en el capítulo anterior, al iniciar la década de los sesenta, la representación de la mujer se mostraba totalmente distinta a la de años anteriores. Si bien, la imagen femenina siguió envuelta en un aura de maternidad, dependencia y labores domésticas, su función como agente social y político empezó a cobrar mayor fuerza con la serie de cambios sociales que se insertaron en la vida cotidiana por cuenta del fenómeno de la violencia y de la modernización de las

distintas estructuras del Estado. Además de su labor en beneficio de la paz y las víctimas del conflicto bipartidista, la ferviente incursión de las mujeres en el mundo de la política desde la década de los cincuenta, conllevó a la creación de nuevas funciones sociales para ellas. Éstas no solo se restringieron a actividades de solidaridad o a resguardar los valores del hogar colombiano, sino que se materializaron en la activa participación política de las mujeres en las diferentes formas de movilización y expresión pública que ejercieron en adelante.

Con esto, se puede decir que la representación tradicional de la mujer como ama de casa, madre y esposa no desapareció del todo, solo logró incorporarse a los diferentes roles que paulatinamente se sumaron a dicha representación, dando lugar a la imagen de una mujer comprometida con la conquista de espacios políticos, culturales, educativos y laborales, pero también con la tradicional idea de la familia. Es a partir de los cambios que experimentó la sociedad colombiana a lo largo de la década de 1960, que la tradicional imagen de la mujer como ama de casa, madre y esposa por fin empezó a cambiar. La idea de que su función, eminentemente doméstica, figurara solo como una posibilidad más en el devenir de la realización femenina se introdujo gracias a la popularización del uso de la píldora anticonceptiva, la cual permitió a las mujeres decidir sobre sus propios cuerpos, sobre su sexualidad y, por lo tanto, sobre la elección de ser madres o no.

Aunado a esto, la generalización de la formación universitaria entre las mujeres y la introducción de ideas feministas en el paisaje social colombiano, comenzaron a configurar un clima propicio para la formación de nuevas maneras de expresión y movilización durante la siguiente década. Como bien lo señala el profesor Álvaro Acevedo durante estos años “la mujer empieza a ser percibida como la dueña de su cuerpo y en la publicidad se muestra vigorosa, sociable, divertida, atractiva, ejerciendo el rol de empresaria, actriz o estudiante”⁵⁶⁶. Así, se ampliaron

⁵⁶⁶ TARAZONA, Álvaro. 1968. Historia de un acontecimiento. Utopía y revolución en la Universidad Colombiana. Op, cit., pp. 297-298.

considerablemente los espacios del accionar femenino, pues a las labores que venían desempeñando las mujeres al interior del hogar y en el mundo de lo privado, se le sumó toda su labor comunitaria, educativa y su presencia constante en ámbitos como el mundo del entretenimiento y la moda, de modo tal que ya no resultaba una rareza la figura de la mujer independiente, escritora o artista.

Teniendo en cuenta lo anterior, no es fortuito que *Catalina* centre su trama narrativa en la figura de una mujer que cuestiona su posición en la sociedad de la época, mientras se sumerge en una búsqueda de sí misma que la lleva a lugares inexplorados de la conciencia femenina, en medio de un entorno restringido y dominado por la cultura patriarcal, característica de la región de los Santanderes a inicios del siglo XX⁵⁶⁷. Si bien, el momento histórico en el que se escribe la novela dista mucho del arco temporal en el que se desarrollan los sucesos narrados en la ficción, es posible observar que los acontecimientos que marcaron la vida de Elisa Mújica durante el tiempo en el que concibió y escribió esta obra (1950-1960 aprox.), se manifiestan en todo el relato, aunque sean sutiles y se encuentren disfrazados bajo la fachada de una novela aparentemente romántica.

En este sentido, las representaciones de la mujer que pueden encontrarse en esta segunda novela de Elisa Mújica, al igual que en la anterior, también convergen en torno a las tres líneas de vida que proponen Deleuze y Guattari. Si bien, se sigue presentando a la mujer marcada por la tradición y por las costumbres patriarcales que codifican las posibilidades femeninas (segmentaridad molar), del mismo modo, se muestran mujeres que se salen de los parámetros delimitados, mujeres que escapan a los rígidos roles que la sociedad espera de ellas (segmentación molecular) y mujeres que trazan una línea de fuga para configurar una nueva feminidad con sus propias reglas.

⁵⁶⁷ GUTIERREZ DE PINEDA, Virginia. Honor, familia y sociedad en la estructura patriarcal. El caso de Santander. Op, cit.

Dicho lo anterior, es importante mencionar que *Catalina* fue publicada en 1963 bajo el sello editorial Aguilar, empresa con la que Mújica ya había publicado años antes su primer colección de cuentos titulada *Angela y el diablo* (1953), además de colaborar con la edición y prólogo de *Reminiscencias de Santa Fe y Bogotá* (1957) de José María Cordovez Moure. La novela llegó acompañada de la publicidad del Premio Esso 1962, del cual no fue ganadora, pero como se menciona en la nota introductoria de la primera edición del libro, el jurado calificador compuesto por Isabel Lleras de Ospina, Gerardo Valencia y Manuel José Forero, exaltó la obra de Mújica, tanto como la de su contendor, por lo que también recomendó su publicación, argumentando, además, que se trataba de un tributo de “admiración a la mujer colombiana”⁵⁶⁸ y se realizaba “con el fin de estimular aún más a todos los escritores colombianos”⁵⁶⁹.

Originalmente la historia fue concebida en Madrid, en medio del sisma que significó para Mújica su salida del país y el desencantamiento del marxismo que la llevó años después a pasar por un proceso de conversión al catolicismo, de ahí que, narrativamente, la obra se muestre mucho más madura que la anterior y las problemáticas por las que indaga más profundas. El libro tuvo una extensión de 164 páginas y se caracterizó por poseer una portada sobria donde se distingue una cruz antepuesta a una figura que aparenta ser una copa; en su interior no se halla dedicatoria alguna, en vez de esto se presenta una nota editorial en la que los organizadores del Premio de Novela Esso expresan su admiración por la autora y las circunstancias en las que se recomendó la impresión de la obra.

El libro, que fue editado y publicado inicialmente en Madrid, aparentemente llegó a Colombia a principios del año 1964, como afirma el reconocido crítico literario Hernando Téllez en su reseña titulada: *Catalina, la novela de Elisa Mújica*:

⁵⁶⁸ MÚJICA, Elisa. *Catalina*. Madrid: Aguilar, 1963. p.11.

⁵⁶⁹ Ibid.

En la novela *Catalina*, de la escritora colombiana Elisa Mújica, me parece que culmina con mucha fortuna un largo trabajo literario. En 1949, publicó su primera novela, "Los dos Tiempos", que denunciaba su vocación y preludiaba lo que vendría a ser su estilo, pero que en realidad no era sino un indeciso tanteo, un proyecto frustrado, casi una gentil nadería. Más tarde, en 1953, y en España, publicó "Angela y el Diablo", libro de cuentos donde resultaba evidente un magnífico progreso de sus cualidades literarias. Y ahora, en 1964, once años después del segundo libro y quince del primero, publica su tercer libro. Actitud excepcional de paciencia y de rechazo a todo deseo de figuración en un medio donde la vanidad del literato vive alimentada insidiosamente por el periódico⁵⁷⁰.

La crítica que recibió *Catalina*, en su momento, fue escasa pero positiva. Entre los autores que reseñaron la novela estuvieron Hernando Téllez, Agustín Rodríguez Garavito⁵⁷¹, Eduardo Camacho Guizado⁵⁷² y, años más tarde, Helena Araujo⁵⁷³. Téllez, por su parte, exaltó las mejores características de la obra de Mújica en cuanto a la construcción narrativa y a las cualidades creativas que la autora imprimió en el relato:

Es evidente que esta escritora colombiana, a diferencia de lo que generalmente ocurre con los novelistas suramericanos, realiza el acto de humildad intelectual de no creerse superior a ninguna de sus criaturas. Por eso logra darles a casi todos los personajes de su libro consistencia y relieve. No prefiere ni desdeña ninguno, sino que mantiene viva para todos una corriente de simpatía, de cordial complicidad con sus pasiones, sus debilidades y su mediocridad. *Catalina* la figura central de la novela, parece, por instantes robarle su preferencia y, desde luego, es indudable que el perfil psicológico de este personaje, que le sirve a ella misma – a la escritora – de alter-ego, de trujimán, está mejor logrado que el de los demás. Pero todos tienen, por lo menos, un soplo de vida, todos alientan, todos llevan un determinado peso, no importa que todos sean, como ocurre en la existencia real a la inmensa mayoría de los seres humanos, radical e irremediablemente mediocres. Nadie hay excepcional en la fauna humana de esta novela. Todo el mundo es mediocre, vulgar y común. Pero el acierto de la autora consistió en utilizar bien esa difícil materia y obtener un resultado válido literariamente al trabajarla sin falsificarla, tomándola con sus características dadas, sin mejorarla no empeorarla⁵⁷⁴.

⁵⁷⁰ TELLEZ, Hernando. *Catalina*, la novela de Elisa Mújica. *El Tiempo. Lecturas Dominicales*. 10, mayo, 1964. p. 6.

⁵⁷¹ RODRÍGUEZ GARAVITO, Agustín. Elisa Mújica - *Catalina*. *Boletín Cultural y Bibliográfico*. Bogotá: 7.5, 1964: 821- 822.

⁵⁷² CAMACHO GUIZADO, Eduardo. Elisa Mújica - *Catalina*. *Boletín Cultural y Bibliográfico*. Bogotá: 7.10, 1964. 1838-1840.

⁵⁷³ ARAUJO, Helena. Dos novelas de dos mujeres. *El Tiempo. Lecturas Dominicales*. 26, marzo, 1967. p. 7

⁵⁷⁴ TELLEZ, Hernando. *Catalina*, la novela de Elisa Mújica. Op., Cit. p. 6.

Asimismo, Rodríguez Garavito hizo hincapié en el acierto que tuvo la autora al crear personajes que, en apariencia parecían simples y con preocupaciones mundanas, pero en realidad poseen una dimensión profunda que permite al lector penetrar en otra faceta de la condición femenina. En sus propias palabras:

La mujer tiene ciertos dones de observación que se escapan al hombre. Algunos detalles que parecen demasiado nimios, pueden traernos la clave de toda una vida. Y solamente la fina intuición del alma femenina puede acercarse, con propiedad, a esas zonas. Que precisamente es lo que admiramos en Catalina, tanto por la densidad del relato, el alma en vilo de la protagonista, como por algunos rasgos que, si bien lindan con el costumbrismo colombiano, no dejan de tener una verdadera calidad estética. Catalina, es, en síntesis, una magnífica novela por lo cual el galardón que alcanzó en el concurso de la Esso Colombiana, es más que merecido⁵⁷⁵.

De otro lado, Eduardo Camacho criticó “la compleja dualidad” de la novela en el sentido de que resultaba difícil para el lector comprender si se trataba de la recreación de una época a través de un personaje, o de la historia de un alma femenina que toma la historia nacional para contar una historia individual⁵⁷⁶. Si bien, esto podría traer ciertos problemas por la falta de unidad narrativa que se evidenciaba al querer introducir episodios de la historia nacional a través de recursos literarios como la *analepsis**, también permitía comprender la intención realista de la autora, quien más allá de introducirse en rigurosos análisis psicológicos, mostraba más propensión por los detalles “insignificantes” y la ambientación del período histórico. Pese a esto, como afirmó Camacho, lo más notable de la obra no eran las fallas sino la rebeldía que mostraba a través de su personaje principal y el conflicto en el que se ella vio sumergida por culpa de “ser distinta”.

⁵⁷⁵ RODRÍGUEZ GARAVITO, Agustín. Elisa Mújica - Catalina. Op., Cit. p. 822.

⁵⁷⁶ CAMACHO GUIZADO, Eduardo. Elisa Mújica - Catalina. Op., Cit. p. 1839.

* Retrospección o escena retrospectiva —conocida también con la voz inglesa *flashback*— es una técnica, utilizada tanto en el cine y la televisión como en la literatura, que altera la secuencia cronológica de la historia, conectando momentos distintos y trasladando la acción al pasado.

Con esto, la autora, sutilmente, retrató un quiebre social que no solo podría ser atribuido al momento de cambio en el que se escribió la novela, sino también al proceso de liberación por el que las mujeres venían atravesando, desde hacía décadas, con el fin de liberarse del modelo hispánico de la feminidad. Este punto de vista femenino, sin duda, era innovador y además mostraba un pleno conocimiento de obras modernas como *Madame Bovary* (1856) e *Ifigenia* (1924), novelas que presentaban heroínas femeninas con características distintas a la representación tradicional de la mujer. Para finalizar con su reseña el autor también apuntó:

Catalina es una novela audaz y valiente, no solo por sus implicaciones temáticas, sino también por haber elegido uno de los caminos más peligrosos que se puedan ofrecer a un novelista: la estrechísima senda que oscila entre lo cursi y lo realista. En la evocación rigurosa de un pasado no muy lejano, la autora cae a veces en lo que Ortega llamaría “primores de lo vulgar”. Sin embargo, para mí no ofrece dudas el hecho de que *Catalina* es una de las obras importantes de la narrativa colombiana de hoy⁵⁷⁷.

Por su parte, Helena Araujo en un artículo de 1967 titulado: “Dos novelas de dos mujeres”⁵⁷⁸, también subrayó las cualidades escriturales de Mújica, incluso, llegó a sugerir cierta similitud entre *Ifigenia*, el personaje creado por Teresa de la Parra y *Catalina*, aunque fuera evidente el hecho de que Mújica iba más lejos al eludir las tendencias del costumbrismo y crear una mujer dotada de libre albedrío, con la capacidad de actuar de forma individual. Sobre esto, Araujo hizo énfasis en que: “*Catalina* inicia el camino que ha de recorrer toda mujer para transformarse de objeto en sujeto de cualquier conglomerado. Y es aquí donde queda atrás *Ifigenia* – novela de alcance literario y sigue adelante *Catalina* – novela de alcance social”⁵⁷⁹.

En este punto resulta necesario señalar que, narrada en primera persona, *Catalina* es una novela que se introduce en la tragedia personal de Catalina Aguirre, una joven bumanguesa de posición acomodada que se enfrenta a una serie de dramas

⁵⁷⁷ CAMACHO GUIZADO, Eduardo. *Elisa Mújica - Catalina*. Op., Cit. p. 1840.

⁵⁷⁸ ARAUJO, Helena. *Dos novelas de dos mujeres*. Op, cit., p. 7

⁵⁷⁹ *Ibid.*

domésticos que sacuden su presente y alteran su porvenir. La historia se relata de manera retrospectiva y su trama da inicio con la imagen de una mujer que, embarazada y sola, reconstruye los acontecimientos que desataron la tragedia en la que su esposo y su amante resultaron muertos, así como las circunstancias que la llevaron a incurrir en la infidelidad, huir de su ciudad y a transgredir el orden de un entorno social finamente demarcado por la tradición colonial heredada de los españoles. Como comenta Mary Berg:

Esta novela, contada al revés, desde un presente narrativo; en el que se sabe desde el principio lo que ha pasado, pero sin poder comprender como había sido posible; utiliza todos los trucos de la novela romántica. Y aunque superficialmente parece novela rosa de revista femenina, compuesta de cuadros bellos y sentimentales, pronto se nota que lo que de veras se cuenta es algo bien distinto. Hay un juego constante entre lo que se puede articular y lo que no; se destaca la inadecuación del lenguaje para revelar las verdades que se vislumbran debajo de la superficie. Los muchos niveles simultáneos de la novela se tejen, destejen y recombinan como hilos que parecen ordinarios pero que, al final, cuando podemos ver el diseño total, componen un encaje original y lleno de sentido⁵⁸⁰.

La novela se encuentra dividida en tres partes y veintisiete capítulos que no necesariamente narran los eventos en un orden cronológico. El primer apartado funciona como una revelación de lo que el lector irá descubriendo a lo largo del relato, razón por la cual se inicia con la imagen de Catalina recibiendo la noticia de la muerte de Samuel, su esposo, y Giorgio, su amante. Mientras llora por la doble pérdida los sentimientos de culpa se entremezclan con los recuerdos de la “muchacha borrosa y desprevenida”⁵⁸¹ que alguna vez había sido, mientras vivía en Bucaramanga. Sin comprenderlo aún, el lector se entera de que Catalina, embarazada de su amante, huyó a Bogotá para pedir refugio en la casa de su cuñado: “Nada podía explicar a Rodolfo, que me vio llegar a Bogotá sola, separada de mi marido y esperando un hijo y que a pesar de eso me había ayudado más que

⁵⁸⁰ BERG, Mary G. Las novelas de Elisa Mújica. Op., Cit. p. 37.

⁵⁸¹ MÚJICA, Elisa. Catalina. Madrid: Aguilar. 1963. p. 13

mi hermano Fabio. Era un hombre bueno. Pero algunos temas no debían tratarse. A él no tenía derecho a mirarle la cara”⁵⁸².

A partir de lo anterior, la primera parte de la novela se enfoca en la vida cotidiana de Catalina Aguirre, una mujer que, como afirma Montserrat Ordoñez, tiene rasgos de sobreviviente, pues narra una historia que difícilmente hubiese podido terminar bien, si no fuera por su decisión de superar las enormes dificultades que le imponía la sociedad de su tiempo. De este modo, Catalina refiere al lector la historia de su matrimonio con Samuel Figueroa, un joven Coronel que al finalizar la Guerra de los Mil días (1902) decidió quedarse en Santander para buscar fortuna. Samuel había estudiado la carrera de Derecho en el Colegio del Rosario de Bogotá y la misma noche que recibió su diploma decidió enlistarse en una partida de revolucionarios liberales que seguían un lema concreto: “Si no nos dejan vivir de acuerdo con nuestros ideales, a lo menos seremos capaces de morir por ellos”⁵⁸³. Aunque su intención en la guerra no solo era luchar por sus ideales, sino también obtener el reconocimiento suficiente para emprender una carrera política, con la derrota liberal Samuel perdió toda posibilidad de ver su sueño realizado.

En medio de su lucha, Samuel se hizo amigo de un joven campesino que lo arrastraba a los escenarios más peligrosos de las batallas y, además, a realizar tareas nobles como recoger los cientos de heridos que quedan esparcidos por los campos santandereanos, una tarea que le disgustaba, pero lo llevaba a reflexionar:

Llevaba un farol y a su luz contemplaban los cadáveres. Unos tenían una expresión plácida en la cara, aunque una cuchillada les hubiera sacado los intestinos como un racimo. No se veían tan misteriosos en su inmovilidad como los otros, a los que les había sonado la hora en medio de un cruel espasmo de dolor y rabia. Estos llegaban a la eternidad con una rebeldía y una pregunta sin respuesta. Junto a los muertos estaban los heridos. Se quejaban lo mismo que si tuvieran por dentro un incendio, pero en lo más profundo se traslucía su alegría por estar condenados únicamente a arrastrar en adelante una pierna o un brazo inertes, inútiles. Los campos quemados

⁵⁸² Ibid., p. 18.

⁵⁸³ Ibid., p. 25.

por el sol y por las balas se parecían a los cadáveres en su hostilidad y su mutismo⁵⁸⁴.

Así fue como en la Batalla de Palonegro (1900) Samuel y su amigo cayeron heridos de gravedad. El segundo murió, mientras que el primero fue ascendido a Coronel mientras aún se encontraba en el hospital. La herida era grave, razón por la cual Samuel pasó los dieciocho días que duró la batalla convaleciente. Así, conoció al doctor David Bullón, con quien simpatizó de inmediato y le ofreció una oportunidad para iniciar una nueva vida en Santander, a la cual accedió dos años después, cuando llegó a tocar la puerta del médico en Bucaramanga.

Cuando Catalina fue presentada con Samuel, nunca imaginó que a su madre se le ocurriría casarla con un militar, pero las circunstancias bajo las que aparecía esta oportunidad eran especiales pues, según Matilde, la madre de Catalina, la guerra había acabado con la mayoría de hombres que podían ser un buen partido para las muchachas jóvenes:

Deseaba para yerno un hombre que hiciera de nuestras fincas lo que no había conseguido mi padre. El plan encerrado en su pequeña cabeza, sometida cada mañana a la tortura de los rizos y las tenacillas calientes, se veía muy personal. Pero no se trataba de mejora únicamente la situación de nuestra familia. Sus proyectos iban impulsados por la misma corriente que arrastraba a todos los colombianos. Mi hermano Héctor, un año menor que yo, deseaba la paz para establecerse en Bucaramanga como comerciante. Cuando él o Fabio, mi otro hermano, escuchaban la noticia de que un nuevo general se habla alzado en armas y salía a los caminos acompañado de los peones de su hacienda para combatir, los ojos se les oscurecían. Solo querían vivir tranquilos hacer negocios y engendrar hijos⁵⁸⁵.

En este sentido, Samuel se presentaba como el mejor administrador para la recién adquirida herencia de la joven: dos haciendas llamadas Las Hojas y El Madroñal, la primera muy productiva en términos agrícolas, pero la segunda totalmente estéril. Para evitar que le “robaran la herencia a Catalina”⁵⁸⁶, como afirmaba el doctor Bullón, el matrimonio se efectuó rápida y discretamente, pues la familia aún se

⁵⁸⁴ Ibid., p. 24-25.

⁵⁸⁵ Ibid., p. 21.

⁵⁸⁶ Ibid., p. 28.

encontraba de luto por la muerte del padre. Por su parte, Catalina estaba entusiasmada, creía que en la figura del novio se materializaban todos los sueños que tenía desde que salió del colegio, sin embargo, una extraña rigidez, como si se preparara para resistir una lucha, la acompañaba mientras caminaba de la mano de su hermano Héctor hacia el altar de la iglesia de San Laureano.

A Catalina le habían enseñado que tres virtudes debían reflejarse en el carácter de toda mujer: modestia, virginidad y sumisión⁵⁸⁷, por ello, desde el inicio de su matrimonio con Samuel trataba de ser una buena esposa. A Samuel, por su parte, le gustaba humillarla. Cualquier error que Catalina cometía era un motivo para sacarle en cara las pequeñas libertades que se tomaba, sobre todo, los paseos solitarios a caballo que a ella le gustaba realizar. Pese a esto, el embarazo de Catalina cambió por completo la actitud de Samuel, quien empezó a mostrarse atento y cariñoso ante cualquier petición de la embarazada. Una mañana, mientras se encontraban de paseo, Catalina se inclinó para recoger un ramillete de flores, pero tropezó y cayó al suelo. Una hora después regresó a casa en brazos de Samuel y con el vestido bañado en sangre. Después de esto, no pudo volver a quedar embarazada.

Catalina intentaba distraerse con sus familiares y amigas, que sabían de su pena y la compadecían, sin embargo, las visitas la hacían sentir cada vez más extraña entre las demás mujeres, lo que la llevaba a plantearse un sin número de preguntas que no sabía con certeza cómo responder. ¿Realmente era feliz? ¿era libre? ¿lo que vivía día a día era lo que había esperado del matrimonio? Antes no pensaba en este tipo de cosas, pero ahora veía claramente los defectos de Samuel, su infidelidad con Emilia, la esposa del mayordomo de la finca y, sobre todo, reconocía con asombro su enorme avaricia:

Desde hacía mucho, Samuel no autorizaba ningún gasto fuerte en la casa. Medía cada suma que me daba. Uno de los cuartos interiores se hallaba siempre cerrado

⁵⁸⁷ Ibid., p. 30.

con llave. Allí guardaba petacas llenas de morrocotas de oro, acuñadas tiempo atrás y algunas hasta con la efigie de los reyes de España. Se encerraba en esa pieza cuando llegaba de la finca y al salir tenía los ojos alterados. Le temblaban las manos. Parecía como si hubiera subido al pico más alto de la cordillera y que desde allí miraba sin verme, a través de una nube dorada. Su deseo de amontonar dinero se había convertido en una pasión, en un vicio dominante. Era su consuelo, el refugio con que contaba. Madroñal valía poco, pero a él le importaba⁵⁸⁸.

A pesar de ser consciente de todo esto, Catalina se refugiaba en la esperanza de quedar nuevamente embarazada. Así, con la ayuda de María, la costurera, empezó a consumir todo tipo de hierbas y remedios caseros con el fin de preparar su cuerpo para la fecundidad. Con el pasar de los días se dio cuenta de que tal esfuerzo era en vano y finalmente abandonó los rituales, resignándose a su suerte. En busca de otro pasatiempo que aminorara su constante angustia se encontró con las tardes de tertulia que Domitila, su amiga, el doctor Bullón y Ricardo, un joven filósofo que acaba de llegar de la capital, le ofrecían. Así, Catalina se sumergió en la lectura de Nietzsche, Séneca y una serie de novelas modernas que alimentaban sus discusiones con Ricardo, quien constantemente le hablaba acerca de la transformación de la sociedad y la condición de la mujer en el mundo moderno, como se logra leer en el siguiente apartado:

Ricardo Gómez se presentaba muy elegante; pero si yo elogiaba su buen gusto, apenas me lo agradecía con una sonrisa desdeñosa, que mostraba sus dientes dispares y estropeados. Tenía ideas progresistas y esperaba para muy pronto la transformación de la sociedad. A veces me explicaba: -Con la iniciación de este siglo terminó una época y empezó otra. La mayoría de la gente no lo entiende y prefiere aturdirse con los placeres. Necesita huir de la tensión producida por dos conceptos en pugna. Afortunadamente, nosotros veíamos claro. Gracias a Ricardo, que colocaba las cosas en su punto, las entendíamos. Con sus palabras me despertaba el deseo de participar en alguna empresa grande. Existían muchas mujeres que lo hacían. Él me había contado: -Las inglesas están adelantando un movimiento para obtener su emancipación. ¡Qué cambios se verán en nuestro siglo, Catalina! Ni siquiera podemos imaginarlos ahora. Resultaba una maravilla Ricardo adivinara mis deseos particulares sin referirse a mi caso, sino a las mujeres en general⁵⁸⁹.

⁵⁸⁸ Ibid., p. 79.

⁵⁸⁹ Ibid., p. 69-70.

Esta nueva mirada del mundo abrió las expectativas de Catalina, quien empezó a congeniar con mujeres diferentes a las que se veían en la sociedad bumanguesa, es decir, su madre, sus cuñadas y sus amigas, todas ellas consideradas como un artículo más del hogar por sus esposos. Así se hizo amiga de Rebeca Aguirre, una viuda llegada de Cúcuta que causaba tanto admiración como habladurías por su decisión de no volverse a casar y preferir su posición de viuda rica e independiente. Rebeca, transgredía todas las normas de comportamiento que veían con malos ojos las muestras de afecto público, e incluso le gustaba juzgar los casamientos por conveniencia que se organizaban en la ciudad. Aunque a Catalina la mujer le causaba admiración y, a la vez, temor debido a sus punzantes comentarios, su amistad le daba un cierto respiro de la rutina de Bucaramanga, “un lugar donde nunca pasaba nada”⁵⁹⁰.

Unos días antes del incidente del aborto, Matilde había vuelto a contraer matrimonio, por ello, en vez de consolar a Catalina decidió guardar silencio y tiempo después le obsequió un antiguo escritorio heredado de una pariente lejana de nombre Catalina Torres. El mueble le traía a Catalina gratos recuerdos de su niñez, pero también le recordaba la historia de su anterior dueña, una mujer que había estado casada por algunos años con un tío abuelo suyo, pero nunca habían llegado a tener hijos. Después de su separación Catalina Torres apareció muerta de una forma misteriosa en su casa, sin duda, había sido un suicidio, pues encontraron un frasco de belladona en su tocador. Esta historia se transformó para catalina en la perfecta representación de una novela trágica con la que se sentía identificada, por ello, recibió con entusiasmo el regalo.

Un día, mientras organizaba sus cosas en las gavetas del nuevo escritorio, Catalina se encontró con un documento firmado por su padre: Lorenzo Aguirre. El testamento señalaba a Catalina como dueña de la hacienda Las Hojas, pero también a su media

⁵⁹⁰ Ibid., p. 69-70.

hermana, María Amalia, como heredera de El Madroñal, un lugar que, sin embargo, estaba bajo la administración de su esposo por culpa de una gran injusticia. Aunque Catalina poco pensaba en María Amalia debido a que ésta vivía en el campo por mandato de su madre, sabía que se encontraba en deuda con ella, razón por la que enfrentó a su esposo, quien no se opuso a que la mujer se mudara a la finca, no sin antes afirmar: “usted quiere arruinarme. Nuestro matrimonio fue un engaño. No me ha dado hijos y ahora pretende quitarme la tierra, ¿no es cierto?”⁵⁹¹.

Como se puede observar, la representación de la mujer que Elisa Mújica plantea en esta primera parte de *Catalina* es bastante apegada a los parámetros socioculturales heredados del siglo XIX. La idea de la feminidad está totalmente ligada a la función de las mujeres al interior del hogar, la maternidad y el cuidado de la familia y aunque la guerra marca una coyuntura sumamente importante en la modificación de algunas de estas funciones, en esencia siguen siendo una extensión del trabajo doméstico, como se muestra en el siguiente párrafo:

Mientras los hombres caían heridos y morían en el cerro, las señoras y señoritas de Bucaramanga, desde las ventanas de las casas y armadas con anteojos de larga vista, los contemplábamos. Se perfilaban las siluetas de las mujeres que se acercaban a los heridos, llevando cantimploras de agua fresca. Sus figuras eran diminutas y negras, pero brillaban como si las rodeara un halo sobre el fondo de humo y montaña. El ruido de los cañones se había vuelto tan natural que, cuando cesó por fin, nos volvimos a mirar unos a otros como si nos buscáramos⁵⁹².

Los personajes que mejor se apegan a esta línea de segmentaridad molar que se traza junto con la recreación de las costumbres patriarcales santandereanas son los de Matilde, Domitila, María y Catalina, así como las cuñadas y familiares de la protagonista. Sin embargo, el giro de mirada que tiene Catalina sugiere el inicio de un proceso de *devenir-mujer* que empieza a gestarse en ella desde el momento en que se cuestiona por asuntos que tienen que ver con la realización personal, su individualidad y su papel en la sociedad. De esta forma, una línea de segmentaridad

⁵⁹¹ Ibid., p. 69-70.

⁵⁹² Ibid., p. 26.

molecular empieza a trazarse, demostrando que también existen otras formas de concebir al ser femenino sin la necesidad de que éste cumpla una función maternal o únicamente doméstica. Como ejemplo de esto aparece el personaje de Rebeca, una mujer que logra salirse de la idea tradicional que presenta la compañía masculina como una necesidad primaria para todas las mujeres. Su condición de viuda y mujer independiente marca un desvío en la representación de la mujer de la época y además evidencia que, como menciona Ricardo, el inicio del siglo XX, además de un cambio en el estilo de vida, también postula una modificación de los roles que los individuos desempeñan en la sociedad.

La segunda parte de la novela se concentra en la historia familiar de Catalina, la cual se remonta al año de 1828 cuando Simón Bolívar se desplazó a la ciudad de Bucaramanga con el fin de permanecer cerca al desarrollo de la Convención de Ocaña que buscaba llevar a cabo una reforma de la constitución. En la comitiva del Libertador llegó Tomás Aguirre un joven teniente que, como los demás edecanes, se aburría enormemente en los pueblos. El único pasatiempo de los muchachos consistía en conquistar mujeres y Tomás había conocido en la casa de unos amigos a una de las más bonitas: María Corazón, una muchacha huérfana que se ganaba la vida como modista. A pesar de su humilde posición la quería, por ello, la presentó ante Bolívar, quien al mirar sus ojos verdes se dio cuenta de que había llegado el momento de que sus jóvenes militares llevaran una vida más tranquila, mientras él partía a averiguar las intrigas en las que estaban metidos los diputados de Ocaña⁵⁹³.

Sin mediar palabra alguna con María Corazón el Libertador partió a la mañana siguiente, pero antes de irse llamó al teniente Aguirre a quien preguntó si no pensaba casarse con aquella muchacha que le había presentado. Tomás no podía imaginar que alguien sospechara aún que la joven estaba embarazada, sin embargo, consintió aquella idea y con la autorización de Bolívar permaneció unas

⁵⁹³ Ibid., p. 86.

semanas más en Bucaramanga mientras se llevó a cabo el matrimonio. Así nació Lorenzo Aguirre, el mayor y único consuelo de María Corazón quien sufría ante las prolongadas ausencias de su marido, que no había terminado de cumplir una misión cuando ya le asignaban otra.

Cuando Lorenzo cumplió dieciocho años su padre ya había muerto después de una vida marcada por la violencia, razón por la cual María Corazón se preocupaba enormemente por forjarle a su hijo un futuro lejos del peligro de ser soldado. Le organizó un matrimonio con Amalia, la hija de su mejor amiga, los muchachos se querían, pero cuando faltaban pocos días para la boda, la joven “cogió frío” y murió repentinamente. Lorenzo no pudo soportar la pérdida y decidió marcharse a Venezuela, lugar del que no volvió hasta dieciocho años después, con una considerable fortuna y aún soltero. Cuando vio de nuevo a su madre, la anciana se encontraba paralizada y medio loca. Nunca le perdonó Lorenzo su abandono y cuando una joven cigarrera llamada Hortensia, como su flor favorita, llegó a su casa diciendo que esperaba un hijo de él, la encerró en un cuarto hasta que la niña nació. Unos días después del parto la mujer fue encontrada colgada de una viga.

Cuando le avisaron a Lorenzo, hizo enterrar a la mujer y bautizó a la bebé, pero ni el nombre que le puso, María Amalia, logro acercar a la niña al corazón de la vengativa anciana, pues la pequeña continuó abandonada en el patio trasero de la casa con una sirvienta como niñera. Por esos días Lorenzo conoció a una joven en Piedecuesta, era la hija menor de Marcelo Vélez, un rico comerciante que había arriesgado su fortuna transportando contrabando de Venezuela, negocio que lo llevó a la banca rota. Matilde Vélez era una joven muy bonita y elegante, por lo que Lorenzo se enamoró profundamente de ella y pidió su mano en matrimonio, así nacieron Héctor, Catalina y Fabio. A partir de ese momento María Corazón se vio destinada a vivir con la nueva familia hasta sus últimos días, que pasaron entre los cuidados de una sirvienta llamada María, que también era costurera y la compañía de sus pequeños nietos.

Aunque Matilde era buena madre, no se podría decir que era buena esposa. Solo era cariñosa si deseaba algo y, según la costurera, se había casado con Lorenzo para librarse de la pobreza que acosaba a su familia. Ciertamente, Catalina se daba cuenta de que, en realidad, su madre no profesaba amor alguno hacia su padre, envejecido prematuramente como consecuencia de su duro trabajo. Incluso, la mujer seguía perteneciendo secretamente al Partido Conservador, mientras que ellos eran liberales. En palabras de Catalina:

Si mi madre era conservadora, nos traicionaba. Para una niña las cosas no podían ser de otro modo. En el colegio, al llegar una nueva alumna, la rodeábamos inmediatamente las antiguas para preguntarle: "¿Eres liberal o goda?" La manera como pronunciábamos la palabra "goda", le advertía en seguida cuál era la tendencia predominante. Si se quedaba callada, se levantaba un vocerío: "¡Es goda! ¡Es goda!" y en las caras de las niñas de uniforme blanco con cinta carmesí se pintaba una expresión extraña. Y si mi propia madre pertenecía al partido conservador, ¿qué me correspondía hacer? Se me presentaba un dilema. Me destrozaba porque yo deseaba lo mejor y quería cumplirlo, pero me era imposible averiguar en qué consistía. Aunque mi padre no solía charlar con su mujer sobre ese tema, a veces se burlaba dulcemente de ella por lo que creía su tibieza política⁵⁹⁴.

En cuanto murió Lorenzo, Matilde no demoró en contraer matrimonio nuevamente, esta vez, con el jefe del Partido Conservador de Piedecuesta. Cuando le preguntaban sobre su cambio de bando siempre respondía que mientras vivió con su primer marido el sufrimiento de no poder expresar sus verdaderas inclinaciones la llevaba constantemente a querer huir a la casa de sus hermanas para desahogarse. Después de enterarse de esto, Catalina sintió más desconfianza de ella y, aún más, cuando halló el testamento de su padre, sin embargo, nunca fue capaz de enfrentarla.

María Amalia, quien nunca había recibido afecto alguno de su familia, además, era odiada por Matilde. Aunque había nacido fuera de cristiano matrimonio, era considerada una amenaza, no solo por ser hija natural, sino también por ser la hija

⁵⁹⁴ Ibid., p. 103.

de una vulgar cigarrera. Los niños, por su parte, sentían una mezcla de curiosidad y repudio por la morena jovencita que se la pasaba en el patio trasero de la casa haciendo oficio. Un día, en medio de una travesura infantil la apedrearon y debido al episodio María Amalia sufrió un ataque. Por recomendación del doctor Bullón la niña fue enviada al campo, pero por capricho de Matilde fue dejada allí definitivamente bajo el cuidado de una hermana de María, para que ésta le enseñara a tejer sombreros y así pudiese ganarse la vida honestamente sin tener que pedir dinero alguno a Lorenzo. Con el paso de los años María Amalia aprendió a tejer sombreros y se transformó en una bonita mujer con fama de enamorar muchachos campesinos.

Como se alcanza a notar, en esta segunda parte de *Catalina*, la representación que se muestra de las mujeres está totalmente vinculada a los preceptos decimonónicos que otorgaron al sujeto femenino un destino de madre y esposa, respaldado, además, por la enorme influencia religiosa. Este rol, esencialmente doméstico, se ve complementado con una vida pública reducida en la que las pocas apariciones que realizan las mujeres se encuentran mediadas por la presencia masculina, de no ser así, el espacio en el que se desenvuelven es el hogar propio, o ajeno, siempre desarrollando quehaceres como la costura, el cuidado de los niños, los enfermos y la administración de los recursos del hogar. Aunque Catalina afirmaba que en la época de su abuela María Corazón las mujeres desempeñaban un papel mucho más importante en la sociedad, debido a que “acompañaban en las luchas a sus compañeros, les ayudaban a tumbar árboles para construir las casa de la nueva población que se formaba, cosían las suras telas y cuidaban los alambiques para preparar el aguardiente”⁵⁹⁵, desde que finalizaron las guerras y se estableció la paz las mujeres dedicaron su tiempo a asuntos más banales.

⁵⁹⁵ Ibid., p. 103.

En este sentido, una línea de segmentaridad rígida o molar atraviesa todo este apartado y personajes como María Corazón, Matilde, María, la costurera, y María Amalia representan a las mujeres que pocas oportunidades tenían para mejorar su condición en una sociedad dominada completamente por hombres. De la conducta femenina solo se esperaba fragilidad, sumisión, paciencia y abnegación, por lo cual la poca educación que se les brindaba a las mujeres estaba orientada a formar amas de casa excelentes, esposas inmejorables y madres ideales. Aunque en la práctica mujeres como María Amalia, estuvieran ingresando al reducido mundo laboral de les ofrecía la pequeña base artesanal y de servicios que abastecía a la ciudad con productos básicos de diversa naturaleza, lo cierto es que las funciones de las mujeres continuaban siendo las mismas, por esta razón alguien que se saliera de lo que mandaba la moral era vista como una marginada, tal como se puede leer en el siguiente apartado:

Últimamente Rebeca y ella se dedicaban a destrozar a Aláix Vega, que abandonó a su marido para huir con otro hombre a Venezuela. Mi madre decía: -Esa mujer no respetó nada. Es mala. Los rasgos se le descomponían por el odio, como si actuara sobre ella una fuerza desintegradora. A mí me torturaba tanto mirarla que le clavaba los ojos. Antes del escándalo, todos ponderaban a Alaix. Pero ahora quedaba colocada en una categoría especial, como si hubiera muerto. Algún día mis amigas hablarían de mí, tal vez, en la misma forma que lo hacían de ella⁵⁹⁶.

La tercera parte de la novela centra la atención nuevamente en la figura de Catalina, quien cada vez más deja en evidencia su desencanto por el mundo que la rodea y la enorme decepción por el matrimonio en el que se hallaba atrapada. Las pocas distracciones de la mujer, que ya no se mostraba tan joven como antes, consistían en las tardes de tertulia, que ahora se veían ensombrecidas por las habladurías de los vecinos a causa de las constantes visitas de Ricardo, y la reducida vida social que solo incluía reuniones familiares y visitas entre amigas. Fue en uno de estos eventos que el doctor Bullón le presentó a Giorgio Volta un químico italiano que acababa de llegar a Bucaramanga en busca de yacimientos de petróleo. Aunque en

⁵⁹⁶ Ibid., p. 106.

la ciudad vivían otros italianos que tenían hoteles y restaurantes, ninguno se parecía a Giorgio, para Catalina él era especial.

Aunque desde el principio Giorgio mostró interés en cortejar a las jóvenes herederas de la ciudad, debido a su intención de extraer ganancias del petróleo que resguardaban las tierras santandereanas, las cuales, decían, estaban inundadas del precioso líquido, esto no fue impedimento para que Catalina se viera seducida por él. Al principio, la palabras de amor sonaban con timidez, sin embargo, con el tiempo Catalina se convencía de que vivía una experiencia sin igual: "Mi voz se adelgazaba hasta desaparecer casi, a causa de un pudor que no demostraba mi cuerpo. Cuando volvía a casa y me encerraba en mi cuarto, pensaba: "Tengo un amante." Con esa frase quedaba abierta una puerta que siempre me habían mandado mantener cerrada"⁵⁹⁷.

Aunque la relación no se mostraba seria y Catalina tampoco tenía intenciones de dejarlo todo por huir con Giorgio, la ayuda de María, quien había sido amante de Lorenzo Aguirre, fue esencial para que se pudieran llevar a cabo los encuentros entre el italiano y Catalina, quien se aprovechó del secreto de la costurera para usar su casa como escondite. Mientras tanto, Samuel que poco sabía sobre las andanzas de su esposa, se acaba de enterar de que El Madroñal estaba inundada en petróleo, razón por la cual los planes de Catalina de devolver la herencia a María Amalia chocaban con la codicia de Samuel, que no encontraba el momento para que Volta fuera a analizar las tierras de la finca. En cuanto Catalina se enteró de la noticia no pensó en privar a María Amalia de la gran fortuna que, según su esposo, se encontraba en las tierras de la hacienda, incluso, comentó a Giorgio sobre la situación, mencionando que ella ya no era la dueña del lugar, sino su hermana. Ante esto, el italiano salió en busca de María Amalia, mientras que Catalina se vio

⁵⁹⁷ Ibid., p. 142.

descubierta por Samuel, quien la encerró en su habitación, sin derecho a salidas o visitas, y empezó a buscar a Giorgio para saldar aquella deuda de honor.

Por su parte, Catalina sola y marginada por su propia familia, se hallaba ante la posibilidad de seguir un destino similar al de Catalina Torres, pues un frasco de belladona se encontraba en su escritorio y no dudaría en usarlo si hacía falta. Por otro lado, el entrarse de que estaba embarazada le brindaba una nueva expectativa sobre el futuro que podría esperarle en una ciudad como Bogotá que, como decía Ricardo, no era igual a Bucaramanga, donde se acudía enseguida al revolver como si no existiera más solución que las armas⁵⁹⁸. En medio de esta compleja situación y decidida a terminar con todos los años de silencio y sumisión Catalina decide llamar a María, la costurera, para entregarle el testamento en el que María Amalia aparecía como la legítima dueña de El Madroñal y, como se puede ver al inicio, parte hacia Bogotá decidida a iniciar una nueva vida. Allí se entera del destino que sufrió Samuel y Giorgio tras su partida:

-El mensajero que llegó por la mañana, cuando usted no se había levantado todavía, me contó que el cadáver de Samuel apareció despeñado, en un barranco muy hondo, cerca de la hacienda de Madroñal. Pero el cadáver que encontraron primero fue el de Giorgio Volta y tenía un balazo en el pecho. La hermana de usted, María Amalia Aguirre, declaró que esa tarde esperaba en la hacienda a Giorgio, pues era su novio. Faltaban apenas ocho días para el matrimonio y ya habían leído las amonestaciones en la iglesia del pueblo. María Amalia acusó a Samuel de haberlo matado. El, después de disparar, anduvo y no vio el barranco, a pesar de conocer muy bien el camino. He hecho mal en contárselo, Catalina. En el estado en que se encuentra es terrible. Era terrible. Pero, aunque lo fuera, yo debía recordar las palabras de María la antevíspera de mi viaje. No podía olvidarlas. Antes de irse Rodolfo me dijo: -Para Samuel tuvo que ser insoportable pensar que María Amalia se casaba. Así se hundían sus sueños de apoderarse de la inmensa fortuna de ella. Samuel siempre fue el mismo, desde pequeño⁵⁹⁹.

Al finalizar la novela, es posible observar que la representación de la mujer que ofrece esta última parte de la narración es bastante distinta a la de las demás mujeres que se han venido presentando a lo largo del relato. Si bien, Catalina

⁵⁹⁸ Ibid., p. 136.

⁵⁹⁹ Ibid., p. 18.

continúa supeditada a los estrechos cánones socioculturales de su tiempo, no termina reproduciendo trágicas historia como la de su tía Catalina Torres o la de otras mujeres que huían con sus amantes para finalmente terminar solas y desamparadas. Por el contrario, Catalina afronta sus decisiones y decide hacerse cargo de ellas sin la mediación de los hombres que participaron en la convulsa historia. En este sentido, el personaje de Catalina traza una línea de fuga que la lleva a desligarse de los destinos marcados para las mujeres infieles y las madres solteras. Decide sobrevivir e iniciar una nueva vida que, aunque es incierta, al menos se encuentra regida por su propia voz y voluntad.

Para concluir, se puede decir que *Catalina* es una novela que ofrece tres representaciones del sujeto femenino, aunque en un inicio parezca que solo centra su atención en la tradicional imagen de la mujer heredada de la época colonial. La primera representación, sin duda, alude a los personajes que reflejan los ideales femeninos decimonónicos, entre ellos se encuentran María Corazón, Matilde, María, la costurera, María Amalia, Domitila y las cuñadas de Catalina, quienes a lo largo de toda la novela se perciben como mujeres temerosas de la ley masculina y totalmente apegadas a los mandatos sociales que deben cumplir. Una línea de segmentaridad molar atraviesa a estas mujeres, a la vez que permite encontrar ciertas diferencias entre ellas.

Por su parte, María Corazón, que es huérfana, logra mejorar su estatus social al casarse con un militar y tener hijos, aunque sus días terminan de una manera bastante triste, nunca se cuestiona que vivió una vida digna y dentro de los parámetros que toda mujer de la época podía esperar. Matilde, Domitila y las cuñadas de Catalina, por otro lado, pertenecen al espectro de familias acomodadas que esperan que sus hijas cumplan con el ciclo del matrimonio, la maternidad y una vejez digna de su posición, por lo cual, la presencia de un hombre en sus vidas

resulta indispensable para el cumplimiento de estos objetivos. Por último, María la costurera y María Amalia reflejan a las mujeres de condiciones escasas que por culpa de su estatus social o su condición de hijas ilegítimas no pueden gozar de los mismos beneficios que las demás, en este sentido, se ven obligadas a trabajar para costear sus propios gastos, además de someterse a los mandatos de los hombres que también se creen dueños de sus cuerpos y sus destinos, solo por ayudarlas.

En segundo lugar, se encuentra la representación de las mujeres que se salen del ideal femenino de la época, aunque continúan guardando ciertas características de la feminidad tradicional. Ellas hacen parte de una línea de segmentaridad molecular que se empieza a desprender de una sociedad que introduce nuevas ideas en el panorama femenino. Los personajes de Catalina Torres y Rebeca se encuentran dentro de esta categoría pues, aunque se muestran decididos a tomar caminos distintos a los establecidos, no dejan de reproducir los prejuicios que afectan a todas las mujeres a lo largo de la novela.

Por su parte, Catalina Torres se presenta como una mujer elegante, sin hijos y con un amante, esto podría marcar su línea de fuga para salirse de la situación de marginalidad social en la que la sumen sus propias decisiones, pero ella termina por convertirse en un personaje al estilo de Anna Karenina o Madame Bovary, quienes prefieren morir antes que enfrentarse a la sociedad. Rebeca, por otro lado, es una viuda que gusta de conquistar hombres y vivir una vida independiente, no obstante, cuando se trata de disfrutar de las desgracias ajenas se presenta como cualquier mujer moralista, capaz de desdeñar de quienes intentan modificar su condición inmediata y sin ningún tipo de reparo en condenar a las mujeres que, al igual que ella, buscan un respiro del orden molar que las oprime.

Finalmente, Catalina se muestra como una mujer que, aunque fue criada bajo los estándares tradicionales femeninos de la época se siente diferente, como ella misma afirma: “Yo no era como las otras mujeres, estaba claro. Nada de lo que mis

amigas hacían alteraba el ritmo normal de sus vidas (...) Lo que me sucedía se transformaba en una especie de manto que escondía mi verdadero rostro a las miradas ajenas”⁶⁰⁰. Este sentimiento de extrañeza desencadena en ella todo tipo de cuestionamientos que permiten concebirla como una mujer que atraviesa por un proceso de *devenir-mujer* en el que todas las anteriores representaciones trascienden y dan lugar a una línea de fuga en la que el sujeto femenino se hace consciente de sí mismo y se apropia de su porvenir. En tal sentido, como afirma la profesora Ana Cecilia Ojeda, las preocupaciones de Catalina evidencian:

el difícil camino hacia el reconocimiento como sujeto individual que la modernidad ha posibilitado al sujeto femenino. Reconocimiento que pasa, (...) por un reconocimiento del “sí mismo” que necesita narrarse para poder reconocerse y al mismo tiempo para buscar el reconocimiento del otro, de los otros, representados en el texto tanto por los personajes masculinos como por los demás personajes femeninos que habitan el relato. Falibilidad o debilidades de la existencia, que nos ponen frente al desajuste entre el ideal y la realidad que nos circunda, o en otras palabras, entre el deseo y la norma que nos cobija. Desde esta perspectiva se comprende por qué la novela *Catalina*, toma como uno de los ejes centrales de su reflexión, el que tiene que ver precisamente con el lugar de la familia en la constitución de un entramado social más amplio, para desplegar su mirada hacia una de las instituciones sociales y de poder que la soportan como lo es el matrimonio y dentro de éste el lugar asignado por la sociedad a la mujer⁶⁰¹.

La transición entre el siglo XIX y el XX por medio de “los cambios que se producen al abandonar el modelo de organización agrario y patriarcal, para dar paso a sociedades que se están comenzando a insertar en los esquemas financieros típicos del siglo XX”⁶⁰², también evidencia la llegada de ideas nuevas que trascienden al ámbito de lo cotidiano y permiten a mujeres como Catalina imaginar destinos distintos, así como nuevas formas de enunciación, en un mundo aún embargado de prejuicios sociales. En concordancia con esto, *Catalina*, no solo ofrece al lector la narración de eventos históricos y cuadros tradicionales, sino

⁶⁰⁰ Ibid., p. 45.

⁶⁰¹ OJEDA, Ana Cecilia. *Catalina en perspectiva*. Op., Cit. p. 129.

⁶⁰² OSORIO, Betty. Bogotá de las nubes: el surgimiento de un sujeto femenino en Colombia. En: *Ensayos críticos sobre la obra narrativa de Elisa Mujica*. Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander, 2007. p. 158.

también el cuestionamiento de los patrones sociales, el anuncio de transformaciones en la familia tradicional y, sobre todo, la introducción de ideas que en los años sesenta se encontrarán en constante debate en Colombia como la paternidad responsable, la autoridad de las mujeres sobre su cuerpo y su posibilidad de transformarse en sujetos de enunciación.

3.3 BOGOTÁ DE LAS NUBES (1984)

En 1984, cuando Elisa Mújica publicó su tercer novela, el panorama de la narrativa novelística en Colombia ya había cambiado drásticamente. Desde la década anterior, los procesos de escritura que venían surgiendo en consonancia con el ambiente cultural que se respiraba en toda Latinoamérica y, en el país, se vieron reflejados en la obra de autores como Álvaro Cepeda Samudio, Héctor Rojas Herazo, Manuel Mejía Vallejo, Félix Fuenmayor, Arnoldo Palacios y Gabriel García Márquez, cuestión que junto con la consolidación de la industria editorial en Colombia, propició la aparición de fenómenos editoriales de la talla de *Cien años de Soledad* (1967). Este éxito concedió al autor enorme reconocimiento nacional e internacional, más aún, cuando en 1982 le fue otorgado el Premio Nobel de Literatura, con el cual, como señala Raymond L. Williams, a partir de ese momento no se habló en Colombia más que de García Márquez, pero hacia 1973 “la sombra del macondismo”⁶⁰³ comenzó a ser más llevadera y otros escritores como R.H Moreno Durán, Héctor Sánchez, Jorge Eliecer Pardo, Gustavo Álvarez Gardeazabal, Andrés Caicedo y Marco Tulio Aguilera Garramuño, entre otros, encontraron un camino propio para su escritura.

⁶⁰³ WILLIAMS, Raymond L y MEDRANO, Manuel. 90 años de novela moderna en Colombia (1927-2017) de Fuenmayor a Potdevin. Op., Cit. p.152.

Al incrementarse la producción novelística entre las décadas de 1970 y 1980 la heterogeneidad de temas trabajados por los escritores se hizo más evidente, así como la experimentación y la búsqueda de caminos nuevos e inéditos para la narrativa⁶⁰⁴. Se puede decir que la novela tomó diferentes vertientes durante este período, por un lado, se encontraron las novelas con un marcado acento político al estilo de *El otoño del patriarca* (1975) de García Márquez, *Años de fuga* (1979) de Plinio Apuleyo Mendoza y *Crónicas de tiempo* (1975) y *Memoria compartida* (1978) de Oscar Collazos; otras novelas optaron por intereses históricos como *La tejedora de coronas* (1982) de German Espinosa y *El general en el laberinto* (1989) de García Márquez; Y, otras, exploraron la vida cotidiana de las ciudades y los imaginarios urbanos como *Aire de Tango* (1973) de Manuel Mejía Vallejo, *Crónica de tiempo muerto* (1975) de Oscar Collazos, *¡Que viva la música!* (1977) de Andrés Caicedo, *Los parientes de Ester* (1978) de Luis Fayad, *Hojas en el patio* (1978) de Darío Ruíz Gómez y *Sin remedio* (1984) de Antonio Caballero⁶⁰⁵, no obstante, todas estas obras indagaron por los conflictos propios de la vida moderna en un momento histórico en el que estaba en pleno auge el proceso de modernización.

Por otro lado, se encontró una novela con visión poética, heredera de la estrecha relación entre poesía y narrativa, tan presente en la literatura colombiana desde sus inicios y de la cual el mayor ejemplo ilustrativo fue la obra de Álvaro Mutis⁶⁰⁶. En último lugar se encontró la novela femenina, que a partir de la década de los setenta empezó a tener mayor presencia en las letras colombianas gracias al trabajo de autoras que ya se definían profesionalmente como escritoras⁶⁰⁷, entre ellas, Alba Lucía Ángel, Helena Araujo, Marvel Moreno, María Elvira Bonilla, Fanny Buitrago y Flor Romero de Nohora. Cabe mencionar que, aunque los nombres de estas

⁶⁰⁴ VELASCO, Carmiña Navia. La Novela Colombiana en las Dos Últimas Décadas. *Convergencia Revista de Ciencias Sociales*. 1997, No. 14. p. 151.

⁶⁰⁵ MEJIA CORREA, Clara Victoria. La novela urbana en Colombia: reflexiones alrededor de su denominación. *Lingüística y Literatura*. 2010, No. 57, p. 67.

⁶⁰⁶ CANFIELD, Martha. La narrativa colombiana del último ventenio. *Journal Annali di Ca' Foscari*, 1998, XXXVII, 1-2, p. 236.

⁶⁰⁷ *Ibid.*, 239.

mujeres eran los más conocidos, otras autoras como Rocío Vélez de Piedrahita, María Helena Uribe de Estrada y Elisa Mújica también alimentaban este creciente fenómeno escritural desde mucho antes.

Como se alcanza a notar, el proceso de inclusión de las mujeres al ámbito público en Colombia durante las décadas de 1970 y 1980, dio lugar a una atmósfera oportuna para la creación literaria femenina que, a su vez, se vio influenciada por los distintos sucesos que circundaban la situación material de las mujeres por entonces. Debido a esto, no resulta extraño que muchas de las obras producidas durante este período aborden temáticas importantes para la redefinición del sujeto femenino dentro de los rígidos estándares de una sociedad que aún imponía muchos límites a las mujeres.

Las novelas escritas por mujeres que destacaron dentro de este renovado panorama literario fueron: *Los girasoles en invierno* (1970), *Dos veces Alicia* (1972), *Estaba la pájara pinta sentada en el verde limón* (1975), *Misiá señora* (1982) y *Las andariegas* (1984) de Albalucía Ángel, *La cisterna* (1971) y *Terrateniente* (1986) de Rocío Vélez de Piedrahita, *Triquitraques del trópico* (1972) y *Los sueños del poder* (1978) de Flor Romero de Nohora, *Las Jaulas* (1984) de María Elvira Bonilla, *Bogotá de las nubes* (1984) de Elisa Mújica, *Reptil en el tiempo* (1986) de María Helena Uribe de Estrada y *En diciembre llegaban las brisas* (1987) de Marvel Moreno.

De este modo, se puede observar que el ambiente en el que apareció *Bogotá de las nubes* fue sumamente diferente al entorno en el que se publicaron las dos anteriores novelas de Mújica pues, para este momento, las mujeres gozaban de muchas más libertades en el ámbito público, cuestión que se evidenciaba no solo en las formas de expresión y protesta que se utilizaron para llamar la atención sobre las problemáticas que afectaban a la población femenina, sino también en la manera en que las nuevas escritoras mostraban su visión del mundo y de los conflictos femeninos que retrataban en sus obras. De otro lado, la idea de concebir la literatura

como una profesión ahora se presentaba como una posibilidad tangible para la población femenina, lo que ocasionó un crecimiento en el volumen de las obras publicadas por mujeres y, por ende, una pérdida de protagonismo para autoras entradas en años como Mújica, quien no recibió mucha atención del público lector al lanzar su tercer novela.

En este sentido, es importante observar que para 1984 Elisa Mújica ya contaba con casi 68 años y había pasado buena parte de las últimas décadas moldeando la trama de esta nueva novela, la cual, como ella mencionó en su diario, estaría dirigida a desarrollar “las diferencias abismales que se presentan entre mi generación y la actual, en el caso de las mujeres. Un rompimiento casi completo se ha producido entre nosotras y las que nos siguen”⁶⁰⁸. Como señala Gloria Orozco, *Bogotá de las nubes* también fue escrita durante un momento de transición para la sociedad colombiana, cuestión que se evidencia tanto en la forma en que se construye la narración, como en el trasfondo social en el que se enmarca:

En Colombia el capitalismo industrial toma mayor predominio sobre otros modos de producción coexistentes durante las décadas de los años sesenta y setenta, bajo el sistema del Frente Nacional. El discurso monológico del Frente Nacional, vaciado de todo debate político y representativo de una pequeña minoría burguesa y preponderantemente masculina, repliega a todos los otros grupos (mujeres, indígenas, negros, campesinos, grupos de izquierda) al rol de interlocutores pasivos y silenciosos. Esto lleva a una crisis de legitimidad de sus sistemas de representación, que en esta novela toma forma en la mónada enajenada y muda, con que se busca expresar la angustia de mujeres incapacitadas, por las circunstancias, a ser verdaderos sujetos partícipes de su historia. La forma, ya en crisis, del sujeto monádico atrapado en el silencio del testigo mudo apunta a las condiciones críticas de Colombia, bajo las cuales se escribe esta novela, durante la década del setenta y principios de los años ochenta cuando: “[S]e acentúa la deslegitimación del Estado, agravada por la intensificación de la acción guerrillera, por la respuesta paramilitar y de autodefensa y por la entrada en el escenario político de un actor nuevo, el narcotráfico...” (Uribe 286). *Bogotá de las nubes* fue escrita en ese momento de crisis y transición, en que el discurso del sujeto monádico se agrieta antes de caer en los añicos y la fragmentación que ya se anuncia en esa

⁶⁰⁸ MÚJICA, Elisa. Diario 1968-1971. Op. cit., p. 60.

multiplicidad de poderes en que se empieza a descomponer la nación colombiana en los años ochenta⁶⁰⁹.

El libro fue fríamente recibido por la crítica, ya que pocos fueron los reseñistas que se refirieron a él o lo elogiaron al momento de su publicación (marzo de 1984), entre los autores que la comentaron figura Humberto Rodríguez Espinosa, quien en un breve artículo publicado en la *Revista Mosaico* calificó a *Bogotá de las nubes* como un texto optimista, en la medida en que revivía el pasado por medio de una prosa cálida y sugestiva⁶¹⁰. Gustavo Cobo Borda, por otra parte, consideró que la novela se mostraba un poco evasiva y constituía un “error de composición” en el que cayó la autora por querer ser moderna:

Intenta a través de discontinuos fragmentos temporales, darnos la clave de las diversas etapas por las cuales ha atravesado la existencia de Mirza. Este procedimiento no funciona: antes que aclarar, enturbia. Si la contratapa del libro exige la participación del lector, allí no se dice nada de su resignada confusión. De las infinitas posibilidades de comprensión, que pierde en el esfuerzo. Es como si la autora, temerosa de lo mucho suyo que había puesto, evadiera la linealidad exigida por el relato, con sus saltos incoherentes y su incorporación de un elenco de segundo orden, e intentara finalmente, borrarla del todo. No es función de la crítica decir cómo deben hacerse las cosas. Sí, la de reconocer lo peculiar de cada obra, resaltando, en este caso, el matiz inconfundible de su nostalgia: sensible pero crítica⁶¹¹.

Pese a esta mirada, Cobo Borda también rescató algunos de los detalles que hacían de la novela un retrato del pasado que, con gracia y encanto, además de un dolor indudable, la autora ofreció desde su presente desencantado. La receta del tamal santandereano, las librerías de la calle 12, la Avenida Jiménez, los helados de paila, el viejo edificio Cubillos y todos los rincones del barrio La Candelaria muestran una Bogotá que ya no existe, pero también permiten comprender muchos de los cambios

⁶⁰⁹ OROZCO, Gloria. *Elisa Mújica entre la ficción y la historia: Bogotá de las nubes una estética de la represión*. En: *Ensayos críticos sobre la obra narrativa de Elisa Mújica*. Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander, 2007. pp. 199-200.

⁶¹⁰ RODRÍGUEZ ESPINOSA, Humberto. *Bogotá de las nubes*. En: *Elisa Mújica en sus escritos*. Bucaramanga: Fusader, 1988. pp. 127-128.

⁶¹¹ COBO BORDA, Gustavo. *Bogotá visto con ojos de mujer*. Op. cit., p. 134.

por los que pasó el espacio urbano mientras Mirza desarrolló su historia en medio de una sociedad que se modernizaba a pasos agigantados.

Dicho esto, es necesario mencionar que, *Bogotá de las nubes*, fue un libro de 157 páginas. En su portada se imprimió el bosquejo de algunos edificios atrapados entre la bruma capitalina y en las primeras páginas se puede leer una dedicatoria a Anita Castellanos de Becerra, amiga de Elisa, seguida de la frase: “A los nueve años todo está resuelto” del escritor francés Charles Pierre Péguy, considerado uno de los principales escritores católicos modernos. La novela narra, en tercera persona y con una mirada retrospectiva, la historia de Mirza Eslava, una joven de provincia que llega a la capital junto con sus padres en busca de mejores condiciones de vida. Allí se hace mujer y empieza a trabajar como secretaria, intentando dedicar su vida a diversas causas que siempre terminan desilusionándola. Bogotá, al igual que Mirza, se erige como protagonista de la serie de cambios que van afectando el panorama urbano de la ciudad, como a la mujer que los observa, los vive y los sufre, pues el progreso se muestra más como una afección que como una solución a los conflictos del panorama social colombiano.

El relato no posee ninguna división capitular, por el contrario, se aventura a mostrar los sucesos que refiere Mirza de una forma fluida y no cronológica, mientras salta de la infancia a la vejez de la protagonista sin aviso previo. Ahora bien, aunque la historia se presente de esta manera, se pueden distinguir cuatro momentos importantes en el transcurso de la narración. El primero es la infancia de Mirza en Bogotá junto a sus padres: don Alejandro y doña Mónica. La familia arriba a la capital del país proveniente de un pueblo llamado Belén de Cerinza, lugar que se presenta como una población rural sin muchas oportunidades y de la cual deben salir los Eslava para encontrar una mejor calidad vida, pues uno de los factores que más se resalta desde el principio es la enorme mancha oscura que la niña lleva en el cuello y parte de la cara, una afección que el padre desea curar por medio de la asesoría médica a la que pueden acceder radicados en la capital.

Pese a las expectativas que traían los Eslava desde su pueblo, el inicio de esta nueva vida no deja de estar marcado por todo tipo de dificultades económicas, sociales y culturales. En primer lugar, la gran casa con solar y altos techos, en la que alguna vez habían vivido en su tierra, se tuvo que reducir a una pequeña habitación de inquilinato, muy comunes en aquella época* sobre todo en el centro de Bogotá, donde los migrantes que provenía de todos los rincones del país, en busca de mejores condiciones de vida, empezaron a albergarse mientras los ricos se alejaban en busca de un ambiente más tranquilo. Esta división social era bastante marcada como lo señala Mirza:

Al mismo fin se destinan las casonas destartaladas de los alrededores del palacio del marqués de San Jorge, ahora venidas a menos mientras sus anteriores propietarios inician su éxodo hacia el norte, cada vez más al norte, felices como quien cambia lámparas viejas por lámparas nuevas. A los inmensos, ventilados salones de las casonas, con recuerdos clavados como mariposas en el fondo rosa o celeste de los papeles de colgadura; a los cristales verdes, rojos, amatistas, que cierran los vestíbulos —repletos de presencias incorpóreas— ya encendido el quinqué y tejiendo saquitos de niño las señoras; a las alacenas profundas y perfumadas, al horno de amasar el pan, a la pila del patio y a los aleros de los copetones, los raizales prefieren los cuartos pequeños y desnudos, separados por delgados tabiques (...) Para los forasteros la zona prohibida se marca así, indeleble, más allá de San Diego, imán de corazones, símbolo de vida fácil, por lo pronto inaccesible, esperándolos si acaso para más tarde, cuando crucen la frontera económica que ahora los separa de quienes empiezan a ensayar alegremente una ciudad dispersa y alocada⁶¹².

En segundo lugar, los Eslava tuvieron que adaptarse a las costumbres capitalinas, convencidos de que si lograban mejorar sus maneras de provincianos darían una buena impresión, además de lograr un ascenso en la escala de lo distinguido y progresista, pues en Bogotá era bien sabido que la sociedad estaba separada por barreras intangibles, pero bien definidas. Por un lado, se hallaba “la buena sociedad” mientras que por el otro “la lobería”, no existían entre ambas categorías enormes abismos raciales o económicos, todo era cuestión de buen gusto. Desde su llegada

* Según la narración la llegada de los Eslava a Bogotá se remonta a la década de 1920.

⁶¹² Mújica, Elisa. Bogotá de las nubes. Bogotá: Ediciones Tercer Mundo, 1984. p. 9

a la ciudad la familia Eslava no se atrevía a salir a la calle sin guantes ni sombrero y se esforzaban por manejar con soltura términos como guache, pisco, lobo, chirriado, chusco, echando al olvido los del pueblo. No obstante, la astucia de doña Mónica contrastaba con su tacto para vestir, el cual era blanco de constantes burlas, incluso, provenientes del zapatero remendón de la esquina, que se divertía al afirmar:

-Ayer la mamá, que es una señora de edad, unos cuarenta años le calculo, se atrevió a salir a pasear por la carrera séptima con una bata solferina, no le miento alita, solferina y de lo más escandaloso, bordada con mostacilla por más señas, imagínese, iba en cuerpo, sin mantilla, sin abrigo, sin nada para cobijarse, por la carrera séptima⁶¹³.

Lo mismo sucedió con los gustos y pasatiempos de la familia, los cuales terminaron por moldearse de acuerdo con sus posibilidades y las que les ofrecía la ciudad. Ir al teatro era la actividad que más disfrutaba don Alejandro, quien constantemente llevaba a Mirza a ver obras como *Los andrajos de la púrpura* presentado por la compañía de María Guerrero. Mirza, por otro lado, le tomó amor a la lectura, por tal razón la calle doce se convirtió en su lugar predilecto para ver vitrinas y, de vez en cuando, gastar sus ahorros en pequeños libros de cuentos. De este modo pasaban los días sin que la situación de los Eslava se modificara, el padre vivía al día con su sueldo de empleado público, mientras que la madre se dedicaba a realizar sus labores domésticas y a visitar a don Calixto, su cuñado, y Soledad, su esposa, quienes en ocasiones les tendían la mano económica y moralmente.

El primer contacto de Mirza con otras niñas de su edad fue en el Colegio regentado por monjas de la Presentación donde sus padres la inscribieron. Allí se hizo consciente de que su defecto facial, lejos de traerle agresiones, atraía rechazo, repugnancia, lástima y la curiosidad de sus compañeras, a quienes optó por regalar dulces, que compraba con monedas robadas a la dueña del inquilinato, y hacer cumplidos para sentirse medianamente incluida. Solo una niña de nombre Gala

⁶¹³ Ibid., p. 17.

Urbina forjó una verdadera amistad con Mirza, quien se sentía orgullosa porque alguien de su estatus social se fijaba en ella. Gala era tímida y bonita, además de ser la única hija de un importante diplomático, por esta razón vivía en un sector acomodado de la ciudad y disponía de las posibilidades para invitar a sus amigas a meriendas, un lujo codiciado entre las demás condiscípulas. En cambio, Mirza, humillada por su pobreza, huía de las intenciones de visita de Gala, las cuales un día se hicieron realidad.

El magnífico espectáculo que significó para los Eslava, y los habitantes de la pensión, que una niña rica los visitara, se vio eclipsado con la terrible enfermedad de don Alejandro, quien se esforzaba por ocultar el enorme dolor que sufría. Mientras doña Mónica buscaba dinero por todos lados y don Alejandro padecía postrado en su cama, Mirza intentaba distraerse con las tareas del colegio y sus libros, para los cuales inventó una improvisada biblioteca en un viejo baúl. La situación era apremiante, las medicinas no funcionaban y doña Mónica cada vez tenía más problemas para conseguir comida. Sin embargo, esto no fue un impedimento para que la mujer se sumergiera en la frenética búsqueda de un tesoro que, por más que buscó en las casonas contiguas a la pensión, nunca halló. Por el contrario, fue precisamente por esta época cuando don Alejandro murió dejando solas para siempre a Mirza y doña Mónica.

Hasta aquí se puede decir que la representación de la mujer que construye Mújica durante la infancia de Mirza es bastante tradicional. Cada personaje femenino que se explora muestra características totalmente atadas a la línea de segmentaridad molar que rige los estrechos roles que desempeñan las mujeres en la sociedad. Doña Mónica, Soledad y las mujeres que viven en la pensión (Eugenia, la comadrona, Mayo, la prestamista, y doña Belén, la costurera) son el relejo de esta imposición, todas atadas al mundo doméstico sin la oportunidad de desarrollar una función diferente a la de ser esposas, solteras, amantes o madres. Aunque Mirza y Gala se salen un poco de esta perspectiva al estudiar en un colegio comercial, su

educación no las prepara para realizar una labor que no sea de servicio, además es explícito que su destino se encuentra vinculado a la figura de un hombre, tal como se puede entrever en las siguientes líneas: “Para la lunareja habría sido mejor quedarse en el pueblo. Casarse allí con algún empleado modesto como fue su padre, don Alejandro. No salir nunca de sus límites, ni pretender entremeterse donde no la llamaban”⁶¹⁴.

Por otro lado, es posible observar en Mirza una actitud que la separa de las demás mujeres que se representan durante este período, pues su impasible curiosidad, astucia e inteligencia la llevan a explorar los terrenos de la lectura y la escritura, aun siendo una pequeña estudiante de colegio. Su cultura se muestra superior a la de la de sus compañeras, así como su deseo por aprender cosas relacionadas con el teatro⁶¹⁵, la pintura, la literatura y el mundo intelectual. En este sentido, se traza una línea de segmentaridad molecular que guía a Mirza por el camino de una feminidad alejada de los patrones decimonónicos que se cristalizan en la figura de su madre, una mujer sumisa, servicial, amable y resignada desde su crianza en Santander.

En concordancia con lo anterior, un segundo momento que se distingue en la narración de *Bogotá de las nubes* es la juventud de Mirza, período que inicia desde la muerte del padre y, con ello, su ingreso a la vida laboral. Como se mencionó líneas arriba, el fallecimiento de don Alejandro dejó en una precaria situación económica a doña Mónica quien, endeudada y con una hija, tuvo que recurrir a la ayuda de su cuñado Calixto para no morir de hambre. Como consecuencia de este giro Mirza no pudo continuar con sus estudios, un camino cada vez más posible para las mujeres desde que se abrieron las puertas de la Universidad Nacional en 1934. A ella, como a muchas otras jóvenes de clase media, “le tocó en cambio ser de las primeras que trabajaron en las oficinas públicas”⁶¹⁶.

⁶¹⁴ Ibid., p. 39.

⁶¹⁵ Ibid., pp. 10-11

⁶¹⁶ Ibid., p. 28.

Con ayuda de los contactos del tío Calixto y “gracias al espíritu progresista del presidente Olaya”⁶¹⁷ que había dado luz verde al ingreso de las mujeres a distintos ámbitos de la vida pública, hacia la década de 1930 Mirza empieza a trabajar en la recién inaugurada editorial El Ciprés, un lugar que distaba mucho de los entornos que hasta ahora había habitado:

Entonces las oficinas públicas aglomeraban polvo, telarañas, mamotretos, escritorios monumentales colocados lejos de la luz, anaqueles altísimos poblados de volúmenes que nadie consultaba, humedad y polillas. Fueron las mujeres quienes, desde su ingreso en el predio prohibido, lo transformaron con su sola presencia. ¿En qué lo convirtieron? En lo único que conocían: en ambiente doméstico. Sacudieron los escritorios, los adornaron con floreros, luego con portarretratos, en seguida con lámparas de luz indirecta, ceniceros, porcelanas, baratijas, amuletos. No las convencían las paredes desnudas o con oleografías horrorosas de los próceres, ni las ventanas desprovistas de cortinas, los muebles desvencijados o demasiado imponentes, en los rincones los arrumes de papeles aparentemente sin orden ni concierto y que, no obstante, manejaban los entendidos con los ojos cerrados. Por el principio las féminas introdujeron pesados cortinajes de terciopelo, destinados con el tiempo y la moda a evolucionar y transformarse increíblemente en visillos de nailon, vaporosos por dentro y por fuera impenetrables. Los escritorios sufrieron varias metamorfosis: del estilo americano práctico y escueto se fueron alargando como los automóviles hasta ocupar la mayoría del espacio. Finalmente quedaron en simples mesas de trabajo graciosas y ligeras, de líneas adecuadas a la personalidad versátil de las secretarías. Quienes continuaron variando sin cesar el mobiliario según las últimas consignas sobre decoración de interiores, de suerte que alcanzaron lo que más deseaban: mesitas lacadas de colores cálidos, de modelos coquetones y expresivos, adicionadas con máquinas de escribir eléctricas y teléfonos y citófonos de formas dinámicas y colores vibrantes para hacer juego, sillones mullidos, alfombras espesas, aire acondicionado, cuadros abstractos y cuartos de baño con espejos de tres cuerpos, toalleros, armarios y secadores para el cabello⁶¹⁸.

En su nuevo puesto como secretaria privada de Augusto Pallares, el gerente de la editorial, Mirza comenzó a formar parte, sin ser consciente aún, de un grupo de pioneras que se abrían campo en medio de un ambiente completamente dominado por hombres. Aunque este entorno laboral reproducía, con frecuencia, los prejuicios de género que mantenían a las mujeres atadas a actividades consideradas como netamente femeninas, también otorgaba a las jóvenes trabajadoras un cierto tipo de

⁶¹⁷ Ibid.

⁶¹⁸ Ibid., pp. 28-29.

independencia nunca antes experimentada. La libertad de manejar el dinero propio, los pasatiempos y los gustos también devino en un cambio de las relaciones interpersonales de las muchachas, quienes ahora se sentían menos cohibidas.

Así, comenzó la relación de Mirza con su jefe, esencialmente laboral al principio, pero un poco más cercana después, algo común según se sugiere al afirmar que: “las secretarias que no se enamoran de sus jefes los odian, como las esposas a sus maridos en los matrimonios desgraciados. No hay término medio. Los romances oficinescos no obedecen en el fondo sino a la necesidad imprescindible de matar el tiempo”⁶¹⁹. Si bien, el romance se desprendía de la admiración que sentía el hombre por la inteligencia de su joven secretaria, poco agraciada, pero encantadora, no quedaba en duda que el asunto era algo pasajero, por ello cuando Augusto rompió con Mirza por medio de una carta fría e impersonal, el mismo día que habían acordado hacer público su compromiso, no fue una sorpresa para nadie.

Para Mirza fue devastador. Ella, que había soñado con ser la envidia de sus compañeras de la editorial, ahora se veía sola y engañada después de pensar que en la figura de Augusto se hacían realidad sus sueños de obtener un puesto en la sociedad, tener hijos y sobre todo una casa⁶²⁰. Aunado a esto la imagen del aborto llevado a cabo para contener las habladurías oficinescas no se podía borrar de su cabeza:

Cómo fue de rotunda, cómo fue de estricta Mirza al condenar el acto que la pobre muchacha pagó con la vida. Desplegó más énfasis que las demás secretarias. No contó con el miedo que se sentía. No lo midió. Lo conoció después, día a día y paso a paso hasta que le resultó imposible soportar más. Igual que Linette pidió una licencia para ausentarse de la oficina durante una quincena. Los jefes la excluyeron del requisito de mandarle analizar la orina. Después... Aunque procuró con todas sus fuerzas raer de su mente como con una esponja de hierro el rastro de la comadrona en su casucha cerca de las areneras, en el cerro erosionado, entre bocanadas de viento frío, despiadado, estallando de cuando en cuando con un ruido seco una carga de dinamita, no lo consiguió. En los instantes más inesperados

⁶¹⁹ Ibid., p. 134.

⁶²⁰ Ibid., p. 52

resurgía la mujer desharrapada hurgándole las partes, trasegando duramente con sus órganos para que ocurriera lo que ambas buscaban⁶²¹.

Con este primer desengaño amoroso a cuestas y, además, la reciente muerte de doña Mónica, Mirza comenzó a buscar nuevos horizontes para su vida. Así, un año después de su despedida con Augusto, conoció a César Castell, un carismático líder que tenía como propósito importar habitantes extranjeros a Colombia. Estaba dedicado en cuerpo y alma y, desinteresadamente, según afirmaba, a un programa de migración a gran escala que tenía como propósito mejorar la raza colombiana, según Castell, “los europeos procrearían negros de ojos verdes y azules. Indios con pelo rubio. No habría que esperar demasiado, ya desde el comienzo acondicionados los extranjeros a su nuevo ámbito espiritual y físico, gracias a los recursos y perspicacia de la sangre civilizada”⁶²². Para venderle esta idea a Mirza, César no tuvo mayor problema, por lo cual, a partir del día en que se conocieron la joven secretaria empezó a presentarse cada tarde en el quinto piso del edificio Cubillos, donde funcionaba el comité de inmigrantes fundado por Castell. Allí se dedicaba a copiar cartas de propaganda que él le dictaba.

Poco a poco Mirza aprendió a redactarlas sola y convencida de que la labor que desempeñaba el comité revolucionaría al país, procuraba persuadir a sus interlocutores de la viabilidad del proyecto. Con el tiempo, las responsabilidades aumentaron, así que Mirza se vio en la tarea de organizar las reuniones del comité, confeccionar los menús de comida para las bienvenidas de los migrantes, acompañarlos a sus nuevas viviendas y también recibir las constantes quejas acerca de los nuevos empleos asignados a los extranjeros. Ella hacía lo posible para que la transición no fuera tan caótica, mientras Castell se encargaba de ofrecer discursos embargados de positividad ante el futuro. La alternancia del trabajo de Mirza en la editorial, y este proyecto, colmaba todo su tiempo, pero sola, sin la

⁶²¹ Ibid., p. 136.

⁶²² Ibid., p. 34.

compañía de algún familiar cercano, o una pareja, el trabajo se convertía en el único refugio.

Mirza había puesto en un pedestal a César Castell, sin duda, estaba enamorada de él, pero también se daba cuenta de que a su nuevo jefe le agradaban “las mujeres altas, de pecho breve y piernas largas, llenas pero esbeltas, de pelo claro, ojalá rubio, ojos grandes, azules o verdes, dentadura perfecta y, sobre todo entradoras y coquetas, seguras, provocativas”⁶²³, es decir, muchachas sin manchas en la cara, el tipo totalmente opuesto a ella. Por su parte, Castell también se sentía atraído por Mirza, pero no del modo en que ella hubiese querido. La atracción ante todo era sexual, pues César acababa de salir de un matrimonio conflictivo y poco quería saber de las relaciones de pareja:

Se casó por conveniencia con una de las herederas más apetecidas de Bogotá, social y económicamente hablando. Con la ayuda de la familia le habría sido fácil llegar, o por lo menos aproximarse al timón de mando; en lugar de eso se fue del país; el día menos pensado viajó con la señora a Chile, con el pretexto de estudiar a fondo las cuestiones relacionadas con los inmigrantes. Luego la mujer no quiso regresar. Se quedó en ese país. Su nombre es Gala. Gala Urbina de Castell⁶²⁴.

Ni entonces, ni nunca, Mirza averiguó si la esposa de César era en realidad la niña que había conocido en el colegio. Solo fue hasta la tarde en que Gala se lanzó del último piso del edificio Cubillos que fue consciente de que esa muerte la acompañaría por el resto de su vida. Después de aquel episodio Mirza movió cielo y tierra para viajar a España, lugar en el que pretendía radicarse por un tiempo mientras caía tierra sobre todo el asunto de la esposa de Castell. Allí, consiguió un modesto trabajo en una librería con ayuda de su amigo Bernardo Gallo, quien también le había presentado a César, y rentó una habitación de hotel. Viviendo en Madrid, Mirza rehuía del contacto con sus compatriotas, caminaba por las calles

⁶²³ Ibid., p. 35.

⁶²⁴ Ibid., p. 140.

alejadas de las colonias colombianas y la mayor parte de su tiempo la gastaba entre el trabajo y los pocos pasatiempos que podía costear.

Los inquilinos permanentes del hotel siempre eran amables con Mirza, incluso las mujeres que aparentaban llevar una vida solitaria como ella. La señorita Cándida Cienfuegos, que era artista según había comentado, salía todas las noches muy bien arreglada y dormía todo el día; en cambio la Señora Sabina de Domínguez era viuda y estaba enferma, por lo cual pasaba todo su tiempo rondando el hotel. De vez en cuando Mirza salía a comer con viejos amigos que se encontraban de paso por la ciudad, así, un día, caminando por las calles de Madrid, se topó nuevamente con Augusto Pallares. Aunque en principio no mostró rencor alguno por el incidente del compromiso, su actitud dejaba entrever que no lo había perdonado del todo, pero dejando atrás sus antiguos rencores compartieron un par de comidas y se despidieron, esperando volverse a ver pronto, quizá, en Colombia.

Por aquel tiempo, Mirza recibió la propuesta de un antiguo amigo llamado Claudio Doniges, miembro destacado del Congreso de la República, para regresar a Colombia y ponerse al servicio del partido demócrata cristiano, que Doniges pretendía fundar inspirado por el propósito de introducir en el país una tercera opción que acabara con la eterna disputa de los mismos. De este modo, Mirza rehízo sus maletas y regresó al país, “no faltaba sino que diera el sí para organizar un movimiento. Las mujeres necesitaban con urgencia una dirigente”⁶²⁵. Esa líder, quizá podría ser Mirza, considerada una mujer sumamente inteligente desde que empezó a escribir bajo la tutela de Castell, no obstante, su afán intelectual la hacía cosechar desencantos.

Hasta aquí es posible observar que en este segundo momento de *Bogotá de las nubes* la representación de la mujer que construye Mújica se aleja de la que se había visto antes. En primer lugar, personajes como las compañeras de Mirza en la

⁶²⁵ Ibid., p. 57.

editorial, Cándida Cienfuegos y Sabina de Domínguez en Madrid, representan un tipo de mujeres independientes económicamente y modernas, aunque sus relaciones con los hombres continúen basándose en un esquema de dependencia, ellas crean una línea de segmentaridad molecular que logra hacerlas salir de los estándares tradicionales femeninos y acceder a otras posibilidades como un trabajo, una carrera y una vida propia. En segundo lugar, se encuentra el personaje de Mirza que empieza a trazar su propia línea de segmentaridad molecular desde el momento en que se convierte en secretaria. Es gracias a su incursión en el mundo laboral que deja atrás algunos de los roles tradicionalmente asignados a la mujer para asumir otros que le proponen mayores desafíos, sin embargo, es posible notar que muchas veces intenta regresar a la feminidad característica de la línea de segmentaridad molar debido a sus anhelos de casarse y formar un hogar. Lo mismo sucede con Gala, quien a pesar de tener más oportunidades que Mirza termina ligando su destino a la figura de un hombre.

Cabe mencionar que, hasta este punto, se logra percibir un proceso de *devenir-mujer* por el que atraviesa Mirza a lo largo de su vida juvenil, ya que con las nuevas oportunidades que se le presentan, así como los inconvenientes que se desprenden de éstas, la protagonista trasmuta su forma de pensar, sentir y actuar, lo que la lleva a vivir una vida con mayor independencia y a plantearse un sinnúmero de preguntas acerca de su propia posición en la sociedad. Aun cuando sus intereses intelectuales la llevan a aislarse de las demás mujeres de su edad o de su posición, Mirza continúa en una búsqueda por reconocerse a sí misma con un sujeto individual.

En tercer lugar, un personaje que se sale totalmente de los cánones femeninos que hasta ahora se habían presentado es Natalia Colmenares, una antigua amiga de Gala y Mirza. Ella es descrita como una mujer sugestiva y bella que, vestida de Chanel y con el cabello pintado de rojo, “mezclaba chistes con opiniones sobre

política, arte contemporáneo y la crisis de la novela francesa”⁶²⁶. Con esto, se hace notar que Natalia, además de ser inteligente, sabe cómo manejarse en un medio esencialmente masculino y atrapar la atención de sus interlocutores, característica bastante innovadora que en ocasiones también se presenta en Mirza.

De otro lado, en este segundo momento de la vida de Mirza también se siguen conservando algunas representaciones femeninas tradicionales por medio de personajes que, aunque tienen poco protagonismo, dejan en claro que la rigidez de la línea de segmentaridad molar nunca se llega a evadir por completo. Entre estas mujeres se encuentra la segunda esposa del tío Calixto, Alfonsina, e Isidora Montiel, la hermana de su primer esposa. Ambas son el reflejo de los límites que la sociedad imponía a las mujeres de generaciones anteriores, así como la dificultad que significaba para ellas salir adelante sin la ayuda de un hombre.

Un tercer momento que se logra distinguir en la narración de la novela es la vida madura de Mirza, la cual inicia desde el momento en que ella regresa a Bogotá con ayuda de Claudio Doniges. En este punto, Mirza ya es una mujer adulta, casi vieja, que ingresa a la universidad para estudiar Literatura gracias a una beca otorgada por su amigo Bernardo Gallo. Con la compañía de Ligia Montiel, hija de Isidora y sobrina de Calixto, Mirza inicia su tardía vida universitaria y, al igual que como sucedía en sus tiempos de colegiala, se ve rechazada por sus compañeros, esta vez por sus anticuadas líneas ideológicas que la mantienen alejada del modo de pensar de los jóvenes. No obstante, siempre busca la aprobación de ellos, pues le resulta difícil orientarse en un mundo que es totalmente nuevo para ella.

En la residencia universitaria femenina Mirza conoce a mujeres distintas a las que hasta ahora había distinguido en España o Colombia. La mayoría de ellas jóvenes inteligentes y decididas a cambiar los paradigmas femeninos que sus madres y abuelas les habían heredado. Anabella, Ligia, Lirio, Olga y Orna gustaban de

⁶²⁶ Ibid., p. 110.

escandalizar a Mirza con las historias que a diario le contaban sobre fiestas, drogas y tertulias intelectuales a las cuales asistían en compañía de muchachos. Las chicas le hacían ver a Mirza que más allá de equiparse con los hombres, lo que querían era igualdad de condiciones con ellos, pues para nadie era un secreto que, hasta ahora, las mujeres habían vivido a la sombra. Por su parte Mirza analizaba la juventud que la rodeaba desde la perspectiva del decaimiento:

En la cafetería despiertan los muchachos. Ya no son flemáticos y reservados como los amigos de Mirza en la década de los cuarenta. Al compararlos estéticamente con sus mayores, éstos llevan las de perder, demasiado monótonos, especializados, esfumadas un montón de posibilidades por seguir un patrón rígido, frente a los de hoy, personajes dostoiévskianos que manotean, gritan, se sulfuran, conscientes de su fuerza, quemantes los ojos o lánguidos entre la palidez de las mejillas, el pelo sedoso, las patillas, los bigotes y los interminables alegatos. Las mujeres padecen otra vez la influencia atávica. Obedecen, se pliegan, se opacan, incómodas en sus pantalones demasiado ajustados y en sus camisas escotadas, convenciéndose a sí mismas de que están en su ambiente, pero inquietas, irritadas. Tampoco era lo mismo en los tiempos de Mirza. Entonces las muchachas no dubitativas sino perfectamente aleccionadas, recitando de memoria su papel, idéntico al de las madres y las abuelas y las requeteabuelas: negar y prometer, prometer y negar, fingir poco interés en el punto culminante y no pensar en otra cosa. En los años setenta, para ellas la libertad es una exigencia que no saben cómo atender. Les cuesta trabajo defender las posiciones, poner los puntos sobre las íes, sentar claro que se ha enviado al diablo la vigilancia de los inspectores de la residencia, y que pueden salir por la noche y regresar como los hombres, a la madrugada⁶²⁷.

Lo que antes consideraba características llamativas en la personalidad femenina como la exhibición del conocimiento intelectual, la independencia o la vivacidad, Mirza ahora lo veía como un rasgo negativo en las mujeres, preguntas como “¿Desde cuándo las muchachas manejan con tanto desparpajo a los filósofos?”⁶²⁸ traslucían su incomodidad ante estas demostraciones que a diario presenciaba en la universidad. La liberación sexual femenina, por otro lado, era una tema que la exasperaba y, aunque no lo demostrara con vehemencia, lo reprobaba:

Tan sabihondas, tan pedantes, se llaman a sí mismas las primeras mujeres liberadas, las dueñas de su cuerpo por primera vez en la historia. Pero, en ciertos

⁶²⁷ Ibid., p. 51.

⁶²⁸ Ibid., p. 110.

momentos, a ciertas horas, ¿será cierto que se muestran tan independientes y desacomplejadas como lo proclaman? No me atrevo a preguntarles si son vírgenes. María Olga desde luego que no. Se nota a leguas. Por cierto que en mi época nunca pasaba por la mente del más atrevido formular ese interrogante a una mujer soltera. La afirmativa se daba por supuesta. Ninguno nos pedía el consentimiento, ni nos lo agradecía siquiera. Sencillamente no podía ocurrir de otro modo. Se desquiciaría el mundo. Se acabaría la sociedad. Entrarían de rondón hijos espurios de las buenas familias. Sin pedir permiso a los abuelos, a los tíos en primero, segundo y tercer grados predecesores ascendientes, cabezas de familia, árbol genealógico⁶²⁹.

No obstante, lo que más odiaba Mirza era la falta de fe de los muchachos, por eso en cuanto conoció a Manuel Paniagua, el único católico practicante de la universidad, le pareció buen candidato para pertenecer al partido político de Claudio Doniges. Aunque el muchacho no mostraba interés en la política y tampoco era particularmente brillante, simbolizaba el único consuelo de la vida universitaria de Mirza. Por esta razón resultó tan doloroso el evento que finalizó con su vida y en el cual Mirza fue acusada como responsable: un día, cuando Mirza fue a visitar a Manuel a su habitación lo encontró enfermo y moribundo, habló con él un rato y sobresalta por lo que pudiese ocurrirle corrió a pedir ayuda, sin embargo, ya era tarde y aunque Ligia solo la vio correr por las escaleras la señaló como la responsable de la muerte del joven.

En este tercer momento de la narración, las representaciones que se muestran de la mujer, sin duda, pueden considerarse una línea de fuga. En primer lugar, porque dejan ver el proceso de transformación por el que pasó el sujeto femenino gracias a la influencia de la modernización que dio cabida a las mujeres en la vida política, en las universidades y dentro de los movimientos sociales que estaban en auge durante la época. Como se alcanza a notar, la representación de personajes como Anabella, Ligia, Lirio, Olga y Orna corresponde ya a la década de los setenta, por tal razón son el reflejo de las jóvenes que en ese momento estaban empezando una formación que trasgredía las barreras del género. De este modo, aunque ellas continúen guardando algunos rasgos molares asociados con las relaciones

⁶²⁹ Ibid., p. 54.

emocionales que fabrican con los hombres, se puede decir que trascienden la concepción tradicional femenina e, incluso, la representación de la mujer trabajadora e independiente de décadas anteriores para dar lugar a la figura de una mujer moderna y preocupada por sus derechos políticos, civiles y reproductivos.

En contraposición se encuentra el personaje de Mirza, quien atravesó por su juventud entre las décadas de 1930 y 1940, razón por la cual aparece como una mujer apegada a otros parámetros de femineidad, los cuales, a su vez, ya se habían alejado de la mirada tradicional. Cuando a Mirza se le cuestiona por las nuevas representaciones femeninas que toman a Simone de Beauvoir como modelo a seguir afirma:

-Hay mujeres de dos tipos: el femenino-femenino y el femenino-viril. La Beauvoir pertenece al segundo. Su ideal de ser como un hombre, para no verse obligada a realizarse a través de otro, según lo ha dicho, es el responsable de la desorientación de las mujeres que estamos padeciendo en la segunda mitad del siglo XX⁶³⁰.

A partir de lo anterior, se alcanza a notar un cierto distanciamiento entre las ideas que esgrimen las nuevas mujeres y las de Mirza. Aunque ella no deja de defender la independencia femenina, rechaza las manifestaciones políticas, sociales, de individualidad y autonomía que las más jóvenes ostentan. Aunado a esto, Mirza también mira con sospecha los cambios que el proceso de modernización introduce en la sociedad, haciéndolos parecer un mal innecesario.

La vejez es el último momento que se distingue en el relato, siendo éste el lugar desde el cual Mirza rememora todos los sucesos que se vinieron entremezclando en su memoria para llegar al instante en el que, sentada en una banca de iglesia, refiere esos recuerdos al lector. Después de su estadía en la cárcel, la confirmación de una enfermedad terminal en su garganta y la expiación que realiza de las muertes que sentía como suyas, se logra observar que el proceso de *devenir-mujer* de la protagonista se trunca, no solo porque su perspectiva queda obsoleta ante el

⁶³⁰ Ibid., p. 105.

avance de las opciones que ofrece la sociedad de finales de la década de los setenta para la mujer colombiana, sino también porque es incapaz de reconocer que la representación de la mujer debe cambiar para que se produzcan transformaciones tangibles a nivel social y cultural. Aunque ella misma se había perfilado como transgresora, una línea de segmentaridad molar, reflejada en su rígido pensamiento y sus anticuadas opiniones bañadas por un halo religioso, impiden que Mirza continúe trazando una línea de fuga, retornando así al rígido mundo de prejuicios patriarcales que otorgan a las mujeres un lugar secundario frente a su homólogo masculino.

Los cambios que sufre la misma ciudad se convierten en una metáfora del fastidio y el miedo que siente Mirza por la transformación. Al final, cuando camina sola por las calles del barrio La Candelaria prefiere recordar su infancia y los lugares que la hicieron feliz, en vez de aceptar el constante devenir que significa la vida:

En la actualidad, cuando la anciana tomaba nota de que se levantaban nuevas, inmensas estructuras de hierro y cemento, su primer movimiento no era de aplauso y ni siquiera de asombro, sino de miedo. En el último tercio del siglo XX el distintivo de los moradores de la gigantesca urbe consistía sencillamente en el pánico, ramificado en desconfianza y aversión instintiva de los barrios del norte hacia los del centro y del sur. Los pobladores del primero no sabían nada de los del lado opuesto. Ignoraban sus casas, sus iglesias, sus escuelas, sus sitios de diversión, más discriminados los linderos y más marcadas las diferencias que en cualquier otra parte. Para los sureños no había la apelación de paisanos, vecinos o "los nuestros". Rezumaba ironía. Inspiradores ellos sin embargo y quizá protagonistas de una catástrofe que no estallaba todavía, que a última hora se estancaba, pero que el aire no se cansaba de ensayar como un toque de corneta en la distancia⁶³¹.

En síntesis, *Bogotá de las nubes* ofrece tres representaciones del sujeto femenino esparcidas a lo largo del relato. La primera hace referencia a la tradicional figura femenina adscrita a roles específicos como el de madre y esposa, de no ser así, la otra opción que se presenta es ser monja, solterona o viuda, independientemente

⁶³¹ Ibid., p. 155.

de las demás características particulares u ocupaciones que desarrollen estas mujeres, nunca les es posible escapar a tales categorizaciones debido a que su valor social se mide en función de las capacidades que ostenta para seguir la norma establecida. Los personajes que mejor encarnan estos lineamientos son doña Mónica, Soledad, Isidora Montiel, Alfonsina, Sabina de Domínguez y las demás mujeres de mediana edad que se retratan durante la etapa de infancia de Mirza, ya que su situación se presenta como inmodificable. A partir de esto, se puede decir que una línea de segmentaridad dura o molar atraviesa la vida de la protagonista desde el inicio, determinando su formación y, a la vez, direccionando sus posibilidades y alcances. No obstante, es gracias al proceso de modernización y a los singulares eventos que se producen en su vida que surge un cambio que escapa a todo pronóstico y permite la creación de otra imagen de lo femenino.

La segunda representación que aparece en la novela es la de una mujer que se sale de los estándares tradicionales femeninos, creando nuevas formas de concebir el rol de las mujeres en la sociedad. Este tipo de mujer se educa, se emancipa, trabaja y logra zafarse del rígido lugar que ocupa al interior del hogar, aunque continúa guardando ciertos rasgos tradicionalistas como el deseo de maternidad y la esperanza de matrimonio, logra mantener un balance que integra, hasta cierto punto, ambas miradas. Los personajes de Mirza, Gala, Natalia, Cándida y las demás mujeres que comparten un vínculo generacional con la protagonista, pueden asociarse a esta representación, pues todas pertenecen a un grupo de pioneras que gracias a las nuevas posibilidades que plantea la modernidad ven su condición individual y colectiva totalmente alterada, así como sus oportunidades para el futuro.

En este sentido, es posible afirmar que una línea de segmentaridad flexible o molecular se introduce en la narración desde el momento en que se da cabida a la mujer como agente de cambio social. Mirza deja bastante claro este nuevo rol femenino cuando ella misma inicia su vida laboral y se integra al mundo de la política, donde, además, desarrolla un trabajo intelectual que la acerca a

determinadas causas ideológicas. Si bien, estas situaciones solo reflejan algunos aspectos de la introducción de las mujeres al ámbito público en el país, también revelan la enorme transformación que supuso para ellas abandonar los antiguos ideales del quehacer femenino. A partir de esto, resulta comprensible la reserva de Mirza hacia las jóvenes que conoce en la universidad, pues ella, al haber sido parte de ese flujo molecular que modificó la representación tradicional de la mujer, no considera que las nuevas reivindicaciones femeninas hagan parte del mismo ideal transgresor que ella defendió cuando su generación franqueaba sus propias barreras.

En consonancia con esto, surge la tercera representación que se observa en la novela. Ésta trasciende las dos anteriores representaciones mencionadas y puede considerarse una línea de fuga en la medida en que presenta a un sujeto femenino que ha logrado desprenderse de buena parte de los prejuicios heredados de generaciones pasadas. Personajes como Anabella, Ligia, Lirio, Olga y Orna, a quienes conoce Mirza durante su estadía en la universidad, son mujeres jóvenes que se interesan por la literatura, la historia y la filosofía, pero también por problemas fútiles como el cabello, la ropa y las uñas. Si bien, no dejan de integrar características típicas asignadas a la feminidad, también se preocupan por los problemas sociales y políticos asociados, tanto a su género, como a su generación.

Esta representación, sin duda, se desprende de la imagen femenina que a partir de la década de 1960 ganó notoriedad, es decir, la imagen de una mujer escindida de su rol esencialmente maternal, pues gracias a la popularización del uso de la píldora anticonceptiva, la cual brindó a las mujeres la posibilidad de decidir sobre sus propios cuerpos, sobre su sexualidad y, por lo tanto, sobre la elección de ser madres o no, se logró transgredir este paradigma y abrir la puerta a otro tipo de concepción femenina comprometida con causas políticas y sociales, al mismo tiempo que busca una identidad individual que le permita encontrar su propio lugar de enunciación. En tal sentido, la línea de fuga que marcan estos personajes resulta absoluta, pues la

representación que construyen permite observar todo un proceso de *devenir-mujer* que, en esta novela, se va dando de forma colectiva más que personal, como sucede en las anteriores ficciones estudiadas.

No cabe duda de que cada representación del sujeto femenino que aparece a lo largo de *Bogotá de las nubes* posee una que otra característica propia de su antecesora. En principio, podría pensarse que esto tiene que ver con la imposibilidad de transformar, desde sus cimientos, el orden molar que codifica los lineamientos sociales, sin embargo, esta cuestión se relaciona más con el enorme peligro que corren las líneas de fuga al querer configurar nuevas formas de representación, pues muchas veces pueden terminar reproduciendo el orden molar del que intentan escapar, pero desde ángulos de vista diferentes, como le pasa a la protagonista de la novela, quien a pesar de haber sido ella misma una trasgresora cae en el prejuicio de juzgar a las mujeres de otras generaciones bajo categorías propias de su tiempo, como se lee en las siguientes líneas:

Por liberadas que se declaren, por modernas y comprensivas y revolucionarias que sean, continúan en lo esencial idénticas a sus abuelas de la edad de piedra. Intransigentes y exclusivas en amor, esclavas de sus glándulas, proclamando que han roto las cadenas y sufriendolas intactas por dentro. Al aforismo "cherchez la femme"*; podría oponérsele con muchísima mayor razón un "cherchez l' homme"* que jamás falla. Es siempre por un hombre y no por una idea que las mujeres llevan a cabo las acciones más locas, más inesperadas, más sublimes⁶³².

De este modo, se pone de manifiesto que el proceso de *devenir-mujer* por el que atraviesa Mirza se trunca, mientras trasciende en otros personajes más jóvenes que son capaces de comprender el constante trasmutar de la sociedad moderna. Así,

* Es una expresión francesa que significa literalmente "busca a la mujer". La implicación es que, si un hombre se comporta de forma inusual o de una manera inexplicable, es porque está tratando de encubrir una relación con una mujer, o tratando de impresionar o ganar el favor de una mujer. La expresión proviene de la novela de 1854 *Los mohicanos de París*, de Alexandre Dumas (padre).

* "Busca al hombre".

⁶³² Ibid., p. 108.

en esta novela el personaje principal no aparece como la representación más renovada de la feminidad sino como una de las tantas que se quedan en el camino.

En conclusión, se puede decir que al rastrear el devenir de la representación de la mujer durante el proceso de modernización colombiano a través de las novelas *Los dos tiempos* (1949), *Catalina* (1963) y *Bogotá de las nubes* (1984), las tres nociones que se habían esbozado de forma teórica en el apartado introductorio, se conjugan para proporcionar una explicación a todo el contenido representacional que exhiben las novelas. En primer lugar, la noción de modernización sirvió como marco de referencia para comprender las transformaciones que fue sufriendo la imagen de la mujer a lo largo de las décadas que cubre el tiempo narrativo de cada obra. Asimismo, a partir de este proceso fue posible observar que la modernización económica que sufrió el país desde la década de 1930, también devino en cambios a nivel social, cultural y político, los cuales, alteraron el rol de la mujer en la sociedad y, por ende, las funciones que ella empezó a desarrollar en la esfera pública.

De este modo, la modernidad colombiana aparece como una experiencia singular que, narrada a través de ojos femeninos, termina por convertirse en un período de contradicción y transición marcado por los múltiples cambios que el proceso de modernización introdujo en las diferentes esferas de la vida cotidiana, así como en las estructuras del pensamiento, aunque esto se haya evidenciado de forma lenta. Si bien, no se puede decir que dicha modernización controla cada aspecto de las representaciones que se rescatan en este capítulo, sí es posible afirmar que buena parte de éstas son el resultado de la experiencia vivida por Mújica y la demás mujeres de su generación durante el sisma que significó el abandono de antiguos paradigmas, para adoptar las consignas modernas de igualdad e inclusión.

En segundo lugar, la noción de representación, comprendida como una imagen del mundo vista a través de los ojos de un enunciador⁶³³, en este caso de una mujer,

⁶³³ HEIDEGGER, Martín. Caminos de Bosque. Op., Cit. p. 87.

permitió ubicar las tres representaciones femeninas más recurrentes a lo largo de los relatos. La primera es una representación tradicional de la mujer, o como también se podría denominar: la representación molar. En esta representación se encuentran incluidos todos los personajes femeninos que de una u otra forma intentan resguardar el orden social establecido, es decir, todas las mujeres criadas bajo los preceptos decimonónicos de servicio y sumisión, que continúan perpetuando su posición secundaria en la sociedad. Esta representación se muestra inmodificable y muchas veces como el único destino posible para las mujeres del entorno narrativo.

La segunda es una representación de la mujer que se sale de los parámetros establecidos para su época o la representación molecular. En esta categoría se encuentran aquellas figuras femeninas que intentan alterar su condición en la sociedad colombiana del siglo XX y lo logran, pero muchas veces son reabsorbidas por la rígida tradición que trunca su intento de transformar definitivamente el rol de la mujer. Esta representación se muestra cambiante y es principalmente influenciada por todo el proceso de modernización que vive el país durante la escritura de las novelas y el entorno narrativo en el que ellas se desarrollan.

La tercera es la representación de una mujer que ha superado buena parte de los prejuicios que le impone su sociedad, o como también se podría llamar: la representación línea de fuga. Esta representación se aparta de las anteriores en la medida en que no pretende resguardar ninguna característica que haya pertenecido a sus antecesoras, por el contrario, se muestra como un producto nuevo y totalmente derivado de la modernidad. Esta representación también es cambiante, pero corre el riesgo de caer nuevamente en los prejuicios de los que quiere escapar al imponerse como una representación hegemónica entre un mar de representaciones tan variado como cada mujer.

En este punto, es necesario mencionar que la última noción que aparece en este capítulo es precisamente la de *devenir-mujer*, la cual hace referencia a todo el proceso de transformación que sufre el sujeto femenino mientras se apropia de su historia, de su cuerpo y de su voz. Experimentar la modernidad, acoplarse a las nuevas funciones que ésta le impone a la mujer, hacerse consciente individual y colectivamente de las problemáticas femeninas y además erigirse a sí misma como sujeto de enunciación, son algunos de los rasgos que permiten observar que a lo largo de las tres novelas cada protagonista vive su propio proceso de *devenir-mujer*, aunque no en todas las ocasiones culmine de igual forma.

Por un lado, para Celina y Catalina este proceso se cristaliza en su decisión final de transgredir los estándares de su época y aventurarse a pisar un terreno desconocido, aunque aún no se encuentren las condiciones necesarias para vivir a plenitud su recién adquirida conciencia de sí mismas. Por el otro, se encuentra Mirza, una mujer que a lo largo de su vida intenta trazar líneas de fuga que se quedan cortas, ya que ella misma se deja condicionar por las barreras que le impone la sociedad a las mujeres de edad avanzada que nunca cumplieron con los prototipos de feminidad maternal o religiosa. Sin embargo, también hay que tener en cuenta que el relato de la vida de Mirza llega hasta la vejez, lo que permite observar el arco completo de su proceso de *devenir-mujer*.

En este sentido, *devenir-mujer* también puede comprenderse como una experiencia por la que atraviesa la población femenina colombiana, de forma colectiva e individual, en cuanto se apropian de su historia, su subjetividad y al mismo tiempo se reconocen a sí mismas como sujetos de enunciación⁶³⁴, siendo todo esto un resultado directo del cambio de perspectiva que trae consigo el proceso de modernización y las constantes líneas de fuga que crea para socavar el orden molar del que ellas mismas se desprenden.

⁶³⁴ DELEUZE, Gilles y PARNET, Claire. Op., Cit. p. 278.

4. CONCLUSIONES

La intención de estas páginas fue analizar el devenir de la representación de la mujer durante el proceso de modernización en Colombia, entre los años de 1949 a 1984, a partir de la obra novelística de Elisa Mújica y su rol como escritora en la sociedad colombiana. Para llevar a cabo dicha indagación fue necesario realizar una cuidadosa reconstrucción de la trayectoria intelectual y de vida de la autora, así como una revisión de los acontecimientos coyunturales que incidieron sobre el ambiente social vinculado a la población femenina en el país durante dicho período y, por ende, sobre el proceso creativo de las novelas. Finalmente, este recorrido permitió rastrear la forma en que deviene la representación de la mujer en *Los dos tiempos* (1949), *Catalina* (1963) y *Bogotá de las nubes* (1984), obras que evidenciaron una heterogeneidad de posibilidades para el sujeto femenino en medio de las contradicciones propias de una sociedad en constante transformación.

A partir de lo anterior, se puede decir que esta narración, además de rescatar la figura de una autora prácticamente olvidada por la tradición literaria nacional, también es una historia de la mujer colombiana contada a partir de la experiencia que significó para ella, individual y colectivamente, el proceso de modernización del siglo XX, el cual modificó drásticamente la concepción tradicional de la figura femenina para postular nuevas formas de feminidad que se entremezclaron con los antiguos roles asignados a la mujer y, finalmente, dieron cabida a la imagen de una mujer moderna. Con esto en mente, es importante señalar que el devenir de la representación de la mujer en las obras de Mújica es múltiple y cambiante, igual que el acontecer histórico que circunda la producción de su obra, por tal razón el corpus novelístico fue analizado como un producto cultural nacido de un momento histórico

condicionado por los distintos cambios políticos, económicos, sociales y culturales que vivió el país, más que como un espejo de la realidad de su tiempo⁶³⁵.

En este sentido, las novelas de Elisa Mújica abrieron una puerta al pasado para proporcionar una explicación a fenómenos como el ingreso de las mujeres a la vida pública, las movilizaciones a favor de sus derechos civiles y políticos, así como la creación de una conciencia individual y colectiva, sin que por ello se deba tomar como certeza absoluta su contenido. En otras palabras, estas ficciones ayudaron a construir un saber sobre el mundo⁶³⁶ femenino de mediados del siglo XX en Colombia, pues como menciona la escritora Pilar Quintana, “Mújica no solo presentó un retrato de las mujeres como víctimas, sino que les otorgó toda su dignidad de seres humanos con matices y contradicciones, unas veces libres y desafiantes y otras como agentes o guardianas del sistema que las oprime”⁶³⁷. Por esta razón, resulta tan valiosa la mirada que proporciona la autora, ya que, al mezclar temas de interés histórico con pequeñas vivencias y preocupaciones femeninas, logra producir una escritura que reivindica el espacio de la mujer en la sociedad, pero también su realización como sujeto.

En consonancia con lo anterior, es posible observar que los tres conceptos que se expusieron de forma teórica en el apartado introductorio, a saber, modernización, representación y *devenir-mujer*, se entrelazan a lo largo de la investigación para proporcionar una explicación a los cambios que evidencia la representación de la mujer durante los años trabajados. En el primer capítulo, se logra observar un proceso de modernización que atraviesa toda la experiencia de la autora, al mismo tiempo que el contexto histórico donde ella se desenvuelve. Desde que Elisa migra a Bogotá junto con su familia se nota la incidencia que tiene la modernización del

⁶³⁵ BURKE, Peter. ¿Qué es la historia cultural? Barcelona: Paidós, 2006, p. 35.

⁶³⁶ JABLONKA, Iván. La historia es una literatura contemporánea. Manifiesto por las ciencias sociales. Fondo de Cultura Económica: Buenos Aires, 2014. p. 205

⁶³⁷ QUINTANA, Pilar. ¿Por qué nadie me habló de Elisa Mújica? En: *Catalina*. Bogotá: Alfaguara. 2019. pp. 9-19.

país sobre su realidad inmediata; posteriormente, los cambios que ésta produce sobre el panorama social vinculado a la población femenina también alteran su destino, así como las oportunidades que tiene para constituirse como sujeto de enunciación en un panorama sumamente demarcado por la autoridad masculina.

La noción de representación aparece como parte del cúmulo de los cambios que sugiere la modernidad. Aunque parezca evidente decir que las imágenes que Mújica aporta sobre el mundo en el que se desarrolla su vida y su actividad intelectual son una interpretación del acontecer histórico del momento, también es importante señalar que todas estas representaciones surgen en medio de unas condiciones singulares que a través de la escritura se pretenden explicar y comprender. Cuando Elisa convoca todos elementos que configuran a las diferentes mujeres de sus relatos, se puede decir, que se trata de una interpretación, pero también de la representación de un imaginario que permite observar más de cerca el sentir colectivo que produjeron ciertas coyunturas que, durante el período en que Mújica concibió y escribió sus ficciones, marcaron la situación material de las mujeres colombianas.

Por su parte, el proceso de *devenir-mujer* por el que Mújica atraviesa desde su infancia, aparece cuando las primeras líneas de segmentaridad molecular, que rompen con los parámetros molares asignados a la figura femenina en una sociedad sumamente tradicionalista, se manifiestan en la vida de la autora. Posteriormente, este devenir se presenta con más fuerza cuando Mújica adquiere conciencia de la escritura como vocación y dedica su vida a crear una obra narrativa, ya que como afirma Deleuze: “Escribir es un asunto de devenir, siempre inacabado, siempre en curso [...] Es un proceso, es decir un paso de Vida que atraviesa lo vivible y lo vivido”⁶³⁸. Entonces, la escritura se vuelve inseparable del devenir. Escribiendo Elisa deviene mujer en la medida en que adquiere conciencia de la noción de género

⁶³⁸ DELEUZE, Gilles. *Crítica y Clínica*. Op., Cit. p. 11.

que en adelante atravesará su narrativa, en que vive y observa todos los conflictos propios de la condición femenina en su época, al mismo tiempo que los ficcionaliza y empieza a concebir de forma diferente el mundo que la circunda y con ello las representaciones que de él emanan.

Aunque toda su vida permanece demarcada por rígidas segmentaciones molares como el trabajo, la sociedad, la religión, la familia y la tradición, ella misma empieza a romper los moldes sociales que configuran el rol femenino en la sociedad colombiana del siglo XX y traza distintas líneas de segmentaridad molecular, así como una línea de fuga que mantiene a través de su inagotable deseo por convertirse en una escritora reconocida. Además de esto, se convierte en una mujer independiente, trabaja, viaja y escribe; nunca se casa y abraza la soledad como a una íntima amiga que le acompaña mientras crea. También se posiciona como una crítica de la modernidad y de los discursos que con ella llegan al país, mientras reinterpreta las posibilidades del sujeto femenino en una Colombia inundada por los diferentes cambios que se desprenden del fenómeno de la modernización. En palabras de Deleuze-Guattari: Elisa, a través de su literatura, crea microfeminidades y mujeres moleculares que se desprenden de la línea molar para configurar nuevas alternativas para el sujeto femenino.

En el segundo capítulo, la noción de modernización atraviesa el relato de principio a fin, no solo porque actúa como marco contextual, sino también porque a partir de dicho concepto se logran comprender las implicaciones sociales y culturales que tuvieron sobre la población femenina los diferentes cambios que se promovieron en el marco del período trabajado. Desde esta perspectiva, es posible afirmar que la modernización del siglo XX en Colombia no solo se vio reflejada en el proceso económico que empezó a fortalecerse a partir de la década de 1930 con el surgimiento de una fuerza industrial, ya que resulta evidente que junto con la consolidación del capitalismo se extendieron procesos modernizadores a otros ámbitos de la sociedad.

Por un lado, en el sector político la modernización se empezó a hacer visible con la capacidad que adquirió el Estado para expandir servicios como la educación y promover desarrollos básicos en materia de telecomunicaciones e infraestructura como la urbanización y la construcción de carreteras. Igualmente, el dinamismo que manifestó el mundo de la política durante los años estudiados dejó en evidencia el constante flujo de ideas provenientes de afuera como la necesidad de dar cabida a nuevos sectores sociales en la participación política, entre ellos a las mujeres, quienes hasta ahora habían estado al margen de toda actividad pública. Si bien, este tipo de postulados de igualdad y libertad encontraron sus detractores entre quienes se aferraban a las normas molares de la tradición, con el paso de las décadas se hizo indiscutible el afianzamiento de una mentalidad moderna entre buena parte de la población colombiana, aunque se continuaran perpetuando otros prejuicios.

Por otro lado, en el ámbito cultural el desarrollo de un sistema escolar masivo amplió la oferta educativa haciéndola asequible a todos los sectores sociales del país, cuestión que creó las condiciones propicias para el surgimiento de un mercado cultural nacional, fuertemente influido por el acontecer internacional y fortalecido por nuevos medios de comunicación como la televisión, la radio, la prensa y la industria del libro. Estos nuevos recursos permitieron la globalización de distintas ideas y representaciones de modernidad, introducidas, principalmente, por medio de la imagen divulgada por la actividad publicitaria, la moda y el cine, las cuales empezaron a figurar como las principales formas de promoción para el consumo de expresiones culturales importadas del primer mundo. Esto se convirtió en un factor de suma importancia en la consolidación de una cultura juvenil, que contribuyó, en gran medida, a la modernización de diferentes esferas de la vida cotidiana, así como de las estructuras del pensamiento, aunque esto se fuera evidenciando de forma pausada.

En tal sentido, a la par que se produjo un cambio sustancial en materia económica que modificó la estructura material del país y permitió una apertura en términos culturales, también se transformó la sensibilidad social de la población, que poco a poco comprendió los fenómenos sociales que se estaban produciendo en el mundo y se apropió de las categorías que ellos defendían, adaptándolas a su propia realidad. Esto, sin duda, chocó con todas las estructuras de pensamiento tradicionales que cohabitaban en constante tensión con los cambios que la modernización económica produjo a nivel social, sin embargo, esta situación hizo de la experiencia de la modernidad colombiana un fenómeno singular y sumamente influyente a la hora de tratar dicha experiencia desde una mirada netamente femenina.

A partir de lo anterior, definir la modernidad colombiana como una experiencia inconclusa o postergada resulta insostenible, ya que, como menciona Jorge Orlando Melo, la velocidad con la que el país inició su proceso de modernización no tiene pares en los países clásicos y aunque “sus sectores modernos se apoyen en las instituciones tradicionales, convivan con ellas y las reconstruyan permanentemente”⁶³⁹, es posible afirmar que desde principio del siglo XX Colombia se encuentra en la modernidad. Estas contradicciones que se presentan tanto en lo social, como en lo cultural, son muestra de la convivencia de elementos conservadores, herederos de una tradición colonial, y un pensamiento moderno que se introduce, en principio, con un afán desarrollista, pero posteriormente pasa a hacer parte del mundo social, afectando directamente la vida cotidiana.

De otro lado, el concepto de *devenir-mujer* aparece a lo largo de este capítulo como eje de articulación entre los cambios producidos por el proceso de modernización y la experiencia femenina frente a ellos. Como ya se ha afirmado el devenir es, ante todo, un proceso de transformación permanente que no se produce necesariamente

⁶³⁹ MELO, Jorge Orlando. Algunas consideraciones globales sobre "modernidad" y "modernización" en el caso colombiano. Op. cit., p. 35.

de forma consecutiva o rectilínea, sino transicional. Por esta razón, aunque se observa una evidente evolución en la situación de las mujeres durante el período de tiempo estudiado, también se alcanza a notar que las rígidas segmentaciones molares del mundo social, que dividen y codifican la vida colombiana, permanecen casi invariables en algunos aspectos. Agentes como la religión, la cultura dominada por los hombres y la falta de igualdad entre géneros se encargan de perpetuar los roles sociales que mantienen la representación de la mujer atada a una única imagen: la vida doméstica.

Si bien, las condiciones jurídicas, educativas, económicas, laborales y culturales de las mujeres colombianas cambian visiblemente con el transcurrir de las décadas y la influencia de ideas que se propagan en el ambiente internacional como el sufragismo, el feminismo y la liberación sexual, durante buena parte del siglo XX ellas continúan representadas como una minoría, no en tanto cantidad relativa, sino por la determinación de su estado con relación al estatus que ostentan los hombres en la jerarquización social. En este sentido, la imposibilidad de salirse de los parámetros delimitados en función del género lleva a la construcción de nuevas representaciones que intentan subvertir la idea tradicional de lo femenino. Estas representaciones se desprenden de una línea de segmentaridad molecular en la medida en que escapan de la rigidez de la línea molar, de forma sutil y en consonancia con el acontecer social que las circunda, por ello, a la par que la idea de la mujer como madre y esposa persiste, también emergen representaciones de la mujer como trabajadora, estudiante, profesional, empresaria, reina, modelo o sujeto de acción política.

Por su parte, la noción de representación se encuentra estrechamente vinculada a la relación entre el proceso de modernización y la experiencia de *devenir-mujer*, pues como se alcanza a observar la creación de nuevas imágenes referentes a la figura femenina es un resultado que responde a las transformaciones producidas por dicho proceso y a la forma en que las mujeres lo vivencian. En concordancia, es

importante mencionar que, como señala Heidegger, una representación puede ser comprendida como una imagen del mundo vista a través de los ojos de un enunciador⁶⁴⁰, en este caso como los principales enunciadores del proceso histórico femenino, en principio, han sido hombres las representaciones creadas por ellos se encuentran mediadas por una concepción masculina que reproduce y da sentido al mundo que les es propio. Cuando las mujeres empiezan a crear sus propias representaciones, influidas por el acontecer histórico-social que determina su realidad inmediata e introduce un cambio de mirada con referencia a su anterior posición dentro de la sociedad, se logra acceder a una interpretación diferente del acontecer histórico. La mirada unilateral presentada por las preocupaciones masculinas se enriquece con la perspectiva que ofrece la mirada femenina y de este modo resulta más fácil comprender la singularidad de su experiencia en una sociedad tan cambiante como lo fue la colombiana durante todo el proceso de modernización del siglo XX.

En el tercer capítulo, la noción de modernización sirve como marco de referencia para comprender las transformaciones que va sufriendo la imagen de la mujer a lo largo de las décadas que cubre el tiempo narrativo de cada obra. Asimismo, a partir de este proceso es posible observar que la modernización económica que experimentó el país desde la década de 1930, también devino en cambios a nivel social, cultural y político, los cuales, alteraron el rol de la mujer en la sociedad y, por ende, las funciones que ella empezó a desarrollar en la esfera pública. En este sentido, la modernidad colombiana aparece como una experiencia singular que, narrada a través de ojos femeninos, termina por convertirse en un período de contradicción y transición marcado por los múltiples cambios en las diferentes esferas de la vida cotidiana, así como en las estructuras del pensamiento, aunque esto se haya evidenciado de forma lenta. Si bien, no se puede decir que dicha modernización controla cada aspecto de las representaciones que se rescatan en

⁶⁴⁰ Ibid. p. 87.

este capítulo, sí es posible afirmar que buena parte de éstas son el resultado de la experiencia vivida por Mújica y la demás mujeres de su generación durante el sisma que significó el abandono de antiguos paradigmas, para adoptar las consignas modernas de igualdad e inclusión.

En segundo lugar, la noción de representación, comprendida como una imagen del mundo vista a través de los ojos de un enunciador⁶⁴¹, en este caso de una mujer, permite ubicar las tres representaciones femeninas más recurrentes a lo largo de los relatos. La primera es una representación tradicional de la mujer, o como también se podría denominar: la representación molar. En esta representación se encuentran incluidos todos los personajes femeninos que de una u otra forma intentan resguardar el orden social establecido, es decir, todas las mujeres criadas bajo los preceptos decimonónicos de servicio y sumisión, que continúan perpetuando su posición en la sociedad. Esta representación se muestra inmodificable y muchas veces como el único destino posible para las mujeres del entorno narrativo.

La segunda es una representación de la mujer que se sale de los parámetros establecidos para su época o la representación molecular. En esta categoría se encuentran aquellas figuras femeninas que intentan alterar su condición en la sociedad colombiana del siglo XX y lo logran, pero muchas veces son reabsorbidas por la rígida tradición que trunca su intento de transformar definitivamente el rol de la mujer. Esta representación se muestra cambiante y es principalmente influenciada por todo el proceso de modernización que vive el país durante la escritura de las novelas y el entorno narrativo en el que ellas se desarrollan.

La tercera es la representación de una mujer que ha superado buena parte de los prejuicios que le impone su sociedad, o como también se podría llamar: la representación línea de fuga. Esta representación se aparta de las anteriores en la

⁶⁴¹ HEIDEGGER, Martín. Caminos de Bosque. Op., Cit. p. 87.

medida en que no pretende resguardar ninguna característica que haya pertenecido a sus antecesoras, por el contrario, se muestra como un producto nuevo y totalmente derivado de la modernidad. Esta representación también es cambiante, pero corre el riesgo de caer nuevamente en los prejuicios de los que quiere escapar al imponerse como una representación hegemónica entre un mar de representaciones tan variado como cada mujer.

A partir de esto, el concepto de *devenir-mujer* se muestra como el proceso de transformación que sufre el sujeto femenino mientras se apropia de su historia, de su cuerpo y de su voz. Experimentar la modernidad, acoplarse a las nuevas funciones que ésta le impone a la mujer, hacerse consciente individual y colectivamente de las problemáticas femeninas y además erigirse a sí misma como sujeto de enunciación, son algunos de los rasgos que permiten observar que a lo largo de las tres novelas cada protagonista vive su propio proceso de *devenir-mujer*, aunque no en todas las ocasiones culmine de igual forma. Por un lado, para Celina y Catalina este proceso se cristaliza en su decisión final de transgredir los estándares de su época y aventurarse a pisar un terreno desconocido, aunque aún no se encuentren las condiciones necesarias para vivir a plenitud su recién adquirida conciencia de sí mismas. Por el otro, se encuentra Mirza, una mujer que a lo largo de su vida intenta trazar líneas de fuga que se quedan cortas, ya que ella misma se ha dejado condicionar por las barreras que le impone la sociedad a las mujeres de edad avanzada que nunca cumplieron con los prototipos de feminidad maternal o religiosa. Sin embargo, también hay que tener en cuenta que el relato de la vida de Mirza llega hasta la vejez, lo que permite observar el arco completo de su proceso de *devenir-mujer*.

En este sentido, se puede decir que el *devenir-mujer* también implica experimentar y acoplarse a las múltiples identidades que la modernidad construye para el sujeto femenino, tal como se señala en este capítulo, pues con la rapidez de los cambios que sugiere la modernización ninguna de las nuevas representaciones es estática,

todas fluyen a la par de las situaciones que cambian el escenario material de las mujeres, así como su posibilidades para el futuro. En otras palabras, *devenir-mujer* es una experiencia por la que atraviesa la población femenina colombiana, de forma colectiva e individual, en cuanto se apropian de su historia, su subjetividad y al mismo tiempo se reconocen a sí mismas como sujetos de enunciación⁶⁴², siendo todo esto un resultado directo del cambio de perspectiva que trae consigo el proceso modernización.

Finalmente, resulta ineludible pensar que, a partir de su experiencia, Elisa logra crear un *devenir-mujer* de la escritura el cual, según ella, se pone de manifiesto cuando se escribe como mujer: “como la personalidad tiene que verterse sobre lo que se hace, se tiene que notar el sexo en la escritura, así como se nota en la nacionalidad y la época”⁶⁴³. No obstante, lo cierto es que, más que escribir como mujer, lo que hace devenir mujer a Elisa Mújica y a su escritura es la inmanente preocupación que evidencian en torno al tema de lo femenino. Aunque se muestre singularizado en la figura y experiencia de sus personajes, o de ella misma, siempre se evoca un sinnúmero de problemáticas que atañen a la colectividad de la población femenina en el país, en este sentido, a la minoría que, según Deleuze-Guattari, son las mujeres dentro de una sociedad. A partir de esto, es posible afirmar que Elisa y su escritura se alimentan mutuamente, pues ambas constituyen un mismo devenir. Mientras la autora experimenta el mundo a través del acontecer social, su experiencia personal y la de sus congéneres, la escritura se enriquece y las representaciones adquieren más dimensión, es decir, una forma tangible.

⁶⁴² Ibid. p. 278.

⁶⁴³ CALERO DE KONIETZKO, Aida. Entrevista con Elisa Mújica. Op. cit., p. 70.

BIBLIOGRAFIA

Agitación Femenina, 1944-1946.

ACEVEDO TARAZONA, Álvaro. 1968. Historia de un acontecimiento. Utopía y revolución en la universidad colombiana. Bucaramanga: Ediciones UIS, 2017.

ACEVEDO TARAZONA, Álvaro. Memorias de una época. El movimiento estudiantil en Colombia en los años sesenta y setenta del siglo XX. Bucaramanga: Ediciones UIS. 2018.

ACEVEDO TARAZONA, Álvaro. 1968 en la producción literaria en Colombia. Individuo, violencia y sociedad. *Historia y memoria*. 2017, No. 14, pp. 317-352.

ACUÑA RODRÍGUEZ, Olga Yanet. Las elecciones presidenciales de 1970 en Colombia a través de la prensa. Un fraude nunca resuelto. *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras*. 2015. vol. 20, pp. 217-239

AGUDELO VELÁSQUEZ, Magnolia y MEJÍA GARCÍA, Nubia. La historia de las mujeres en Colombia: entre la marginalidad y la limitada ascendencia social: primera parte: educación 1900-1960. *Revista de análisis de la actualidad política*. 2003, No. 5, pp. 62-68

AGUDELO OCHOA, Ana María. Devenir escritora. Emergencia y formación de dos narradoras colombianas en el siglo XIX. Medellín: Universidad de Antioquia. 2015.

AGUDELO, Magnolia y MEJIA GARCIA, Nubia. La historia de las mujeres en Colombia: entre la marginalidad y la limitada ascendencia social. Primera parte: Educación 1900-1960. En: *Taller: Revista de análisis de la actualidad política*. 2003, No. 5. pp. 62-68.

AGUDELO OCHOA, Ana María. Ediciones Espiral y Editorial Iqueima (1944-1975). *Estudios de literatura colombiana*, 2019, No. 46., pp. 117-138.

AGOSÍN, Marjorie. Ausencia y presencia en Catalina de Elisa Mújica. *Revista Interamericana de Bibliografía*. 38.4, 1988. pp. 513-516

ALVAREZ URIBE, Lina María. Destino, exclusión y condena en catalina de Elisa Mújica. nuevas representaciones en la novela femenina en Colombia. Tesis de Maestría en Literatura. Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana, 2016.

AMAYA MÉNDEZ, Nelly Rocío. Elisa Mújica: verdadera vocación por la escritura. *Boletín Cultural y Bibliográfico*. Bogotá: 38.56, 2001. pp. 2-17.

ARANGO RESTREPO, Clemencia. Carolina Cárdenas: promesa fugaz del arte moderno en Colombia. *Credencial Historia*. 1998 No. 108. <https://www.banrepcultural.org/biblioteca-virtual/credencial-historia/numero-108/carolina-cardenas>

ARANGO, Gonzalo. Cartas a una joven escritora. *Revista Universidad De Antioquia*, 2008, No. 293. Recuperado a partir de <https://revistas.udea.edu.co/index.php/revistaudea/article/view/154>.

ARAÚJO, Helena. Dos novelas de dos mujeres. En: *El Tiempo. Lecturas dominicales*. Bogotá: 26, Marzo, 1967.

ARAÚJO, Helena. Mujeres novelistas. La Scherezada criolla: ensayos sobre escritura femenina latinoamericana. Bogotá: Centro Editorial Universidad Nacional de Colombia, 1989. pp. 125-160.

ARCHILA, Mauricio. Aspectos sociales y políticos de las mujeres en Colombia, siglos XX y XXI. *XVIII Congreso de la Asociación de Colombianistas "La mujer en Colombia"*. Ed. Colombianistas.org. Fitchburg State University, Regis College, 2013.

ATEHORTÚA CRUZ, Adolfo León y ROJAS RIVERA, Diana Marcela. Mujer e historia. *Centro De Investigaciones Y Desarrollo Científico*, 2005. pp. 269-293.

ANÁLISIS UNAL. Cuál es la importancia y el legado de esta escritora colombiana, en el marco de la conmemoración de los cien años de su natalicio. *Unimedios*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. 2018. <http://unradio.unal.edu.co/nc/detalle/cat/un-analisis/article/elisa-mujica//page/2.html>

ANDERSON, Bonnie y ZINSSER, Judith. Historia de las mujeres. Una historia propia. Barcelona: Editorial Crítica. 2009.

ARANGO, Luz Gabriela. Mujer, religión e industria. Fabricanto 1923-1982. Medellín: Colección Clío de Historia colombiana. 1991.

ARANGO, Luz Gabriela Y PUYANA, Yolanda. Introducción. En: *Género, mujeres y saberes en América Latina. Entre el movimiento social, la academia y el Estado*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. 2007.

ARENDT, Hannah. La condición humana. Buenos Aires: Paidós, 2009.

ARIÈS, Philippe. Para una historia de la vida privada. En: Historia de la vida privada. El proceso de cambio en la sociedad de los siglos XVI-XVIII. Madrid: Taurus, 1992.

AVELLA GÓMEZ, Mauricio. Antecedentes históricos de la deuda colombiana. El papel amortiguador de la deuda pública interna durante la gran depresión, 1929-1934, Bogotá: Borradores de Economía Banco de la República. 2003.

AYALA, Cesar Augusto. El populismo atrapado, la memoria y el miedo: el caso de las elecciones de 1970. Medellín: La carreta editores, Universidad Nacional de Colombia. 2006.

AYALA, Cesar Augusto. Colombia en la década de los años setenta del siglo XX. Anuario colombiano de historia social y de la cultura. 2003. No. 30,1, p. 319-338.

BARON, Ana Francisca. Monografía del municipio de Bucaramanga. En: *Escuela Primaria*. 1923. p. 561 - 576

BARBERO, Jesús Martín. Modernidades y destiempos latinoamericanos. *Nómadas*. 1998. Vol. 8, pp. 20-34.

BERG, Mary G. Las novelas de Elisa Mújica. En: *Literatura y diferencia: escritoras colombianas del siglo XX*. Bogotá: Ediciones Uniandes; Editorial Universidad de Antioquia, 1995. pp. 208-228.

BOCK, Gisela. La historia de las mujeres y la historia del género: aspectos de un debate internacional. *Historia Social*, 1991, Vol. 9, pp. 55-77.

BLANCO, Jaqueline y CÁRDENAS, Margarita. Las mujeres en la historia de Colombia, sus derechos, sus deberes. Prolegómenos derechos y valores. Volumen XII – No. 23 - Enero - Junio 2009. pp. 143-158.

BARCIELA, Carlos. Guerra civil y primer franquismo (1936-1959). En: *Historia económica de España. Siglos X-XX*. Barcelona: Crítica, 2002.

BEDOYA, Luis Iván y ESCOBAR, Augusto. La novela de la violencia en Colombia: “Viento seco” de Daniel Caicedo – una lectura crítica. Medellín: Hombre Nuevo, 1980.

BELTRÁN, Felipe; BERMÚDEZ, Diego; GALLARDO VEGA, Jesús Alfonso y REYES SARMIENTO, Claudia Angélica. *Star system y la mujer: representaciones de lo femenino en Colombia de 1930 a 1940*. Bogotá: UTADEO, 2016.

BONILLA CASTRO, Elssy (Comp.) *Mujer y familia en Colombia*. Bogotá: Asociación Colombiana de Sociología. Departamento Nacional de Planeación, 1985.

BONILLA CASTRO, Elssy. *La mujer colombiana en la universidad y en el mundo del trabajo*. Bogotá: Universidad de los Andes, Facultad de Economía, 1993.

BURKE, Peter. La revolución historiográfica francesa. La Escuela de los Annales. 1929-1984. Barcelona: Gedisa, 1999.

BURKE, Peter. ¿Qué es la historia cultural? Barcelona: Paidós, 2006.

CALERO DE KONIETZCO, Aída. Entrevista con Elisa Mújica. *La Cábalá*. 1984, No. 6, pp. 20-23.

CANFIELD, Martha. La narrativa colombiana del último ventenio. *Journal Annali di Ca' Foscari*, 1998, XXXVII, 1-2, pp. 215-243.

CAMACHO GUIZADO, Eduardo. Elisa Mújica - Catalina. *Boletín Cultural y Bibliográfico*. Bogotá: 7.10, 1964. 1838-1840.

CORREA ARBOLEDA, Adriana María. Bello 1920: Primera huelga de obreras en Colombia. Huellas de ciudad. *Revista del centro de historia de Bello*. Año X, No.12, 2010. pp. 70-80.

COBO BORDA, Juan Gustavo. Bogotá visto con ojos de mujer. En: *Elisa Mújica en sus escritos*. Bucaramanga: Fusader, 1988. pp. 129-136.

CUBILLOS, María Carolina. Mujeres en el papel: representaciones de la mujer en el discurso de la moda, 1960-1970. *Historia y Sociedad*. 2014, No. 26. pp. 209-236.

CARDENAS OLAYA, Enrique. Carolina Cárdenas. Los dos tiempos. Exposición de dibujos de Carolina Cárdenas. Bogotá: Museo Nacional de Colombia. 2003.

CORREDOR MARTÍNEZ, Consuelo. Los límites de la modernización, Santafé de Bogotá: Cinep-Facultad de Ciencias Económicas Universidad Nacional de Colombia, 1992.

COHEN, Lucy. Las colombianas ante la renovación universitaria. Bogotá: Tercer Mundo Editores.

CHARTIER, Roger, El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural, Gedisa, Barcelona, 1996,

CHARTIER, Roger. Cultura escrita, literatura e historia. México: Fondo de Cultura Económica, 2000.

DE LA OSSA, Dora Piñeres. La primera mujer universitaria en Colombia: Paulina Beregoff 1920 - 1970, La Universidad de Cartagena su centro de docencia y formación, *Revista historia de la educación latinoamericana*, 2002, No.4. Recuperado de https://revistas.uptc.edu.co/index.php/historia_educacion_latinoamericana/article/view/1470

DE ROX, Francisco y ESCOBAR, Cristina. Una periodización de la movilización popular en los setenta. *SEMINARIO DE MOVIMIENTOS SOCIALES EN AMÉRICA LATINA UNU-PAL-FLACSO*. (noviembre 1983: San José de Costa Rica).

D'ATRI, Andrea. Feminismo y marxismo: más de 30 años de controversias. Lucha de Clases, *Revista Marxista de Teoría y Política*. 2004. No. 4, 22. https://proletarios.org/books/DATri-Feminismo_y_Marxismo.pdf

DE BEAUVOIR, Simone. El Segundo Sexo. Bogotá: Debolsillo, 2013.

DELEUZE, Gilles y PARNET, Claire. Diálogos. Valencia: Pre-textos. 1993.

DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix. Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia. Valencia: Pre-textos. Traducido por José Vásquez Pérez. 1994.

DELEUZE, Gilles. Crítica y Clínica. 1996. Barcelona: Anagrama.

DEL ARCO BLANCO, Miguel Ángel y HERNANDEZ BURGOS, Claudio. Esta es la España de Franco. Los años cincuenta del franquismo (1951-1959). España: Universidad de Zaragoza, 2020.

DUBY, Georges y PERROT, Michelle. Escribir la historia de las mujeres. En: Historia de las mujeres. Tomo I. La Antigüedad. Madrid: Taurus, 1991.

El Tiempo. 1930-1984.

El Espectador. 1950-1970.

ECHEVERRI MEJÍA, Oscar. Algunos libros de Elisa Mújica: Nueva Academia de la Lengua. *Boletín de la Academia Colombiana*. Bogotá: 32.136, 1982. pp. 142-151.

EDITORIAL. La Esso estimula la novelística colombiana. *Cromos* 106, 2438, 18 de mayo de 1964: 24-25.

ESQUIVEL, Gloria Susana. Cosechar claveles en el desierto: el rescate de la escritora Elisa Mújica. *Revista Arcadia*. 2019, ed.167. pp. 28-29.

ESCOBAR Arturo. La invención del tercer mundo: construcción y deconstrucción del desarrollo. Bogotá: Editorial Norma. 1998.

ESCOBAR MESA, Augusto. Ensayos y aproximaciones a la otra literatura colombiana. Bogotá: Universidad Central, 1997.

ESCOBAR, Villegas. La aventura demorada de Elisa Mújica. *Revista Universidad De Antioquia*, 333, 2018. pp. 38-42.

FALS BORDA, Orlando; MOLINA, Gerardo; FAJARDO, Darío; et al. El Marxismo en Colombia. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1983.

FORERO VILLEGAS, Yolanda. Un eslabón perdido: la novela de los años cuarenta (1941-1949) primer proyecto moderno en Colombia. Bogotá: Editorial Kelly, 1994.

FIDALGO, Jimena. Entrevista con la escritora Elisa Mújica para la revista Quimera Latinoamericana. [Archivo de audio]. Bogotá: Biblioteca Nacional de Colombia, 1991.

FORERO-VILLEGAS, Yolanda. Un ejemplo de narrativa moderna de los años cuarenta: el discurso femenino de Elisa Mújica en su novela Los dos tiempos. En: *Ensayos críticos sobre la obra de narrativa de Elisa Mújica*. Bucaramanga: Ediciones UIS, 2007. pp. 83-106.

FURTADO, Celso. Dialéctica del desarrollo. México D.F: Fondo de Cultura Económica. 1972.

GAITÁN DURÁN, Jorge. Literatura femenina – la novela de Elisa Mújica. En: *El Tiempo. Lecturas Dominicales*. Bogotá: 18, diciembre, 1949.

GIL LOZANO, Fernanda; PITA, Valeria e INI, María Gabriela (Dir.). Historia de las mujeres en la Argentina. 2 Vols., Buenos Aires: Taurus, 2000.

GIL HERNÁNDEZ, Franklin y PÉREZ-BUSTO Tania. Feminismos y estudios de género en Colombia. Un campo académico y político en movimiento. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas. Escuela de Estudios de Género, 2010.

GIRALDO ISAZA, Fabio y LÓPEZ Héctor Fernando. La metamorfosis de la modernidad. En: Colombia: el despertar de la modernidad. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. 1991. pp. 248-310. GIRALDO, Láder. Concurso “disidente” nadaísta - Lo patrocinan Belisario Betancur y Pastrana. En: *El Espectador*, 2, mayo, 1966.

GONZÁLEZ HERAZO, Judith. Representaciones de las mujeres en la Independencia desde la historiografía colombiana. *Historiología. Revista de Historia Regional y Local*, vol. 3, núm. 5, enero-junio, 2011, p. 174. 169-190.

GOMEZ GIRALDO, Alcira. Los derechos de la mujer en la legislación colombiana. *Repertorio histórico de la academia antioqueña de historia fundada en 1903*. Vol. 38, No. 250, 1987.

GUTIÉRREZ DE PINEDA, Virginia. Trabajo femenino y familia. *Boletín Museo del Oro*, 1986, No. 16. pp. 31-39.

GÓMEZ CORREAL, Diana Marcela. Dinámicas del movimiento feminista bogotano Historias de cuarto, salón y calle Historias de vida (1970-1991). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2011.

GÓMEZ DE MONROY, Hilda Emma. La mujer colombiana y el proceso histórico de sus derechos. Tunja: Academia Boyacense de Historia, 2002.

GONZÁLES, Yolanda. Movimiento de mujeres en los años 60 y 70. En: *La historia de las mujeres en Colombia. Tomo I. Mujeres, historia y política*. Bogotá: Norma. 1995. pp. 258-278.

GUARDIA, Beatriz. Historia de las mujeres en América Latina. Murcia: Departamento de Historia Moderna, Contemporánea y de América, Universidad de Murcia, 2002.

GUTIÉRREZ DE PINEDA, Virginia. Honor, familia y sociedad en la estructura patriarcal: el caso de Santander. Bogotá: Centro Editorial Universidad Nacional, 1988.

GUZMÁN CAMPOS, Germán, FALS BORDA, Orlando Y UMAÑA LUNA, Eduard. La violencia en Colombia. Tomo I. Bogotá: Tercer Milenio Ediciones. 1977.

GUZMÁN ESPONDA, Eduardo. Otra 'fémina' inquieta y andariega. En: *Cromos*. Bogotá: 3490, 1984. pp. 54-55.

Historia Crítica. Manos que no descansan. La mujer en las tradiciones textiles colombianas; Bogotá: Universidad de los Andes, enero-junio 1994. No.9. ISSN 0121-1617.

HEIDEGGER, Martín. Caminos de Bosque. Madrid: Alianza, 2010.

HENDERSON, James. La modernización en Colombia. Los años de Laureano Gómez, 1889-1965. Medellín: Universidad de Antioquia, 2006.

HERRERA, Martha Cecilia. Las mujeres en la historia de la educación. En: *La historia de las mujeres en Colombia. Tomo III. Mujeres y cultura*. Bogotá: Norma. 1995. p. 330-354.

HERRERA SOTO, Roberto. El libro de Elisa Mújica. En: *El Tiempo. Lecturas Dominicales*. 27, diciembre, 1949.

JABLONKA, Iván. La historia es una literatura contemporánea. Manifiesto por las ciencias sociales. Fondo de Cultura Económica: Buenos Aires, 2014

JÁUREGUI, Carlos. "María Mercedes Carranza". Notable Twentieth-Century Latin American Women: A Biographical Dictionary. Ed. Cynthia Margarita Tompkins and David William Foster. Westport, Conn: Greenwood Press, 2000. p. 71-76.

JARAMILLO VÉLEZ, Rubén. Colombia: la modernidad postergada, Bogotá: Argumentos, 1998.

JARAMILLO, María Mercedes. El precio de la autonomía. En: *Ensayos críticos sobre la obra narrativa de Elisa Mújica*. Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander, 2007. pp. 65-82.

JIMÉNEZ, Catalina. El Estatuto de Seguridad, la aplicabilidad de la doctrina de la Seguridad Nacional en Colombia. *Colección*. 2009. No. 20, pp. 75-105.

JIMENEZ DE QUEVEDO, Valentín. Historia de la guerra en el departamento de Santander. Obtenido de www.banrepcultural.org/sites/default/files/brblaa459015.pdf.

KAVOURA, María. Elisa Mújica, política escritura y sociedad en Los dos tiempos. En: *Ensayos críticos sobre la obra narrativa de Elisa Mújica*. Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander, 2007. Pp. 107-124.

KÖNIG, Hans-Joachim. Los Años Veinte y Treinta En Colombia: ¿Época De Transición o Cambios Estructurales? *Ibero-Amerikanisches Archiv*, vol. 23, no. 1/2, 1997, pp. 121-155.

LAMUS CANAVATE, Doris. De la subversión a la inclusión: movimientos de mujeres de la segunda ola en Colombia, 1975-2005. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, ICANH, 2010.

LAVRIN, Asunción. Las Mujeres latinoamericanas: perspectivas históricas. México: Fondo de Cultura Económica. 1978.

Letras y Encajes, 1953-1959.

LEFEBVRE, Henri. La presencia y la ausencia. Contribución a la teoría de las representaciones. México: Fondo de Cultura Económica, 1983.

LERNER, Gerda. La creación del patriarcado. Barcelona: Editorial Crítica, 1990.

LÓPEZ SALAZAR, Estefanía, et, al. Betsabé Espinal: precursora de narrativas divergentes del trabajo femenino en Antioquia, primera mitad del siglo XX. En: *Realidades transversales al derecho*. Medellín: Corporación Universitaria Americana Sede Medellín. 2020. p. 288-306.

LÓPEZ BETANCUR, Cindi y RODRIGUEZ MORENO, Saida. Los dos tiempos: de la formación a la transformación Celina Ríos como lectora y como narradora. Tesis de Maestría en Literatura. Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana, 2016.

LÓPEZ MARTÍNEZ, Lisandro René y GÓMEZ ARANGO, Néstor Alonso. Más allá de un pintalabios: representaciones sociales de las mujeres de Pereira durante la

década 1975-1985. Tesis de Maestría en Historia. Pereira: Universidad Tecnológica de Pereira, 2019.

LUNA, Lola y VILLAREAL, Norma. Historia, género y política: movimientos de mujeres y participación política en Colombia 1930-1991. Barcelona: Seminario Interdisciplinar Mujeres y Sociedad. Universidad de Barcelona. CICYT. 1994.

LUNA LOLA. La feminidad y sufragismo colombiano durante el período 1944-1948. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*. 1999, Número 26, p. 193-212.

LUIS, Nuria. ¿Hacia dónde va la moda futurista? *Vogue*. 5 de febrero 2021.

MARIN COLORADO, Paula Andrea. La novela colombiana ante la historia y la crítica literarias (1934-1975). *Estudios de Literatura Colombiana*, 2015, N.º 36. pp. 13-35.

MACKINNON, Catherine. Hacia una teoría feminista del Estado. Valencia: Catedra. 1995.

MARSHALL, Berman. Todo lo sólido se desvanece en el aire: la experiencia de la modernidad. México DF: Siglo veintiuno editores. 2011.

MARÍN, Paula Andrea. Novela, autonomía literaria y profesionalización del escritor en Colombia (1926-1970). Medellín: La Carreta Editores, 2017.

MARIN TABORDA, Jorge Iván. María Cano. Su época, su historia. En: *La historia de las mujeres en Colombia. Tomo I. Mujeres, historia y política*. Bogotá: Norma. 1995. pp. 156-172.

MARULANDA ALVAREZ, Elsy. Mujeres y violencia, años 50. En: *La historia de las mujeres en Colombia. Tomo II. Mujeres, historia y sociedad*. Bogotá: Norma. 1995. p. 480-501.

MEDRANO, Diana y ESCOBAR, Cristina. Pasado y presente de las organizaciones femeninas en Colombia. En: *Mujer y Familia en Colombia*. Bogotá: Plaza y Janes Editores. 1985.

MELO, Jorge Orlando. Algunas consideraciones globales sobre "modernidad" y "modernización" en el caso colombiano. *Análisis Político*. 1990, No.10. p. 28.

MELO, Jorge Orlando. El frente nacional. Reformismo y participación política. *Estrategia Económica y Financiera*, Julio de 1978.

MEJIA CORREA, Clara Victoria. La novela urbana en Colombia: reflexiones alrededor de su denominación. *Lingüística y Literatura*. 2010, No. 57. pp. 63-77.

MORALES PRADILLA, Próspero. Elisa Mújica, novelista. En: *El Tiempo. Lecturas Dominicales*. Bogotá: 26, Marzo, 1950.

MÚJICA, Elisa. Los dos tiempos. Bogotá: Iqueima, 1949.

MÚJICA, Elisa. Catalina. Madrid: Aguilar, 1963.

MÚJICA, Elisa. Bogotá de las nubes. Bogotá: Ediciones Tercer Mundo, 1984.

MÚJICA, Elisa. Diario 1968-1971. Bogotá: Planeta, 2008.

MÚJICA, Elisa. Angela y el diablo. Madrid: Aguilar, 1953.

MÚJICA, Elisa. Árbol de ruedas. Bogotá: Editorial Revista Colombiana LTDA, 1972.

MÚJICA, Elisa. La Candelaria. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1974.

MÚJICA, Elisa. La mujer y la alegría: Discurso de posesión como miembro correspondiente de la Academia Colombiana: 29 de marzo de 1982. *Boletín de la Academia Colombiana*. Bogotá: 32.136, 1982. pp. 69-80.

MÚJICA, Elisa. Discurso de Elisa Mújica en la I Feria Internacional del libro en Bogotá. En: *Elisa Mújica en sus escritos*. Bucaramanga: FUSADER, 1988.

- MÚJICA, Elisa. La aventura demorada: ensayo sobre santa Teresa de Jesús. Bogotá: Presencia, 1962.
- MÚJICA, Elisa. Introducción a Santa Teresa. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1981.
- MÚJICA, Elisa. Las altas torres de humo. Bogotá: Procultura, 1985.
- MÚJICA, Elisa. El camino olvidado - Capítulo de la novela Los dos tiempos. En: *El Tiempo. Lecturas dominicales*. Bogotá. 8, enero, 1950.
- MÚJICA, Elisa. La viajera. En: *El Espectador. Magazín dominical*. Bogotá: 22, enero, 1950.
- MÚJICA, Elisa. Actividades culturales femeninas. En: *El Tiempo. Lecturas dominicales*. Bogotá: 16, abril, 1950.
- MÚJICA, Elisa. Flora Yáñez – Una novelista chilena. En: *El Tiempo. Lecturas dominicales*. Bogotá: 13, agosto, 1950.
- MÚJICA, Elisa. El mundo de Sofía Urrutia. *El Tiempo. Lecturas dominicales*. Bogotá: 17, septiembre, 1950.
- MÚJICA, Elisa. Beatriz Castañeda de Téllez – Las esposas de los escritores. En: *El Tiempo. Lecturas dominicales*. Bogotá: 29, octubre, 1950.
- MÚJICA, Elisa. Las esposas de los escritores – La viuda de Antonio Gómez Restrepo. En: *El Tiempo. Lecturas dominicales*. Bogotá: 5, noviembre, 1950.
- MÚJICA, Elisa. Las esposas de los escritores – María Calderón de Nieto Caballero. En: *El Tiempo. Lecturas dominicales*. Bogotá: 26, noviembre, 1950.
- MÚJICA, Elisa. Las amigas. En: *El Espectador. Magazín dominical*. Bogotá: 15, abril, 1951

MÚJICA, Elisa. Cuento de niñas. En: *El Tiempo. Lecturas dominicales*. Bogotá: 3, junio, 1951.

MÚJICA, Elisa. El retrato y la imagen – Meira Delmar. En: *El Espectador. Magazín dominical*. Bogotá: 24, febrero, 1952.

MÚJICA, Elisa. El retrato y la imagen – La mujer en la literatura En: *El Espectador. Magazín dominical*. Bogotá: 9, marzo, 1952.

MÚJICA, Elisa. El retrato y la imagen – Madame Bovary. En: *El Espectador. Magazín dominical*. Bogotá: 27, abril, 1952.

MÚJICA, Elisa. El retrato y la imagen – George Sand. En: *El Espectador. Magazín dominical*. Bogotá: 11, mayo, 1952.

MÚJICA, Elisa. El retrato y la imagen – Libros para jovencitas. En: *El Espectador. Magazín dominical*. Bogotá: 25, mayo, 1952.

MÚJICA, Elisa. El retrato y la imagen – Movimiento feminista colombiano. En: *El Espectador. Magazín dominical*. Bogotá: 15, junio, 1952.

MÚJICA, Elisa. La viajera. En: *El Tiempo. Lecturas dominicales*. Bogotá: 22, junio, 1952.

MÚJICA, Elisa. La mujer que ganó el premio Nadal 1953. En: *El Tiempo. Lecturas dominicales*. Bogotá: 8, marzo, 1953.

MÚJICA, Elisa. Viaje de dos colombianas por Europa. En: *El Espectador. Magazín dominical*. Bogotá: 20, septiembre, 1953.

MÚJICA, Elisa. De la costa Brava a la costa Azul. En: *El Espectador. Magazín dominical*. Bogotá: 27, septiembre, 1953.

MÚJICA, Elisa. Dos colombianas jugando en Montecarlo. En: *El Espectador. Magazín dominical*. Bogotá: 4, octubre, 1953.

MÚJICA, Elisa. Las ciudades y los libros – Ávila y Santa Teresa. En: *El Tiempo. Lecturas dominicales*. Bogotá: 23, enero, 1955.

MÚJICA, Elisa. Así es Italia. En: *El Espectador. Magazín dominical*. Bogotá: 11, octubre, 1953.

MÚJICA, Elisa. La emoción de conocer a Roma. En: *El Espectador. Magazín dominical*. Bogotá: 18, octubre, 1953.

MÚJICA, Elisa. El retrato y la imagen – Semana santa en Sevilla. En: *El Espectador. Magazín dominical*. Bogotá: 17, abril, 1955.

MÚJICA, Elisa. El retrato y la imagen – Contribución de la mujer española en el movimiento feminista de Inglaterra”. En: *El Espectador. Magazín dominical*. Bogotá: 22, mayo, 1955.

MÚJICA, Elisa. El retrato y la imagen – Simona de Beauvoir. En: *El Espectador. Magazín dominical*. Bogotá: 21, agosto, 1955.

MÚJICA, Elisa. Presencia de la mujer – La casa de Lope. En: *El Tiempo. Lecturas dominicales*. Bogotá: 28, julio, 1957.

MÚJICA, Elisa. Dos estampas teresianas: Ávila y el convento de la encarnación. En: *El Tiempo. Lecturas dominicales*. Bogotá: 7, septiembre, 1958.

MÚJICA, Elisa. La mujer y Simone de Beauvoir. En: *El Tiempo. Lecturas dominicales*. Bogotá: 18, enero, 1959.

MÚJICA, Elisa. “Poesía y sartrismo”. En: *El Tiempo. Lecturas dominicales*. Bogotá: 24, mayo, 1959.

MÚJICA, Elisa. La bien amada. En: *El Tiempo. Lecturas dominicales*. Bogotá: 5, marzo, 1967.

MÚJICA, Elisa. Vida y aventuras de Camilo Daza. En: *El Tiempo. Lecturas dominicales*. Bogotá: 19, enero, 1969.

MÚJICA, Elisa. Vida y aventuras de Camilo Daza (segunda parte). En: *El Tiempo. Lecturas dominicales*. Bogotá: 26, enero, 1969.

MÚJICA, Elisa. Vida y aventuras de Camilo Daza (conclusión). En: *El Tiempo. Lecturas dominicales*. Bogotá: 2, febrero, 1969.

MÚJICA, Elisa. La mujer, presencia y ausencia. En: *El Tiempo. Lecturas dominicales*. Bogotá: 3, septiembre, 1972.

MÚJICA, Elisa. Estructuras de la novela actual. En: *El Tiempo. Lecturas dominicales*. Bogotá: 17, septiembre, 1973.

MÚJICA, Elisa. Los libros – Triquitraques del trópico (Flor Romero de Nohra. Editorial Planeta. Barcelona, 1973. 313 páginas). En: *El Tiempo. Lecturas dominicales*. Bogotá: 11, noviembre, 1973.

MÚJICA, Elisa. Un barrio en 1920 y sus alrededores. En: *El Tiempo. Lecturas dominicales*. Bogotá: 29, diciembre, 1974.

MÚJICA, Elisa. Los libros – Narradores colombianos contemporáneos. En: *El Tiempo. Lecturas dominicales*. Bogotá: 23, marzo, 1975.

MUÑOZ, Cecilia y PACHÓN, Ximena. Las niñas a principio de siglo: futuras esposas, religiosas o célibes caritativas. En: *La historia de las mujeres en Colombia. Tomo II. Mujeres y sociedad*. Bogotá: Norma. 1995. pp. 424-453.

MURILLO GRANADOS, Adolfo y MUÑOZ JOVEN, Luis Armando. Tratamiento penal de la violencia contra la mujer en Colombia - Nuevas miradas tomo II. Bogotá: Universidad Santiago de Cali. 2018.

NAVARRO, Marysa. El primer encuentro feminista de Latinoamérica y el Caribe. En: *Sociedad, subordinación y feminismo. Debate sobre la mujer en América Latina y el Caribe: Discusión acerca de la Unidad Producción-Reproducción, Vol. III*. Bogotá: Asociación Colombiana para el Estudio de la Población. 1982. pp. 261-266.

NASH, Mary. Replanteando la historia: mujeres y género en la historia contemporánea. En: *Los estudios sobre la mujer: desde la investigación a la docencia: Actas de las VIII Jornadas de Investigación Interdisciplinaria*, Madrid: Universidad Autónoma de Madrid, 1991, pp. 599-621.

OJEDA, Ana Cecilia. Catalina en perspectiva. En: *Ensayos críticos sobre la obra narrativa de Elisa Mujica*. Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander, 2007. pp. 125-156.

OSPINA MALAVER, Nathaly Marcela. Novelas de escritoras colombianas de los años cuarenta del siglo XX: modernidad y nuevas subjetividades. [en línea] trabajo de investigación Magister en Estudios Literarios. Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Literatura. Maestría en Estudios Literarios. 2016. p. 26. [Consultado: 14/07/2019]. Disponible en Internet: <http://bdigital.unal.edu.co/54423/1/1007099916.2016.pdf>.

OSORIO, Betty. Bogotá de las nubes: el surgimiento del sujeto femenino en Colombia. En: *Ensayos críticos sobre la obra narrativa de Elisa Mujica*. Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander, 2007. pp. 157-172.

ORDOÑEZ, Monserrat. Biografía de Elisa Mujica. En: *Ensayos críticos sobre la obra narrativa de Elisa Mujica*. Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander, 2007. pp. 11-34.

ORDOÑEZ, Monserrat. Elisa Mujica: el recuerdo de Catalina. En: *Voces insurgentes*. Bogotá: Fundación Universidad Central y Servicio Nacional de Información, 1986. pp. 47-67.

OROZCO, Gloria. Elisa Mujica entre la ficción y la historia: Bogotá de las nubes, una estética de la represión. En: *Ensayos críticos sobre la obra narrativa de Elisa Mujica*. Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander, 2007. pp. 173-204.

OROZCO, Gloria Luz. En busca de la historia: El inconsciente político en cuatro novelas de escritoras colombianas. Tesis de Doctorado en Filosofía. Los Ángeles: University of California, 2003.

PALACIOS, Marco. Parábola del liberalismo. Bogotá: Norma, 1999.

PARDO PEDRAZA, Diana Paola. Ellas y nosotras. Luchas y contradicciones en los modos de representar a la mujer (1930-1932). Bogotá: Ediciones Uniandes. 2011.

PARRA, Leyini. Breve recuento histórico de las mujeres colombianas en la ciencia y la ingeniería, *Antropología y Sociología*, 2008, No. 10. pp. 155-166.

PÉCAUT, Daniel. Modernidad, modernización y cultura. *Gaceta*, 1990, No. 8.

PEDRAZA, Zandra. La “educación de las mujeres”: el avance de las formas modernas de feminidad en Colombia. *Revista de Estudios Sociales*. No. 41, diciembre de 2011. p. 72-83.

PEREZ SILVA, Vicente. Cinco concursos de novela. *Boletín cultural y bibliográfico*. 1966, Vol.9 No.4. pp. 730-734.

PECAUT, Daniel. Orden y Violencia. Evolución socio-política de Colombia entre 1930 y 1953. Bogotá: Norma. 1987.

PERROT, Michelle. Mi Historia de las Mujeres. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2008.

PINZÓN DE LEWIN, Patricia y ROTH LISBERGER, Dora. Participación de la mujer. En: *La mujer y el desarrollo en Colombia*. Bogotá: Asociación Colombiana para el Estudio de la Población ACEP 1977.

PRESBICH, Raúl. El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus principales problemas. Santiago: CEPAL- Naciones unidas. 1949.

PRIETO MEJÍA, Paola (2018). Semblanza de Ediciones Espiral (1944-1975). En: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes - Portal Editores y Editoriales Iberoamericanos (siglos XIXXXI). 2018. EDI-RED: <http://www.cervantesvirtual.com/obra/ediciones-esprial-editorial-iqueima-1944-1975- semblanza-924061/>

PUYANA, Yolanda. Los estudios de mujer y género en la Universidad Nacional de Colombia. En: *Género, mujeres y saberes en América Latina. Entre el movimiento social, la academia y el Estado*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. 2007.

QUINTERO, Inés. Las mujeres de la independencia: ¿Heroínas o Trasgresoras? El Caso de Manuelita Sáenz. En: *Mujeres y Naciones en América Latina Problemas de inclusión o Exclusión*, eds., Barbara Potthast y Eugenia Scarzanella. Barcelona: Vervuert Iberoamericana. 2001. pp. 57-76.

QUINTANA, Pilar. ¿Por qué nadie me habló de Elisa Mújica? En: *Catalina*. Bogotá: Alfaguara. 2019. pp. 9-19.

QUIROZ OCAÑA, María Constanza. Mujer y ciudad: recepción y concienciación en Bogotá de las nubes, de Elisa Mújica. Tesis de Maestría en Literatura. Popayán: Universidad Andina Simón Bolívar sede Ecuador, 2013.

RESTREPO SANÍN, Juliana. Mujeres, prensa escrita y representaciones sociales de género en Medellín entre 1926 y 1962. Tesis de Maestría en Historia. Medellín: Universidad Nacional de Colombia, 2011.

RODRIGUEZ GUERRERO, Ignacio. Libros colombianos raros y curiosos. *Boletín Cultural y Bibliográfico*. Bogotá: 12.11, 1969. pp. 51-58.

RODRÍGUEZ GARAVITO, Agustín. Elisa Mújica - Catalina. *Boletín Cultural y Bibliográfico*. Bogotá: 7.5, 1964: 821- 822.

RODRÍGUEZ GARAVITO, Agustín. La aventura demorada. Por Elisa Mújica. *Boletín Cultural y Bibliográfico*. Bogotá: 8.9, 1965. pp. 1394-1395.

- RODRÍGUEZ ESPINOSA, Humberto. Prólogo a *Árbol de ruedas* de Elisa Mújica. Bogotá: Editorial Revista Colombiana, 1972. pp. 9-14.
- RODRÍGUEZ ESPINOSA, Humberto. "Bogotá de las nubes". En: *Elisa Mújica en sus escritos*. Bucaramanga: Fusader, 1988. pp. 127-128.
- ROMERO, Armando. *Las palabras están en situación. Un estudio de la poesía colombiana de 1940 a 1960*. Bogotá: Procultura, 1985.
- RUEDA, Néstor y ÁLVAREZ, Jaime. *Historia urbana de Bucaramanga 1900-1930*. Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander. 2012.
- SANTOS CALDERÓN, Enrique. *El país que me tocó (Memorias)*. Bogotá: Debate, 2018.
- SANTANA, Pedro. *Desarrollo regional y paros cívicos*. Bogotá: CINEP ed. Presencia. 1983.
- SÁNCHEZ, Olga Amparo. El movimiento social de mujeres. La construcción de nuevos sujetos sociales. En: *La historia de las mujeres en Colombia. Tomo I. Mujeres, historia y política*. Bogotá: Norma. 1995. pp. 379-402.
- SCOTT, Joan. *Género e Historia*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2008.
- SCHOPENHAUER, Arthur. *El mundo como voluntad de representación*. Madrid: Trotta. 2009.
- SILVA, Yamile. Narrar la violencia con voz femenina: Elisa Mújica, Albalucía Ángel y Laura restrepo. *Estudios de Literatura Colombiana*, No. 21, 2007. pp. 57-72.
- STUVEN, Ana María y FERMANDOIS, Joaquín (Ed.). *Historia de las mujeres en Chile. 2 Vols.*, Santiago de Chile: Taurus, 2011.
- TELLEZ, Hernando. Catalina, la novela de Elisa Mújica. En: *El Tiempo*. Lecturas dominicales. 10, mayo, 1964.

TERAO, Ryukichi. ¿Ficción o testimonio, novela o reportaje?: La novelística de La Violencia en Colombia. *Contexto: revista anual de estudios literarios*, 2003, N.º 9, pp. 37-59.

TORRES, Anabel. Una voz insurgente. Entrevista con Ofelia Uribe de Acosta. En: *Voces insurgentes*, editado por María Cristina Laverde Toscano y Luz Helena Sánchez. Bogotá: Fundación Universidad Central / Servicio Colombiano de Comunicación Social. 1986.

TORRES DEL RIO, César Miguel. Colombia siglo XX. Desde la Guerra de los Mil Días hasta la elección de Álvaro Uribe. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana. 2015.

TIRADO MEJÍA, Álvaro. Los años sesenta: una revolución en la cultura. Bogotá: Debate, 2014.

TRUJILLO, Ricardo. Historia de Colombia contemporánea (1920-2010), Bogotá: Universidad de Los Andes, 2011.

TRUQUE, Sonia Nadhezda, (ed.) Elisa Mújica en sus escritos. Bucaramanga: Fundación Santandereana para el Desarrollo Regional (FUSADER), 1988.

VALENCIA DE CASTAÑO, Gloria. Elisa Mújica: escritora e historiadora. [videodisco digital]. Bogotá: Rodrigo Castaño Valencia Televisión, 1994.

VALDIVIESO CANAL, Susana. Bucaramanga, Historias de setenta y cinco años. Bucaramanga: Cámara de Comercio de Bucaramanga, 1993.

VELASQUEZ TORO, Magdala. Aspectos históricos de la condición sexual de la mujer en Colombia. En: *Voces Insurgentes*. Bogotá: Editora Guadalupe. 1986.

VELASQUEZ TORO, Magdala. Condición jurídica y social de la mujer. En: *Nueva Historia de Colombia, Tomo IV*. Bogotá: Editorial Planeta, 1989.

VELÁSQUEZ TORO, Magdala. La república liberal y la lucha por los derechos civiles y políticos de las mujeres. En: *La historia de las mujeres en Colombia. Tomo I. Mujeres, historia y política*. Bogotá: Norma. 1995. pp. 183-228.

VELASQUEZ, Magdala y REYES CARDENAS, Catalina. Proceso histórico y derechos de las mujeres, años 50 y 60. En: *La historia de las mujeres en Colombia. Tomo I. Mujeres, historia y política*. Bogotá: Norma. 1995. pp. 229-257.

VELASQUEZ, Magdala. La condición de las mujeres colombianas a fines del siglo XX. En: *Nueva historia de Colombia, Tomo IX*, Bogotá: Planeta. 1989 y 1998.

VELÁSQUEZ, Olga Patricia. “Compañera y no sierva”, los avatares hacia el sufragio femenino en Colombia. *Ambiente Jurídico*. 2015. N° 18. pp. 11-34.

VELASCO, Carmiña Navia. La Novela Colombiana en las Dos Últimas Décadas. *Convergencia Revista de Ciencias Sociales*. 1997, No. 14, pp. 149-160.

VOLKENING, Ernesto. Los dos tiempos de Elisa Mújica. En: *Elisa Mújica en sus escritos*. Bucaramanga: FUSADER, 1988. pp. 122-126.

WILLIAMS, Raymond. Novela y poder en Colombia, 1844-1987. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1991.

WILLIAMS, Raymond L y MEDRANO, Manuel. 90 años de novela moderna en Colombia (1927-2017) de Fuenmayor a Potdevin. Bogotá: Ediciones desde abajo, 2017.

WILLS OBREGÓN, María Emma. Las trayectorias femeninas y feministas hacia lo público en Colombia (1970-2000) ¿Inclusión sin representación? Tesis de Doctorado en Filosofía. Estados Unidos: The University of Texas at Austin, 2004.

WILLS, María Emma. Inclusión sin representación. La irrupción política de las mujeres en Colombia (1970-2000). Bogotá: Editorial Norma. 2007.

WOOLF, Virginia. Una habitación propia. Trad. Jorge Luis Borges. 2019. Bogotá: Debolsillo.

YOURCENAR, Marguerite. Memorias de Adriano. 1955. Bogotá: Círculo de Lectores.

ZOURABICHVILI, François. Conferencia pronunciada en Horlieu (Lyon) el 27 de marzo de 1997. Danza y filosofía segunda parte. *Revista Reflexiones Marginales*. 2017, No. 37. [En línea]. Consultado en noviembre 2020. Disponible en: <http://reflexionesmarginales.com/3.0/que-es-un-devenir-para-gilles-deleuze/>.